



MENTIRAS QUE SEDUCEN

ALESSANDRA TORRE

HAY SECRETOS QUE PUEDEN ACABAR
CON EL AMOR MÁS GRANDE...
O HACERLO MÁS FUERTE



MENTIRAS QUE SEDUCEN

ALESSANDRA TORRE

HAY SECRETOS QUE PUEDEN ACABAR
CON EL AMOR MÁS GRANDE...
O HACERLO MÁS FUERTE


VERGARA

ALESSANDRA TORRE

MENTIRAS QUE SEDUCEN

Traducción de AURA GARCÍA-JUNCO MORENO



VERGARA

MÉXICO, 2017

BARCELONA • BOGOTÁ • BUENOS AIRES • CARACAS
MADRID • MIAMI • MONTEVIDEO • SANTIAGO DE CHILE

Este libro está dedicado a

*WENDY METZ, SUEBEE ★ Bring me an Alpha! ★,
Keelie Chatfield, Karen Lawson y Marion Archer.
Han estado con este libro desde que estaba a medio
hacer y joven. Gracias por las llamadas a altas
horas de la noche. Las selecciones y depuraciones
de estas páginas. Gracias por señalar sus
debilidades y obsesionarse con sus fortalezas.
Este libro no sería el mismo sin ustedes.*

PRÓLOGO

Observé el departamento de Molly, un condominio naranja estilo mediterráneo con jardineras llenas de hibiscos rosas. El Jeep de él estaba ahí, una enlodada caja de masculinidad americana entre el océano de carros extranjeros. Habían pasado veintidós minutos desde que entró, con las manos metidas en los bolsillos de sus jeans, la cabeza agachada y con pasos irreflexivos, como si hubiera recorrido ese camino mil veces antes.

Golpeteé mis uñas sin pintar sobre la palanca de velocidades. Cerré los ojos un segundo y dejé que la brisa del aire acondicionado me bañara. Tenía una cita para masaje en una hora, así que esta situación tenía que resolverse rápido o llegaría tarde a mi encuentro con las manos de Roberta.

Movimiento en el departamento de arriba a la derecha. Una puerta se abrió. La cabeza de Lee se deslizó rápidamente por el pasillo, con una cabeza rubia siguiéndolo muy de cerca, tirando de su camisa, con los brazos moviéndose intensamente. Podía imaginar las palabras que salían de su boca. *Lee, no te vayas. Lee, no es lo que piensas.* Me pregunté si la palabra «amor» salió de su boca, si su relación había avanzado hasta ese punto.

Él desapareció en la escalera. Me agaché hacia adelante, deseé tener un trago, algo para abrir y disfrutar mientras mi ardua labor rendía frutos. Esto tenía que funcionar, esto tenía que suceder. Ella no podía tenerlo: él era mío.

Su cabeza se asomaba entre los coches, su cara podía verse mientras se acercaba a su Jeep. Con la cara firme, las facciones severas, una mirada que no había visto en su cara antes, pero que conocía bien. Resuelta. Decisiva. Apreté mis manos con emoción, viendo cómo se acercaba el rostro de ella, sonrojado y

con los ojos muy abiertos, la boca moviéndose rápidamente, sus pechos enormes balanceándose mientras gritaba algo y le ponía la mano en los hombros. Quería bajar mi ventana, echar un vistazo, sólo lo necesario para escuchar lo que decían, saborear este momento un poco más.

Así. Voltéate y aleja tu bella persona de este hombre. Ya no te va a tocar la cara. Tampoco le hará el amor a tu cuerpo. Él es mío. Voy a tomar tu lugar.

Lo vi subir al carro y azotar la puerta con suficiente fuerza para que ella diera un brinco. Y luego, un chirrido de llantas fue el mejor sonido en el mundo, aún mejor que en mis fantasías. El sonido de la finalidad la dejó parada en el lugar vacío del estacionamiento, con lágrimas negras de rímel manchándole las mejillas y un grito tan fuerte como para traspasar mis ventanas polarizadas.

La victoria es mía. Sonreí, me felicité mentalmente y puse el Mercedes en marcha. Me dirigí al sur. A lo mejor después de mi masaje pasaría a la oficina de mi novio. Le dejaría un sándwich. Celebraría mi victoria con el otro hombre de mi vida.

Adelante. Júzgame. No tienes idea de lo que implica mi amor.

Amo a dos hombres. Me cojo a dos hombres.

Si crees que has escuchado esta historia antes, no es cierto.

P A R T E I

ÉSTA ES UNA HISTORIA DE AMOR,
PERO NO ES UNA FÁCIL DE LEER

CAPÍTULO 1

*M*i vida siempre estuvo planeada. Creo que mis padres, antes de concebirme, se pusieron de acuerdo e hicieron un plan. Me lo dejaron claro con recordatorios constantes y un régimen basado en seguir el ejemplo. Fui una niña rica, de la que se esperaba que no hiciera ninguna otra cosa que no fuera todo. Una nota aprobatoria era necesaria, aunque nunca tendría un trabajo. Entrar a la Ivy League era obligatorio, pero sólo porque ahí conocería a mi esposo. No engordaría, porque eso sería vergonzoso, pero tampoco podría mostrar mi figura, porque sería vulgar.

El plan era simple. Conseguir un título respetable a la vez que me convertía en la esposa perfecta. Casarme rápido. Apoyar a mi esposo y a la vez mantener mis otros intereses, como trabajos de caridad y hacerme cargo de mi hogar.

Nunca me gustó el plan. Lo boicoteé de todas las maneras pasivo-agresivas posibles. Aprendí, desde que era pequeña, a esconder la traición detrás de una sonrisa dulce y un rostro inocente. Ante los ojos de mis padres, me estaba comportando como debía. Florecía. Me convertía en la mujer que su adn merecía. La realidad era que estaba esperando, preparando a mis presas perfectas para el día que de verdad importaba: mi cumpleaños número veinticinco.

Hace ocho años

Veinticinco velas. Era ridículo que hubiera un pastel de cumpleaños; esa tradición debería parar en la adolescencia. Sin embargo, ahí estaba, transportado por las manos huesudas de mi madre. Mi madre, la imagen perfecta de mi futuro, si es que éste incluía bótox y otros rellenos faciales, labios aumentados y cejas demasiado depiladas. Sonreí porque era lo que esperaban. Dejé que cantara la canción, ella sola porque mi padre dejó de cantar cuando su teléfono sonó. Sonreí para la foto y soplé las velas, dejando a propósito tres prendidas, mientras los ojos de mi madre parpadeaban sin alterar su sonrisa fija.

Cortó el pastel y el olor del Chanel N°5 se extendió por la mesa mientras ella me servía la rebanada más pequeña, la del centro, que se alejaba de la decadencia de los pedazos de los bordes. Luego comimos, nosotros tres, repartidos en la mesa para doce, con el chirrido de la plata sobre la porcelana china como únicos sonidos en el cuarto. Mi padre se paró primero. Dejó su plato y besó mi cabeza. «Feliz cumpleaños, querida».

Luego, mi madre y yo quedamos a solas y el interrogatorio comenzó.

—¿Estás saliendo con alguien? —dejó su tenedor y empujó su rebanada de pastel, que apenas había tocado mientras veía la mía detenidamente.

—No —sonreí como se me había enseñado. Siempre sonrío. Las sonrisas esconden los sentimientos.

—¿Por qué no? Ya tienes veinticinco. Te quedan sólo unos pocos años buenos.

—Estoy feliz, madre. Encontraré a alguien pronto.

—Creo que deberías reconsiderar a Jeff Rochester. Saliste con él casi dos años.

Cuatro meses. Cuatro meses que transformamos en una relación de dos años para mantener su estilo de vida gay en secreto y a mis padres calmados.

—Escuché que Jeff está saliendo con alguien y realmente no teníamos nada de química —comí otro pedazo de pastel y disfruté el dolor en sus ojos mientras me lo comía.

—La química no es importante. Es de una buena familia, te proveerá.

El fondo para la universidad me proveería. No necesitaba una relación sin química, una sentencia que pintaría una sonrisa por encima de mi locura y me llevaría a un caso de depresión y uso de drogas prescritas. Pero no quería

mencionar el fondo. No cuando estaba a tan sólo una hora de terminar la fiesta y dirigirme directamente al banco.

—Janice Wilkins me dijo que te vio trabajando en el centro. Por favor dime que no es verdad.

Sonreí.

—Tengo un título de Ciencia Cuantitativa. No es insensato que considere ejercerlo. Soy consultora para una firma médica. Reviso algunos casos de la Agencia de Administración de Alimentos y Medicamentos.

—No, por favor. Trabajar provoca estrés, que a su vez te envejece prematuramente. Y solamente te quedan...

—...unos pocos años buenos —terminé su oración, en voz baja. Comí otro pedazo de pastel. Raspé del plato cada resto de betún y metí el tenedor en mi boca. Chupé todo. Maté una pequeña parte del alma de mi madre.

—Trabajamos mucho para que tu tengas una buena vida.

—Y la tengo. Han hecho un muy buen trabajo, y estoy muy feliz.

—¿Y qué tal Ned Wimble? Escuché que él y la heredera de Avon terminaron. Bajé mi tenedor, apreté las manos debajo de la mesa, y sonreí.

Dejé la casa de mis padres unas horas después con una bolsa de regalos en la cajuela de mi carro. Un suéter de cachemir. Mi padre me dio aretes de zafiro. Una edición de bolsillo de JD Robb de parte de Becky, la sirvienta, que probablemente sabía más de mí que mis dos padres juntos. Ella era la que limpiaba mi vómito del baño cuando mi versión adolescente no lograba sobrevivir durante la noche. Ella tiraba condones, cajas de píldoras anticonceptivas y botellas de vodka. Me abrazó cuando a los quince tuve mi primer corazón roto, cortesía de Mitch Brokeretch, quien no merecía mi virginidad y menos mis lágrimas.

Mi verdadero regalo no estaba en la cajuela. Estaba en la fecha: los documentos que habían hecho antes de mi primer cumpleaños. Doce millones de dólares me esperaban en una cuenta conjunta que había visto desde lejos los últimos diez años. Con esa fecha y con los papeles que estaba a punto de firmar, sería libre de mis padres, de sus expectativas y requisitos que habían mantenido ese dinero lejos de mi alcance durante los últimos veinte años. Manejé a la oficina del abogado, y, treinta minutos después, era una mujer libre. Me permití una pequeña sonrisa, una real, al salir de Jackson & Scottsdale. Me permití,

ahora sí, una sonrisa radiante, una vez que fui al banco y transferí los fondos a una cuenta de mercado de valores que estaba totalmente a mi nombre.

Luego, libertad. Se sentía jodidamente bien. Bajé la capota de mi convertible y grité al viento. Celebré la velada con uno de los *valets* de mi edificio, un chico de veintiún años que ganaba una miseria pero que traía buena yerba y se reía de mis chistes.

Era un inicio triste para mi nueva vida.

CAPÍTULO 2

Hace tres años

*P*asé mis primeras dos décadas planeando y esperando el momento en el que pudiera abandonar esta cultura. Tirar mi cárdigan y mis modales y aventarme a la vida. Bailar a la luz de la luna. Fumar un cigarro. Manejar una motocicleta y enamorarme por razones distintas al estatus social. Tenía una noción romántica de mí sirviendo mesas, pidiendo aventón por América, besando a un chico desconocido, sintiendo una acometida de posibilidades desconocidas. Odiaba cada centímetro de mi entorno y rogaba por una salida. Quería dejar las cenas elegantes, el desprecio arraigado de los otros, las cejas alzadas que te juzgan. Quería el «felices para siempre» de las películas. Ése donde mi familia contara su día mientras come en una mesa redonda. Quería visitar un mundo donde las madres abrazaran a sus hijas heridas y las consolaran después de primeras citas que salieron mal. Mis sueños tenían piernas, eran fantasías completas, un futuro tan claro como mi pasado. El día de mi cumpleaños veinticinco, me sentí libre. Llena de esperanzas y posibilidades. Era el primer día del resto de mi vida.

Aun así, cinco años después seguía atascada. Había tenido algunas noches locas. Cogido con algunos extraños con callos en las manos. Ido a un 7-Eleven a comprar un *hot dog*. Visitado Tijuana por suficiente tiempo como para saber que no volvería. Y luego, como un pájaro que migra, me dirigí a casa, a este mundo. Me volví a establecer sin darme cuenta. Cinco años después estaba todavía rodeada de la gente de mi juventud. De los amigos que no eran mis amigos. De las fiestas en las que todos sonreían, pero no se la pasaban bien. Donde la vida era una carrera constante por rebasar al otro, y la reina de la graduación aún era la perra que nadie quería, pero hacia la que todos se abalanzaban como gusanos

a la carne. Necesitaba escapar de esta vida, necesitaba encontrar algo distinto, necesitaba encontrar mi propio camino, pero era difícil escapar del único mundo que conocía.

El hombre apareció en la puerta, atrás de mí, con su sombrero de chofer en la mano, y se encontró con mi mirada en el espejo.

—Estaré afuera cuando esté lista para ir al evento, señorita Fairmont.

—Gracias. Salgo pronto.

El asintió y dejó el cuarto. Mis ojos volvieron al espejo. Ojos cafés, ligeramente delineados en color chocolate. Suficiente maquillaje para esconder imperfecciones y nada más. Elegante, no decadente. Mi madre me había entrenado bien. Miré dentro de mis ojos y traté de encontrar a la persona detrás de ellos. El espejo mostró a la persona que habían criado para que yo fuera. Vestido de diseñador sutil y sofisticado. Un exterior pulido, desde el cabello hasta los talones. Miré mi cascarón y me pregunté por qué no podía escaparme de él. Esa noche era la gala más importante de recaudación de fondos de una organización muy querida. Un evento significativo que no debía perderme. A lo mejor al día siguiente podría cambiar de página. Intentar de nuevo dejar el nido y vivir una vida genuinamente feliz. Apliqué una capa de brillo transparente sobre mi labial y evité mis ojos en el espejo.

—Brant Sharp.

—Layana Fairmont.

—Me gusta tu pelo.

—No soy prostituta.

Su boca no cambió, pero sus ojos se encendieron.

—Puedo pasar eso por alto.

Las cinco líneas de nuestra presentación emitidas durante las dos horas de la gala para recaudar fondos. Nada románticas. Atribuí mi atrevida respuesta al alcohol, a las dos copas de vino consumidas que con Merlot apaciguaron mi autodesprecio.

Acepté la mano que me extendía, la apreté firmemente mientras estudiaba al

hombre. Su nombre lo había reconocido en el mismo instante en que salió de sus magníficos labios. Había asechado, en un nivel mínimo, a este hombre desde que me involucré en Jóvenes Americanos Sin Hogar.

Brad Sharp. Genio. Billonario. Filántropo.

Estaba todavía más guapo de lo que lo imaginaba a raíz de la pequeña imagen que aparecía en los periódicos en comunicados de prensa. La verdad es que no le hacía justicia a este hombre, que más bien era digno de una portada de *gq*. Pero fue su intensidad lo que verdaderamente me sorprendió. Me miraba como si yo fuera un problema y buscara en mi alma una solución. También parecía extraordinariamente atraído por mi cabello y sus ojos frecuentemente dejaban los míos para mirar las hebras erráticas.

Puedo pasar eso por alto. Me reí de la respuesta, él pareció disfrutar del sonido y su boca incluso se torció un poco. No era una sonrisa, pero casi. Para mí, una persona a la que las sonrisas le parecían una máscara para las emociones, resultó un cambio refrescante.

—Es un placer conocerte. Soy una gran admiradora de tu trabajo en JASH.

Jóvenes Americanos Sin Hogar era el único vestigio de la dolorosa crianza que me dio mi madre. Era una caridad a la que me impulsó desde una edad temprana que terminó infiltrándose en mi corazón y no me dejó ir.

Cualquier resto de sonrisa desapareció.

—Yo no lo llamaría trabajo. Mi oficina hace un cheque. Solamente eso.

—Los fondos son muy importantes —decir «fondos» era hacer menos su contribución.

El año anterior, yo personalmente había donado medio millón de dólares, el seis por ciento de las donaciones anuales. Su cheque cubría el noventa y dos por ciento. Era suficiente para hacerlo el Presidente honorario del Consejo, aunque nunca se aparecía en las instalaciones o en las reuniones de éste. Habíamos escuchado, discutiendo libremente en reuniones con donas rancias y café, los rumores que rodeaban a nuestro presidente. Beth Horton, una mujer con lengua viperina y madre de siete niños, cuya cara cargaba permanentemente una expresión amarga excepto cuando divulgaba un chisme emocionante, me había transmitido los detalles.

—Ha habido cientos —me confió ella en la reunión del Consejo del año anterior mientras se metía completa una dona espolvoreada en su boca y yo la

miraba atentamente, con tanto interés en la posibilidad de que se ahogara como en discutir la vida sexual de Sharp—. El hermano de mi chofer es portero en su departamento del centro y dice que las chicas aparecen a todas horas. Chicas bellas, pero evidentemente prostitutas. Nunca sale con ellas, y sólo se quedan unas pocas horas.

Asentí, un poco incrédula. Eso explicaría por qué nunca había sido fotografiado con una mujer. El hombre parecía no tener citas, un hecho que enloquecía a las mujeres de San Francisco y que había acarreado rumores ocasionales de homosexualidad. Los rumores nunca llegaban lejos... demasiadas mujeres que lo habían conocido y habían trabajado para él, los disolvían. Me gustaba la idea de las prostitutas, del hombre desatando en la privacidad de su casa un infierno sagrado con una mujer de la noche.

Los fondos son muy importantes. No respondió a mi comentario y éste se quedó flotando entre nosotros. Tomé un sorbo de champaña.

—Me sorprende verte aquí.

—¿Por qué? —la mirada como láser de este hombre era perturbadora. Cuando te miraba, no había vacilación, sin duda escuchaba tus palabras y las procesaba como correspondía.

Me traté de relajar, con la presión de una respuesta inteligente encima y el conocimiento de que estaba en presencia de su brillante intelecto. Nunca he sido una mujer que encuentre sexy la inteligencia. Cuatro años en esa cuna de nerds llamada Stanford podría curar a cualquier mujer de ese error. Pero este hombre... quizá no era su intelecto. Tal vez era la mezcla de inteligencia con confianza e intriga, combinados en la copa de Martini de una apariencia deslumbrante.

Encogí los hombros. Bebí otro sorbo de champaña. Anhelé algo más fuerte que eso. Percibiendo que se había acercado, tuve un impulso poco natural de agacharme hacia él y oler. Medir las aguas poniendo mis manos en las solapas de su traje y jalando. ¿Sostendría la mirada?, ¿se haría para atrás o me llevaría a algún lugar privado y me cogería intensamente? Mi autoconfianza temeraria de un rato antes se activaba en presencia de este hombre.

Pasé saliva. Traté de regresar mi mente a la conversación.

—Nunca has venido al campus o te has presentado en una reunión del Consejo. Solamente asumí que la recaudación de fondos de primavera sería

evadida también.

—Thomas Yand está en la lista de invitados. Espero poder hablar con él. Ha estado evitando mis llamadas.

—Ahhh —me paré más cerca. Bajé la voz—. Así que esto es una emboscada.

—Ése era el plan. Un cómplice me ayudaría —subió las cejas juguetonamente y cada hueso femenino de mi anatomía se puso atento.

Sí, definitivamente no era gay. Podía entender cómo todas las empleadas acudían a su defensa. Con dos minutos ante su presencia mi cuerpo había tenido alrededor de nueve punzadas de excitación. Tragué saliva. Pinté una expresión improvisada en mi rostro.

—¿Qué se te ocurre?

No necesitaba un cómplice. Era uno de los hombres más ricos del mundo. Tan poderoso como Bill Gates en términos de tecnología. Pero actuamos bien nuestros papeles. Coqueteamos encima de pedazos de queso y susurrámos sobre la champaña. Celebramos con sonrisas conspiradoras cuando Yand fue acorralado, yo de un lado y Brant en el otro. Dejé que su conversación arrancara y luego me alejé. Me retiré al otro lado del lugar, donde Anne Waters, una rubia teñida con copas doble d, me acosó, chupando pastel de camarón de sus dedos y sumergiéndose en un largo relato de sus compras de verano en la ciudad. Asentí amablemente mientras mi mente vagaba junto con mi decisión de vivir una vida diferente, fortalecida a cada lamida vulgar de sus dedos. Le dirigí una mirada a Brant y vi una concentración profunda mientras le asentía a Yand.

Dentro de mí apareció un flujo de deseo, impulso que me tomó por sorpresa. Es cierto que había anticipado respetar al hombre. Era imposible no respetar a un hombre cuyo iq doblaba el mío, cuyas donaciones anuales eran la sangre que mantenía el corazón de la mitad de las donaciones de caridad de la ciudad bombeando. Pero mis expectativas, si es que en algún momento creí conocer al solitario hombre, eran que me desagradaría.

Razón 1: Era increíblemente rico, había tenido ese estilo de vida desde que era adolescente, había sido mimado y adulado cada día de su vida adulta. Ésa era la receta probada para un cabrón.

Razón 2: Era increíblemente inteligente. Habría esperado que su ego fuera

igual a su cerebro, creando un nerd pomposo y arrogante. Uno que esperara la aprobación en forma de adoración. Uno que lanzara datos aburridos mientras mirara mis pechos.

Lo que no esperaba era todo lo que no era. Silenciosamente confiado. Modesto. Espectacular. Un intenso interés que no jugaba.

Dejó de ver un momento a Yand, puso sus ojos en los míos y todo el mundo se detuvo cuando nuestras miradas se juntaron. Rompió el contacto, y vi cómo extendía la mano en un apretón mecánico y se movió, despidiéndose de Yand con una sonrisa amable. Sus piernas lo llevaban en mi dirección. De nuevo, nuestros ojos se enlazaron, y yo quería mirar en otra dirección, pero no podía. Sólo podía mirar cómo cruzaba el cuarto con pasos suaves hasta que lo tuve enfrente, con una sonrisa entrando a sus ojos mientras trataba con todas mis fuerzas de no desvanecerme.

Su presencia interrumpió la conversación. Al notar el silencio, miré hacia Anne. Murmuré «por favor, discúlpame», y tomé ventaja de la oportunidad de huir. Brant movió hacia atrás mi silla, haciendo un gesto cortés al resto de las personas de la mesa, cuyos ojos vigilantes seguían cada movimiento, un círculo de buitres listos para su próximo alimento. Juntos, con su mano abriendo camino, escapamos hacia las puertas traseras.

—Gracias por la ayuda con Yand —dijo suavemente con su cabeza inclinada un poco hacia mí.

—Gracias por salvarme de esas mujeres —murmuré de vuelta, sonriendo amablemente mientras me cruzaba con Nora Bishop, una mujer de la que estaba bastante convencida de que había pasado la mayor parte de los noventa de espaldas, debajo de mi padre.

Tomó doce pasos llegar a las puertas. Doce pasos en los que me di cuenta de cuánto deseaba a este hombre. Pensé en las historias, las prostitutas, y luego la tibieza de su mano se movió de mi espalda a mi codo, delicadamente pero presionando. Controlaba con cortesía. Yo quería más. Necesitaba más. De repente, nuestros cuerpos estaban solos en el balcón, la noche tibia de verano traía una brisa arrulladora que olía a océano y verano. Ahí, su mano dejó mi codo y tuve un momento para pensar claramente.

Descansé mis codos en el rugoso alféizar del balcón, el corte de concreto me resultaba reconfortante en contraposición al refinamiento de la ridícula riqueza.

Todo esto era un espectáculo. Pasábamos un año juntando fondos para niños que llorarían ante el prospecto de tenis nuevos y luego despilfarrábamos cientos de miles de dólares en una fiesta. Volteé y miré las ventanas que abarcaban por completo los tres pisos y mostraban la producción entera de toda esta falsa gloria. Luego vi a Brant, con su galanura vestida en un esmoquin negro, una imagen que pertenecía a este mundo combinada con un hombre que yo sentía que estaba por encima del mismo.

—¿Valió la pena lidiar con estos buitres por la oportunidad de hablar con Yand? —señalé con la cabeza hacia la fiesta y lo vi por encima, su perfil fuerte, sus ojos en el horizonte, el brillo mortecino de las antorchas exteriores proyectando sombras dramáticas en su cara.

—Valió la pena desde el momento en que te vi —palabras suaves. Impacto dramático.

Sonreí, me subí en el delgado alféizar, lo que me permitió recargarme sobre el balcón y poner la cara entera al viento.

—No me conoces, Brant —*ni siquiera yo me conozco*.

—No, no lo hago —dijo las palabras levemente, como si la idea fuera poco importante.

Me volteé a verlo. Vi la expresión calmada de sus rasgos. Estaba sereno, sin temor. Como si mi atracción por él fuera irrelevante, ya sea por su confianza o porque no le importaba si nos volveríamos a ver algún día. La confianza era la opción que yo prefería; la otra era un problema. No estaba acostumbrada al rechazo, a perder; el pensamiento de ser descartada era difícil de entender. No sabía quién era, no sabía lo que quería, pero sí sabía que era deseable. No tenía nada más que mi autoconfianza. Tragué una inusual semilla de inseguridad.

—Vámonos de aquí.

Eso hizo que volviera la cabeza. Con las manos en los bolsillos, se acercó suficiente para que yo oliera su loción, una esencia exclusiva que me hizo pensar en yates y cigarros.

—¿A dónde quieres ir?

Me volteé hacia adelante, cerré los ojos contra la brisa oceánica y exhalé.

—Fuera de aquí.

CAPÍTULO 3

Saltamos la cerca del balcón por el fondo, donde había una escalera que estaba cerrada para el resto de la fiesta. Nuestro pequeño acto de rebeldía era perfectamente ridículo. Me quité los tacones, nuestra carrera al bajar las escaleras era casi como de Cenicienta, sus manos fuertes jalando las mías, nuestros dedos entrelazados cuando llegamos a la parte de abajo. Traté de juntar el bulto que era mi vestido, con la tela costosa arruinada en la parte de abajo: Versace agendando una cita de planchado con mi tintorería. Me rendí y busqué a mi chofer. El océano de carros negros en el estacionamiento ilustraba la falta de habilidad de la clase alta para diversificarse en cualquier sentido. El Rolls plateado me vio antes y se movió, y apareció el guante blanco de un botones abriéndome la puerta.

—Señorita Fairmont —dijo el joven rígidamente, extendiendo una mano para ayudarme a entrar al carro.

Casi esperaba que Brant me tocara en el carro, que su mano se escabullera en mi pierna, que su persona, amante de prostitutas, pusiera sus labios en mi cuerpo de alguna forma. No lo hizo, sólo se sentó en el asiento al lado del mío, golpeteando rítmicamente con los dedos sobre el reposabrazos mientras miraba por la ventana.

—A mi casa, Mark —el chofer de mi familia, un hombre que había estado en mi vida más de una década, asintió, y sus ojos nunca espionaron por el espejo retrovisor. Recurrir a él era raro, pues estaba reservado para situaciones como ésta, eventos donde esperaba embriagarme. A pesar de los garabateos de mi madre en sus cheques de pago, yo tenía su lealtad. Quién sabe qué secretos les

ocultaba a mis padres, pero tenía un archivo que se equiparaba con el mío. Alejé mi atención de él y la volqué en el misterio que estaba a mi lado.

Había conocido a muchos genios. Stanford estaba llena de ellos, así que había experimentado todos los modelos y hechuras. Y la mayoría eran tipos reconocibles. La naturaleza los bendijo con inteligencia, pero no con habilidades sociales. También estaban los presumidos, hombres inseguros que obtenían confianza vomitando pedazos de conocimiento en cada oportunidad. Luego los del tipo que me ponía más nerviosa: los callados que sólo te observaban a la vez que registraban cada falla en tu carácter para analizarla en otro momento.

Quitó los ojos del paisaje y se volvió hacia mí. Me estudió con intensidad evidente, sus ojos raspando cada poro dañado de mi psique.

—Para —las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

—¿Por qué? —su boca se torció.

—No pienses, a tu cerebro probablemente le haría bien un descanso —sonreí.

—¿Te preocupa qué voy a descubrir?

—No —sí.

—¿Por qué te fuiste conmigo? —la curiosidad en sus ojos era visible. Como si una mujer tuviera que explicar por qué se fuga con un millonario.

—Pensé que deberías tener una noche por la que no tuvieras que pagar.

—Me gusta pagar —sus ojos sonrieron.

—¿Por qué? —ahora yo era la curiosa. Cada pedazo de este hombre me intrigaba. Era fascinante, especialmente por su absoluta falta de preocupación acerca de mi opinión sobre sus actos.

—Es menos desastroso. Yo puedo dirigir la noche. No se involucran sentimientos.

—Los sentimientos pueden volverlo más excitante.

—Y más doloroso.

—¿Te han herido?

—No aún —me miró detenidamente, con un énfasis extraño puesto en las palabras, como si me estuviera dando su corazón con ambas manos, convencido de que lo llevaría al desfallecimiento.

De repente no lo quería. No quería el peso y presión de las expectativas. No quería nada más que regresar la luz a los ojos de este hombre.

El carro bajó la velocidad y vi las puertas frente a nosotros, moviéndose lento

mientras esperábamos para entrar. Me agaché, abrí su cinturón, sus ojos siguieron mi mano, sus cejas se alzaron un poco.

—Ya llegamos.

Mark nos dejó frente a las puertas principales, mi mano abrió el picaporte, después se escapó hacia atrás y jaló a Brant hacia la casa oscura, sus pasos silenciosos me seguían derecho a la parte de atrás. Ahí, el discreto deslizamiento del vidrio contra el hule dio acceso a la parte trasera de mi cuarto y el océano se extendió frente a nosotros. Era un acto que había hecho antes, la vista era muy impresionante y el aire oceánico limpiaba el cuarto de su rigidez. De repente, la vista me pareció vergonzosa frente a un hombre que probablemente poseía islas. Me volteé, oculté el repentino color rojo de mis mejillas, y alcé mi cabellera para decir:

—Bájame el cierre.

Hubo un momento de espera, un momento en el que incliné la cabeza y esperé la presión en el cierre. Entonces sucedió: el lento arrastre, los dedos de su otra mano siguiendo la primera, cuatro puntos arrastrándose hacia abajo sobre mi espalda desnuda, recorriendo el camino completo, pasando la curva de la espalda. Hasta que se detuvo a la mitad de mi espalda desnuda, su respiración cambiando de ritmo, unas pocas inhalaciones salteadas me pusieron una sonrisa en la cara. *Así que sí es humano*. Sus manos se deslizaron para arriba, eran puntos calientes de contacto, rozaron lo alto de mis hombros, despojándome del vestido mientras la tela se deslizaba por mis brazos y abandonaba mi cuerpo. Me volví, desnuda excepto por mi ropa interior, y dirigí una sonrisa traviesa hacia su ropa.

—Quítatela

—Hazlo tú —dijo con un reto y una orden en su tono.

—Tengo que quitarte el hábito de darle órdenes a las mujeres —sacudí la cabeza.

Él frunció el ceño, jaló su corbata de moño, aflojándola y comenzando a abrir los botones superiores de su camisa.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste lo que se te pidió? Encogí los hombros y respondí:

—Es difícil retroceder tanto en el tiempo.

Luego, por mucho que deseaba quedarme viendo cómo se desvestía, me volteé y me deshice de mi vestido, a la vez que escuché el golpe de su zapato de vestir chocando con el suelo. Me acerqué a la cama, estirándome para jalar el edredón, y brinqué un poco cuando sentí el calor de su mano que me volteaba hacia la dura superficie de su pecho. Una plancha de piel contra piel en cuerpo completo, planos duros uniéndose a curvas suaves. *Nada* entre él y mi...

—¿Sin ropa interior? —murmuré, nuestras caras a pocos centímetros, la suya iluminada por el brillo de la noche.

—Parecía una pérdida de tiempo.

No me besó a pesar de que alcé mi barbilla, invitándolo a hacerlo. Su mano se escabulló bajo la línea de mis pantis y apretó mi culo.

—¿Y entonces la mía qué es?

—Una distracción bonita —deslizó su mano más arriba y envolvió mi cintura fuertemente, y creo que vi el asomo de una sonrisa antes de que nos lanzara hacia la cama.

Un rollo de piel desnuda, piernas enlazadas. Mi ganeo por encima de él, nuestras bocas se encontraron, el primer beso se formó. Su boca estaba dudosa, sus manos seguras, y tuve que preguntarme si besaba a las prostitutas antes de cogérselas. Luego, el beso se hizo más profundo, nuestra conexión se solidificó, y saqué el pensamiento de las prostitutas de mi cabeza.

Hubo una pausa cuando me empujó y se alejó de mí para sentarse, sus manos arrastrándose sobre las curvas de mi piel. Una pausa llena del suave sonido de la respiración, una pausa llena de un momento de decisión cuando me miró a los ojos y su mirada sostuvo una interrogación.

No contesté con la boca. Rodé hasta que mis piernas salieron de la cama y mis pies tocaron la alfombra. Caminé hacia el ropero, abrí un cajón y nadé entre pantis y tangas hasta que mi mano topó con algo metálico. Saqué un condón y caminé de regreso, mis ojos tomaron un tour de apreciación por su cuerpo mientras él estaba acostado sobre su espalda, expuesto. Sus ojos me sonrieron, su boca sólo se curveó lo suficiente para subrayar lo que talvez era un hoyuelo. No hizo ningún movimiento para cubrir el impresionante órgano que se recostaba contra su muslo.

No esperaba la confianza que demostró. Pensé que un nerd de las

computadoras estaría más avergonzado de su cuerpo, sería más arrogante con su mente. Pero no había citado ni un sólo dato, no había hablado para nada de su compañía o de su dinero. Trató la situación de la misma manera que yo lo hice, como dos adultos que buscan pasar un buen rato. Estiró una mano, tomó el condón y lo puso atrás de él, en el buró. Su mano regresó a tomar la mía.

—Aún no. Ven —me jaló a su lado, se hizo hacia adelante hasta que parte de nosotros se tocaba, y estaba lo suficientemente cerca para presionar un beso en mis labios, sus dedos comenzando en mis hombros, suavemente tocando los músculos de mi cuello, sondeando con delicadeza mientras su toque exploraba las líneas de mi contorno. Cerré los ojos, dejando salir un suspiro. Me relajé contra la almohada mientras él bajaba sus manos aún más, las palmas planas en el bulto hinchado de mis pechos, su toque gentil al expandir sus manos y meterme en ellas—. Eres hermosa —dijo con un toque de susurro en el tono. Su cuerpo se acercó—. Lamento si no... si no estoy acostumbrado al romance, Layana.

Mis ojos se abrieron y mis manos se detuvieron en su delicada exploración que estaba a punto de alcanzar su verga.

—No creo estar buscándolo.

—Pensé que todas las mujeres lo buscaban.

Me puso de lado, pasó sus manos alrededor hasta que tomaron mi culo y me jaló contra sí. Aire caliente entre nosotros.

Vi dentro de sus ojos y encontré al fin el momento en que él bajó su boca a la mía. No. *Esto*. Esto era lo que toda mujer busca. Una boca que al besarla respondiera a la vez hambrienta y tierna.

Esto. El firme arrastre de mi cuerpo hacia el final de la cama, ojos dominantes, manos fuertes, el empuje de mi duda hasta el colchón.

Esto. Mis manos en su cabello, arañando sus hombros, mi cuerpo sacudiéndose bajo su talentosa lengua entre mis piernas. *Esto*. Nuestros cuerpos entrelazados en mis sábanas, su peso en sus muñecas, el momento de conexión primitiva cuando abrió mis piernas y empujó hacia adentro, su verga moviéndose en estocadas seguras, mis gemidos de placer silenciados por su beso.

Esto. Su cuerpo arqueado en el mío, sus manos jalándome duro contra el suyo, el entierro de su verga cuando terminó, susurrando mi nombre, el temblor de su respiración contra mi boca cuando me jaló y me dio una estocada final.

Esto. Esto era lo que quería, lo que mi nuevo yo deseaba. El romance podía esperar.

CAPÍTULO 4

—¿Que hiciste qué? —la voz chillona hizo eco en la gran oficina, rebotando en escritorios antiguos y reconocimientos enmarcados.

—Soy un adulto, Jillian. Tengo todo el derecho de divertir a quien sea.

—Ella no es una descarriada que vive en un tráiler, Brant. Es un miembro respetable de la sociedad. Es muy inteligente, aunque no lo notarías por la vida licenciosa que lleva.

—Yo consideraría a su favor esos detalles. Hablas como si prefirieras que saliera con una cualquiera sin educación. Me fui de su casa ayer en la noche y llegué a la mía electrificado. Trabajé toda la noche y resolví nuestras complicaciones con la recuperación de datos. La mujer despertó un fuego en mí.

La mujer estaba parada, sus perlas crujiendo, la furia en sus ojos encontrando su objetivo y quemando la piel que tocaban.

—Está buscando un esposo. Un nuevo apellido, una meta para la carrera de vida que todas estas debutantes viven.

—Me parece interesante que sepas tanto de sus intenciones.

—Me conoces, Brant. No tengo en mente otra cosa que los mejores deseos para ti. Confía en mí cuando te digo que dejes lo que pasó anoche hasta ahí. No necesitas una relación, y harías bien en mantenerte alejado de esa mujer. La próxima vez que quieras pasar un buen rato, déjame llamar al servicio.

Se reclinó, con un pie en la pata del escritorio y dijo:

—¿Te das cuenta de lo ridículo que es que me pidas prostitutas? La mayoría de las figuras maternas estarían encantadas de verme salir con una mujer respetable.

—Tu madre querría esto. Confía en mí.

Él frunció el ceño y aventó un pedazo de basura al cesto antes de verla a los ojos.

—No te entiendo la mitad del tiempo.

Ella le sonrió con un toque de tristeza en el rostro y replicó:

—Créeme, Brant, podría decir lo mismo de ti.

CAPÍTULO 5

Corrí por la arena, mi tenis chirriando con el agua salada, la rendición de la arena motivándome al sentir los músculos responder, mis piernas alzándose y empujándose, entrando en acción mientras recorría la playa, aumentando mi velocidad cuando mi casa, la línea de meta, estuvo a la vista. Estaba jadeando cuando me detuve, mis manos temblando en mi cadera, la quemazón de mi pecho equiparable a los gritos de mis músculos, la endorfina presente haciendo que todo valiera la pena. Me forcé por mantenerme parada, en ir hacia adelante, mis músculos suspirando aliviados por los pasos relajados. Mis brazos temblaban, los músculos se soltaban mientras giraba mis hombros y mi cuello.

Dos millas. Menos distancia que ayer pero más rápido. Vi mi reloj, el cronómetro detenido ahí, 15:04. Lo borré, la hora volvió a aparecer, y comencé el ascenso a mi piso, donde una banca y una regadera me esperaban. La mujer parada en la puerta me detuvo de improviso, su postura rígida me trajo a la mente el recuerdo de cada directora de escuela que tuve. La vi cautelosamente y continué avanzando.

—¿Puedo ayudarla? —abrí la puerta y entré al mismo espacio que ella, preguntándome al ver al frente del terreno cómo había llegado hasta acá atrás. Éramos una demostración de contrastes: mi piel mojada de sudor y mar, un brasier deportivo y pantalones elásticos tapando mi figura. Ella usaba por lo menos dos capas de ropa, *nylon* cubierto por un traje, un cuello de tortuga emergiendo de su saco. Mis gotas de sudor contra su collar de perlas. Mi cabellera castaña despeinada, apenas contenida por una banda y una liga, su peinado de salón de belleza casi intacto a pesar del viento fuerte. Mi pecho aún

agitado mientras ella estaba derecha como una tabla, con una mirada de desprecio frío en sus rasgos arrugados. Fruncí el ceño ante su expresión. ¿Qué diablos le había hecho yo?

—Jillian Sharp —dijo. Estaba a punto de extenderme la mano, sus labios apretados, su mirada me barría, pero luego lo pensó mejor y eligió mover ligeramente la cabeza, como si ella fuera la reina Isabel y yo debiera reverenciarla.

—Layana Fairmont. ¿Puedo ayudarla con algo? —mi mente estaba trabajando a toda marcha mientras repetía la pregunta no respondida. Jillian Sharp. Jefa del departamento financiero de BSX, el conglomerado digital de Brant. Ella era la cara de la organización, la que conducía conferencias de prensa, entrevistas y reuniones de la dirección. Era, hasta donde yo sabía, muy inteligente, muy avezada en los negocios, y siempre estaba muy ocupada. Lo que me condujo a la pregunta de por qué estaba parada en mi piso a la, vi mi reloj, 1:12 p.m. de un lunes.

—Hablé con Brant esta mañana. Mencionó su pequeña... —ella aspiró en una manera que me pareció desaprobadora, sus rasgos se alzaron, una imagen de irritación dejada en el viento— *reunión* de ayer en la noche.

Probablemente quiere que la haga pasar. Era algo educado tomando en cuenta el sol que la golpeaba y el aire salado, que sin duda estaba arruinando su traje Chanel. La dejé ahí parada, mi mente elaboraba sobre sus palabras.

—¿Y?

—¿Puedo pasar? —carraspeó, como si estuviera molesta por preguntarlo, y tuve que contener una sonrisa que quería salir a jugar.

—Por supuesto —sonreí—. Ya estás en mi propiedad, qué más da si entras a mi casa.

Me senté sobre la arena de la puerta de atrás. Desamarré las agujetas de mis tenis, tan lento como quise hacerlo, me quité los zapatos, luego los calcetines, luego eché agua con una manguera sobre mis pies descalzos y los sequé. Si ella no hubiera estado ahí, me hubiera quitado la ropa, metido a la regadera exterior, tallado el sudor de mi cuerpo y disfrutado media hora de agua caliente, golpeteando y masajeando mis músculos cansados. Luego me hubiera envuelto en una toalla y hubiera entrado.

Pero ahí, la nueva Layana mantuvo algunos modales. Me sequé por completo

los pies y abrí la puerta.

Dos botellas de agua salieron del refrigerador. Una se la pasé a Jillian por encima de la barra de la cocina. Ella la inspeccionó y luego la dejó. No dijo nada mientras yo la miraba extrayendo cada gota de la botella antes de limpiarme la boca con el revés de mi mano.

Silencio. Por supuesto que yo no iba a decir nada. Ella era la invitada sorpresa del momento. La que está muy ocupada, la que tiene cosas que hacer, la importante. Yo podía estar parada ahí toda la semana sin que me afectara en lo más mínimo.

Se aclaró la garganta, un sonido que apestaba a té y biscochos, pero del que yo conocía el pasado. Leí un artículo en *Glamour* que la señalaba como una de las mujeres más poderosas en Silicon Valley. No era de sangre azul. Ni siquiera tenía una educación apropiada. Fue a una universidad pública. Trabajó como maestra de cuarto grado hasta 1997 cuando su sobrino, el ya mencionado Brant Sharp, construyó una computadora en su sótano. Una computadora que hizo que la creación más reciente de IBM se viera como un tazón de gelatina. Una computadora que hizo que sus padres deshicieran sus planes a futuro e invirtieran todos sus ahorros en el Equipo Brant. Él era pequeño, tenía once años. Necesitaba un chaperón. Así que la tía Jillian dejó su trabajo y enganchó su vagón a Brant. Vivió de cupones de comida y sus ahorros en un cuarto vacío en la casa de Brant por dos años. Luego ella cerró el primer trato y todos los Sharp movieron sus cuentas de banco siete decimales a la derecha.

—Quiero que te mantengas lejos de Brant.

Wow. No era lo que me esperaba. Casi pensé que sacaría una agenda y encerraría la fecha de nuestra boda ahora que aún tenía fechas libres en verano. Pasé un trago de agua antes de hablar.

—¿Perdón?

—Brant no necesita la distracción de una relación así ahora —ella seguía en el mismo lugar, parada en mi suelo, en una isla de Jillian, con la espalda todavía recta, con una vara aún firmemente incrustada en el culo.

¿La mujer *sabe* que él recurre a prostitutas?

—Ésa parece una decisión que Brant debe tomar —me apoyé en la barra y vi fijamente sus ojos. *Estás en mi casa. No me vengas a joder*—. Me parece que él ya no tiene once años.

Sus ojos parpadearon como si la información que le di fuera un secreto, no algo que cualquiera con cerebro sabría. Su mandíbula se tensó.

—No asumas que lo conoces, o que sabes algo sobre mí sólo porque hiciste una búsqueda en internet. Él no está hecho para una relación, no tiene tiempo para eso. Vengo aquí, de mujer a mujer, para pedirte que te mantengas alejada.

—Y yo te digo *a ti*, de mujer a mujer, que no es tu problema —cualquier interés que haya tenido en Brant se cuadruplicaba con cada palabra que salía de la boca de esa mujer. Había sonreído y obedecido por veinticinco años. No me iba a poner en mi lugar esta maestra de escuela.

Se movió, rebuscó en su bolsa, sacó una cartera Hermes color crema que yo tenía en tono verde. Una risotada salió de mi garganta cuando vi lo que era.

—¿Vas a tratar de *sobornarme* para que me aleje de él? —su mano se petrificó con mi risa, sus ojos duros se deslizaron hacia mí a la mitad del clic de su bolígrafo—. Pasamos una noche juntos, no está a punto de proponerme matrimonio.

—Mejor prevenir que lamentar —dijo en voz baja—. Además, en este momento no hay emociones involucradas. Alejarse debe ser, en tu caso, muy fácil. Eres una chica lista. Estoy segura de que tomarás una decisión inteligente —firmó con su nombre un cheque que había llenado previamente, luego lo arrancó del montón con la sutileza de una hiena y lo dejó caer, como si le quemara los dedos si seguía tocándolo.

No lo vi. Sostuve mi vista en su cara hasta que miró hacia arriba, exasperada, nuestros ojos reunidos arriba de la barra de granito.

—Aprecio la visita, pero creo que es momento de que te vayas.

—Es por tu propio bien, querida. No conoces a Brant. Es un producto dañado —sus palabras ácidas fueron dichas con un toque de afecto, cuya suavidad no minimizó la verdad en sus ojos. Lo creía. Dejó el cheque. Lo empujó con la pluma.

—No necesito tu dinero.

—Un millón de dólares nunca le hicieron daño a nadie.

Bajé los ojos hacia el cheque, sorprendida de ver su nombre en la parte de arriba. *Un millón de dólares*. Para mí significaba una casa de vacaciones extra. Quizá un condominio en Colorado. Nada que fuera a cambiar mi vida. Sin embargo, era una suma significativa de dinero, especialmente si era de su cuenta

de gastos personales.

—¿Para ti vale un millón de dólares que él permanezca soltero? ¿O soy yo en especial la que te hace sentir un enorme desprecio?

De nuevo el parpadeo gris. Una tormenta tropical de emociones en esta pequeña mujer.

—Créeme, quiero lo mejor para Brant. Y para ti.

Empujé el cheque y dije:

—No, gracias. No tiene que ver con Brant. No me voy a vender para dejar de hacer algo.

Rio entre dientes, y su risa sonó a todo menos a jovialidad. En vez de eso, se sintió como largas uñas muertas a lo largo de la espina dorsal, reduciéndome, en una sola estocada de sus cuerdas vocales, a una niña malcriada.

—Oh, qué fácil es para una niña rica adoptar una posición moral. Me imagino que, si hubieras tenido que trabajar un día de tu vida, reaccionarías distinto. Si fuera tu dinero el que construyó esta casa, el que compró la vista hacia el mar.

La vi fijamente y me comí una respuesta que realmente no contenía ninguna sustancia. Tenía razón. Lo que no quiere decir que le iba a permitir permanecer aquí, en mi pinche casa, y hacerme sentir culpable por ello. Vi cómo rompía el cheque en dos y dejaba los pedazos dispersos en la mesa.

—Bien, ¿no quieres mi dinero?, ¿qué tal JASH?

Mis dedos se tensaron en la barra, todo cambió en la cocina en un segundo. No se atrevería. No podía.

—¿Qué con eso?

—El año pasado BSX donó... —paseó su mirada por la cocina, como si estuviera haciendo cálculos matemáticos complejos en alguna parte de su cabeza.

—Siete y medio millones de dólares —encontré mi voz, salió de mi garganta sin ninguna invitación. *No se atrevería.*

—Seis punto seis —me corrigió con voz severa—. Yo encabezo nuestro equipo de contribuciones a la caridad, junto con otros doce departamentos en BSX. Aléjate o retiraré la donación de este año.

Mi mundo se hizo un poco más pequeño. Las donaciones estaban programadas para el siguiente mes. Le pedíamos a BSX ocho millones, que,

además de los gastos normales, pagarían la deuda de tres nuevas casas que habíamos empezado a construir durante el año anterior. Sin su donación, la organización tendría que cubrir ambas hipotecas el año entero. Una tarea imposible. Y, honestamente, con mis habilidades para juntar fondos... No podría cubrir ese déficit. De ninguna manera. Con dificultad pude juntar los dos millones de dólares que conseguí el año anterior. Tragué saliva. Miré a esta mujer malvada que de repente sostenía una casa completa en su cartera. Una casa completa llena de niños sin hogar.

—Lárgate de mi casa en este maldito momento.

Y así comenzó mi relación con Jillian.

CAPÍTULO 6

No reaccionaba bien cuando me decían qué hacer. También era egoísta. Esas dos flechas apuntaban hacia Brant. Instalarme enfrente y al centro de su vida de cualquier forma que pudiera.

Pero no podía ignorar a los niños con los que pasaba los martes y jueves, ése era el único descanso de mi vida superficial, el vistazo que tenía a una existencia solitaria y triste que JASH brillantaba en varios aspectos pequeños. Aspectos importantes. La vieja estaba en lo correcto en algo. No había emociones involucradas en este momento, no había ninguna razón por la que no pudiera alejarme del hombre. Alejarme y permitir que miles de niños tengan un poco de brillo en sus vidas este año. ¿Les quitaría eso solamente para molestar a Jillian Sharp?

Sí, probablemente. Nunca me proclamé una santa. Los manipuladores nunca deben ganar. Además: yo nunca debo perder. Mi nuevo mantra era hacer lo que quisiera, no lo que la sociedad esperara o quisiera. En ese punto estaba casi obligada a mostrarle un épico dedo medio.

Vertí una cantidad generosa de Kahlúa en mi café, me senté en el sofá y medité sobre una decisión. Medité acerca de por qué Jillian estaba tan en contra de una posibilidad que ni siquiera era una posibilidad aún. ¿Era yo? ¿Era el odio a una extraña que jamás había conocido? ¿O a cualquier mujer que quizás interrumpiera el flujo de la vida de Brant? ¿En cuántas cocinas se había parado, cuántos cheques había escrito? ¿Habría enfrentado enemigos?

Tres tazas de café después y recostada en el sofá con la almohada

imprimiendo diseños caros en el costado de mi cara, el teléfono sonó. Volví a la vida sacudiendo los brazos en el aire por un momento mientras lograba ponerme de pie y recuperar el equilibrio.

Me paré un instante con mis pies descalzos sobre el piso de bambú, parpadeé y traté de localizar el origen de mi despertar. El sonido agudo de mi tono me lo recordó. Mis ojos borrosos encontraron el celular en la barra de la cocina, mis piernas débiles me acercaron.

BRANT aparecía en la pantalla. Lo silencié, trastabillé de regreso al sofá y colapsé boca abajo.

Piensa en los niños.

Mi segunda siesta terminó en algún momento después de la comida. El gruñido irritado de mi estómago se apareció entre mi ensoñación producida por el alcohol. Llegué hasta la mitad de los pasos de preparación de un sándwich de ensalada de pollo antes de recordar la llamada de Brant. Mis dedos llenos de mayonesa marcaron al correo de voz.

Un mensaje nuevo, recibido a las 11:07 a. m.

Layana, soy Brant Sharp. Disfruté la noche de ayer, discúlpame por escabullirme sin decir adiós. Me gustaría llevarte a cenar hoy para compensar eso. Avísame si estás libre.

Sin despedida. Sólo el fin de la llamada, mi voz grabada informándome de las opciones respecto a este mensaje. Apreté el 4, lo guardé, terminé la llamada y dejé el celular. Terminé de hacer el sándwich con una mueca en la cara.

Me llamó dos veces más esa semana. Dejó dos mensajes de voz.

La siguiente semana, nada.

La siguiente semana, nada.

La cuarta semana me mandó un gran arreglo floral de orquídeas. La tarjeta sólo decía «llámame».

Día treinta y cuatro: BSX transfirió su donación anual, tomando en cuenta nuestra petición de ocho millones de dólares.

El día treinta y seis le devolví la llamada.

—Hola —silencio total al fondo. Sin maquinaria ruidosa, sin calles transitadas de San Francisco.

—Lo siento.

—Créeme, no volveré a escaparme a la mitad de la noche. Aprendí mi lección.

Me reí. Su tono irónico me hizo sonreír.

—No fue eso. De verdad. Sólo necesitaba poner en orden algunas cosas antes de volverte a ver.

Su siguiente oración fue un gruñido en palabras:

—¿Despejar la banca?

—Algo así —*mejor dicho, como esperar un contrato.*

—Así que... ¿tu banca está disponible?

Me reí.

—Sí, tan poco sexy como suena.

—Bien, quisiera llevarte a cenar hoy.

Sonreí.

—Recógeme a las siete.

Jillian debía tener una conexión directa al cerebro del hombre. Me llamó tres horas después. Como el número era desconocido, contesté mientras doblaba ropa limpia, las prendas blancas extendidas en mi sofá como banderas de rendición.

—No pensé que fueras una mujer que renegaría de un trato —sin saludos amables, sin preámbulos antes de entrar en la materia del asunto. Reconocí de inmediato su voz. Mi boca se ensanchó en una sonrisa, obtuve un mes entero de placer con el sonido de irritación en su tono.

—En la guerra y en el amor todo se vale, Jillian. Tenemos un año antes de la próxima donación de BSX a JASH. Eso nos debe dar suficiente tiempo para ordenar este asunto.

—No creo que vaya a recordar tu nombre en un año.

Le troné la lengua.

—¿Te doy un consejo?, no me empujes. Eso sólo hará que lo busqué más.

—Un consejo, *querida* —sumergió la última palabra en veneno, dibujándola

de una manera que hizo a mi frente arquearse de admiración—. Date cuenta de cuando alguien está tratando de hacerte un favor.

No tenía una respuesta ingeniosa para eso. Ni siquiera lo entendía suficientemente bien para contestar. Tragué saliva, doblé dos veces la camiseta blanca que tenía en las manos y la agregué a la pila.

—No te preocupes por Brant, no lo voy a herir.

—Eso no es lo que me preocupa, en realidad —ella dudó. Pude escucharla tomar aire antes de hablar de nuevo—. Llámame cuando descubras qué es.

No hablé con ella de nuevo durante nueve meses. La llamé la noche en que descubrí su secreto.

CAPÍTULO 7

*L*os hombres ricos eran una raza que conocía bien; un hombre rico me crio, mis impresiones de él fueron tomadas durante los breves momentos en que era notorio durante mis primeros dieciocho años. Salí con las versiones jóvenes, los que habían nacido en el mundo de las cuentas de ahorro para la universidad, genealogías de Harvard y clubs exclusivos. Su sentimiento de que tienen derecho a todo era secundado tan sólo por su ego inmerecido. Luego, me gradué de la universidad y me mudé al mundo de los hombres, versiones viejas de los anteriores que me recordaban demasiado a mi padre. Hombres que tomaban las cosas antes de preguntar y que esperaban subordinación de cualquiera que tuviera pechos.

Los hombres ricos tenían sus beneficios: limusinas, casas para vacaciones, jets privados y regalos exorbitantes. También tenían desventajas: arrogancia, deslealtad, una agenda imposible y, casi siempre, una opinión sobre las mujeres que dejaba mucho que desear. Pero, ey, ésa era una de las cosas raras que tenía en común con casi todas mis citas, una falta de respeto mutua. Y probablemente era la razón por la que nunca tuve una relación que haya rendido frutos.

Brant era completamente distinto a cualquier hombre rico que yo hubiera conocido. Me escuchaba cuando hablaba. Me veía a los ojos y no a los pechos. Me pedía mi opinión, valoraba mi intelecto. Se acercó a nuestra relación reciente de la manera cautelosa en la que un gato se acerca a su comida, avanzando delicadamente antes de tomar velocidad, sus pasos tan nuevos y explosivos como los míos. Bailábamos cuando estábamos juntos, nuestros movimientos se volvieron más fuertes, más seguros con cada día que pasaba. Juntos, creamos y

exploramos nuestros papeles. El sexo era la única área de nuestras vidas en la que no necesitábamos práctica.

El hombre... era un animal. Sorbí mi café y me acomodé en la silla, con el cuerpo adolorido recordándome algunas noches antes, su hábil manipulación de mi cuerpo que me había llevado al orgasmo cuatro, cinco... luego seis veces. Me torcí un poco para ver a Brant, que entraba en la cafetería. Me vio al acercarse y luego imprimió un beso contra mis labios.

—¿Esperaste mucho tiempo?

—Cinco minutos. Aquí está —empujé su café—. Negro, sin nada, hombre aburrido.

Se acomodó en el asiento y lo tomó con el semblante serio.

—Es masculino. Hace que me salga pelo en pecho.

Me reí en mi taza.

—No quiero pelo en tu pecho. Lo prefiero como está, perfectamente acicalado por tu equipo de estilistas.

Eso me hizo ganarme un verdadero ceño fruncido.

—No son estilistas, son...

Mi hombre elocuente parecía haberse quedado sin palabras de repente. Me reí, jalando ligeramente su muñeca hasta que su café ya no estuvo al alcance, luego me agaché sobre la mesa y le robé otro beso. Tomó la parte de atrás de mi cuello, jaló mi boca con más fuerza hacia la suya, confirmó su masculinidad en un momento rudo de pasión. Me retiré sonrojada a mi asiento. Una mujer que iba pasando me vio como si acabara de fornicar en el piso de la cafetería.

—Lamento lo de ayer —la felicidad se había ido de la voz de Brant.

Encogí los hombros.

—No hay problema. Fui de compras e hice algunos pendientes en el centro.

—Estoy a punto de llegar a la fecha de entrega de un esquema de página web. A veces entro a un ritmo de trabajo y pierdo la noción del tiempo.

—Está *bien*. Sólo estaba preocupada. No estoy enojada, sólo odié molestar a Jillian por eso —«Odié molestar a Jillian» era una manera suave de ponerlo. Brant y yo hicimos planes para cenar, a las 6 p.m., en Alexander's. Esperé en nuestra mesa media hora antes de irme, luego de llamarle sin éxito. Había dudado sobre mandarle un mensaje a Jillian, pero al final mis dedos se movieron a través de la pantalla por la preocupación. Sólo por si algo había pasado, por si

él se había perdido. Esperaba una respuesta grosera, algo que hiciera ver lo poco importante que era para él. Pero respondió rápido y con profesionalismo.

Está aquí en la oficina, probablemente trabajará hasta tarde. Sin duda perdió la noción del tiempo. Lo lamento.

El hecho de que hubiera sido decente en su respuesta sólo me irritó más. Incliné la balanza a su favor, sentando precedente para un acto de civilidad similar de mi parte. Corté un pedazo de panqué.

—Déjame compensarlo.

Lo vi mientras masticaba, las moras mezclándose con el azúcar y la harina en una combinación deliciosa dentro de mi boca.

—Adelante —murmuré.

—Hoy voy a mandar al diablo el trabajo. Soy todo tuyo.

Engullí el bocado.

—Pero tienes una fecha de entrega cerca. Has estado trabajando por tres semanas para hacer...

—No me importa —se estiró sobre la mesa y tomó mi mano—. Tú eres más importante, y he despejado un día entero para consentirte y compensar la noche de ayer.

Alcé una ceja.

—¿Un día entero? Eso es un gran compromiso, señor Sharp.

Me vio a los ojos.

—Uno que estoy listo para cumplir.

Me agaché y bajé la voz.

—¿Y qué has planeado hacer en este día lleno de mimos?

Llevó mi mano a sus labios.

—Pensé que podemos empezar por pasar a mi depa. Tengo algunas ideas para compensarte.

—¿Ideas sexis? —murmuré juguetonamente.

Con una mano suavemente empujando mi cuello, se agachó hacia adelante hasta que su boca estaba contra mi oído.

—Ideas que harán que tus piernas tiemblen a cada lado de mi cuello. Ideas que me tienen tan duro y listo que a lo mejor no consigo esperar todo el camino. Ideas que harán que grites mi nombre y...

—Vámonos —me puse de pie de un brinco, las patas de la silla chirriaron al deslizarse por el suelo. Jalando sus manos, lo llevé hacia la puerta.

CAPÍTULO 8

*E*l departamento de Brant en el centro era su guarida de sexo, el lugar donde las prostitutas de lujo habían entretenido a mi hombre y satisfecho cada uno de sus deseos carnales por las últimas dos décadas. Sí, ahora estaba parada en un cuarto donde otras mujeres habían gritado su nombre, trabajado su verga. No podrían importarme menos el hombre parado delante de mí, sus ojos oscuros, mi cuerpo estrujado, sus dedos despojándome de mi ropa. Yo podía ver dentro de su alma. Él no tenía ojos para nadie más en el mundo. Él no pensaba, imaginaba ni esperaba nada más que lo que yo tenía. Me cargó y puso en la parte superior de la barra, sus manos deslizando mis shorts fuera de mis piernas, quitándome las sandalias, acariciando la piel cuando emprendían el camino de regreso. Se agachó en el suelo, miró arriba, hacia mis ojos, y empujó el interior de mis rodillas, separando mis piernas hasta que quedé abierta. Sus ojos bajaron, su nueva estatura estaba a la altura perfecta.

—Brant —gemí, la exposición era muy grande, la postura abierta causaba que el aire golpeará lugares que habitualmente estaban ocultos.

—Guarda silencio, bebé —deslizó sus manos dentro de mis muslos, mis manos buscaron su cabello al mismo tiempo que su mano derecha me frotó. Inhalé, abriendo más las piernas, y él gimió un poco cuando pasó un dedo sobre los labios de mi sexo, delineando los pliegues con apenas un toque. La caricia provocativa hizo que mi cuerpo reaccionara, que gritara por él de la única manera que sabía, juntando humedad; su respiración silbando mientras metía parcialmente un dedo. Miró hacia arriba, su cabeza se movía bajo mi mano, sus ojos se alzaban hacia los míos y hubo un contacto visual sostenido cuando él

sacó su dedo y probó mis jugos con los ojos cerrándose un instante—. Dios, sabes tan dulce. Quiero enterrar mi rostro en ti, Lana —restableció el contacto visual, su dedo regreso, provocando ahora a mi exterior, toques suaves rompiéndome en pedazos a la vez que él tocaba cada parte de mí, sus dedos explorando, haciendo pruebas, dando vueltas y empujando. Mi espalda se arqueaba, mi boca se abría mientras lo miraba, imposibilitada de quitar los ojos de la escena de sus caricias.

Jalé su cabeza cuando ya no pude más, jalé su boca hacia mi sexo. Mi cuerpo despertó al fin cuando el toque caliente me envolvió, su lengua sumergiéndose dentro de mí antes de cubrir mi clítoris y empezar una estimulación con succión húmeda que me puso a jadear, mis manos enloquecidas en su cabeza, mis ojos sorbiendo nuestro difuso reflejo en la ventana, una imagen de deseo desesperado. Me tomé de la barra y jalé su cabeza, imposibilitada para... me sacudí debajo de su boca...

—Brant, yo... —y luego grité sin poder detenerme, mis caderas moviéndose a un ritmo frenético contra su boca, sus manos apretando mis caderas, manteniéndome hacia abajo, sosteniéndome mientras me deshacía.

Relajó su boca mientras yo descendía, su lengua mantenía el movimiento, pero con más suavidad, el orgasmo expandiéndose bajo su lengua, mi respiración haciéndose más fuerte, mis brazos rindiéndose. Colapsé en la barra, mis piernas aflojándose, sus manos dejando al fin que se cerraran. Abrí los ojos cuando me alzó.

Me cargó al cuarto, mis miembros estaban luchando por revivir. Me depositó suavemente en la cama, sus manos acomodando mis brazos y piernas. Al dejar caer sus pantalones, reveló lo listo que estaba.

—Wow —mis brazos funcionaban ya lo suficiente para levantarme, mis ojos brincaban desde su excitación hasta sus ojos, descubriendo la media sonrisa que torcía sus labios.

—Estás tan hermosa en este momento —dijo, abriendo un condón y deslizándolo sobre su eje, la sacudida de su verga enfundada tentándome, la altura de su erección mojándome la boca. Doble las rodillas y abrí las piernas, dándole la vista carnal que sabía que deseaba. Una maldición en voz baja salió

de su boca mientras se hincaba en la cama, pasando sus manos por mis piernas al prepararse para entrar—. Dime si te duele —murmuró, inclinándose hacia adelante, su cabeza empujando a dentro, la circunferencia haciendo que un suspiro se escapara de mis labios, mis ojos bajando para beber de la deliciosa visión de los labios de mi vagina envolviendo su verga.

La tenía gruesa. Acicalada. Hermosa. Empujó un poco hacia adentro, luego hacia afuera. Varias pulgadas faltaban aún, el condón húmedo con mi excitación, el poco pelo de mi vagina húmedo y enmarañado, enmarcando su verga mientras él se tomaba su tiempo, dejando que me adaptara a su lento deslizar tan... todo. Perdí la capacidad de pensar con claridad, dejé la vista actual y lo miré hacia arriba, sus ojos en los míos, y la apariencia de su rostro, tan vulnerable, tan brutal. Me miró como si fuera su mundo, como si nuestro mes de cortejo fuera mucho más, como si yo tuviera ya su corazón y él el mío. Adoraba mi rostro con su mirada, el único movimiento era la oscilación de su rostro al entrar y salir de mi cuerpo. Al momento en que empujó por completo, cuando dejó atrás lo dulce y entró a lo doloroso, al instante en que mi cuerpo estuvo adaptado por completo a su ancho y largo, el deseo tan grande como la satisfacción... lo vi. Lo dijimos mediante los ojos, sin necesidad de palabras, nuestro vínculo completándose cuando él bajó su boca a la mía y robó un pedazo de mi alma.

Me estaba enamorando de él.

CAPÍTULO 9

*M*e arrastré hacia su pecho, acaricié su estómago, las líneas de su cuerpo, sus músculos abdominales brincando bajo mis dedos cuando exhalaba. Mi mano se movió más lento, deslizándose bajo la sábana. Un rugido salió de su garganta cuando puse mi mano alrededor de él. El duro músculo se despertó bajo mi toque.

—No empieces a menos que quieras más.

—¿De qué? —lo incité—. Siempre quiero más —le di un apretón final y luego lo liberé, arrastré mi mano hacia su pecho, deseando unos pocos minutos más de esto. Brant estaba relajado, su intensidad había disminuido a un nivel que era adorable, sus ojos cerrados contra la almohada, el único movimiento era el subir y bajar de su pecho bajo mi mano.

Permanecimos así, en silencio, por un rato. Los placeres de después del sexo aún se disparaban ocasionalmente en mis miembros. Cerré los ojos y recorrí mi vida sexual. No había entrado a esta relación siendo una virgen. Había tenido mi porción de amantes, siete u ocho, si tuviera que adivinar. Había tenido orgasmos y algunas noches desenfrenadas en las que había caminado en el lado más salvaje de las sábanas. Pero nunca había tenido sexo como el que tuve con Brant. Una sesión completa donde el enfoque era uno sólo: mi placer. Siempre tenía un orgasmo, el acto final, pero era un efecto colateral, no la meta. La meta de Brant, todas y cada una de las veces, era dejarme satisfecha con cada posible orgasmo convocado, extraído y arrancado de mi cuerpo por sus manos codiciosas, su boca, su verga.

Lo envolví con mi pierna, apreté más fuerte. Sentí su brazo estrujarme en

respuesta.

—Cuéntame de las *escorts* —no supe de dónde salió eso; brincó de mis labios sin ninguna advertencia. Sentí el cuerpo de Brant ponerse un poco tenso debajo de mí, su mano paró la floja exploración que había empezado en mi piel.

—¿Qué has escuchado?

—Que eran cientos, que venían aquí, no a tu casa.

—Esto está más cerca de la oficina. Y tengo demasiadas cosas valiosas en mi casa, mi trabajo y mi privacidad. Aquí funcionaba mejor.

Puse mi barbilla en su pecho y observé su cara, sus ojos azules posándose en los míos.

—¿Cientos? —pregunté.

Frunció el ceño.

—No, en los últimos veinte años... —encogió los hombros— hubo aproximadamente quince.

Digerí el número. Por un lado, eran más que los míos. Por el otro, era menos de lo que esperaba.

—Y, ¿por qué prostitutas?

Se ruborizó, algo que nunca lo había visto hacer.

—Satisfacer a una mujer es importante para mí. Quería aprender de una profesional.

—¿Aprender?

Despejó un cabello rizado de mi mejilla, lo enroscó alrededor de su dedo antes de ponerlo detrás de mi oreja.

—Era joven la primera vez. Diecisiete. Nunca había besado a una mujer, todo mi mundo estaba básicamente reducido a mi sótano. Quería tener citas, mis hormonas estaban enloquecidas, pero Jillian y mis padres no querían que estuviera correteando por la ciudad a la primera chica que viera.

—¿Así que te pidieron una prostituta? —me levanté de su pecho y el movimiento hizo que mis senos se movieran. Sus ojos bajaron a verlos, una exhalación profunda salió de su pecho. Se tomó un momento, sus manos subieron por mi espalda y se curvaron hacia adelante, envolvieron mis senos con reverencia—. Brant —dije, tratando de concentrarme porque dirigió toda su atención hacia mi pecho—. Brant —repetí—, ¿tus padres te consiguieron una prostituta?

—No —murmuró, tratando de ponerme más arriba, su boca subía, besó mi cuello e inició su descenso—. Jillian me consiguió a Bridget McCullen, una niña de dieciocho años directamente salida de una de las páginas de mis fantasías.

—Una prostituta —repetí, deslizándome hacia abajo para alejar mi pecho. Era una posición nueva que me dejaba sentir exactamente cuánto lo afectaba mi cuerpo. Sonreí, a pesar de lo que quería.

Al fin vio hacia arriba.

—Bueno, no sabía que era una prostituta. Jillian hizo que tocara la puerta un día que estaba solo. La niña básicamente me arrastró del sótano hacia mi cuarto. Me hizo la primera mamada de mi vida y me hizo olvidar todo acerca de las computadoras por tres buenos minutos.

—¿Eso no es ilegal? Tenías diecisiete. ¡Ella es tu tía! Es perturbador de tantas maneras que ni siquiera puedo nombrarlas todas.

Se rio.

—Era lo mejor que podían hacer por mí en ese momento. Y yo no quería dejar la casa, no quería... —vio hacia abajo y se ocupó de subir las sábanas—. Entiendo que ellos me hayan querido mantener cerca. Proteger. No sabía que era una prostituta. Creí que yo le gustaba y que se había mudado cerca hacía poco. Estuvo presente por dos años. Me transformó de niño a hombre. Luego... se fue.

—¿Qué sucedió?

Subió los hombros.

—¿Se mudó?, ¿consiguió novio? No sé. Me rompió el corazón. Estaba seguro de que éramos el uno para el otro hasta que Jillian tuvo una plática de corazón a corazón y me dijo todo. Cómo la chica estaba interesada en un pago y nada más. Cómo debía concentrarme en lo bueno que había obtenido de la relación. Estaba enojado. No le hablé por algunos días. En ese entonces ya me había mudado, vivía aquí. Pasaron unos días más y luego ella mandó a una chica nueva. Entendí la prueba. No podía estar enojado con ella por darme algo que yo deseaba. Así que podía despedir a la chica, sabiendo que era una prostituta, o aceptar la jodida realidad que era mi vida —me miró—. Así que me la cogí. Y fue diferente que con Bridget. Entendía la dinámica y podía controlar la situación, por lo que me enfoqué en lo que quería, la habilidad de complacer a una mujer. Y concluí que algún día tendría a una mujer que fuera digna de que usara esa habilidad en ella.

Lo vi fijamente. Parpadeé. Lo vi un poco más.

—¿Te das cuenta —dije lentamente—, de que no deberías de estar compartiendo todo esto conmigo? Ésta es la clase de cosas que debes de mantener en secreto. El esqueleto de tu vulnerabilidad.

Se rio, sus manos me rodearon y giramos hasta que él estuvo sobre mí y su verga aún estaba ahí, rogando por atención.

—Entonces ahí está, esos son todos mis esqueletos. ¿Aun así me aceptarás? —mordisqueó una ruta por mi cuello, y yo temblé. Bajé una mano y rodeé su parte de la que no podía tener suficiente.

—¿Esqueletos? —musité—. Bueno, sí que me gusta un buen hueso.

Gruñó en mi cuello, tomando mi mano.

—Eso fue tan de mal gusto.

Me reí.

—¿De buen mal gusto?

Movió su cabeza contra mis rizos.

—De mal gusto malo.

—Me gusta que sea malo —murmuré, mi voz bajaba, mi mano apretaba, sus caderas hundían su verga en mi empuñadura.

—Por dios, mujer —se hizo hacia adelante y se estiró sobre mi cuerpo, tomó la manija de la mesa de noche, la mano chocando sobre objetos por la prisa—. No sé qué hacer contigo.

—¿De verdad? —lo provoqué—. ¿No sabes qué hacer conmigo?

—Corrijo eso —musitó, se alejó de mí lo suficiente para cubrir su verga, sus manos temblando un poco por la urgencia—: sé exactamente qué hacer contigo.

De repente estaba de nuevo encima de mí, y su verga estaba adentro, y me mostraba exactamente lo que contemplaba su plan.

CAPÍTULO 10

*J*illian y yo nos embarcamos en una batalla silenciosa, en la que ella empujaba de todas las maneras pasivo-agresivas que podía, haciendo campaña con todas las formas posibles en contra de la relación que Brant y yo estábamos formando. Una batalla sin palabras, pero a través del hombre que amaba y del que yo me había enamorado.

Entré en el siguiente obstáculo el martes por la mañana, mi día dedicado a JASH. Al abrir las puertas fui recibida por un nuevo y brillante espécimen masculino, rematado con un verdadero abdomen de lavadero, una sonrisa blanca que cegaba y un atractivo que un reclutador de modelos de Hilfiger mataría por encontrar. Corría a través del pasto, con líneas de suciedad manchando los marcados músculos de su pecho y tres niños siguiéndolo con las manos luchando por el balón de fútbol que él cargaba. Lo vi correr hacia mí y me pregunté quién era y qué hacía en el santuario que era de mi propiedad.

Los empleados de JASH eran elegidos cuidadosamente. Se requería una revisión de antecedentes, pruebas de drogas y referencias. Habíamos tenido más o menos el mismo personal los seis años que había estado involucrada. Era raro ver una nueva cara. Lo observé, su cabeza alzándose a la vez que frenaba mi convertible, vi su mano levantándose en un saludo.

Estacioné el carro y mi boca se curvó al ver a los niños que se alejaban del extraño para correr hacia mi carro. Fui asediada de abrazos al abrir la puerta, sus manos codiciosas jalaban mis prendas, y un niño comedido la cerró con solemne responsabilidad.

—Gracias, Lucas —puse un brazo alrededor de sus hombros y lo abracé por un momento.

—Les agradas —el extraño se paró frente a mí con las piernas un poco abiertas, la pelota viajando laxamente de una mano a otra.

—Les agrada todo el mundo —sonreí y extendí la mano—. Layana Fairmont.

—Billy —dijo y me dio un apretón firme que sostuvo más tiempo del necesario.

Retiré mi mano y volteé hacia los niños para disfrazar la maniobra. Me acerqué y tomé el cuerpo más a la mano, lo arrastré hacia mí. Le hice cosquillas a la niña pequeña por un momento antes de volverme a la casa y correr hacia ella.

—¡Niños, corran al cuartel central!

Mis tenis tocaron el pasto lodoso y las voces gritonas que me seguían hicieron que apresurara el paso. Vi hacia atrás de mi hombro. Ahí estaba el chico nuevo, Billy, manteniéndose cerca, sus ojos subiendo desde mis piernas para pausar en mi cara, un gesto de ligue lanzado hacia mí.

Ignoré la imagen. Volteé hacia adelante y me enfoqué en la colina a la que me acercaba, mis piernas bombeaban hacia arriba del terraplén. Bajé la velocidad para darle a los niños una oportunidad de competir. Reggie, un niño de séptimo grado que había llegado a nosotros hace tres años con los brazos ya cubiertos de tatuajes de pandilla, me rebasó con sus piernas largas comiéndose la distancia. Lo dejé irse y miré a mi alrededor para localizar a los otros niños. Bajé poco más la velocidad y luego emití un grito de falsa frustración cuando la carrera terminó.

Me agaché, respirando dramáticamente, y Hannah, mi favorita del personal en JASH, me palmeó la espalda en consolución. Me volví para sonreírle. Mis ojos se toparon con los de Billy, que me observaba de cerca con una sonrisa interesada en su cara. Miré a otro lado.

—¿Cuánto tiempo has sido voluntaria aquí? —la pregunta vino del otro extremo de la cocina de la casa principal. No detuve la producción de mi sándwich de crema de cacahuete y mermelada. No me volteé, sabía el origen de la pregunta sin mirar, la pronunciación lenta era una señal inconfundible.

—Cinco o seis años. Sólo vengo dos veces a la semana —desenrosqué la tapa de la mermelada, evité mirarlo. Estaba totalmente segura de que se había acercado.

—Soy nuevo —*dah*—. Sólo soy un voluntario.

—¿Cómo conociste JASH?

—¿A quién?

Dejé de untar la crema. Alcé la cara para ver los ojos del hombre dando vueltas.

—JASH... Jóvenes Americanos Sin Hogar... —algo estaba mal y traté de señalarlo. El hombre estaba nervioso.

—Oh —dejó salir una risa corta—. Mmm... me parece que leí algo en internet.

Nop. Éramos una organización privada, sostenida por donaciones. Nos manteníamos casi totalmente en discreción.

—¿Quién te recomendó? —había abandonado los sándwiches, bajé el cuchillo y me recliné contra el mostrador, de alguna manera logré evitar cualquier intento de ver sus abdominales.

—¿Recomendar?

Fascinada, vi los puntos de sudor que salían de su frente y me pregunté qué demonios escondía.

—Los nuevos voluntarios requieren una referencia de alguien dentro de la organización —crucé los brazos y vi su cara.

Sus ojos oscilaban como una pelota de ping-pong. Sabía que tenía una referencia, debía tenerla. No podría haber llegado a la puerta, no tendría el gafete oficial que su descamisada persona había colgado en la parte delantera de sus shorts.

—Emmm... —vio alrededor buscando algo que lo rescatara. Me acerqué, incliné la cabeza y lo clavé en su lugar con mis ojos sin separarse de los suyos. No podía entender por qué estaba tan preocupado, mi pregunta inocente nunca había hecho titubear a nadie. Tragó saliva y su manzana de Adán se movió dolorosamente con la tensión de su cuello. Para el momento en que su boca funcionó, estaba lista para lanzarme hacia su garganta y sacar de un jalón las palabras—. Jillian Sharp.

Debí haberlo sabido, debía haber esperado ese nombre. Un extraño bien

parecido en JASH, tropezando consigo mismo para volverse mi conocido y con cada músculo firme completamente a la vista de mis ojos. Sonreí.

—Jillian —arrastré la palabra—. Qué agradable sorpresa —incliné la cabeza y estudié su cara, un hermoso lienzo, parecía como si él a lo mejor fuera a vomitar en el bote de basura más cercano—. Pareces un buen chico, Billy. Es probable que tú y yo nos llevemos mejor si nos mantenemos lejos el uno del otro.

Tragó saliva.

—¿Lejos el uno del otro?

Sonreí.

—Sí, ¿suena bien?

Su frente se arrugó.

—¿Para siempre?

Reí entre dientes.

—Mientras ella te mantenga en la nómina —lo rodeé y caminé hacia la casa principal. Un último pensamiento vino a mi mente y giré apuntándolo con un dedo—. Ah, y, ¿Billy?

—¿Sí? —respondió atormentado.

—No dañes a estos niños. Se enamoran fácilmente. Me importa un carajo si te quedas o te vas, pero no los dañes —lo miré firmemente hasta que asintió con un movimiento lleno de dudas. Mantuve el contacto visual hasta estar segura de que entendía, luego continué subiendo la colina.

CAPÍTULO 11

Dos años y ocho meses atrás

No entendía. Pasé mis manos suavemente por el pelo de Brant. Su respiración indicaba un mejor nivel de sueño del que yo obtendría esa noche. Se veía hermoso cuando descansaba. El espeso peine de sus pestañas. Los huesos de su cara creaban un lienzo perfecto. Inteligencia y belleza combinadas.

No entendía por qué yo era su primera relación. Por qué, una vez que completó su camino hacia la adultez, había continuado contratando *escorts* para el sexo. Por qué no tenía amigos reales, ni lazos reales con nadie que no fueran sus padres y Jillian. Por qué no, si parecía hecho a medida para las relaciones.

No era perfecto. Le encontré algunos defectos. Se distraía, no siempre escuchaba las conversaciones o los planes y tenía una memoria que probablemente calificaría para necesitar ayuda clínica. Se le pasó otra cita. Simplemente no llegó y no contestó su celular hasta la mañana siguiente, cuando dio la mala excusa de haberse quedado dormido en su escritorio. Si fuera alguien más, habría sospechado que me engañaba, pero Brant había dejado claro desde el inicio cuál era su centro de atención. El trabajo y yo, nada ni nadie más. Su dedicación era impresionante, incluso podría haber sido alarmante si yo no hubiera estado deseando desesperadamente una relación con los dos aceleradores a tope. No había más hombres esperando en mi regazo. Cualquier ligue casual había terminado cuando conocí la intensidad de este hombre. Cualquier herramienta en su cobertizo era el doble de superior que la de cualquier otro pretendiente y mi interés había sido aumentado por el hecho de que su tía estaba dispuesta a pagar un millón de dólares sólo para mantenerme alejada.

Adoraba que él era distinto a los hombres de mi pasado. No tenía el manto de

la aristocracia, no le interesaba mucho ser frío o presumido, no le importaba nada si jugábamos bajo las reglas de la sociedad o escribíamos las nuestras. En tres meses juntos habíamos creado un iglú en la sociedad de San Francisco. Un refugio para dos, un lugar donde yo me sentía cómoda diciendo «al diablo», aun si no me sentía vagando muy lejos de ningún límite. Iba a pasar, mi mundo se estaba expandiendo, los límites despintándose. Me movía en la dirección indicada hacia la felicidad. Brant, en su olvido de todo lo demás que no fuera el trabajo y yo, nos estaba llevando ahí.

¿Amor? La palabra no había sido todavía verbalizada, pero se acercaba. En nuestros ojos, nuestros toques, en el cariño. Pero los dos éramos precavidos, resguardábamos nuestros corazones vírgenes con manos poco efectivas. Me seguía recordando que sólo habían sido tres meses. Tres meses desde que finalmente le había devuelto sus llamadas y ambos nos habíamos internado en esta relación. Giré hacia adelante, rompiendo la vista de su hermoso perfil, y di la vuelta para ajustar la curva de mi cuerpo a la del suyo; su brazo alzado y posicionándose a mi alrededor mientras susurraba en mi cuello mi nombre.

No tenía sentido. Era demasiado perfecto. ¿Cómo es que yo era la primera persona en atarlo?

En cinco horas, viajaríamos dos y conocería a sus padres. Tal vez *ellos* eran la razón por la que mi novio perfecto era aún soltero. Tal vez eran satánicos y me pedirían una muestra de mi piel. Tal vez eran feligreses de la Iglesia del Juicio Final, me enseñarían a enlatar vegetales y me mostrarían su colección de armas. Brant no hablaba mucho de ellos porque su punto de contacto principal era Jillian. Internet daba aún menos información, pero tal vez ellos eran la razón de su soltería. Me deslicé en la cama, le di un beso suave a Brant en la frente y traté de dormirme.

—¿Te gustaría un poco de limonada? —la delicada voz de Gloria Sharp me hizo alzar los ojos.

—No, gracias —tomé un sorbo del vaso aún lleno, preguntándome si su pregunta era un intento para hacerme beber el agua de limón tibia. Bajé el vaso y cambié el vidrio por la plata, cortando un pedazo pequeño de pollo y poniéndolo en mi boca.

Comida. La excusa que teníamos para no hablar. Masticar proveía una pausa conveniente a la conversación amable que habíamos mantenido. Los Sharp parecían no estar acostumbrados a la compañía. Me miraban como si fuera una nueva especie expuesta en un museo, preguntaban pocas cosas, satisfechos con mirarme a mí y luego a Brant, y después a Brant y luego a mí, como tratando de poner las piezas en su lugar en un rompecabezas que no encajaba.

Brant se paró con el plato en la mano y se acercó para darme un beso en la punta de la cabeza.

—Discúlpeme un momento.

Miré hacia arriba y sonreí, rogándole con los ojos que se quedara, pero negó con la cabeza. «El baño», explicó. Lo vi irse, atravesando el comedor, mis ojos jalando su playera polo roja sin resultados. Me volví hacia los Sharp y me encontré con cuatro ojos mirándome. Sin masticar, sólo mirando. Tragué saliva.

—Me encanta su casa. El hecho de que éste es el lugar donde Brant...

—Señorita Fairmont —dijo el padre de Brant, con la voz de un hombre más viejo que sus años. Forzada. Dura por la falta de uso.

Detuve mi conversación. Estiré la servilleta en mi regazo y esperé a que continuara. Sonreí. Dios, odiaba usar la sonrisa.

—¿Sí, señor Sharp?

—Probablemente sepa que no creemos que sea una buena idea de Brant que esté en una relación. Usted parece una buena chica, pero probablemente debería pensar en lo que sigue.

Sonreír. He perfeccionado la acción. Aprendí a mantener los ojos y los músculos de la cara relajados. Así que la acción se veía natural, no forzada ni apretada. Podrías decir tanto de la gente por la manera en que sonrío. Pero no de mí. Mi sonrisa no revelaba nada acerca de las maldiciones de mi alma.

—¿Por qué, señor Sharp? —miré a su esposa. Su mirada baja, sus manos nerviosas.

—Brant ha tenido una vida mejor cuando no tiene novia.

Brant es un hombre adulto. Mantuve la sonrisa. La reduje un poco para no lucir como una loca.

—Me preocupo mucho por su hijo. Es un hombre brillante. Deberían estar muy orgullosos del lugar en la vida en el que está.

El hombre me dio una sonrisa exasperada, como si estuviera listo para que la

mierda se terminara.

—Sólo nos gustaría que mantuvieras tu distancia. Restringe tu tiempo con él al mínimo. Déjalo enfocarse en su trabajo. Está mejor cuando hace eso.

Hubo un sonido de una puerta en otro lado de la casa y Brant apareció en la cocina tomando un pedazo de carne de un sartén antes de avanzar con sus ojos de becerro uniéndose a los míos. Bajé mi tenedor.

—La cena estuvo deliciosa, señora Sharp. Muchas gracias a los dos por recibirme. Brant, ¿podrías mostrarme el sótano? Me encantaría ver tu vieja oficina.

La boca de su madre se torció, la de su padre se puso dura, y ambos podían muy bien besarme el culo porque Brant era un hombre adulto, uno, además, más inteligente que el resto de la casa junta, incluyéndome. La mujer se paró raspando el azulejo con sus sandalias, tomó mi plato y se fue a la cocina. Una mirada hacia mis alimentos engullidos a la mitad no fue pasada por alto. Brant atravesó el cuarto, jalando mi mano atrás de él. Un pasillo después, abrimos una puerta y bajé por unas escaleras al sótano.

Aproximadamente seiscientos pies cuadrados de un cuarto mal iluminado, la pared de atrás tenía una luz fluorescente. Un fondo poco impresionante para una proeza impresionante. Se sentó en un banco, rotó un poco estirando los brazos y echándose hacia atrás.

—Esto es todo. Mi casa por casi una década.

—Elegante —caminé lento alrededor del mostrador, pasé un dedo que alzó suficiente polvo como para ahogar a una mosca. Miré hacia la pared, un meticuloso sistema de cubos y librerías cuadrados, sin fotos o recuerdos pegados en toda la superficie llena de hoyos ordenados—. ¿Este lugar ha cambiado desde que vivías aquí?

Abrió el cajón más cercano, se distrajo un momento revolviendo objetos antes de cerrarlo y reclinarsse. Mirando alrededor del cuarto dijo:

—Se ve casi igual —pasó sus manos por encima del sistema de almacenamiento—. Yo construí todo esto. Parece que mi papá no lo ha tocado —inclinándose, palmeó el mostrador de madera desgastada—. Aquí es donde construí a Sheila.

—¿Sheila? —sonreí ante su mirada afectuosa y me senté en el banco a su lado. El cuarto se sentía agradable. Habitado, a pesar de sus décadas de soledad.

—Sheila Anderson. La chica más guapa en mi tercer año. Jillian empezó a darme clases en casa en mi cuarto año, así que el recuerdo de Sheila Anderson me mantuvo vivo. Concentrado. Pensé que construir una computadora me haría popular.

—¿Tratabas de impresionarla?

Torció la boca y miró para otro lado.

—Algo así.

Acerqué mi silla.

—¿Funcionó?

Pasó su mano por el mostrador como memorizando las líneas en la madera.

—No sé, nunca la volví a ver.

El banco crujió con su rotación, y él quedó de frente a mí. Jaló el banco hasta que estuve entre sus piernas abiertas.

Incliné mi cabeza y le dirigí una falsa mueca.

—Estoy un poco celosa de esa Sheila.

Sus manos se acercaron haciendo pequeños giros en la parte delantera de mi blusa, desabrochando un botón, luego dos, luego todos los demás. La tela hizo una fisura y mi boca sacó un suspiro cuando él deslizó su mano dentro. Envolviendo el encaje de mi brasier, mi piel volvió a la vida bajo sus manos.

—No tienes nada de qué estar celosa *de nadie*.

—No sé... —susurré. Un gemido suave escapó cuando sus dedos jalaron las copas de mi brasier, mi pecho cayendo frente a él, colgando pesado de deseo, el recorrido de sus manos poniendo a mis pezones en alerta total—. Ella tuvo una computadora con su nombre en su honor... —dejé mis manos en las rodillas. No hice nada para detenerlo mientras se tomaba su tiempo con mi piel. Luego se agachó, el toque de sus labios era suave al probar mi cuello. Con su lengua recorrió los huecos de mi garganta mientras sus manos apretaban gentilmente mis pezones y luego se movían para estrujar el peso de mis pechos.

—Esa computadora era una basura —susurró, reclinando su cabeza y tomando mi boca con la suya. Su beso suave, sus movimientos lentos. Succionó mi labio de abajo y probó mi boca. Solté mis manos de las rodillas y las pasé por su cabello. Lo jalé hacia adelante.

—¿A cuántas chicas has besado aquí? —pregunté boca a boca.

—Mmmmm... —sus labios se movieron para hacer un rastro de besos por mi

barbilla, sus manos tomándose libertades con mis pechos que hubieran hecho ruborizarse a Sheila Anderson—. ¿Tú cuentas?

—No —lo jalé del cabello. Lo regresé a mi boca.

—Entonces ninguna, a menos que cuentes el póster de Farrah Fawcett al que le profesaba amor.

—Shhh. Estás arruinando esto con tu conversación sobre ciudadanos mayores.

Se rio y buscó mi cinturón. Hubo un crujido en la puerta y me puse dura, empujando a Brant. Mantenía mi espalda hacia la puerta cuando escuché el chancleo de los pasos de su madre.

—¿Brant? El postre está listo.

Los ojos de Brant se mantuvieron en mí, su boca se curvó en una sonrisa infantil, sus mirada bajó hacia mis pechos expuestos en la franja de mi blusa abierta.

—Está bien, mamá. Subimos en un segundo.

No respondió más que con la retirada de las pisadas y el clic de la puerta al cerrarse. Puse mi mano sobre la boca a la vez que una ridícula risita se me escapaba. Se inclinó y me hizo una última caricia antes de pararse y besar la parte superior de mi cabeza.

—Abróchate, mi pequeña descarada. Vámonos de aquí antes de que haga lo que quiero contigo.

Lo callé con mis manos torpes, segura de que mis mejillas encendidas y mi sonrisa delatarían nuestras acciones. Pero unos minutos después, cuando cruzamos la casa y regresamos a la mesa, sus padres no parecían estar enterados de nada.

La hora del postre, un pay de limón que avergonzaría a Marie Callender, fue más agradable con la conversación moviéndose a un paso más fluido. Si tuviera que adivinar, la madre de Brant le dio a su padre una buena advertencia mientras estuvimos en el sótano. El hombre parecía contrariado, y los ojos de la señora Sharp se disculpaban en cada contacto. Cuando la plata comenzó a tocar platos vacíos, me paré para limpiar la mesa.

Seguí a la señora Sharp a la pequeña cocina a través de las puertas batientes, el refrigerador amarillo y el mostrador barato indicaban la falta de deseo de los Sharp de gastar su riqueza. Raspé los platos sobre la basura, aquel era un lugar

pequeño y callado por nuestro repentino aislamiento de los hombres.

—Lamento —dijo con voz constreñida— lo que dijo Spencer acerca de que no salieras con Brant.

—Está bien, de verdad —no quería hablar de eso, no quería darle a los cientos de preguntas entrometidas que tenía dentro una forma de salir. Mi curiosidad sólo arruinaría esta frágil conexión. Busqué un tema seguro—. Es maravilloso que le hayan permitido a Brant dejar la escuela tan joven para construir a Sheila.

—¿Sheila? —la señora Sharp miró por encima del fregadero. La confusión desapareció de su cara cuando entendió la referencia—. Ah, la computadora. Casi la olvido. Ha pasado mucho tiempo desde que alguien se había referido a ella así. Era algo parecido a una conmemoración, el nombre no se mantuvo. Apple no quería que las connotaciones negativas se colaran al proyecto —cerró el grifo, tomando los platos de mis manos y deslizándolos en el agua enjabonada.

—¿Connotaciones negativas?

Me miró.

—Ah, se me olvidaba, tú eras muy joven. Sheila Anderson, la niña pequeña que fue asesinada hace tantos años. Fue el verano en que Brant comenzó a trabajar todo el tiempo. Nunca encontraron a su asesino, ni siquiera el cuerpo. Sólo... —su voz se hizo plana— sólo su ropa. Ensangrentada. No muy lejos de aquí. Unas cuantas chicas desaparecieron ese verano, pero ella fue la primera. Y Brant siempre había sentido algo por ella. Lo tomó mal. Eso fue durante la temporada en que... bueno —dejó de hablar, vio sobre mi hombro, la cocina de repente era más pequeña y sentí a Brant moverse detrás de mí poniendo sus brazos alrededor de mi cintura y jalándome hacia su cuerpo.

—¿Mamá poniéndote a trabajar? —me dio un beso en la cabeza.

—Casi, sólo me estaba contando sobre...

—Viejos recuerdos —interrumpió ella—. Gracias por traerla, Brant —se secó las palmas con una toalla para manos—. Fue un placer conocerte, Layana.

Sonreí.

—Gracias. Fue maravilloso conocerlos.

—¿Ya se van? —el cuerpo grande del papá de Brant cerró la puerta y el espacio era de repente claustrofóbico.

—Sí, gracias —Brant palmeó la espalda de su padre, nos escabullimos por la cocina y salimos.

Estuve callada de camino a casa, mi mente estuvo recordándome la velada. Me preguntaba las razones del rechazo de Jillian y el señor Sharp a nuestra relación. Me preguntaba por qué la señora Sharp estaba de acuerdo con su esposo a pesar de sus disculpas. Me intrigaba Sheila Anderson y por qué Brant no había mencionado que murió. Podría haberle preguntado, pero no lo hice. Miré por la ventana y pensé.

CAPÍTULO 12

Dos años y seis meses atrás

*I*ntroduje mi cabeza a la oficina de Brant, su cara sobresalía, sus manos tecleaban furiosamente. No paró su ritmo al sonreír.

—Qué agradable sorpresa.

—No te emociones mucho aún —lo provoqué caminando alrededor del escritorio, sus dedos tecleaban a una velocidad mayor a la humanamente posible, sus ojos pegados a mí, su mente mucho más capaz de hacer acciones simultáneas que la mía—. Te voy a secuestrar.

—Suenan... —terminó el tecleo, alzó sus manos y movió la silla para quedar de frente. Sus manos me jalaron y me pusieron en su regazo—. Interesante. ¿A dónde vamos en este secuestro?

Moví la cabeza.

—Nop, no te voy a decir eso. Arruinaría la diversión. ¿Cuánto tiempo necesitas para que nos podamos ir? —miré hacia su computadora, había tres monitores contiguos que mostraban el progreso de descarga de algunos archivos.

—Soy tuyo. Róbame antes de que Jillian me recuerde la reunión sobre presupuestos que inicia en catorce minutos.

—Diablos —brinqué de su regazo, jalando mi bolso del suelo—. Entonces déjame sacarte de aquí.

—Me haces ser tan malo —murmuró, sus ojos se oscurecieron mientras me jalaba para darme un último beso.

—Oh, sí —me reí—. Saltarte una reunión sobre presupuestos. Ya puedes ir a que te tomen medidas para tu chaleco de cuero. Júntate conmigo y te irás a la cama sin usar hilo dental. Se está poniendo muy loco.

Lo saqué del escritorio y me asomé por la puerta con un gesto exagerado antes de voltear y poner mi dedo sobre los labios.

—A la cuenta de tres, vas a correr —susurré—. Uno... dos... —abrí la puerta y corrí.

—¿Es aquí? —Brant miró por de la ventana hacia las casas delante de nosotros y mi auto se paró en un lugar al frente—. He estado aquí antes.

—En la inauguración. Lo sé, yo también estuve ahí. Eso no cuenta, sal —abrí mi puerta, salí y di unos pasos atrás para tomar un unicornio de peluche que estaba en el césped.

La puerta de Brant se cerró y volteé para verlo, su postura torpe, sus ojos recorriendo el recinto, cinco casas de ladrillo, un patio vallado que las conectaba, tres niños agrupados a la sombra de un roble y un perro olfateando el borde de la valla que nos miraba como preguntándose si atacarnos o no. Los ojos marrones colisionaron conmigo y su cola empezó a moverse. Caminé hacia la puerta y abrí el pestillo. Entré y, agachada, pasé mis manos sobre el collie.

—Hola, Buster —hice que mostrara sus tres trucos: sentarse, temblar y echarse. Miré a Brant cuando entró en el patio y se agachó a nuestro nivel.

—Con que Buster, ¿eh? —extendió una mano y revolvió la cabeza del collie.

—Sí. Te presento al perro más querido en toda el área de la Gran Bahía.

Oí el sonido suave de unos pasos segundos antes de que un pequeño cuerpo se lanzara por el aire y me derribara hacia la hierba suave mientras estaba acuclillada.

—¡Señorita Lana! —gritó Hannah, un conjunto de problemas de seis años de edad, mientras me apretaba el cuello con la fuerza suficiente para restringir mi flujo de aire.

—Hola, mi amor —jadeé—. Dame un minuto para que te presente a alguien —puse una mano sobre la hierba y nos empujé a las dos hasta estar de pie. Sonreí a los otros dos niños, que nunca había visto, pero que supuse que tenían unos años más que Hannah. La estrecha cercanía de sus cuerpos indicaba una familiaridad de hermanos, corroborada por la igualdad de los mechones desordenados de pelo rojo que ambos poseían. Reajusté el peso de Hannah hasta que descansó en mi cadera—. Hannah, éste es mi amigo, el señor Brant.

—Hola, señor Brant —ella extendió solemnemente una mano que Brant sacudió con igual seriedad.

—Encantado de conocerte, Hannah —los ojos de Brant voltearon hacia los míos. Oscuro e inteligente.

Me volví hacia los otros.

—Ustedes deben ser nuevos. Yo soy Lana, y éste es mi amigo Brant.

—Ya les conté todo acerca de ti —dijo Hannah con aire de importancia, sus brazos oscuros apretados alrededor de mi cuello.

—Bueno... cuéntame algo de ellos, entonces, ya que lo sabes todo —bromeé.

—Son Samuel y Ann, son de Boatland.

—Oakland —corrigió el chico, mirando a su hermana.

Sonreí.

—Bienvenidos a la casa, chicos, ¿en cuál se quedan? —las casas fueron nombradas según los estados. El objetivo de JASH era tener cincuenta en los próximos cinco años. En este momento, nuestra finca de tres acres contenía cinco. Estábamos buscando un terreno en Sacramento para más casas, así como un lugar en San José y otro en Los Ángeles.

—Georgia, aunque dijeron que debíamos separarnos el próximo mes — miradas de preocupación se dispararon entre dos caras que eran demasiado jóvenes para tener cualquier preocupación que no fuera por derramar leche.

—No se preocupen por eso —reajusté a Hannah en mi cadera, su peso me cansaba—. Para el mes que viene tendrán tantos amigos aquí, que estarán pidiendo descansos el uno del otro, y la separación será sólo por la noche. El transcurso del día y las comidas son libres entre las casas, así que tendrán mucho tiempo juntos si lo desean —miré a Brant—. Tengo que llevar al señor Brant adentro, pero los veré de nuevo antes de que nos vayamos —dejé a Hannah con delicadeza y le dediqué una gran sonrisa a cada novato antes de tomar la mano de Brant y llevarlo hacia la casa principal, una sede de seis mil pies cuadrados en la parte trasera de la propiedad donde se servían las comidas, se hacían pijamadas, había noches de películas y el alboroto estaba presente día a día.

—Este lugar es increíble —dijo, echando un vistazo a las casas, a la cancha de baloncesto llena de cuerpos en movimiento, a un grupo de chicas que corrían a la vuelta de la esquina de una casa cercana y que volaban a nuestro lado.

—Lo es —asentí—. Todo esto fue posible gracias a tu donación.

—Tal vez debería aumentarla.

Yo sonreí.

—Ése fue, en parte, mi motivo para traerte aquí.

Él se detuvo y su firme presión en mi mano me hizo parar.

—No necesitas motivos, Lana. Cualquier cosa que quieras, cualquier cosa que te haga feliz... sólo pídelas.

—Lo sé —incliné la cabeza—. Pero creí que debías ver el impacto de tu dinero —lo hice avanzar—. Vamos, quiero enseñarte la casa principal.

Nos detuvimos en el tercer piso, un área abierta y con muebles para exteriores dispersos. Un grupo de chicas tomaba el sol a nuestra derecha. Desde esta altura podías ver todo el campus.

—¿Cuántos chicos viven en esta casa? —preguntó.

—Ninguno. Éste es el centro social, donde todos comen, juegan y estudian. Las casas están hechas para el desayuno y para dormir, solamente. Ese sistema parece terminar con los berrinches sobre quién vive en cuál casa.

—No puedo imaginar que los chicos quieran irse en algún momento. Este lugar es como un campamento de verano.

Miré hacia otro lado.

—Todos los niños quieren amor. Tener padres cuya atención esté centrada en su felicidad. No podemos hacer eso para cientos de niños. Lo intentamos, pero no podemos. Todos ellos dejarían esto en un segundo si tuvieran una oportunidad de sentirse queridos, amados.

—¿Tu no fuiste amada?

Me reí, empujé su brazo.

—Hablaba de niños sin hogar, no de mis padres. Mis padres me dieron todo lo que quise.

—Dinero y regalos no son lo mismo que amor. Yo vivo en una enorme casa que no alberga nada de amor. Sé cómo se siente la soledad. Es una de las razones por las que odio vivir solo.

—Mis padres me amaban —sé que esas palabras debían ser verdad. Los padres aman a sus hijos, sólo eligen mostrarlo de maneras distintas. Los míos eligieron amarme con expectativas.

—Yo te amo —se acercó y tomó mi cintura con las manos—. Tú, Layana Fairmont, eres imposible de no amar.

Me burlé:

—No me conoces lo suficiente para amarme —nunca había sido amada. Treinta años y ningún hombre había dicho esas palabras. Una triste verdad hecha posible por mi oscura habilidad para alejar a cualquiera que no fuera el que tenía enfrente, acercándome, poseyéndome con los ojos. Este hombre al que mantenía cerca había volcado mi corazón en algún lugar cercano a donde hice el arduo esfuerzo por tratar de escapar al plan de vida artificial que había heredado de mi sangre azul.

—Te amo. A cada parte oscura y clara de ti —bajó su boca, pero detuve el beso apretando una mano sobre su pecho.

—No se permiten los besos en el campus —susurré—. Políticas de JASH.

Frunció el ceño.

—¿Acaso no tengo un puesto de algún tipo en esta organización?

—Presidente del consejo. Sonrió.

—Por lo tanto, por los próximos cinco minutos, elimino esa regla de los libros —me acercó a él y apretó sus labios contra los míos, un suave y dulce toque de compromiso que cambió: se volvió más apasionado y posesivo, su mano moviéndose para envolver mi cabeza, su boca cerrando el trato, atrapando mi corazón que brincaba sobre el borde del «para siempre».

Lo amaba también. Estaba hecho. Mi corazón estaba oficialmente frito. Cuando el beso terminó, le dije eso y su boca tomó la mía en un toque final que celebró la ocasión.

Escuché un jadeo a la derecha que rompió nuestra conexión. Volteé y vi a Hannah, sus ojos cafés tan grandes como un sartén, su rostro alarmado por nuestra flagrante evasión de las reglas. Apretó un dedo firme contra sus labios que hizo el movimiento de cierre y la solemne pantomima de cerrar sus labios y tirar la llave.

Luego, su cara devino en una sonrisa y arrancó hacia el interior de la casa con un chillido.

CAPÍTULO 13

Dos años y cuatro meses atrás

*M*e acerqué hacia su casa, las luces de la entrada brillaban e iluminaban el camino por el que mi carro avanzaba. Sentí la presencia de otro vehículo, más luces acercándose, palmeras y rocas cobrando vida en una orquestación que debió costarle a Brant al menos unos cientos de miles. Apreté el botón para abrir mi lugar en el garaje y me estacioné. Esperé a que se cerrara la puerta para evitar que el viento frío entrara.

Dejé mis zapatos apenas entré, porque el nivel de toc de limpieza de Brant era ridículo. Caminé a través de la casa silenciosa y me paré en la base de las escaleras. Con la cabeza inclinada, escuché. Ningún sonido. Probablemente estaba en el piso de arriba.

Tomé el elevador y las puertas se abrieron calladamente bajo tierra, en un laboratorio computacional que rivalizaba con el de Ironman en tamaño y capacidad. Su espalda estaba inclinada y desnuda bajo la luz fluorescente, y sólo tenía puesto el pantalón de la pijama en su alta figura. A horcajadas sobre un taburete, trabajaba en una pila de cables enrollados sobre su cabeza. Sus manos se movían rápido, las herramientas alineadas detrás de él tenían un minucioso orden. Me instalé en una silla de cuero en la esquina del cuarto. Tomé una cobija del respaldo y me envolví en ella. Lo vi trabajar.

—Hola, bebé —no volteó, el sonido de las herramientas era la única señal de sus actividades.

—Hola, amor.

—Termino pronto.

—Tómame tu tiempo. ¿Te importa si pongo un poco de música?

—Por favor. Ajusté el botón de *play*. Dime qué te parece.

Levanté el Laya, el último prototipo de Brant, una tableta que no entraría al mercado hasta el siguiente año. Quedé impresionada de inmediato al abrir el centro musical. Había hecho mucho más que ajustar el botón de *play*. Todo el diseño era distinto. Elegí mi estado de ánimo: estaba cansada. Le di *play* dibujando un bosquejo abstracto con mi dedo, un remolino flojo con un punto ocasional o con falta de interés. El aparato conocía mi roce, reconocía mis huellas dactilares a la velocidad de un parpadeo. Y, en tan sólo segundos, estaba tocando la canción exacta que yo quería, una canción que ni siquiera conocía pero que era exactamente lo que quería. Coldplay. La música flotaba a través de los altavoces ocultos en las paredes y me agazapé en la silla mientras veía al amor de mi vida.

«Amor» ya no era una palabra fuerte en nuestra relación, ahora era la palabra perfecta. Amaba a ese hombre. No imaginaba mi vida sin él. Era el complemento para mis miedos, un hombre firmemente instalado en los caprichos que yo deseaba, pero con la independencia y confianza para ignorarlo todo. Juntos evitábamos la vida pública y habíamos iniciado una vida simple de elegancia, explorando nuestros defectos mutuos a la vez que disfrutábamos los placeres que nos habían sido regalados. Con este hombre podía imaginar la posibilidad de una familia. Una vida genuina. Casada y feliz, sin ser dominada por un hombre que quisiera una esposa de trofeo.

—¿Lo apruebas? —no volteó, siguió trabajando.

—Lo apruebo —dije suavemente—. Eres brillante, bebé.

—Gracias, amor.

Lo miré: la curva de su espalda, la manera en que sus músculos se marcaban cuando pasaba las manos por su cabello. Oí los suaves murmullos de sus palabras al hablar consigo mismo. Sonreí mientras el cuarto se oscurecía, los crescendos jugaban contra mi piel y me quedé dormida sobre el cuero suave.

Me despertó a besos. Sus manos se deslizaron por mi piel mientras me jalaba de la silla. Abrió mis piernas y sentí el calor de su piel sobre mis rodillas cuando éstas toparon con el músculo duro de sus muslos. Él no debería de ser musculoso. No debería tener la piel bronceada, los brazos duros, el pecho

definido. Debería ser pálido. Desguanzado. Pasaba doce horas al día bajo luz fluorescente, frente a una computadora. Pero no me cuestionaba cómo lo había bendecido Dios. No preguntaba cómo ni por qué, especialmente en momentos como ése.

Me jaló más lejos hasta que mi espalda quedó recta contra el asiento de la silla, mi trasero colgando, sus manos suaves explorando, levantando mis piernas hacia el cielo y jalando la seda suave de mis shorts, la tela áspera del encaje de mi tanga uniéndose, primero hacia arriba y luego bajando por mis piernas. Y entonces, estuve desnuda frente a él, sus manos alzando el algodón de mi top sobre mis pechos, su cuerpo se quedó quieto cuando estuve totalmente expuesta frente a él.

—Perfecta —exhaló. Pasó sus manos delicadamente desde el pecho hasta las caderas, de ida y vuelta, tan sólo la punta de sus dedos cruzando mi piel, lo suficiente para hacerme arquear bajo su tacto y rogar por más con los ojos. Esperé. Respiré. Abrí las piernas frente a sus ojos hasta que mis pies descansaron en el borde de la silla y no hubo nada que no pudiera ver. Sus ojos se enfocaron en el lugar entre mis piernas, un suave gemido salió de sus labios, la punta de sus dedos arrastrándose hacia abajo y corriendo suavemente por encima de los labios de mi sexo—. Perfecta —repitió y pasó los dedos arriba y abajo en el mismo sitio, sin empujar, sin apurarse, sólo era una caricia delicada que me hizo alzar las caderas y musitar su nombre, queriendo, necesitando más.

Entonces, metió un dedo dentro de mí y todo cambió.

—Dios... —la maldición trastabillando en mis labios cuando su boca bajaba hacia la mía. Estirando su cuerpo hacia adelante, los músculos duros de su pecho presionándose contra los míos durante el beso. Envolví su cuerpo con mis piernas, detuve su mano dentro de mí y ese movimiento delicado hizo que recobrara el aliento, que mi boca se petrificara—. Sí, Brant. Oh, Dios, sí.

—Te amo tanto —susurró. Su boca dejó la mía y bajó a mi cuello mientras una de sus manos separaba mis piernas y él iniciaba el descenso en mi cuerpo, su boca suave sobre mi piel, un viaje delicioso mientras su dedo continuaba tocando a la perfección mi cuerpo por dentro. Es increíble lo que pueden hacer los dedos. Tan pequeños pero capaces de ir exactamente *ahí*. Mi espalda se separó del cuero, mi aliento se contuvo cuando tocó un punto que hizo que mi mundo se ensombreciera.

—No pares —susurré—. Oh, Dios, no pares.

No podía mantener los ojos abiertos, pero quería. Quería ver su expresión, la oscura intensidad que recubría su rostro cuando me miraba. Quería ver el momento en que se sacara la verga, quería ver su cabeza firme, su mano alrededor de la base, sus dedos al tocarse.

Éste era su momento favorito, mirar cómo yo tenía un orgasmo. Hacía que la piel de su verga se estirara y que ésta se pusiera dura más allá de lo creíble. Hacía que sus ojos se oscurecieran, que su respiración brincara. Los músculos en su pecho se apretaban, sus manos se aceleraban, sus labios vertían mi nombre en gemidos veloces. Sabía lo que se avecinaba, lo que pasaría cuando el estremecimiento cesara al bajar de la deliciosa colina que era mi orgasmo. Ese momento era el momento más perfecto que mi cuerpo jamás conocería. Era entonces cuando él se abalanzaba. Removía sus dedos y se lanzaba adentro. Me llenaba hasta romperme antes de encontrar un ritmo que superaba cualquier éxtasis que ya hubiera experimentado.

Y ese conocimiento, la espera... abrir los ojos y verlo prepararse, su propia excitación anticipando lo que estaba por suceder... Los pesados brincos y espasmos de su respiración mientras su dedo continuaba la lenta caricia en mi interior. Me sacudí contra su mano y me vine tan duro que me rompí.

Olas sobre olas, los sonidos de mi boca no tenían sentido ni significado. Me arqueé sobre su mano, brinqué como un animal en celo, mi cuerpo explotando alrededor de su dedo, el movimiento perfecto de sus dedos haciendo mis pies patear, la visión de su rostro, intensidad oscura, su verga, dura y lista, y yo no podía detenerlo, se estiró, continuó, locura hermosa que convirtió mi mundo en estrellas y mi cuerpo en una constelación. Y entonces, antes de caer del cielo, en el momento en que comenzaba a recuperar mi respiración y mis ojos se abrían, él empujó dentro de mí y me perdí de nuevo.

Duro, rápido. Me cogió como si me odiara, pero las palabras que salían no eran más que amor. Se inclinó sobre mí, hundió sus manos en mis caderas y me sostuvo fuertemente en su lugar. Golpeado, mi nombre repetido en su lengua, la urgencia en sus movimientos me llevaba más alto, estimulaban mi placer. Esto era para él, y lo hacía para mí, sabiendo que la pérdida de su control era un regalo, una rareza que yo, entre pocas, podría ver. Lo envolví con mis piernas, hundí mis talones en él y clavé las uñas en su piel.

Cuando terminó, fue con la intensidad de Brant Sharp, una mano apretada contra mi cuello, la otra apretando la carne de mi culo, tirando de mí más fuerte, como si nunca tuviera suficiente de mí, como si no llegara lo suficientemente profundo. Empujó por completo, gimió mi nombre y se estremeció a través de las estocadas finales de su orgasmo.

—Te amo tanto —susurró levantándome, sus manos apretadas debajo de mi cuerpo me alzaban de forma que su verga siguiera adentro. Me dio vuelta hasta que él estuvo abajo y yo arriba, estirada contra su cuerpo, pecho con pecho, con el palpar de nuestros corazones sincronizados.

—Yo también te amo, bebé.

Escuché un trueno afuera. Se acercaba una tormenta.

CAPÍTULO 14

—¿Cuándo es el evento? —Brant tomó un sorbo de agua helada, sus ojos atraparon al camarero y el hombre corrió a su lado con la cuenta.

—El próximo martes, te llamaré esa tarde y te lo recordaré —Jillian bajó el tenedor, relajándose en su silla, sus manos alisando la servilleta en su regazo.

—No tengo dieciséis años, puedo recordar una cena. Aunque, si me dejaras tener una asistente, podrías despreocuparte por completo. Ella podría atarme los zapatos y hacerme trabajar a tiempo.

Los ojos de la mujer se suavizaron.

—Sabes que eres olvidadizo.

—No tienes tiempo para mantenerme organizado. Estás muy ocupada, la compañía te necesita más que yo —sacó una tarjeta de crédito de su billetera y la dejó caer sobre la cuenta, empujándola hasta el borde de la mesa antes de devolverle la mirada.

—No estás tan ocupado como para necesitar a una asistente, y no quiero a ningún extraño hurgando en los detalles de nuestras vidas. Tú y yo nos hemos cuidados durante veinte años. No hay necesidad de cambiar nada de eso ahora.

Brant la observó, su mente divagaba, pero ella lo trajo de vuelta al dar una palmada golpeando el mantel de lino con la fuerza suficiente para sacudirlo.

—Necesito tu atención, Brant —dijo bruscamente—. Te estás distrayendo y tengo que salir corriendo. Cena, el próximo jueves. Llega.

—Layana lo recordará. Envíale por email los detalles —Brant se echó hacia atrás, la observó atentamente y vio la contorsión que hizo en su asiento, contra la silla—. Todavía la odias.

—No —dijo ella con brusquedad—. Nunca la odié, y no lo hago ahora. Ella está bien. Simplemente no es lo que necesitas.

—No sé cómo podrías saber lo que necesito, ni siquiera nos has visto juntos... Ven con nosotros. Ella es una cocinera increíble, puedes unirnos para cenar.

La mujer agitó la cabeza tercamente, el brillo de la luz se reflejaba en sus diamantes.

—No. Aprecio la oferta, pero no. Además... —estiró las manos sobre el cúmulo de papeles que tenía enfrente y aplanó los bordes—. No creo que a ella le guste particularmente que vaya.

Él se rio.

—¿Layana? ¿Ves?, de verdad no la conoces. No tiene un solo hueso hostil en el cuerpo —otro cambio. Sus ojos se entrecerraron. Ella estaba ocultando algo. Pero, por otro lado, él siempre tenía esa impresión con ella—. ¿Qué?

—Nada, ¿algún plan para esta semana?

—Layana planeó algo, necesito el avión.

Su rostro detuvo todo movimiento.

—¿Durante cuánto tiempo? —apretó la piel alrededor de la boca. Las arrugas se enfatizaron. Él la miró y se preguntó por qué era tan apegada a él. Tenía tanto miedo de su relación con Layana. No era natural. No era normal.

Se encogió de hombros y respondió:

—Volveremos el lunes. No te preocupes, no habrá complicaciones en el trabajo.

—Es una temporada muy ocupada, Brant.

Él inclinó la cabeza.

—No, no hay nada urgente y has hecho un buen trabajo controlando cualquier problema.

—La junta del consejo es el lunes.

—Y estaré de regreso a tiempo —repitió lentamente, observando cómo ella se ponía de pie con rapidez.

—Por favor, no olviden el evento de Rosewood. Haré que mi asistente le envíe los detalles a ella.

A ella. Él no recordaba que Jillian hubiera dicho el nombre de Layana alguna vez. Un signo pequeño de rechazo, pero digno de mención. Jillian era más una

madre para él que la suya. Le importaba que se llevaran bien.

CAPÍTULO 15

*L*a mujer no se dio por vencida. Le concedo eso. Desde el principio, Jillian estableció líneas de batalla ante Brant y se preparó para la guerra. Cada cita había sido una batalla. Su horario a menudo se llenaba de situaciones urgentes atrapadas en días que deberían ser libres. Él me abandonó dos veces durante los meses anteriores: Jillian había enviado mensajes de texto con una excusa de mierda después de que repetidas llamadas a su celular quedaron sin respuesta. Y él la dejó hacerlo. Perdonó sus acciones con un encogimiento de hombros.

—No entiendo por qué me odia.

—Me protege —explicó—. Y es terca —agregó, extendiendo la mano sobre la mesa para tomar una aceituna de mi ensalada.

—¿Te protege? ¿Por qué? —lo miré fijamente a través de la mesa, la costa californiana enmarcando perfectamente sus rasgos. Usaba una camiseta de cuello blanco en V con pantalones vaqueros de diseñador y un reloj que brillaba en su muñeca, regalo por su cumpleaños trigésimo. Parecía completamente un *playboy* de California, como muchos de los que salpicaban esta costa. Lo que no parecía era un genio. No se suponía que los genios vengan en paquetes perfectos, con dientes derechos, rasgos magníficos y una complexión fuerte. Se supone que vienen con protectores de bolsillos para bolígrafos y cicatrices de acné, modales horribles en la mesa y egos insoportables.

El hermoso hombre ante mí se encogió de hombros y tomó un sorbo de agua helada.

—Siempre ha estado preocupada de que una mujer esté interesada en mí por las razones equivocadas.

Asentí.

—Una preocupación razonable —no conocía a un hombre rico que no compartiera la misma inquietud. Pero esos mismos hombres aceptaban los beneficios de su recelo. Usaban a las meseras de veinte años como si fueran pañuelos. Brant... bueno, todo lo que Brant hacía era diferente—. ¿A ti también te preocupa eso?

Dejó de masticar, tragó y bajó el tenedor.

—¿Preocuparme por ti? —sonaba genuinamente confundido—. ¿De que salgas conmigo por mi dinero?

—O por tu cerebro. O por tu verga —alcé sugestivamente las cejas, pero su expresión no cambió. Una mirada realmente seria se proyectaba desde sus ojos.

—Nunca me ha pasado por la cabeza —no dijo la frase en un tono que indicara que necesitaba reconsiderarlo. Dijo la frase como si la idea fuera tan ridícula que jamás la hubiera imaginado.

Extendí la mano, pasé mis dedos por la parte superior de la suya, su palma giró bajo mi tacto y acunó mi mano. Se levantó, llevando mi mano a sus labios, y colocó un suave beso en mis dedos.

Sonreí.

—Gracias por el voto de confianza.

—Gracias por quedarte conmigo.

—Tenemos un plan para este fin de semana, ¿verdad? ¿Tú, yo y Belice?

—No me lo perdería.

Nuestra conexión fue rota por el personal del lugar, que nos trajo nuestro segundo plato en medio de una ráfaga ceremoniosa y cortés de bandejas. Pasamos a la carne y al salmón, y nuestra conversación pasó de Jillian, la difícil, a la Navidad y cuál de nuestras familias sería bendecida con nuestra presencia.

Pero aquello no dejó mi mente. Lo vi cortar su bistec, mirarme a los ojos y escucharme, tomar algunos sorbos de su cerveza. Y pensé en Jillian. Comprendí la sobreprotección. Sentí cierta emoción respecto a Brant, una necesidad feroz de proteger lo que era mío. El problema para Jillian era que él era mío. No de ella. Una tía no tenía ninguna propiedad para proteger, ningún reclamo sobre el cual afirmar su dominio. Y era demasiado tarde. Yo lo tenía... nunca había estado tan segura de nada en mi vida.

Asumía que yo era una chica estúpida. ¿Sentado en esa mesa? ¿Estaba segura

de que él era de mi propiedad? Nunca me había equivocado tanto. No lo tenía. Sólo tenía la mitad de él. La otra mitad era una vida sobre la que no sabía nada.

CAPÍTULO 16

Brant

*H*e estado con cien mujeres, pero nunca había amado a nadie hasta que ella llegó. Podría estar con mil más y nunca encontraría otra Layana. Es hermosa, tiene clase, pero también un borde afilado que define su personalidad, un hilo de oscuridad que complementa toda su luz. Uno que podría cortarte si la retaras. Uno que luchará por sus deseos, sus necesidades, sus opiniones. Me mira a los ojos y me ama con una vehemencia propia. Un amor asustadizo y apasionado. Uno que arranca todos los pretextos y nos permite amarnos uno al otro desnudos y sin consecuencias.

Entiendo que mis padres tengan miedo. Que Jillian luche contra Layana con las garras de fuera, aterrorizada de que su participación en mi vida vaya a repetir el pasado. Pero ahora soy más fuerte. Un hombre, no el muchacho de antes. Nunca me he sentido tan centrado, tan firme. Tal vez sea por la medicación, quizás es la madurez. Pero no me voy a arriesgar; continuaré con la medicación hasta el día en que muera. Me equilibra. Mantiene segura mi relación con Layana. Con la ayuda del tratamiento, ella nunca sabrá nada.

El verdadero amor hace a una persona imprudente, la hace tomar riesgos y hacer sacrificios. El verdadero amor prueba los límites de nuestra persona, nos hace anhelar ser mejores y luchar por el terreno en el que estamos. Lucharé por este amor. Mentiré por él. Robaré por él. Es digno de eso. Aparentemente somos una mezcla horrible. Carezco de luz; ella rebosa. Yo soy serio; ella es simpática. Pero en lo oculto es donde ocurre nuestra magia. Quiero ser más como ella. Quiero escuchar su risa y tener algo que aportarle.

La amo por completo. Ella me ama desenfrenadamente. Este amor vale las

verdades no dichas. Las mentiras ocultas.

CAPÍTULO 17

Supé que se aproximaban los problemas en el momento en que su celular sonó y vibró contra el granito. Caminé hacia la barra de la cocina, lo volteé y vi «Jillian» en la pantalla. Silenciando la llamada, volví a mis Cheerios, y escuché el sonido de la estática que venía de la ducha de Brant. Mis maletas estaban colocadas junto a la puerta. Las de Brant estaban siendo empacadas, mientras masticaba, por dos chicas que parecían muy versadas en todo lo relativo a los viajes. Necesitaba pedir las prestadas para mi próximo viaje. Diablos, con su nivel de eficiencia, debería simplemente trasladarlas a la casa de huéspedes. Resolverían la mitad de mis problemas de organización en un mes.

Masticaba cereal, escuchaba el sonido de los cierres y las puertas que se abrían. Luego, las dos mujeres jalaban una sola maleta, sus sonrisas educadas me saludaron. Las dejé salir, volví a mi desayuno, y oí el tono de un buzón de voz en la barra.

La maldita mujer volvió a llamar diez minutos después, en el instante inconveniente en que Brant estaba en la cocina, apoyado en la barra y con una manzana en la mano. Dio un paso adelante, volteando el teléfono.

—Hola, L —sus ojos atraparon los míos y apartó el teléfono de su oído, presionó un botón y el altavoz se encendió. La voz de Jillian llenó la cocina.

—... lo tiene en este momento la tripulación de mantenimiento. Puede ser que tengan que pedir una pieza. Están haciendo pruebas de diagnóstico ahora, pero no hay manera de que pueda volar.

Mierda. Mis ojos se dirigieron a los de Brant. No dijo nada, se frotó el cuello mientras miraba el teléfono.

Un suspiro crujió a través del teléfono:

—Lo siento, Brant, odio que esto arruine tu viaje, el avión debería estar listo en unas cuantas semanas. Tal vez puedan reprogramar el viaje después del lanzamiento de Vision 5.

—Está bien. No hay nada que puedas hacer. Me da gusto que nos hayas alcanzado antes de que saliéramos hacia el aeropuerto —se hizo hacia adelante, quitó el altavoz del teléfono y terminó la llamada con breves palabras. Luego lo arrojó sobre la barra, mirándome apesadumbrado—. Lo siento, nena.

Me encogí de hombros, me agaché para abrir mi bolsa y desempacar cualquier contenido líquido de más de tres onzas.

—No hay problema. Tomaré mi laptop y veré qué vuelos están disponibles. Frunció la frente y entornó los ojos.

—¿Vuelos?

Me enderecé.

—Sí, vuelos comerciales.

—Yo... yo no tomo vuelos comerciales.

Me reí, poniéndome de pie y mirándolo fijamente.

—¿Qué quieres decir con que no vuelas en aviones comerciales? ¿Tu cuerpo no tiene la capacidad física?

Sus ojos se endurecieron.

—Vamos en algún otro momento.

—No —lo miré fijo—. Si lo postergamos, nunca iremos. Ya preparé todo para este viaje. Tú y yo nunca hemos salido juntos. Siempre se atraviesa algo. Vamos a hacerlo.

—Comercial —dijo, como si la palabra supiera mal al salir de su boca.

—Sí. Primera clase. Sé fuerte.

Esto era interesante. Cinco minutos antes, habría dicho que Brant no tenía un solo hueso de esnob en su cuerpo, que no necesitaba ninguna de las trampas de la riqueza y el lujo que pasaba todo el día ignorando. Tal vez estaba equivocada. Tal vez se aferraba a todo eso tan fuerte como yo. Tal vez también estaría perdido en un mundo que no incluyera masajes y conserjes y suficiente dinero para durar el resto de nuestras vidas. Abrí mi laptop y le di la espalda a Brant. Busqué vuelos a Belice mientras maldecía la intromisión de Jillian. Se necesita un entrometido para reconocer a un entrometido, y apostaría diez mil dólares a

que no había nada de malo con el avión BSX.

—Esto es una mierda.

—Es normal, bienvenido a la vida —miré la parte de atrás de una camisa hawaiana, el turista que estaba adelante de nosotros malentendió el clima de San Francisco al hacer sus planes de viaje, anticipando un clima soleado en el que sandalias y mangas cortas serían apropiadas en abril. Sabía esta información por su esposa, una mujer delgada de codos afilados y una voz que atraía la atención, una voz que le había dado conferencias sobre sus decisiones de equipaje durante los últimos veinte minutos. Veinte minutos en los cuales nos habíamos movido aproximadamente a la mitad del camino hasta el punto en el cual nuestros boletos de primera clase harían una diferencia en nuestro tiempo de espera de autorización de seguridad. Veinte minutos más detrás de esta pareja. La llamarada que salía de las fosas nasales de Brant me advirtió que no iba a lograrlo.

Él no estaba manejando bien la situación. Había rechazado el estacionamiento en que dejamos su Aston porque no le gustaba la apariencia de los empleados. No lo enloqueció la idea de llevar su maleta por el tramo de media milla hasta el aeropuerto. No había entendido, cuando llegamos al mostrador de Delta, que la línea de cuerpos que se extendía por el espacio pertenecía a la gente que iba delante de nosotros en la fila.

Estaba harta de su mala actitud. Demonios, tal vez ésta era la razón por la que Jillian no esperaba que duráramos. Tal vez éste era el profundo y oscuro secreto que había anticipado los últimos nueve meses.

Brant era insoportable en el transporte público.

Mi cerebro se estremeció ante la crudeza de mis pensamientos, y miré alrededor para asegurarme de que mis obscenidades no fueran telegrafadas.

Nop, todo despejado. La fila adelante de nosotros cambió y avanzamos un bello paso. Eché un vistazo a mi reloj, preocupada por la hora. Demasiado tarde, solté mi muñeca hacia abajo. Intenté esconder el movimiento con un elaborado bostezo.

—¿Vamos tarde?

Brant estaba obsesionado con la hora. Estaba seguro de que íbamos a perder

el vuelo. Había revisado su reloj y calculado nuestra tasa de progresión en el aeropuerto tantas veces, que le quité su reloj. Ahora estaba en uno de los nueve compartimentos con cierre de mi bolsa Michael Kors.

—No —mentí—. Vamos bien.

—Me parece que no. Hay ciento veintiún personas entre el primer puesto de control de seguridad y nosotros, parecen estar procesando a los individuos a una velocidad de quince a veinte segundos por interacción. Si toma un promedio de dieciocho segundos por persona, entonces nos esperan casi veintidós segundos por cien. Es decir, treinta y seis minutos. Dado que no puedo ver la siguiente etapa del proceso, sólo podemos conjeturar la duración de esa espera, pero nuestros boletos indican que el embarque termina quince minutos antes de la salida. A menos que tu reloj marque las 10:12 o algunos minutos menos, lo que nos daría un breve lapso de veinte minutos para la siguiente etapa del proceso de seguridad, vamos a perder el avión —me vió la muñeca como si el solo poder de su mirada pudiera obligar los huesos a girar. Me metí las manos en los bolsillos por pura terquedad. ¿Por qué no podía ser normal? El tipo de novio que echa un vistazo a un reloj y declara alguna predicción infundada de que podríamos perder nuestro avión. No necesitaba argumentos inteligentes para mis preocupaciones. Sólo quería avanzar discretamente hacia mi fracaso. Me di cuenta de que la parlanchina frente a nosotros había dejado de hablar de ropa y estaba en nuestro espacio, mirando a Brant como si fuera un muestrario de información, con sus codos saltones clavándose en el perímetro de su marido. Con la cabeza agachada se acercó a Brant, y yo reprimí una carcajada ante la alarma que cruzó el rostro de él.

—Parece que tendrás que volver a calcular —susurré, señalando con la cabeza hacia una nueva fila que se abría a la derecha. La acción llamó la atención de toda nuestra área. Las cabezas se movieron, los pies corrieron, todo el mundo hacía una danza desorganizada en la que trataban de decidir si se embarcaban en un nuevo camino o permanecían en la ubicación actual que pronto se acortaría—. ¿Nos movemos?

Observó el tráfico, entonces sus ojos voltearon, luego sacudió la cabeza:

—No.

Me quedé en mi lugar, dando un paso adelante mientras nuestra fila se reducía considerablemente.

—No estoy segura de que tuvieras razón —dije pronto, viendo el ritmo veloz de la nueva fila.

—¿Acerca de qué? —parecía más tranquilo, el hueso de su mandíbula menos visible.

—De que esta fila fuera la más rápida.

—No lo es.

Lo miré, mis manos se detuvieron en su búsqueda de una menta.

—¿Qué?

—Esta fila no va a ser la más rápida, va a tardar de cinco a siete minutos más.

Giré mi cabeza rápidamente a la derecha, mirando con exasperación la otra hilera, al tipo de la camisa hawaiana y a su esposa ruidosa ocho personas más cerca de pasar el punto de control que nosotros.

—Entonces, ¿por qué me dijiste que nos quedáramos aquí? —no pude evitarlo. Miré mi reloj.

—La vi a ella —señaló a la mujer parlanchina—. Luego decidí seguir la acción opuesta —se encontró con mi mirada penetrante. La esquina de su boca se torció un poco.

No pude contener la risa. Burbujeaba con tanta fuerza, que tuve que sentarme, y puse mi culo al borde de la maleta. Cada gramo de la tensión del día salió en ese momento. Y de repente, no importaba si nos subíamos al avión o no. Si el fin de semana fuera un desastre o se salvara. Todo lo que importaba era que estaba con él. Sacudí la cabeza y levanté el rostro cuando él se inclinó mientras tiraba suavemente de mi cola de caballo y me besaba.

—Te amo de verdad —susurré contra su boca.

—No tienes ni idea de lo feliz que me hace eso —respondió, tomándose el tiempo suficiente para un beso extra. Detrás de nosotros, un suspiro exasperado sonó junto con el taconeo irritado de un zapato femenino haciendo evidente que estábamos bloqueando la fila. Me ofreció su mano y me puso en pie, su otra mano recogió mi maleta. Dimos unos pasos más hacia el despegue.

Podrían haber pasado años sin descubrir su secreto. Ciertamente lo ocultó lo suficientemente bien porque Jillian era un elemento principal para ese engaño,

una gran parte de su mundo dedicado al control del ardid. Yo no era la única que no lo sabía. Era algo que los medios de comunicación, una fuerza que amaba a Brant, ignoraban por completo. Algo que los ejecutivos de la compañía desconocían. Y yo, alguien que veía al hombre una o dos veces a la semana, que tenía sus manos en la piel, su boca en la oreja, sus ojos sobre los míos... tardé nueve meses en descubrir el secreto. Podría haberme tomado incluso más tiempo. Ahora miro hacia atrás y veo muy pocas pistas.

Pero entre más nos uníamos, entre más tiempo pasábamos juntos... era sólo una cuestión de tiempo. Ahora comprendía la lucha de Jillian, su batalla para mantenernos separados, las pequeñas cosas que hizo para colocar obstáculos en nuestro camino.

Descubrí su secreto en nuestra primera noche en el paraíso.

CAPÍTULO 18

*L*a agitación de las cortinas en la oscuridad estaba ahí cuando desperté. El estrépito de las olas me colocó en mi habitación, pero el aire era distinto. No era el helado frío californiano, sino una dulce caricia, lo suficientemente cálida como para ponerme cómoda, lo suficientemente fría como para besar mi piel. Me incorporé, con mis ojos ajustándose, las blancas cortinas de lino ondeando en el viento, el resplandor de la luna tornándose visible. Me relajé contra las sábanas, rodé y estiré los brazos, sintiendo sólo el vacío a mi lado. Escuché tranquila. Levanté la cabeza cuando no oí nada.

—¿Brant?

Silencio. Nadie en nuestra *suite* además de mí. Me deslicé de la cama, mis pies descalzos golpearon el suelo mientras me dirigía al baño. Encontré mi bolso y saqué mi teléfono. Lo prendí.

Ese *resort* no creía en la tecnología. Eran de la mentalidad de que no podías relajarte a menos que «te alejaras de todo» y «volvieras a la naturaleza». Era uno de esos conceptos que parecen una buena idea hasta que estás ahí. En menos de dos horas nos dimos cuenta de nuestro apego al aire acondicionado e internet. Nuestra abstinencia de la tecnología llegó a su punto máximo en el momento en que no pudimos encontrar en el cuarto enchufes para cargar nuestros celulares. Encendí la luz del baño y vi mi Samsung prenderse y mostrar finalmente la hora. 1:22 a. m. *Tarde*.

Llamé al celular de Brant y me di cuenta, cuando escuché el buzón de voz, que estaba apagado. Su misión de ahorro de batería era más importante que la mía. Me acerqué a su maleta, abriendo la parte superior y cavando a través de

ella, buscando su celular. Lo que no estaba buscando, cuando mi mano empujaba la ropa interior y los trajes de baño, era la caja del anillo.

Oh no. Mi mano se congeló mientras miraba la caja de terciopelo negro. *No. No. No.* Se le propone matrimonio a una mujer sólo una vez, suponiendo que escogió sabiamente. Debe ser manejado perfectamente, la cantidad de sorpresa encantadora que llene sus ojos debe ser la correcta. Este descubrimiento, en este momento, podría arruinar mi reacción. Me acerqué, frotando mis dedos sobre la superficie, y luché contra el impulso de sacarlo. Abrir la tapa. Echar un vistazo.

No lo hice. Me aparté. Cerré la maleta. La miré. Todavía sería una sorpresa. No había visto el anillo. Sólo practicaría mi cara de *shock*. Me aseguraría de que no fuera grotesca o demasiado exagerada. Vi su teléfono, el bulto salía de un bolsillo lateral, y lo agarré.

Puse los dos teléfonos en la mesa de centro y me arriesgué caminando hacia el balcón trasero y saliendo. Pasé la vista por la playa, la luz de la luna se reflejaba en las olas, la arena prístina, sin marcas. Ningún multimillonario había caminado a lo largo de su superficie. Nada más que la naturaleza. Sí, era bonito. Vaya espectáculo. Yo habría cambiado todo eso por una televisión con HBO.

Un anillo. Una propuesta. Éste era el lugar perfecto para eso. Señora Layana Sharp. Sólo ese nombre me puso la piel de gallina. ¿Era lo que yo quería? Absolutamente. No había duda. Mi mayor queja con nuestra relación era que quería más de ella. Más tiempo con Brant. Más conocimiento de la belleza que era su mente, los pedazos de él escondidos detrás de su sonrisa sutil. Quería una asociación, quería niños con él, quería mudarme y llenar una casa con recuerdos. Ser su esposa. Crecer y tener un propósito. Y mañana, al parecer, lo tendría.

Escudriñé la playa una última vez y me volví, entrando en la habitación y cerrando las puertas, el sonido del océano ahora apagado. Eché un vistazo a la cama. Me tomó un instante contemplar regresar a ella.

Estaba acostumbrada a despertarme sola. Las pocas noches que había pasado en casa de Brant, él a menudo se levantaba durante la noche. Se dirigía al sótano para trabajar o conducía hasta la oficina. No me molestaba; yo no era alguien que necesitara el compromiso de pasar la noche completa en la cama para sentirme segura. Pero aquí, en este *resort*, sin su trabajo a la vista, ¿dónde estaba? Y, ¿por qué no había dejado una nota? Las preguntas me estrujaban. Me impedían moverme hacia la cama. En cambio, me moví hacia el clóset. Me puse

una bata sobre mi pijama de seda, amarré ligeramente el cinturón y metí mis pies en un par de pantuflas. Tomé ambos teléfonos, mi llave de la habitación y un puñado de dinero en efectivo. Adapté la sonrisa torpe de mi cara a una más apropiada. Luego salí, cerrando la puerta detrás de mí. Y fui a buscar a mi futuro esposo.

No tomó demasiado tiempo. Era un *resort* pequeño, otro de los motivos que aseguraban que la fiesta Sharp de dos personas no regresaría. Simplemente no había suficientes cosas que hacer aquí. No para una pareja que no quería merodear por la naturaleza o ver deportes. Especialmente no para un hombre que se emocionaba cuando las cosas hacían *Bip* o prendían. Diez minutos después entré al lugar por el que debí empezar la búsqueda: el bar del hotel, aunque Brant no bebía, no buscaba encajar socialmente ni en grupos de personas. Pero a las 2 a. m. era uno de los únicos lugares abiertos adentro del complejo. Entré por las puertas, vi la escasa multitud y lo vi dándome la espalda con la mano sobre la barra, entre un grupo de gente que no reconocí.

Sonreí con alivio. No sabía qué esperar, qué había anticipado la tensión en mi espalda, pero esa tensión desapareció cuando lo vi. Atravesé el bar. La pijama estaba fuera de lugar y varias mujeres me dirigieron miradas que ameritaban malas palabras, pero continué. Saqué su teléfono al acercarme, lo prendí. Se lo daría, le daría un beso de buenas noches y luego regresaría al cuarto. No necesitaba quedarme ahí; quería volver a la cama. Mi celular estaría ahí en caso de que él se emborrachara y necesitara ayuda para regresar al cuarto. Sonreí ante la absurda idea de Brant borracho y me acerqué más.

A unos pocos pasos. Los cuerpos se abrieron, dándome un mejor panorama de él.

Más cerca. Mis pantuflas se atoraron en el azulejo y me tropecé un poco. Me recompuse con el rostro caliente.

Escuché el murmullo de su voz. Me acerqué. Puse mi mano en su hombro y lo jalé un poco.

El suave rotar de su torso, la mirada por arriba del hombro con la que me vio hacia abajo...

En los siguientes minutos, todo en nuestra relación cambió.

Me había enamorado de él. Planeado nuestro futuro, aceptado su propuesta de matrimonio desde antes de que él la hiciera.

Resultó que ni siquiera lo conocía.

CAPÍTULO 19

Dos años y tres meses atrás

Brant

*T*enía la intención de proponerle matrimonio en Belice. CANCELÉ el plan cuando el avión se averió. Restablecí el plan cuando Lana nos obligó a tomar un vuelo comercial. Entonces nuestro viaje tuvo un imprevisto; ella se enfermó y el momento nunca llegó.

Esta noche será mi segundo intento. Sacudo una píldora, la coloco debajo de mi lengua y trato de relajarme. Revuelvo agua con hielo y miro a la pared trasera de mi oficina, una superficie de acero inoxidable cortado por cristales con vista a las colinas.

Todo es preciso. Todo es perfecto. Ella no merece nada menos. Éste será el momento que hará sólido nuestro futuro. Una historia que contaremos a los hijos de nuestros hijos. Ella es una bala perdida y sin duda moverá el plan de esta noche de alguna manera impulsiva. Todo está bajo control para minimizar ese impacto. Todo lo que importará, al final de la noche, es que tengo el anillo y puedo articular la pregunta. El resto se resolverá solo.

Ella dirá que sí. Es un hecho. Nos amamos, cruzamos ese punto hace meses. El vínculo entre nosotros es incuestionable. Mi personalidad necesitó un análisis cuantitativo para tomar mi decisión; ella no necesitará nada más que sus emociones. Ese fuego que la hace lanzar sus brazos a mi alrededor y besarme el cuello. Las sonrisas que miro extenderse por su cara. El ardor que se asienta en sus ojos cuando hacemos contacto a través de una habitación llena de gente. Está comprometida. Estamos enamorados. El matrimonio es el siguiente paso al «para siempre». Encuentro el anillo y me levanto. Saliendo de la oficina mis ojos

atrapan el reloj y reafirmo que estoy a tiempo. Tres horas antes del «para siempre».

Dos horas antes del «para siempre». La veo ajustarse los aretes, su postura ante el espejo es de una elegancia casual, aunque sin dejar de ser sexual. Piernas ligeramente extendidas, la cadera inclinada, la cabeza inclinada, todas sus curvas ante mí. Me acerco detrás de ella, nuestros ojos se encuentran en el espejo mientras la jalo una pulgada hacia atrás, su presión se acopla a mí perfectamente.

Está nerviosa. Puedo ver una oscuridad en sus ojos, un temblor en su mano mientras empuja el diamante a través del lóbulo de la oreja. Algo está fuera de lugar, desde la inhalación profunda de su respiración hasta la sonrisa que me da. Más tensa, menos libre. No es la cara falsa que presenta a los demás, pero no es la sonrisa que conozco. Es una mezcla distraída de las dos. Tiene algo en la cabeza. Algo que sus ojos dicen, pero ella no está lista para hablar sobre ello. Me inclino hacia adelante, inhalo su delicioso aroma mientras le doy un suave beso en la clavícula.

—¿Prefieres que nos quedemos? No tenemos que salir —hice una pregunta cuya respuesta puede arruinar los planes de esta noche, pero no quiero una acompañante reacia. No ahora, no en el comienzo oficial de nuestra vida juntos como uno solo.

Otra sonrisa que no es su sonrisa.

—No, tenemos que ir. Sí quiero...

Su respiración es extraña. Más rápida que de costumbre. De repente quiero jalarla hacia el dormitorio. Deslizar su vestido y conectarme con ella. Que ambos perdamos los sentidos bajo la presión de nuestros cuerpos. Centrarnos de nuevo, reafirmar que ella es mía y que está presente y feliz.

No lo hago. En cambio, mantengo su abrigo abierto, lo dejo caer sobre sus hombros y le abro la puerta principal a mi futura esposa. Cierro la puerta y ruego a Dios que diga que sí. De repente, todo lo que sé parece estar en el aire.

Tal vez no esta noche. Tal vez esperaré hasta que pase esta sensación. Hasta que ella sonría y la luz llegue a sus ojos. La veo bajar los escalones y la sigo.

Una hora antes del «para siempre». No hace preguntas sobre el helicóptero, o sobre el uso poco ortodoxo del Rolls y mi conductor por la noche. Metida bajo mi brazo, su cabeza gira hacia la ventana. Las luces de San Francisco se ven diminutas contra la costa mientras el helicóptero se mueve constantemente a través del cielo. Ella no hace preguntas. Sólo se instala en mi brazo y observa el reflejo de un sol bajo que brilla desde atrás de los picos de las olas rocosas.

—Te amo —dice suavemente.

Aprieto mi brazo alrededor de ella, saboreando la sensación de tenerla ahí. Le encanta que haga esto; una parte de ella está ansiosa de la confirmación física de nuestro vínculo.

—Yo también te amo.

Levanta la barbilla y encuentra mis ojos.

—Para siempre —dice firmemente.

—Para siempre —repito, inclinándome y poniendo un beso sobre su frente. El helicóptero se desplaza y la abrazo—. Agárrate, estamos aterrizando.

Para siempre. Había sonado ominoso al salir de sus labios.

CAPÍTULO 20

A pesar del viento fuerte, el helicóptero aterriza fácilmente en la isla Farallón. Abrimos la puerta y dos hombres de esmoquin esperan con los brazos extendidos para ayudarnos a salir del helicóptero y a lo largo del terreno irregular. Nos deslizamos y corremos, los pies descalzos de Lana ágiles en la superficie desigual, los tacones en la mano, risa auténtica que derrama de sus labios mientras agarra fuertemente mi brazo y se sube sobre la pequeña colina de rocas ante nosotros; la suela lisa de mis zapatos de vestir hace el viaje traicionero. Justo lo que necesito. Puedo imaginar el título: Una pareja muere al caerse a sólo momentos de la propuesta de matrimonio. No es que jamás haya habido una muerte oportuna.

Todo vale la pena cuando logra mirar tras las rocas y oigo la emoción en su voz. Sus ojos encuentran sobre una piedra plana la mesa, cubierta con lino blanco, velas y champaña. La altura nos pone en una cornisa con nada más que roca y océano y puesta de sol por todos lados, el contorno irregular de San Francisco a veintisiete millas al este. El hombre trajeado a nuestra derecha sostiene un abrigo largo que le ayudo a ponerse antes de hacer lo mismo con el mío; el viento nocturno que sopla da escalofríos. Sentados, aceptamos las copas de champaña y alrededor nuestro el sol poniente pinta un paisaje de belleza en todos los ángulos. Es perfecto. Tal como yo lo imaginaba, la pequeña isla es un santuario privado para este momento.

—Lo lograste todo —ella encuentra mis ojos sobre la mesa directamente. No hay nada entre nosotros en este instante.

—«Lograrlo todo» hubiera incluido coordinar ballenas. Su sindicato no

aceptó nuestras peticiones, pero espero que podamos ver algunas hoy en la noche —señalo con la cabeza hacia las olas—. Me dijeron que éste es el lugar indicado para verlas atravesar.

Un momento de silencio se apodera de nosotros mientras ella se envuelve en el abrigo y mira hacia el agua. Deseo que aparezca una ballena, que la naturaleza pruebe que apoya nuestra unión con una demostración dramática de generosidad. En mi bolsillo derecho, doblado y desplegado cien veces, está mi discurso. No necesito el papel; me sé las palabras. Lo había recitado perfectamente mientras me afeitaba. Lo había probado con un tono distinto mientras conducía a la oficina. Había cambiado el formato diez veces, las palabras veinte. El peso del papel había sido reconfortante todo el día, pero de repente parecía estar mal. Deshecho el plan y tomo su mano para decirle:

—Sabes que te amo.

Sus ojos se mueven hacia nuestras manos.

—Lo sé.

No. Necesito ver sus ojos. Tener esa conexión, leerla. La Layana que conozco no se esconde. No lo entiendo, pero sigo adelante:

—Sabes que haré cualquier cosa por ti, para hacerte feliz.

Ella mira hacia arriba. *Finalmente.*

—Lo sé.

Me pongo de pie. Me muevo junto a su silla y me arrodillo, sacando la caja que sostiene nuestro futuro.

—Te amo con cada parte de mi corazón, pasaré mi vida haciéndote sonreír, por favor, dame el honor de pasar el resto de tu vida como mi esposa —abro la caja fácilmente. El cielo oscuro no hace que el diamante azul sea menos impresionante. Lo sostengo. Me doy cuenta, antes de que mi brazo termine la acción y con los ojos viéndola fijamente, que todo está mal en esta situación.

El rubor de su rostro.

El pánico en sus ojos.

El mordisco por dentro en su mejilla.

Arrepentimiento en su mirada.

Humedad en el borde de su rímel.

Cierra los ojos con fuerza y una solitaria lágrima oscura cae por su costado. Miro esa lágrima y siento cada pedazo de mi mundo cuidadosamente construido

romperse.

No me da una razón. No hace otra cosa que llorar mientras la miro. Examino cada línea mientras ella cubre su rostro. Después, sacude rígidamente su cabeza. Cierro la tapa, poniendo el anillo de nuevo en mi bolsillo, un sitio que se ha enfriado en los últimos minutos. El roce de mis nudillos contra la textura de la cachemira de mi abrigo me enferma. Algo está mal. Algo ha sucedido y ha roto nuestra perfección.

Necesito averiguar qué pasó. Lo podemos arreglar. Nada cambiará eso.

Esperaré hasta el día en que muera por ella. Para mí no hay, y nunca habrá, nadie más.

CAPÍTULO 21

Layana

Nuestra relación había sido perfecta. Un hombre magnífico, brillante. Uno que me amaba con cada centímetro de su corazón. Me consintió. Me escuchó. Me valoró. Uno a quien yo amaba también, apasionadamente. Me había adelantado y había hecho planes para nosotros. Grandes planes ocupaban enormes partes de mi corazón. Planes que involucran una casa llena de niños, creciendo como uno solo, una unión de nuestras vidas que nunca terminaría. Entonces descubrí su secreto. Y esa noche mi mundo colapsó. Toda fantasía que tuve de ser feliz para siempre, de niños y matrimonio, se fue. Me enfrenté a un agujero de engaño y tuve que decidir si quería saltar dentro o irme. Podría haber terminado todo. Romper con él y continuar. Tratar de encontrar otro amor, un final feliz diferente. En cambio, me paré en el agujero de conejo del infierno y miré hacia adentro. Camine de puntas en la línea de la indecisión incluso al rechazar su propuesta. Me confundí, le di vueltas y ahogué mis dolores en Chardonnay. Y luego... ¿finalmente? Me decidí y me quedé. No dejé que supiera que yo sabía su secreto. Pero ese día, cuando mi cuento de hadas murió, perdí mi confianza en él, en nuestra relación. Y unos meses más tarde, conocí a Lee.

P A R T E 2

MENTIRAS:
UNA MONTAÑA DE ELLAS
ENTRE NOSOTROS

CAPÍTULO 22

Dos años atrás

U nos meses después de Belice, estaba en una tienda de abarrotes examinando coloridas líneas de caramelos, tratando de decidir cuál valía mis monedas, cuando él entró. Estaba fuera de mi vecindario, había bajado a Palo Alto para visitar a Brant en el trabajo. Me detuve en un área en la que no debía estar porque mi Mercedes necesitaba gasolina y mi vejiga no se callaba.

Lo sentí antes de verlo, una presencia detrás de mí, incómodamente cerca, y volví la cabeza y capté sus ojos mirándome directamente. Sin evadirme, sin vergüenza. Me miraba de la misma manera que un bebé, inocente y directo, tan directo que quería romper el contacto, pero no lo hice. Su mirada era tan distinta a la de Brant que tartamudeé mentalmente, atrapada en ese momento en el que ambos nos miramos y luego él sonrió.

Wow. Engreída. Confidente. Sexual. Tan diferente de la de Brant. La expresión fija de Brant era intensa, su cara rígida y estoica. Brant era un hombre que escuchaba y luego reaccionaba, no tenía los impulsos al alcance de la mano. Tampoco era despreocupado, juguetón o coqueto. La sonrisa de este hombre era las tres, y me atraía. Mi propia sonrisa se curvó en respuesta.

—Difícil decisión —dijo, señalando con la barbilla hacia los estantes.

—Sí —asentí, aún sonriendo. Como si fuera una marioneta, mi expresión tonta seguía pintada en su lugar. *Debería huir. Alejarme.* En cambio, mantuve el contacto visual. Mi capacidad para tomar decisiones estaba averiada.

—Te conozco... —dijo lentamente, entrecerrando ligeramente los ojos, su sonrisa un poco más cautelosa, reconociendo con sus ojos. Pero no era un reconocimiento real—. ¿No te conozco? —siguió el coqueteo.

Dejé de respirar. Mi sonrisa todavía estaba ahí, temerosa, pero también curiosa sobre las palabras que vendrían después.

Luego hubo un momento en el que hizo la conexión y me reconoció.

—¿No eres la novia de Brant Sharp? —se alejó de mí, con la cabeza inclinada mientras examinaba el estante de las revistas detrás de nosotros, levantando la mano y tomando una. Un gemido se deslizó por mi mandíbula apretada.

Wired Magazine, la revista de cabecera para los *geeks* en todo el mundo, acababa de proclamarme el Bombón de la Tecnología del Año, un honor que debería haber sido otorgado a alguien que realmente estuviera en la industria tecnológica, no sólo a la novia del genio del siglo. Sin embargo, allí estaba yo, en la cubierta brillante, sólo con cables sobre el cuerpo y una sonrisa confiada en mi rostro haciendo de éste su número más vendido hasta el momento. A los *geeks* aparentemente les gustaba la desnudez, sin importar quién fuera. Y allí, en letras gigantes que atravesaban mi torso, la validación de mi aparición: «Lucky¹ Layana: de quien Brant Sharp obtiene su inspiración creativa».

Dejé de sonreír, extendí la mano y le arrebaté la revista de sus manos, me alejé cuatro pasos a un lado y la guardé detrás de algunos números de *Martha Stewart Living*.

—Bueno, eso acaba de responder a mi pregunta —dijo con una sonrisa, poniendo una mano sobre el estante y apoyándose justo lo suficiente para que pudiera oler el aroma a hierba fresca que salía de él.

Dios, es un olor agradable. Olfateé discretamente y luego retrocedí un paso. Así que... el magnífico hombre *no* me conocía. Acababa de reconocermé por la revista, ya fuera por la portada de *Wired* u otra. En los últimos meses, la máquina de medios de Brant entró en sobrecalentamiento. Aparecí en siete portadas gracias a la campaña de relaciones públicas encabezada por Jillian, una mujer que había saltado plenamente a estar en el Equipo Layana. Ella y yo habíamos hablado la noche que descubrí el secreto. Arreglamos diferencias con nuestro nuevo objetivo común de mantener el secreto. La rigidez seguía ahí, pero con una finalidad ahora compartida entre nosotras. Su energía se movió hacia otras cosas que no eran terminar nuestra unión. Sus esfuerzos más recientes se enfocaron en volverme el centro de atención. Yo sabía lo que estaba haciendo. Quería quitarlo a él del foco, mantener su privacidad intacta, mientras que, en

cambio, los buitres se agasajaban con mi carne. Había funcionado. Me habían hecho cinco entrevistas ese mes.

La máquina de medios me nombró «Lucky Layana» debido a mi supuesta inspiración para la última creación de Brant: el Laya. El Laya fue el único responsable del aumento del valor en el mercado de BSX en un extra de ocho cifras ese trimestre. Una estrella brillante. Todo gracias, según la mente de los medios de comunicación, a mí. Ridículo.

—¿Entonces lo eres?

Mi regreso al dilema del caramelo parecía un caso perdido.

—¿Ser qué?

—Suertuda —su voz era baja, ronroneaba intenciones, deseo, y un quiero-cogerte-aquí.

Miré hacia arriba, encontré su mirada y quedé sorprendida por el chisporroteo de química entre nosotros. Esto no era para nada como había sido con Brant. Era electricidad, peligro y deseo crudo, una combinación que empujó mis detonantes femeninos y me hizo imprudente.

—¿Por qué no me pruebas y lo averiguas?

Se echó a reír, retrocedió y el ante amarillo de sus botas de trabajo crujió en el suelo de linóleo.

—No eres esa clase de chica.

Mantuve el contacto visual y tragué la aprensión asentada en mi garganta. Esto estaba mal. Esto era malo. Debería correr a casa, esperar a Brant y olvidar que pasó. Mi voz desobedeció, salió fría, confiada. Exactamente como siempre había deseado que un coqueteo sonara, pero fue *esta* vez cuando finalmente lo logré.

—¿No soy ese tipo de chica?, entonces realmente *no me conoces*.

—Cualquiera puede exagerar en público —sus ojos me retaron, volvió su sonrisa arrogante y él miró hacia la revista oculta, luego de nuevo hacia mí.

—Entonces llévame a algún lugar privado —el desafío estaba en mi tono incluso mientras mi conciencia gritaba una muerte larga y silenciosa en algún lugar de mis huesos.

El lugar privado resultó ser la parte de atrás de la tienda, un lote para grava cerrado en ambos lados con vallas y lleno de coches convertidos en chatarra, nuestros pies pateaban una cubeta abandonada y paquetes de cigarrillos vacíos

en el suelo. Me empujó contra la pared y sus manos tiraron de mi playera Vince sin mangas, bajando los tirantes sobre mis hombros, el escote estallando mientras se extendía más allá de su capacidad. Sus manos fuertes la desgarraban hasta que la pálida parte superior de mis pechos estaba expuesta, revelando el encaje de mi sostén.

—Bien —murmuró bajando la cabeza, deslizando las manos codiciosas hasta que las copas de mi sostén se apartaron y mis pechos quedaron libres, fuera de la tela. Sus manos los envolvían y estrujaban mientras su cuerpo se apretaba contra mí. Dentro de mí, mi conciencia luchaba con el deseo. Cada roce, toque y caricia de su mano era como fuego a través de mi piel, encendiendo mi excitación hasta que estaba en el punto de la locura. Luché con mis emociones, incapaz de mantener la mente clara hasta me quedé sin aliento, con la cabeza levantada. Nos miramos y todo se detuvo.

Se congeló el tiempo y los dos quedamos atrapados hasta que él rompió el momento con una larga risita:

—¿Qué estás haciendo, Lucky? ¿No se te hace tarde para la hora del té?

Le gruñí, inclinándome hacia adelante y mordiéndole el cuello, el sabor de su piel era de sudor y sal, calor y hombre. Suciedad y deseo. Una distancia diametral del perfume y dignidad a los que estaba acostumbrada.

—Pensé que eras un hombre de acción. ¿Estás nervioso? ¿Tienes miedo de no poder competir?

Quitó mi boca de su cuello. Torció mi rostro con la mano hasta que lo miré de frente. Ojos dominantes, el jugueteo se había esfumado. Nada más que un magnífico macho alfa, fuerzas competitivas en su interior. Ya había visto esa mirada en los ojos de Brant cuando estaba resolviendo un problema o iba detrás de un contrincante. Pero nunca cuando me miraba fijamente.

—Me preocupa cogerte tan bien, que te arruine la vida.

Dios, sabía que eso estaba mal. Pero ante los acontecimientos recientes, cerré los ojos a la razón.

Me gustaba. Lo deseaba. Quería que me cogiera.

Y lo hizo. Justo allí, en ese estacionamiento cubierto. El coche de un empleado nos miraba palpitar y gemir contra el ladrillo sucio. El cielo arriba maldecía mi alma mientras yo separaba las piernas y dejaba que su verga entrara duro. Un condón barato de la gasolinera en su verga. Sexo duro, limpio y más

caliente de lo que lo había vivido antes. Incluido Brant. Él me cogió para usarme, su enfoque estaba en su placer, su atracción hacia mí no estaba enmascarada de ninguna manera. Aquello debía sentirse mal, no debía haber sido sensual, pero lo era, y sucio y desesperado, y me vine duro, mis manos agarrando el ladrillo áspero, mis piernas temblando, el placer rasgando un camino prohibido a través de mi cuerpo.

Terminó un minuto más tarde con un rugido, sin tratar de censurar su alarido, su grito azotado por el viento, mi propio gemido fuerte contra su cuello, sus manos apretadas en mi culo, jalándome hacia él, los jadeos y gemidos me dejaron saber cuánto tiempo duró y cuán bueno fue su final.

—Carajo —imprecó, empujando la pared con su verga saliendo de mi cuerpo y una de sus manos fuertemente tomando mi hombro, manteniéndome clavada en la pared mientras se quitaba el condón y metía su verga en los pantalones. Subió con una mano el cierre de los jeans rotos mientras sus respiraciones pesadas y ojos salvajes viajaban por mi cuerpo—. Así que eso es lo que consigue la otra mitad.

—Vete a la mierda —respondí con todo el tono retador que pude, tomando en cuenta que mis shorts de lino estaban apretados alrededor de mis tobillos, mi playera estaba subida y tenía las tetas de fuera. Una fuerte brisa rugió y mis pezones respondieron, la piel se estiró, mi coño estaba pesado y húmedo con mi excitación.

Se agachó delante de mí. Agarró la parte superior de mis shorts y los deslizó hacia arriba, mis piernas se juntaron para ayudarlo. Sonó el rasguño de las sandalias con piedras incrustadas contra la grava mientras el calor de sus dedos seducía mis piernas. Sus ojos nunca se movieron de los míos, su franqueza era más invasiva que su verga.

Sentí el giro de sus manos en mi ombligo mientras cerraba el botón, luego deslizó sus nudillos más alto. La piel áspera rozó mi estómago, luego la curva de mis pechos. Mi aliento dio un salto cuando dio vuelta a sus manos y apretó posesivamente, lo suficientemente duro para casi doler, pues aprovechó para levantarse, y tuve que alzar la vista cuando él se presentó con su altura completa.

Otro apretón. Sentí cada dedo mientras se extendían por mi pecho. Alternó la presión. Me habría reído, excepto que estaba a punto de pedirle la segunda ronda.

Su mano me soltó. Subió mi brasier y bajó mi playera tan rápidamente, que me distraje de lo que estaba a punto de decir. Y... con ropa entre nosotros, repentinamente teníamos menos en común.

—Vuelve a su mansión, Lucky, estoy seguro de que él te está esperando.

—No lo hace.

Volvió a sonreír, esta vez menos juguetón, más duro, cínico:

—¿Siempre te coges a extraños a los cinco minutos de conocerlos?

—¿No pusieron eso en el artículo?

—Supongo que a las perras de clase alta les gusta la verga como a cualquier otra.

—Supongo que la clase baja no sabe cómo llevar a una chica a una cita.

Apareció una luz en esos ojos. Un movimiento de cabeza lento, las comisuras de su boca aparecieron un poco y un hoyuelo se hizo visible. Brant tenía un hoyuelo, aunque no lo había visto en meses.

—Entonces déjame llevarte a almorzar.

Eché un vistazo a mi reloj Tag, que brillaba contra el sol de la tarde, enmarcado por la piel bronceada.

—Es un poco tarde para un almuerzo.

—Entonces vamos por cerveza, a menos que sea demasiado bajo para ti.

Me encogí de hombros.

—Puedo coger en un estacionamiento; creo que puedo bajar mi expectativa un poco.

Su cara se oscureció, y yo ya había visto más emociones suyas en treinta minutos que las de Brant durante el último mes. Desde que rechacé su propuesta, hubo una especie de alejamiento. Tal vez era yo, tal vez él se había arrepentido, tal vez era un poco de ambos. Cualquiera que sea la razón, la pasión de este hombre, su actitud... fue un cambio refrescante.

Nos subimos a su vehículo, un Jeep que jalaba un remolque lleno de herramientas. Mis ojos viajaban sobre el contenido, haciendo un inventario. Su mirada veía mi movimiento.

—Perdón, dejé el Ferrari en la casa.

Me senté en un asiento de plástico roto, con los dedos buscando abrir la guantera y revisar los documentos para ponerle un nombre y comprender un poco al hombre que se sentó a mi lado. El Jeep se encendió y luego se sacudió,

lanzándome contra el volante mientras él salía del estacionamiento. Mi Mercedes blanco aún estaba estacionado delante y mi deseo de un caramelo todavía estaba presente mientras lo dejaba conducir.

—¿Qué haces con las herramientas? —tuve que gritar más fuerte que la música, una canción *country* sobre corazones rotos y Texas. Su mano dejó la temblorosa palanca de velocidades para girar el volumen hacia abajo. Sentí que su mano regresó a la palanca de manera sencilla, sexual, bajo su dominio.

—Hago jardinería, cortar, bordear, plantar. Trabajo con mis manos —miró hacia arriba—. ¿Eso te parece bien?

—No tiene que parecerme bien —agarré el cinturón de seguridad. Esperaba que su siguiente vuelta cerrada no nos hiciera caer en una zanja. El que decidió quitar las puertas de estos vehículos debía ser fusilado. Me pregunté sobre la clasificación de seguridad del auto.

—¿Siempre eres así de perra?

Me reí. Sacudí la cabeza:

—No.

Brant nunca me llamaría «perra». No usaba palabras como ésa. Las consideraba estúpidas, una pérdida de sílabas cuando había tantos términos más apropiados.

—¿Así que simplemente tengo suerte?

—Eres... diferente —susurré, sin saber cómo decir todas las cosas que no necesitaba decir.

—Sólo soy normal, Lucky, y eso no es necesariamente una cosa mala.

No. Pensé que una parte de todos nosotros anhelaba ser ordinaria. Me gustaría a mí misma escapar hacia eso en algún momento.

Se detuvo en un bar que nunca había visto, en una parte de la ciudad en la que nunca había estado. El In Between, que estaba incrustado entre dos bares más grandes que probablemente servían comida y tenían meseros y una calificación de sanidad aceptable. Pero entramos en el In Between, el barman lo miró hacia arriba con una sonrisa familiar y lo saludó por su nombre. *Lee*. No lo habría adivinado. «Lee» le quedaba raro, me tomaría un rato ajustar mi mente. Supongo que nos perdimos de las presentaciones en nuestra prisa romántica hacia el estacionamiento.

El primer taburete en el que me senté se tambaleaba demasiado. Lo descarté

y el intento en el taburete número 2 también fue un fracaso. Acepté el fracaso, enganchando mis pies en los peldaños y mirando hacia arriba, hacia la cara aburrida del barman.

—¿Qué quieres?

—¿Qué tienes?

—Miller, Bud y Pabst.

Súper elegante.

—Miller Lite, por favor, en botella.

Dos minutos más tarde, me dieron un vaso alto que parecía todo menos limpio, uno desechable habría sido mucho mejor si estuviera disponible. Tomé un sorbo grande de cerveza, feliz de que estuviera fría, luego la dejé, sintiendo sus ojos en mí. Volví la cabeza y vislumbré su sonrisa. El vaso se detuvo en su camino de regreso a mi boca.

Su sonrisa era mi kryptonita. Era tímida de esa manera en que sólo un hombre confiado puede lograrlo, el deslizamiento lento de una boca que pide permiso para entrar y joder tu mente.

Tomé otro sorbo de cerveza y observó mi boca. Incluso cuando su sonrisa se detuvo, continuó en sus ojos. Me cogió con esos ojos. Sentí que me sacaban la ropa y me empujaban hacia atrás, subía encima de mí y me hacía suya. No podía apartar la vista; no pude evitar sonreír de nuevo. Debía mostrar autoconfianza, debía tener el control, pero, en vez de eso, me ruboricé y perdí la capacidad de pensar. Este hombre podría ser mi perdición. Lo sabía, pero temía no poder mantenerme lejos. Valía la pena perder la guerra por el tiempo que durara la batalla con él.

Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿Alguien te ha dicho que eres rara?

—¿En qué sentido?

Río.

—En todos los sentidos —tomó un gran sorbo, se agachó y tomó mi taburete de entre mis piernas, su mano pasándose contra la entrepierna de mis shorts mientras agarraba la madera y la jalaba. Mis manos agarraban la barra para equilibrarme mientras me acercaba, hasta estar entre sus piernas, su mano en mi muslo desnudo, deslizándose con confianza por el músculo hasta llegar al borde de mis shorts.

—Tú también eres muy raro.

—Todavía no me conoces.

Tenía razón sobre eso. Él era un completo misterio para mí.

—Tengo una buena impresión.

—Me alegra que uno de nosotros la tenga.

Lo miré fijamente, fascinada por el modo en que sus dedos se sumergían bajo la línea de mis shorts, por lo sexual y franco, pero reservado. Arrogante, pero con un toque de vulnerabilidad. Mostró desprecio y atracción por mí, todo a la vez, y actuó como si eso fuera completamente normal. Pero lo más fascinante, lo más tentador eran todas las formas en que se diferenciaba de Brant. En el gesto suelto de su mano, mientras inclinaba la cabeza hacia atrás y vaciaba su vaso. La virilidad en cada movimiento, su olor a tierra, hierba y sudor.

La masculinidad personificada, legitimada en cómo me había cogido contra la pared. Duro, invasivo. Por su propia necesidad más que por la mía. Codicioso, animal. Marcándome con su verga. Era el tipo de hombre del que siempre había huido, pero ése podría ser el tipo que siempre había necesitado.

Se volvió hacia su taburete, me rodeó la espalda con una mano y me deslizó hasta el borde, se tomó un momento para levantar mi pierna y luego la otra hasta que estaba completamente a horcajadas sobre él. La presión de sus vaqueros era estimulante.

—Bésame —quitó el vaso de mi mano. Lo puso en el mostrador y me vio de frente. Acarició mi cara y me miró a los ojos.

Esperando, cerré los ojos y exhalé. Volví mi rostro hacia el suyo.

Nada. Abrí un ojo sólo para ver su sonrisa, el ligero movimiento de una risa inminente.

—Yo no dije «deja que te bese», dije «bésame».

El enojo me hizo jalar su playera, estirando la tela y acercándolo, mi trasero abriéndose paso desde el taburete hacia su regazo. Ataqué su boca, sorprendida del encuentro, sorprendida por lo suave y sutil que fue su respuesta, sus manos curvando mi espalda desnuda y acercándome más. Amé mi boca en la suya, la flexión de su lengua bajo la mía. No nos sentíamos como extraños; nuestras bocas se conocían instintivamente.

Dio vuelta en su taburete, llevándome con él, sujetándome la espalda contra la barra mientras sus manos me mantenían pegada a su regazo, su boca se

separaba de mí el tiempo suficiente para hablar.

—¿Quieres más? —susurró—. Porque quiero sentir el interior de tu boca antes de mandarte de regreso con él.

—Quiero más —jadeé.

Dos minutos más tarde, estábamos en el baño.

No pensé que lugares como éste, bares más pequeños que mi clóset, tuvieran baños. Pero éste sí. Había un pequeño cubo, un lavamanos atornillado a la pared junto con un dispensador de condones y un desagüe debajo de mis pies. Treinta pies cuadrados, como máximo.

La puerta se azotó cuando mi espalda la cerró de golpe, sus manos forzaron la acción, reconocí el sabor de la cerveza en su lengua mientras nos besábamos. Sus manos tiraron de mi playera, pasándola sobre mi cabeza. Un rápido movimiento liberó mi sostén y sus manos rozaron los tirantes de mis hombros. Nuestros besos eran calientes y febriles, empujé cualquier pensamiento racional de mi cabeza y disfruté el momento, disfruté del tacto de un hombre del que no podía obtener suficiente.

Descansó de mi boca, bajó su cabeza y miró fijamente mis pechos como si nunca hubiera visto unos antes. Un suspiro pesado cayó sobre él cuando los puso en sus manos, los sostuvo con ternura, su boca era magnífica y dijo: «Dios, son hermosos». Mordisqueó la delicada piel, inhaló profundamente mientras su lengua rodeaba mi pezón, chupaba en su boca uno y luego el otro mientras mi cabeza caía de nuevo contra la puerta. Oí el metal de su cinturón, su clink contra el azulejo mientras sus jeans caían. Mis manos lo ayudaron a sacar la playera de su torso hasta que estaba desnudo ante mí, su cabeza entre mi pecho. Sus ojos mostraron el punto de ruptura de su control cuando se encontraron con los míos. Y Dios, estaba duro. Podía verlo en mi visión periférica, lo sentí mientras golpeaba contra mí.

—Ponte de rodillas —dijo con voz ronca.

No tenía ganas de tocar ese suelo. Estoy bastante segura de que no habían usado un trapeador en meses. Pero tenía todo el interés de llevarlo a mi boca. Todo el interés en hacer que su mirada de cruda lujuria continuara. Bajé sus pantalones, creé una almohada para mis rodillas y me arrodillé ante él.

Por Dios. Aunque lo había hecho cientos de veces, se sentía diferente. Abriendo mi boca, envolviendo mi mano alrededor de la rigidez completa que

era su verga, lamiéndome los labios y oyéndolo inhalar... Nunca había estado tan húmeda. Nunca quise tanto eso. Nunca deseé una mano rígida en la parte de atrás de mi cabeza, un empujón impaciente, mirar hacia arriba a los ojos de un hombre y ver la falta de respeto y deseo, todo junto en una mirada caliente. Me zambullí en su verga, empujé mi mano, inhalé por la nariz, y me metí tanto de él como pude, atragantándome a veces. Mi boca encontró un ritmo, chupando y retirándose, chupando y retirándose, mientras los gemidos salían de su boca. Sabía que lo estaba haciendo bien.

Lo chupé hasta que me dolió la mandíbula y sus manos me jalaban hacia arriba. Arrancó mis shorts y el botón voló a algún lado, mi cuerpo estaba desnudo ante él, sus manos girándome hasta que ambos nos enfrentamos al espejo sucio, nuestros ojos abiertos, los pechos jadeando. Algo afuera chocó contra la puerta, recordándome dónde estábamos. «Inclínate», gruñó, y lo hice, moviendo mis piernas hacia atrás hasta que estaba apoyada en el lavamanos, mirando nuestro reflejo. Él miraba hacia abajo, envolvía su verga, probaba mi coño y, luego, la metió con fuerza.

Agarré el lavamanos y traté de no gritar, pero, oh Dios, era adicta.

¹ N. del T. La palabra «Lucky» tiene la doble acepción de algo que da suerte y que a la vez tiene suerte. Así, Layana es *suertuda* por tener a Brant y a la vez le da suerte a él.

CAPÍTULO 23

Volvimos a la barra donde dos cervezas calientes nos esperaban. Estaba dos veces más lleno que cuando nos fuimos, lo que significa que ahora eran seis cuerpos los que salpicaban el paisaje diminuto. Lee tomó el vaso, bebió la cerveza y empujó el vaso vacío hacia adelante.

—Gracias por la cerveza.

Levanté las cejas. Ignoré la mía. Saqué mi celular del bolsillo y revisé las llamadas perdidas. Cero.

—Gracias *a ti* por la cerveza.

Saludó con la mano al barman, un hombre con camisa apretada que me sonreía de tal manera, que estaba segura de que se burlaba de mí por el tiempo que pasamos jugando en el baño.

—No, estoy seguro de que tu presupuesto para beber y coger es más grande que el mío. Estaré en la camioneta —se balanceó a mi lado, sacudió unas cuantas manos y dio palmadas en algunas espaldas mientras salía, su paso relajado, confiado.

Volví a mirar al barman, que limpió el mostrador y me dirigió una mirada expectante.

—¿Él tiene una cuenta abierta?

—No una que haya pagado recientemente —el hombre jaló nuestros vasos, levantó una ceja al ver el mío lleno y tiró ambos en el fregadero.

—Aquí está —busqué en mi bolsillo, tomé un billete de veinte y lo azoté contra el mostrador—. Gracias.

—No hay problema, siempre es bueno ver a una de las chicas de Lee.

Hice una pausa, volviéndome para mirarlo.

—No soy una de sus chicas.

El hombre soltó una carcajada, encogiéndose de hombros mientras recogía el dinero y lo guardaba en su bolsillo delantero.

—Como sea.

Una de las chicas de Lee. Ojalá hubiera podido conducir. Ojalá pudiera subir a mi coche y volver al lujo. En lugar de eso, me arrastré hasta su Jeep. Sufrí el viaje de diez minutos de vuelta a la tienda, el viento azotando mi pelo mientras sus altavoces crujían a través de los bajos de Florida Georgia Line.

Se paró abruptamente detrás de mi carro y sus ojos barrieron las líneas limpias que le habían costado a Brant seis cifras.

—Asumo que éste es tu carro, Lucky.

—Me llamo Layana —tomé mi bolso y me quité el cinturón de seguridad. Me detuve cuando él abrió la guantera y sacó una tarjeta de presentación con los bordes doblados y gastados—. Laya, para mis amigos.

—No me encanta ese nombre.

—Tampoco me encanta «Lee».

—Como sea. Llámame si alguna vez quieres otro *round* —me guiñó el ojo. Hizo sonar el auto como si estuviera listo para que me bajara.

Vi la tarjeta. Quería romperla, pero no lo hice. *Tiene una tarjeta de presentación.* Ese hecho era a la vez ridículo y adorable.

Me bajé sin tener idea de qué hacer con la tarjeta. Vi su Jeep arrancar, el remolque que jalaba levantó hacia mi cara una nube de polvo del estacionamiento. Me subí a mi auto con la piel sucia, mi coño usado y la mitad de mi ropa estirada o arruinada.

Pasé por tres desviaciones antes de regresar a casa y me estacioné en un Lowe's. Cerré las puertas, puse mi cara sobre el volante y lloré.

CAPÍTULO 24

*E*ntré en mi casa, desnudándome tan pronto como estuve en el dormitorio. Necesitaba un baño, pero no quería quitarme su olor. Olía como él. Como el aceite y la hierba y la suciedad y el sexo. El olor estaba fuera de lugar en mi mundo, en mi dormitorio, en mi vida. Y sabía que no tenía sentido, pero quería más y amé a Brant aún más después de esa tarde.

Él fue tan diferente de Brant, tan fuera de nuestras costumbres. Me gustó lo diferente. Quería más y me odiaba por ello. Quería más de lo que podía obtener de Brant, más posibilidades, más que aquel hombre que me tomaba la mano y escuchaba mis palabras y me propuso matrimonio a la luz de la luna.

Encendí el agua y temí entrar en la ducha. Puse mi pierna en la bañera y empujé mis dedos dentro. Cerré los ojos contra el deseo doloroso. Lo quería. Si lo borraba, lo necesitaría de nuevo. Abrí la puerta y entré en la corriente de agua. Volví a llorar mientras lavaba de mi cuerpo cada momento del día.

Me demoré en cerrar el agua, pero sentía la urgencia. Tenía que vestirme. Tenía una cena con Brant esa noche.

Mentiras. Una montaña de ellas entre nosotros, el mantel de lino era demasiado puro y pequeño como para sostenerlas. Se tambaleaban a los lados, daban vueltas alrededor y poblaban los filetes frente a nosotros, la mantequilla derretida atrapaba algunas de ellas en su resplandor.

Yo tenía muchas, él algunas. Estaba plenamente consciente de mi engaño, y

sólo podía adivinar el suyo. Habíamos hablado durante horas en esta relación, pero habíamos dicho pocas cosas que no fueran, en algún sentido, una mentira.

—Escuché que harás un homenaje a tus padres en el evento Xavier.

Él asintió. Tomó un trozo champiñón.

—Decidí nombrar el nuevo edificio en su honor —un edificio. Una inversión de cien millones de dólares con sus nombres desplegándose orgullosamente hasta arriba. Un gesto amable si no fuera porque era el décimo que construía en la década.

Tres de ellos en el campus de BSX ya llevaban mi nombre. El desafío, para los nuevos empleados, de encontrar el camino hacia el edificio correcto se convirtió en una novatada entre los veteranos. Otros novios daban rosas; Brant daba edificios. Literalmente los daba. Mi nombre estaba en las escrituras de la propiedad, sus compañías me pagaban una buena suma por la renta cada mes.

Tomé un sorbo de vino. Mantuve el sabor en mi boca por un momento antes de pasar el trago. Era un 1961 La Misión Haut-Brion. Dejó un final persistente en mi lengua. El sabor a éxito se pasó suavemente.

—¿Le darás el edificio a su fundación?

Él asintió sin contestar. Cortó un trozo de carne.

—¿Puedes ir mañana con Jillian? Revisar las dotaciones para las fundaciones de este año, ver si estás de acuerdo a dónde van.

Jillian. Oculté mi desdén por la sugerencia detrás de una sonrisa educada. Sin embargo, en el esquema de actividades a realizar con Jillian, la asignación de millones de BSX sonaba como una actividad agradable.

—Claro, puedo prepararte un resumen de las organizaciones y el impacto...

Rechazó la oferta antes de tomar un sorbo de vino.

—No es necesario, siempre y cuando seas feliz, seré feliz. ¿Qué hiciste hoy?

Un brusco cambio en la conversación. Típico de Brant. Sin embargo, me sentía en el centro de atención, en el cadalso para ejecuciones.

—Hacer pendientes. Dormir —leí en un artículo una vez que los mentirosos se explayan. Lo creí. Mi lengua estaba ansiosa por ponerse creativa.

Se acercó. Suavemente tocó la parte superior de mi brazo, un gesto habitual que yo amaba. Una mini conexión en nuestra vida amorosa.

—Suena bien.

—Tal vez te puedas escapar mañana, pasar el día en la cama conmigo.

Una sacudida brusca de su cabeza.

—De ninguna forma, estoy cerca de exceder las capacidades de la batería de Onyx hasta un quinto de los niveles actuales. Lo que significaría que...

—Que eres brillante —interrumpí con una sonrisa.

Miró hacia arriba.

—Que tengo suerte.

Le lancé una mirada torcida y extendí la mano sobre la mesa, picando un pedazo de su carne y llevándola a sus labios.

—Prométeme que después de solucionar el problema de la batería celebrarás conmigo. Dame dos días de Brant para ir a donde sea que quiera llevarte.

—Lo prometo —tomó la ofrenda de comida, tirando de ella hacia su boca y masticando, acomodándose en su silla mientras el camarero en esmoquin se acercaba.

Un mes después, creó una batería que era la mitad de delgada de la de la competencia y que podía aguantar hasta nueve días sin cargarse. Planeé unas vacaciones y reservé una casa. Pero no fuimos. Y lo entendí.

Yo no era una persona normal. Lo sabía. Solía ser extravagante. Solía ser linda. Ahora pienso, cuando me cepillo el pelo por la mañana, cuando me tomo el tiempo para confrontar mi reflejo y mirarme a los ojos... Creo que tan sólo estaba sola. Solitaria y desesperada y queriendo ser abrazada y amada y deseada. Tal vez eso era normal. Tal vez fue la manera en que me dirigí hacia esa meta lo que me volvió extraña.

Me senté en la tarjeta de Lee durante una semana. Después la metí en el marco de mi espejo. La observaba mientras me aplicaba rímel y lápiz labial. La miré fijamente mientras cepillaba mis dientes y usaba hilo dental.

Cuando cerraba los ojos por la noche, pensaba en él. Cuando mi mano se escabullía debajo de las sábanas y presionaba fuerte contra la sensación entre mis piernas, pensaba en él. Miraba la salida del sol sobre mi césped mientras tomaba un café y pensaba en contratarlo para cortarlo. Luego pensé en todas las formas en que eso podría salir mal.

No debía llamarlo. Pero no podía *no* llamarlo. No podía mantenerme alejada. Tú no lo entiendes.

Pero cuando llamé, no respondió. Y no tenía correo de voz. Esperé una semana. Le llamé de nuevo. La tercera semana, su teléfono estaba desconectado. Me desesperé, luego me sentí agradecida por el obstáculo, luego desesperada. Yo lo quería; lo necesitaba. No estaba lista para decir adiós. Necesitaba su verga dentro otra vez. Me obsesioné, pero no pude encontrar ninguna pista acerca de él. Cuanto más lo buscaba, menos lo encontraba.

Así que me tomé un tiempo libre. Me obligué a dejar de buscar a Lee y concentré mi atención en Brant. Planear vacaciones, pasar más tiempo en su casa. Fuimos a Nueva Zelanda. Compramos una casa en Hawái. Quitamos la cáscara de nuestras propias ostras en Key West. Traté de olvidar a Lee. Traté de encontrar partes de él en Brant. Fallé miserablemente en ambas cosas.

Le llamé de nuevo y esta vez su teléfono sonó. Era la semana siete u ocho. Seguía sin tener correo de voz. Escuché el teléfono sonar hasta que se detuvo. Entonces decidí espialo.

Cuatro meses después de nuestra primera reunión, lo encontré.

CAPÍTULO 25

Un año y ocho meses atrás

—¿Qué haces aquí? —se detuvo al lado de su camioneta, volteó las llaves lentamente en su mano mientras sus ojos se posaban en los míos. El hombre no tenía miedo del contacto visual. Los ojos de Brant estaban constantemente en movimiento, siguiendo su mente. Los ojos de este hombre me fijaron y enraizaron en el suelo, su enfoque perturbaba mis nervios.

—Vi tu camioneta y pensé en saludarte.

—¿Pasabas por el barrio? —sus ojos se pasearon por la calle y encontraron mi coche, luego volvieron a mi cara—. Éste no parece tu vecindario.

No era mi vecindario. Pero estaba a menos de una milla de donde nos conocimos. A dos cuadras del bar donde me cogió en el baño. Me encogí de hombros.

—Estoy visitando a un amigo.

Espiándote.

—¿Aún eres la perra de esa verga con dinero? —sus ojos no se quitaron de mi cara cuando dijo esas palabras toscas. Salieron de su lengua como jodidos mármoles, lisos y relucientes, el calor de su mirada haciendo que mi coño jadeara con anticipación. Dios, yo lo deseaba. Su postura, las piernas ligeramente separadas, la masculinidad completa en exhibición, la fuerza de su cuerpo exhibida en la playera apretada y los jeans desgastados, tenía botas de trabajo en sus pies.

—Sí —me acerqué más, mis talones crujieron en la grava y su mirada dominante finalmente dejó mis ojos, cayó a mis pies y se arrastró a lo largo de mis piernas, una sonrisa maliciosa vino de su boca—. ¿Todavía quieres cogerte a

la perra de la verga con dinero?

Su sonrisa se detuvo y acercó su mano hacia mí, enganchó su gran palma alrededor de mi cintura y me jaló, mis pies tropezaron y entonces quedé sobre él, su espalda estaba pegada a su auto, su boca dura me besó lo suficientemente profundo como para que probara la cerveza en su lengua. Mis manos se enredaron en su playera, empujando, sintiendo, su boca silbaba contra mi lengua cuando bajé mis manos y agarré la entrepierna de sus jeans.

—Dios, eres una mujer dañada —apretó mi mano contra sus jeans y me dejó sentir su erección, mis dedos delineándola. Y lo apreté, saboreando la sensación—. Retrocede —murmuró, quitando su boca de la mía, su cabeza cayendo hacia atrás mientras empujó mi mano y la dejó caer y, de repente, la conexión se rompió—. Mierda —maldijo frotándose una mano sobre la boca, mirándome, sus ojos jaloneando mi alma con una mirada cautelosa. Retrocedí, sintiendo su deseo de que nos separáramos, insegura de qué estaba causando el cambio—. Mierda —repitió—. Estás loca.

Vi sus ojos. No dije nada. Mi cuerpo seguía clamando por más. Más. Más. No era así con Brant. No sabía por qué era tan diferente, no lo entendía, pero independientemente de la razón, mi conexión sexual con este hombre era mucho más fuerte. Él debía de sentirlo. Sus ojos dijeron que sí. Sus ojos estaban fijos mientras masticaba su pulgar. Mientras pensaba.

—Tengo novia —dijo esas palabras como si estuvieran sucias, y bajó su mano, se irguió en toda su altura y levantó la barbilla—. ¿Eso es un problema?

Sí. Uno jodidamente grande. Traté de no dejar que mi rostro mostrara la guerra de emociones que estaban teniendo una fiesta de pánico en el salón delantero de mi cabeza.

—No —susurré la palabra. Si la decía más fuerte, él oiría lo falso en ella. Abrió la puerta de su camioneta. Permaneció allí por un minuto, su cuerpo bloqueando la entrada, mi mente tratando de entender, deseando desesperadamente saber lo que estaba a punto de ocurrir.

—Es un problema para mí. Nos vemos luego, *Lucky* —dijo burlonamente la última palabra, como si yo fuera cualquier cosa menos eso, el tono era una bofetada en mi cara.

Seguía de pie, con los talones torcidos en la grava, mi cara roja y las bragas húmedas, cuando él pisó el acelerador y me dejó allí, en el estacionamiento de la

ferretería. Sola. Su cabeza no giró, no me volteó a ver cuando pasó a mi lado. Tan sólo se fue. Probablemente con ella. Mis manos se curvaron en puños.

Brant no llegó a dormir esa noche. Utilicé mi llave para entrar en su casa, diciéndome que me estaba quedando para sorprenderlo con el desayuno, no porque quisiera que él me abrazara toda la noche y me demostrara que era amada. En cambio, pasé la noche sola en su cama, abrazando una almohada e intentando no dejar que mi mente vagara. Lee dominó mis pensamientos. Tenía una novia. Una por la que me había dejado parada en el estacionamiento. Una a la que probablemente se cogió durante la mitad de la noche. Cerré los ojos, apreté la manta y deseé que fuera el brazo de Brant. Me quedé dormida en su cama vacía y no desperté hasta el mediodía.

CAPÍTULO 26

Brant

Cuando de verdad amas a alguien, no puedes abandonarlo. No importa qué haga. No importan las mentiras que salgan de su boca, o los actos de su cuerpo, te amarras fuertemente a su timón y juras que estarás ahí en las buenas y en las malas. Dejas que el viento te lleve a donde deba, incluso si ese lugar es un naufragio. Incluso si ese lugar te destruye y mata todo lo bueno.

CAPÍTULO 27

—*M*olly Jenkins es el nombre de la chica. Es estudiante de excelencia de medicina en ucla, y tuvo una beca deportiva hasta que se lesionó el ligamento cruzado anterior.

—¿Qué deporte practicaba? —hojeé el folder: fotografía tras fotografía de una rubia desbordante hacían que chirriara los dientes. La chica era más linda que yo. Más joven. Más desenvuelta. Con copa D. ¿De verdad era eso lo que le gustaba a Lee?

—Tenis.

Cerré el folder, ya no necesitaba ver más perfección. Tenis. *Ugh.*

—¿Qué hace mal?

—¿Disculpa? —el hombrecito delante de mí se movió en su asiento. Ajustó sus lentes.

—No quiero sus virtudes, quiero sus defectos. ¿Usa drogas? ¿Tiene un hijo? ¿Tiene sexo con trailers los fines de semana?

Grandes y tontos parpadeos detrás de los lentes. Contraté a la mejor compañía en la ciudad y eso es lo que obtuve.

—Ummm... mi reporte es bastante exhaustivo.

—Y dejó cualquier cosa negativa afuera —aventé el folder en su escritorio

—. ¿Dónde están las cosas sucias?

—No encontré nada de eso —mojó sus labios. Golpeteo nerviosamente sobre sus piernas en una especie de pantomima de batería. Miré sus manos hasta que pararon.

—¿Dónde trabaja?

Su cara se relajó un poco.

—Olive Garden. El que está en Stonestown.

—Consígueme una copia de su horario. Quiero saber qué días de la semana trabaja.

Asintió rápida y nerviosamente, la inclinación de su cabeza reveló el origen de los cabellos que dibujaban puntos en su frente.

—¿Algo más?

—No —golpeé mis labios con mis dedos—. No aún.

Abrí el cajón del escritorio. Escribí su nombre en mi libreta de cheques. Lo completé con una cifra generosa para incentivar correctamente al hombre. Luego arranqué el cheque y me paré sosteniéndolo.

—Llámame cuando sepas más.

Sonrió revelando una línea de dientes manchados, con las puntas dirigiéndose a más direcciones que un lapicero.

—Sí, señorita Fairmont.

Le di una sonrisa amable y tomé mi celular. Esperé hasta que lo escuché cerrar la puerta, luego completé mi llamada.

Nunca había dañado a una chica antes. Nunca tuve archienemigas en la escuela, ese tipo de chicas malditas como las de la televisión que mataban esperanzas y sueños mientras modelaban alta costura. Mis amigos de la secundaria eran civilizados, ordenados. Las mujeres de Stanford estaban más centradas en sus calificaciones y futuros que en rivalidades mezquinas, no tenían ningún esfuerzo extra disponible para desperdiciar.

Así que estaba entrando en este juego siendo virgen. Pero, según me parecía, estaba bien equipada. Tenía dinero. Inteligencia. Y... como un pequeño punto a mi favor... había cogido con su novio... dos veces en tres horas. Tenía una idea de lo que a él le gustaba, lo que quería. Tenía la confianza suficiente respecto a que yo lo atraía a pesar del hecho de que ella era absolutamente preciosa y no se parecía en nada a mí. Era como si él hubiera abierto una enciclopedia, se hubiera desplazado a la sección de «Lo opuesto a Layana», y hubiera escogido su foto. Imagínate.

También estaba de mi lado el elemento sorpresa. Yo era un escuadrón de uno.

Estaba sola en esta batalla; sin que nadie supiera de mis intrigas, no se levantarían defensas. Estaría atacando a un gatito dormido. Un gatito inocente y frágil. Estaría alejándola de Lee y cortando cualquier posibilidad de reconciliación.

Debería haberme sentido culpable, haber tenido compasión, pero no fue así. El amor es la guerra y Lee era, o sería, mío.

El mensaje de texto llegó mientras me bañaba. Lo descubrí cuando me secaba, mi dedo húmedo se posó con dificultad sobre la pantalla y, después de varios intentos, pude desbloquearlo y ver la alerta.

Un nuevo mensaje

Lo abrí. Era corto y dulce, de mi siempre útil investigador privado:

Está con Molly Jenkins ahora. Panera en la calle 43.

Le contesté:

Avísame si se van.

Miré mi reloj. 11:12 a. m. Se supone que comería con Brant al medio día. Dejé el celular y me apresuré al vestidor, agitando un par de jeans oscuros y poniéndolos sobre la cama.

Entré en el centro comercial con los ojos puestos en el vehículo de color verde oscuro, con dos cabezas en el interior, al mismo tiempo que el Jeep de Lee se retiró hacia el tráfico. Mi teléfono zumbó:

Ya se van. Los estoy siguiendo.

Muchas gracias. Lo llamé para decirle que estaba allí y que estaba despedido por el resto del día cuando mi coche alcanzó al de Lee. No debía estar ahí. No

debía estar acosando a un hombre que no conocía lo suficiente como para que tuviera interés en mí. Mi teléfono volvió a tintinear. Esta vez era Jillian:

Brant no va a poder llegar al almuerzo. Me disculpo.

Una sorpresa desagradable. Metí el teléfono a mi bolso, levanté la mano hacia el coche del investigador privado y me respondió asintiendo con la cabeza. Dos individuos con dos motivaciones diferentes unidos por un objetivo en común. Pisé el acelerador, atravesé el tráfico y atrapé al Jeep de Lee.

Él conducía como un maníaco, con la cabeza girando a menudo hacia ella, que sonreía, y todo era visible desde mi auto detrás de ellos, cada ráfaga de su sonrisa era un cuchillo en mi corazón. En un semáforo se acercó a ella. Apoyó una mano en su respaldo y se inclinó. Sus bocas se encontraron por un momento que me desgarró el corazón antes de que mi mano se portara mal y golpeará el claxon. Su cabeza se alejó de ella, mirando hacia la luz, que cambió en ese momento. Luego miró al espejo retrovisor, y aunque sus ojos estaban demasiado lejanos como para interpretarlos, estoy segura de que había irritación en ellos. Su Jeep se sacudió hacia adelante y mi boca se curvó detrás del polarizado de mis ventanas. Lo siento, nena.

Unas cuantas millas más tarde se detuvieron en un parque, y Lee esperó mientras ella salía. Sus modales mostraban su ignorancia del protocolo para abrir una puerta. Miré cómo después él le tendía una mano en la que la de ella se acoplaba perfectamente. Luego caminaron; ella llevaba una manta debajo de su brazo y una bolsa sobre un hombro que pasaba mucho tiempo bajo el sol. Estacioné mi coche en la sombra, escondido entre un camión en movimiento y los suburbios. Saqué los prismáticos que había robado de la casa de Brant, los ajusté y me acerqué a la pareja.

Hola acoso, soy Layana. Es un placer conocerte.

Mientras corría, ella sonrió, y él la persiguió.

Cuando ella tomó una siesta bajo el sol, él le pasó la mano suavemente por el cabello.

Cuando él se quitó la camisa y se estiró para disfrutar del sol raro de San

Francisco, vi sexo en los ojos de ella. Me senté y miré, enfocándolos y espiando. Gruñí con un puñado rancio de nueces mientras veía trozos de lo que podría ser amor. Bebí de mi agua tibia mientras él la atrajo hacia sí. La hizo cabalgarlo mientras su arrogante boca se levantaba, su pelvis oscilando debajo de ella, la imagen del jadeo de la mujer fue tan claramente visible como si pudiera oír el maldito sonido. Se besaron, se pusieron de pie y se apresuraron, recogieron su bolsa y su manta y corrieron hacia el auto.

No seguí el Jeep cuando arrancó. Sabía cómo eran los juegos previos al sexo. No necesitaba verlos entrar en una casa para saber más. No quería sentarme en un coche y saber que estaban cogiendo. Súbitamente reconocí un sentimiento, una oleada de emoción en la parte posterior de mi garganta que detuvo mis lágrimas y me hizo tragar saliva, poner en marcha mi auto y dirigirme a casa.

Necesitaba un plan. Ya había visto suficiente. Lo que necesitaba averiguar era cómo destruirlos.

CAPÍTULO 28

Un año y siete meses atrás

*E*staba pensando en que fuéramos a la isla durante una semana.

Parpadeé viendo a Brant a través de una mesa llena de aperitivos. Nunca mencionaba la idea de viajar. Normalmente estaba tan enterrado en trabajo, que tenía que arrastrarlo lejos para que se divirtiera.

—¿Cuándo?

—Tal vez el sábado, acabamos de terminar la fase de diseño de los marcos de fotos. Al equipo técnico le tomará una semana, más o menos, obtener mis maquetas iniciales.

Me pase un bocado con una mezcla de salmón y queso crema. Me limpié la boca con una servilleta mientras pensaba.

Una semana. Un contratiempo a la mitad de la «Operación Matar a la Barbie Tenista».

Una semana. Con el hombre al que amaba. Veinticuatro horas al día de Brant, y cualquier dosis de su personalidad que yo pudiera sacar a jugar. Necesitábamos esto. Él necesitaba esto. Habían pasado tres o cuatro meses desde que habíamos salido a cualquier parte; su psique se centró en el último desarrollo, luego el siguiente, luego el siguiente. Vivía para construir cosas. Para mejorarlas. Y el proyecto de esta semana era, aparentemente, nuestra relación.

La isla a la que se refería era nuestra casa hawaiana. Realmente no estaba en una isla, a menos que Honolulu contara, esa gran masa donde nuestra península privada se alzaba. Nuestra propiedad tenía una casa de vacaciones de veinte mil pies cuadrados, complementada por una piscina privada, gimnasio y spa. Chefs, masajistas, mayordomos y mucamas. Sería bueno alejarse. Saltar de un paraíso

al siguiente.

Le sonreí.

—Claro, me coordinaré con Jillian y arreglaré los detalles. Se levantó, dejando su plato, y se acercó. Puso una mano sobre la mesa y se inclinó. Pasó sus labios sobre los míos y sonrió.

—Te amo.

Me senté en mi asiento, levanté la vista y sentí la caricia de su mano mientras acunaba mi barbilla.

—Yo también te amo.

—¿Cuándo me dejarás ser tu esposo? —había una queja en las palabras. Una necesidad detrás de las palabras. Miré dentro de los ojos de mi amor, un hombre que en algunos sentidos era todavía un niño solitario que jugaba en el ático mientras todos los demás niños estaban afuera.

—Algún día —fue mi respuesta que no era mi respuesta y, sin embargo, la que había estado dando por un año.

—Un hombre puede cansarse de esperar —la curva de sus labios creía esas palabras.

Me levanté, lo jalé de la camiseta y me puse de pie. Envolví su cuello con mis brazos y lo abracé.

—Bueno, entonces tal vez debería darte alguna otra razón para que te quedes.

Aceptó mi beso. Lo hizo más profundo. No puso objeciones cuando mis manos desfajaron la camiseta de sus pantalones. Me dejó jalarlo hacia la sala y que lo montara. Y ahí, con el sol de domingo colándose entre las persianas francesas, con nuestra ropa casi por completo puesta, lo distraje de sus pensamientos de matrimonio y confirmé mi amor de la manera en que mejor sabía hacerlo.

CAPÍTULO 29

*E*l dato más nuevo acerca de Molly Jenkins: le gusta beber. Revisé el reporte del investigador privado y la página nueve incluía un inventario de su bote de basura con fotos. Lo miré mientras mis dedos golpeteaban a un lado de la lista mientras bajaba por la página.

- 12 botellas vacías: Smirnoff Ice
- 4 latas vacías: Bud Light
- Etiqueta de un artículo de ropa: Gap \$24.99
- Recibo de tintorería: One Price Cleaners
- Botella vacía: Kahlúa
- Botella vacía: Absolut Vanilia Vodka
- Carta de agradecimiento y envoltura de «Mamá»: ver foto
- Historial crediticio mensual de tarjeta Capital One: ver foto
- Bolsa vacía de Doritos Nacho Cheesier

Lo llamé, reflexionando sobre la lista mientras el teléfono timbraba.

—Sí, señorita Fairmont.

—¿Es normal todo el alcohol?

—Es la primera bolsa que hemos inventariado. Es de la semana pasada. No puse todos los alimentos, pero si gusta podemos incluirlos.

—¿Alimentos?

—Ya sabe, cáscaras de plátano, granos de café, residuos, cáscara de

huevos...

—No —interrumpí—. No necesito todo eso. Sólo artículos como éstos. ¿Cuándo tendrá el análisis del resto de las bolsas?

—Puedo asignar a alguien para eso hoy, si lo considera importante.

—Sí, por favor. Mande el reporte cuando lo terminen. Que sea lo más pronto posible.

—Sacaré a alguien de otro proyecto. Se lo tendré rápido.

—Gracias —colgué el teléfono, vi la lista de nuevo. Abrí la imagen que contenía su historial de crédito. Supe todo acerca de sus actividades del mes al verla. Era ridículamente invasivo este aspecto del reporte. Tantas cosas de su vida convertidas en información sin importancia por su basura. Me mecí en la silla. Miré el bote plateado que tenía a un pie de distancia. Me pregunté cuántas cosas de mi vida contaría mediante su contenido. Hice una segunda llamada.

—John, habla Layana. Desde ahora, la sirvienta quemará mi basura. Y cómprame una trituradora. Algo grande e industrial, por favor —colgué a la mitad de su respuesta, segura de que la petición era suficientemente simple como para que la cumpliera sin más instrucciones. Luego volví a la lista. Miré los artículos buscando una brecha.

Recibí cuatro correos electrónicos más esa tarde, cada uno con una nueva lista de basura. Cada lista fechada, cubriendo el último mes de la vida de Molly Jenkins.

Más alcohol. Conté seis botellas y cinco *six pack*. No era suficiente para volverla alcohólica, pero a la chica le gustaba la fiesta. Estaba en la universidad, así que tal vez eso sólo la convertía en alguien normal. Obtuve otra perla de información del historial de su cuenta bancaria. Lo puse a un lado de su estado de cuenta de la tarjeta y los comparé. Aprendí algunas cosas.

Frecuentaba el Ginger Break. Había estado allí cinco veces en el último mes, cuatro veces en miércoles, una vez en viernes. Una búsqueda de Google me dijo que era un bar a una cuadra de su departamento. Otra búsqueda me dijo que el miércoles es la noche de martinis a cinco dólares.

Hice clic con mi pluma, examiné mi calendario. Tenía tres días libres en miércoles. Factible. Me recliné en la silla y miré el techo. Tuve una lluvia de pensamientos y resultó algo similar a un plan.

Primer paso. Encontrar la carnada.

Segundo paso. Apoderarse de Lee.

Tercer paso. Ver y disfrutar.

CAPÍTULO 30

—¿*P*or qué estás haciendo esto?

Eché un vistazo sobre el martini de granada a sus profundos ojos azules. Había escogido bien. Su frente se arrugó de una manera que era magníficamente masculina. Sus ojos parecían inteligentes, pero compasivos. Como si rescatara gatitos de los árboles antes de escuchar tus problemas. Su boca era voluptuosa. Se retorció cuando sonrió. Como si después de escuchar tus problemas, te llevara a la cama y cualquier preocupación se fugara.

—¿Hacer qué, exactamente?

—Aquí —dejó su cerveza. Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz—. Jugar con una adolescente —giró la cabeza hacia Molly, la chica a la que había estado observando desde arriba durante quince minutos. Estábamos en la versión del bar Ginger de una sala VIP situada en el segundo piso, con vidrios polarizados que proporcionaba privacidad y una vista completa de abajo. La sección seguiría cerrada por otras tres horas, pero doscientos dólares nos dieron un asiento y una mesa alta cerca de las ventanas. Mis rodillas golpeaban las de Marcus si me acercaba lo suficiente.

Conocí su mirada. Era directa. Hacía agujeros en las partes oscuras de mi alma.

—Vamos a repasar el plan.

Suspiró, se echó hacia atrás y estiró los brazos, lanzándome una mirada aburrida.

—Ya me sé el plan: vas allí abajo, voy allí, bebemos, te vas, más bebidas, nos

vamos, la llevo a casa, me la cojo de ocho maneras diferentes de aquí al domingo y luego continúo por mi pequeño camino feliz.

Me volteé.

—Sí.

Se inclinó hacia delante de nuevo, su rodilla golpeando la mía, su mano extendiéndose y tocándome suavemente la parte superior de la mía.

—No tienes que preocuparte por ella.

Moví mi mano.

—¿Respecto a qué?

—Eres una mujer bella y sexy. Ella... —miró hacia abajo, hacia la cabeza rubia sobre la que hablábamos—. Ella es una niña. No puede competir —se inclinó más cerca, me hice para atrás. Lo vi con la mirada más fría que tenía.

—No te contraté para cogerme *a mí*, Marcus. Estoy en una relación. Comprometida.

Se rio suavemente.

—Perdóname, Layana, pero estás aquí. No pareces estar comprometida.

Terminé el Martini, me paré y jalé mi mano de debajo de la suya.

—Reserva la mierda sexy para ella. Estoy bastante bien atendida —tomé mi bolsa—. Te veo abajo en veinte minutos —azoté un fajo de billetes y me dirigí al baño de mujeres.

Respiré profundamente y me miré al espejo. Ajusté la peluca en mi cabeza. Mil dólares y aún así la cosa se sentía como algo que compré en una tienda de diez centavos. Picante. Caliente. Pero al menos funcionaba. Esperaba no volver a verla, pero no podía ser demasiado cuidadosa. Y que Dios me librara de que me reconociera en una portada de revista.

Coloqué una falsa hebra rubia detrás de mi oreja y le sonreí a mi reflejo. Traté de lucir amable. Intenté borrar la mirada de odio posesivo de mis ojos. Lo logré más o menos. Abrí la puerta, volví a entrar al bar y me dirigí hacia Molly.

El taburete a su lado estaba vacío y me senté, evitando mirarla mientras llamaba la atención del barman.

—Un flirtini, por favor.

Sentí el suave toque de una mano delicada sobre mi brazo.

—¿Flirtini? Suena bien.

Guau. Eso fue fácil. Me volví casualmente, como si estuviera desinteresada y le sonreí ligeramente mientras notaba todo lo que faltaba en el informe del investigador privado. Sus ojos azules brillaban. Estaban abiertos, eran genuinos; la sonrisa que inundaba su rostro no era forzada ni falsa. Su bronceado era natural, sus pechos parecían reales, y literalmente podía oler la sexualidad que emanaba de ella. Tuve una breve imagen en mi cabeza de ella y Lee cogiendo, y parpadeé para mandarla lejos.

—Es bueno, tiene champaña —le hice una seña con la cabeza al barman—. Espera, déjame pedirte una.

—¿Pedirme una? Oh, no, no es necesario que hagas eso.

—No hay problema —cambió su expresión—. Por favor, me haría bien la compañía —el barman deslizó dos vasos a hacia nosotras y empujé uno delante de Molly—. Brindemos —levanté mi bebida y la dirigí hacia ella—, por aprovechar las oportunidades.

Ella se rio.

—Por aprovechar las oportunidades.

Tomamos un sorbo, luego dejé mi bebida y le ofrecí mi mano.

—Soy Britney.

—Molly.

—¿Estás aquí sola? —pregunté, mirando a mi alrededor.

Ella se encogió de hombros con una sonrisa tímida.

—Sí. Me gusta llegar temprano a la Noche de chicas, si no, se pone muy loco.

—Entiendo, me gustan las cosas más tranquilas —la vi sorber la bebida, sus ojos azules dilatados.

—Wow, esto está genial.

Bebe, bebé. Bébetelo todo.

Molly era una bebedora amigable. Veinte minutos y dos bebidas después, estaba descubriendo más de lo que necesitaba saber. Dirigí la conversación hacia Lee.

—¿Vienen chicos guapos?

Ella se ruborizó. Sacudió la cabeza.

—Realmente no.

Hice una mueca de descontento.

—Ugh. Odio estar soltera, ¿tú?

Ella rio.

—No, estoy en una relación —ella sonrió, como si mi idea de un hombre fuera una que le agradara. Apreté los dientes.

—¿Dónde está tu hombre esta noche?

Se encogió de hombros.

—Es un poco informal, no siempre aparece... a veces es un poco adicto al trabajo.

Apuesto a que sí. Sin embargo, su ausencia esta noche había sido cuidadosamente calculada. Tenía un equipo de tres personas manteniéndolo lejos de este lado de la ciudad. Bebí mi martini. Mantuve mi voz suave.

—Eso es una mierda, pero ya sabes cómo son los hombres y su trabajo... —sonreí—. Probablemente se está matando para después consentirte hasta no poder más.

Vi por un segundo que el ceño se le fruncía. Entonces, Marcus entró en el bar, nuestros ojos se encontraron entre la multitud y me incliné hacia adelante, agarrando el brazo de Molly con urgencia falsa.

—Oh, Dios mío —siseé—. Mi ex acaba de entrar.

Su cabeza se levantó, reflejando la unión femenina en toda su fuerza, y estiró el cuello.

—¿Dónde?

—Alto, rubio, y hermoso —mantuve la cara hacia enfrente, con mi mano agarrada a sus muñecas hasta que sus ojos se detuvieron y se quedaron en un solo lugar—. ¿Lo ves?

—¿El sexo hecho hombre vistiendo un traje?

Gemí, luchando con una sonrisa ante la inquebrantable fijeza de su mirada.

—Sí.

—Por favor, dime que no viene hacia acá.

—Aún no —ella apartó los ojos de él—. ¿Qué hay de malo con él?

—¿Con él? Nada, su residencia era en San Diego, y me alejé un poco durante el tiempo que estuvimos separados —gemí de nuevo por la buena jugada,

sintiendo la flexión de su brazo cuando ella dejó de moverse.

—¿Residencia? —susurró.

—Sí, es cardiólogo y, además, un absoluto monstruo de la naturaleza en la cama —me puse en pie, agachando la cabeza y deslizando doscientos dólares por la barra—. Voy a correr antes de arruinar mi autoestima y babear por todos lados.

—¿Te vas? —ella me lanzó una mirada con sus ojos muy abiertos—. ¿No quieres hablarle?

—¿Para restregarme el peor error que he cometido? —sacudí la cabeza. Hice una seña al barman, señalé el dinero y luego a Molly—. No... ya me he torturado lo suficiente por eso —miré por encima de mi hombro, luego extendí los brazos y la abracé—. Fue muy agradable conocerte —susurré en su oído.

—A ti también. Tal vez nos veamos otra vez, gracias por las bebidas.

Mantuve el abrazo. Me aseguré de que el cuchillo estaba firmemente puesto en su espalda, y luego la dejé ir. Sonreí con pesar, luego me abrí paso entre la muchedumbre. Le guiñé un ojo a Marcus a través del cuarto. *Ve por ella.*

Lo iba a lograr. Ella estaba borracha. Preparada. Él era encantador y sexy y, por lo que ella sabía, era un médico con las habilidades sexuales de una estrella porno. Asentí con la cabeza a otro miembro de este equipo, un hombre cuyos Google Glass, en combinación con las cámaras de seguridad de mi condominio, documentarían adecuadamente toda la noche.

Salí del bar y me dirigí a mi coche; una sonrisa genuina iluminaba mi cara.

Tal vez ella amaba a Lee. Quizá él la amaba a ella. Pero él era mío, lo supiera o no.

CAPÍTULO 31

*E*staba lista para la llamada cuando la recibí. Mis pies estaban envueltos con un tratamiento humectante y apoyados en mi mesa de centro; una comilona de halal estaba en proceso. Mi teléfono sonó. Miré el reloj y respondí a la llamada de Marcus.

—Dame buenas noticias.

No lo hizo. Sonaba derrotado, como si hubiera perdido una apuesta deportiva de un millón de dólares. Dado que le había prometido un bono de diez mil dólares para cerrar el trato, entendí la actitud.

—¿Qué? —me hice hacia adelante, mis pies cayeron de la mesa—. ¿Por qué no?

—No lo sé, simplemente ella no quiso. Tampoco la presioné, me detuve cuando dijo que no.

Me di cuenta de que mi boca estaba abierta y la cerré antes de perder la compostura.

—¿Qué tan lejos llegaste?

—Vino conmigo al condominio, nos besamos... le quité la camiseta, no mucho más.

—Creía que tus habilidades eran mejores que eso.

—Deberías haberlas puesto a prueba —la alegría lúdica de su frase me empujó por el borde de la compostura.

—Jódete, Marcus, es ridículo que no hayas podido con una adolescente.

—Está comprometida. Comenzó a llorar, diciendo que estaba cometiendo un error. ¿Qué se supone que debía hacer, bajarme el cierre y sacarme la verga?

—Avísame si ella te llama, voy a revisar la grabación de la cámara. Me quedo con el plan original, a menos que la grabación sea inútil. Así que, si no digo lo contrario, continúa.

—Lo haré —hizo una pausa—. O este tipo es uno en un millón o eres una perra psicótica.

Sonreí.

—O ambas.

—Sí, o ambas cosas.

Hubo una pausa en la que no supimos qué decir.

—Entonces, descansa.

—Descansa.

Inicié la sesión en el programa de seguridad de mi condominio del centro, un palacio de tres mil pies cuadrados en el que rara vez ponía los pies. Empecé la descarga de los archivos de la noche mientras llamaba a Don, el investigador privado que había seguido a la pareja toda la noche.

Contestó con un bostezo.

—Estoy descargando las imágenes ahora.

—¿Tienes algo bueno?

—Algunas que te gustarán, las enviaré por *email* dentro de una hora.

—Cuanto antes, mejor.

Terminé la llamada, hice clic en el archivo de seguridad descargado y me senté a ver el fracaso de Marcus.

Lo había intentado, eso era seguro. Había hecho todo bien. No la presionó, había dejado que ella se acercara. Fue distante, pero a la vez sexual. No se jactó sobre el condominio, dejó que ella se maravillara con el lugar. Cuando ella se arrastró sobre su regazo, él pasó sus manos por sus cabellos y acercó sus caderas lo suficiente como para permitirle ver su excitación y sentir su equipo. Se besaron... ella lo deseaba... habían estado cerca. Pude ver el momento en que él perdió. El momento en que el cerebro y la culpabilidad de ella entraron en acción. La sacudida de cabeza, la mano empujando el pecho de él. Luego ella se acercó hacia una silla. Llanto. Abrazaba su cuerpo, se balanceaba e hizo todo tipo de drama estilo OhPorDiosQuéHeHecho. Marcus se había quedado

torpemente de pie, mirando un instante hacia la cámara del techo con una mueca. Luego se sentó a su lado. La tomó en sus brazos y alisó la parte superior de su pelo. La dejó llorar en su pecho hasta que se calmó.

Ugh. ¿Por qué no fue una chica normal de veintiún años de edad que, borracha, sucumbió ante el médico sexy con la verga grande y la casa de lujo? Estaba saliendo con un jardinero, por el amor del Dios, un tipo que era voluble e irresponsable y que la plantaba la mitad del tiempo. Debió haber sido fácil; yo debí haber ganado. Lo bueno era que no necesitaba que ella cometiera un error. Sólo necesitaba la ilusión de que lo había hecho.

Volví a ver las imágenes y tomé capturas de pantalla de los momentos que importaban. Entonces las revisé todas; la confianza comenzaba a recorrerme. Sí. Tenía lo necesario. Y ni siquiera vi las imágenes de Don.

Le mandé un *email* a mi diseñador gráfico con las imágenes anexadas. El correo de Don llegó también y se lo reenvié. El diseñador sabría qué hacer, cuáles elegir. Tendría las pruebas listas para mí el sábado en la mañana, el mismo día que Brant y yo partiríamos a Hawái. Les daría una semana a los chicos para trabajar y tener todo listo para cuando volviera. Cerré mi laptop y me dirigí al baño. Desenvolví mis pies y enjuagué el tratamiento humectante.

Luego me arrastré a la cama con el corazón satisfecho y los pies oliendo a pepino.

Pronto. Pronto todo estaría arreglado. Pronto Lee sería totalmente mío.

El arma de mi plan —la prueba del periódico— era hermosa. Miré toda la imagen revisando el título, la fecha, la barra lateral que enmarcaba nuestro engaño. Todo era legítimo. Todo era preciso. Si ella sintiera la necesidad de revisar la publicación, encontraría lo que debería estar ahí. Lo que yo había puesto al alcance de sus manos. Al centro de la página estaba el evento principal, justo debajo del título, y era una belleza de testimonio. En letras gigantes en la parte superior decía: La esposa de un cirujano local pide el divorcio por escándalo de infidelidad.

Tenía fotos a blanco y negro que un periódico respetable no publicaría, pero que en esta mentira hablaban más alto de lo que cualquier palabra podría:

Molly y Marcus. En el Ginger. Su mano en la pierna de ella, su boca en su oreja, la sonrisa que la había visto usar con Lee, todo mostrándose en la imagen, sus rasgos fácilmente reconocibles.

Molly y Marcus. En su coche, la boca de ella en la de él, la presión de su mano sobre la ventana.

Molly y Marcus. En mi sala de estar. En mi sofá. La foto ampliada sólo mostraba su espalda desnuda, inclinada sobre él, sus ojos ardían al mirarla.

Molly y Marcus. Mi favorita. Las manos de él clavadas en su espalda, su boca en su cuello, la cabeza de ella hacia atrás, sus ojos cerrados. El recorte hizo que pareciera que estaba dentro de ella, consiguiendo la montada de su vida. Nadie creería otra cosa.

El texto era corto. Debajo de las fotos había un párrafo que ningún ojo vería excepto los que importaban:

Uno de los cardiólogos con mejor reputación en la ciudad recibió hoy los papeles de divorcio, lo que podría significar el fin de una unión de cinco años. El buen doctor estaba bajo vigilancia de su esposa después de una serie de episodios de infidelidad, y fue capturado en las siguientes fotos incriminadoras con una joven no identificada. No hay información acerca de cuándo inició este amorío. La mayoría de las fotos recibidas eran inapropiadas para su publicación. Para preguntas y comentarios, favor de escribir a Don Insit a don@newseagleprint.com o llamar al 213 323 9811.

La página se veía impresionante, las fotos resaltaban de una manera que no podías dejar de mirar. Él las miraría fijamente. Ella las miraría fijamente. Él la acusaría. Ella pondría objeciones o confesaría. Y, de cualquier manera, terminarían. Respondí al correo electrónico aprobando el trabajo y luego le llamé a Don. Externé mi agradecimiento y verifiqué el plan. Imprimiría dos copias del desplegado del periódico. La próxima semana reemplazaría la portada del día con ésta. Lo pegaría en la entrada del departamento de ella con una nota desagradable, en un lugar en el que Lee seguramente lo vería. Dejaría que ambos encontraran las fotos juntos. Luego retrocedería y yo cosecharía las recompensas de mi trabajo.

Era perfecto. Inteligente. Me di una palmada torpe en la espalda y colgué con Don. Luego me moví, saqué una maleta y abrí los cajones. Saldríamos en dos horas, pero no necesitaba mucho. Nuestros clósets hawaianos estaban llenos, los baños y las cocinas contaban con personal esperando nuestra llegada. Sólo mi cepillo de dientes y mi computadora portátil, no era necesario mucho más. Puse unos cuantos libros de bolsillo en mi mochila, junto con un nuevo conjunto de lencería que Brant aún no había visto. Le envié un mensaje a Jillian para

asegurarme de que Brant andaba cerca y estaba listo y luego me dirigí a la ducha.

CAPÍTULO 32

*M*e deleité con Brant ante una urgencia que nos sorprendió a ambos, poniéndome de rodillas en el avión, su boca abriéndose cuando tiré de su cierre y saqué su verga.

—¿Aquí? —susurró, y el sonido se hundió en un gemido cuando la tomé suavemente en mi boca. Endurecimiento. Los vasos sanguíneos que se expandían empujaban mi lengua, llenando tan rápido el límite de mi garganta que tuve que sacarla para acomodarla. Empujaba la parte posterior de mi cabeza, luego me detenía, me necesitaba. Agarré sus muslos y la chupé. Más duro, más fozo de lo que jamás lo hice. Dios, amaba a este hombre. Dios, lo deseaba. A todo su cuerpo. Quería que me mirara y no viera a otra mujer. Quería ser su esposa y tener sus hijos, y que ninguno de ellos, ni nosotros, ni él, estuviéramos rotos. Quería lo imposible, pero tomé ese instante en su lugar.

Susurró mi nombre, sus piernas se estremecieron bajo mis manos y sus manos me guiaron la cabeza. Entraba en mi boca con urgencia.

—No te detengas —la petición estaba en su boca—. Sí, bebé —era la señal de que estaba cerca.

Y entonces un colapso nervioso. Su mano se enredó en mi cabello, jalando cada vez más fuerte hacia arriba y penetrando mi garganta, una mano buscando y agarrando el apoyabrazos mientras gimió mi nombre y cerró mi garganta, mi boca trabajando, chupando el esperma de él. Abajo y arriba y abajo, y entonces él salió. Me jaló del pelo hasta que estuve en su regazo, su verga contra mi muslo, aún temblando, todavía mojada. Me sostuvo en sus brazos, me besó y susurró su amor contra la parte superior de mi cabeza.

Amaba a este hombre. Con todo mi corazón. Lo necesitaba. Él me completaba.

Cerré los ojos, acurrucada en su pecho, y sentí el apapacho de sus brazos alrededor de mí.

Me tumbé en nuestra cama con el golpe de aire del ventilador sobre mí, y miré fijamente el anillo. Estaba guardado en una caja de color azul oscuro, el brillo de su diamante lucía incluso en la oscuridad. Él lo había sacado horas antes, mientras comíamos en la terraza. La brisa del océano era nuestro telón de fondo para la cena y la champaña refrescaba el calor de nuestra comida. Hizo todo de nuevo: se puso de rodillas y sacó el anillo.

—No te vas a rendir —lo regañé.

—Nunca me rendiré con nosotros.

—Yo tampoco —le prometí, inclinándome hacia adelante y presionando mis labios contra su cabeza—. Yo tampoco.

Yo quería el anillo. Quería el título. Quería la eternidad. Suavemente destrabé el anillo y lo sostuve, colocando la caja en la mesilla de noche. Rodando el aro de platino en mis dedos, la piedra del diamante sólo brillaba para mí. Azul, un color que nunca había visto en un diamante. No era demasiado grande. Dos a tres quilates perfectos, sin marcas. Sin ningún defecto. Sería la única cosa honesta y sin defectos en nuestra unión, sin nada que ocultar. No nos merecía. Merecía una novia inocente casándose con un hombre que sólo tuviera amor en sus ojos. Pero tal vez éstas eran las parejas que recibían los anillos en descuento de mil dólares que Zales ofrecía. Tal vez los diamantes perfectos e invaluables estaban reservados para las esposas trofeo y los maridos que engañaban. Los bebés con cuentas para ir a la universidad y con amantes a un costado. Gente como yo. Y Brant. Quizás este diamante equilibró nuestras deficiencias con unos cuantos quilates de perfección. Me deslicé el anillo, su ajuste era perfecto, el resplandor calentaba mi piel. Me di la vuelta, pasé mi mano por la espalda de Brant, su piel bronceada era el telón de fondo perfecto para el diamante que nunca usaría. Luego me incliné hacia adelante, besé su piel y me acurruqué contra su calor, el peso del anillo era reconfortante. Cerré los ojos y soñé con la perfección.

En algún momento, durante el crepúsculo de la mañana, antes de que el sol entrara por completo en nuestra habitación, me quité el anillo y lo devolví cuidadosamente. Lo puse de nuevo en su lugar de la maleta, ubicado entre el protector solar y algunos calcetines enrollados. Luego me arrastré de vuelta a la cama. Lloré por su pérdida. Y me pregunté por un momento si Molly había llamado a Marcus. Era un pensamiento negro en un día perfecto, pero Lee no abandonaba mi cabeza. Me acechaba en mis sueños. Dominaba mi imaginación. Tiraba de mí con manos insistentes siempre que mi mente se descuidaba. Debí haberlo olvidado. Debí haberlos dejado, a él y a Molly, con su vida de aparente felicidad. Pero no pude. En cambio, me estaba acercando, entrelazando mi vida con la de él al grado de no poder decir dónde terminaban la mía y la de Brant y dónde empezaba la suya.

Era un juego peligroso. Uno que sin duda se pondría peor. Mucho peor.

CAPÍTULO 33

Corrí por la arena, mi zancada estaba acostumbrada al esfuerzo, lo hacía con velocidad incluso mientras pasaba a través de lugares profundos e imprimía huellas húmedas después de que las olas se alejaban. La playa era más suave que en casa, había menos rocas, era más pintoresca. A esta hora de la mañana, estaba sola. Vi a unos cuantos chicos en toalla poniendo sillas, nada más. Soledad. El oleaje del agua limpiaba mis pensamientos.

Estaba perdida. Era oficial. Llegué al punto en el que no sabía si subía o bajaba. Mi obsesión, mi juego con Lee, era una ruta segura para perder, era un imposible. Lo sabía. Sabía que lo más inteligente, lo más seguro, sería ignorarlo. Que él viviera su vida y yo me quedara en mi lado de la ciudad. Con Brant. No amaba a Lee. Me encantaba Brant. Lee era... una distracción. Una distracción que me jodió como si hubiera sido creada para hacerlo. Una distracción que me había abierto otro lado de la vida, lejos de los refinamientos, un lado de la vida llena de impulsos y diversión. Una distracción que necesitaba para mantener el balance de mi relación con Brant.

Me esforcé más, mi respiración se cortaba mientras sacaba mi frustración a través de mis músculos. Moví los brazos y jadeé mientras corría más rápido, resbalando en la arena a veces; mis pantorrillas ardían mientras corría sobre ella.

Más rápido. Más rápido. Corrí hasta que me dolió el corazón y mis pulmones se rompieron. Hasta que me hundi en la arena y mis rodillas golpearon la suavidad húmeda. Mi pecho se alzó cuando me dejé caer sobre mi espalda. Cerré los ojos y deseé tener la arena de California debajo de mi espalda.

No funcionó. Me quedé en ese lugar hasta que mi ritmo cardíaco se calmó, y

mi pecho también se calmó. Luego di la vuelta, traté de sacarme la arena de la espalda y me dirigí a casa. A Brant. A la vida que debería estar viviendo.

—¿Vivirías aquí?

Miré hacia arriba y vi inquisidoramente a Brant.

Alzó los hombros. Se sentó de nuevo en su silla, con la costa hawaiana pintando un telón de fondo impresionante detrás de él.

—Sólo estaba pensando que tal vez deberíamos pasar unos meses aquí. Tal vez la mitad del año, los inviernos.

—¿Y la compañía?

Se encogió de hombros.

—Podría trabajar desde aquí, convertir el garaje en un taller, tal vez contratar a personas de aquí para ayudarme durante los tiempos de proyectos.

Sonreí.

—¿Algunos lugareños? Te tomó cinco años encontrar a Frank —Frank, el único técnico de BSX que había sobrevivido a los berrinches de Brant el tiempo suficiente para aprender a no molestarlo.

—Entonces podríamos traer a Frank —sonrió, se acercó y me agarró la mano —. Me gustan las «vacaciones Layana».

Puse los ojos en blanco. Lo dejé llevarse mi mano a sus labios.

—¿Cómo son las vacaciones Layana?

Él frunció los labios. Incluyó la cabeza como para pensar.

—Despreocupadas.

—¿Despreocupadas? ¿Qué soy yo, un Teletubby? —aventé el pedazo restante de mi panecillo en su dirección.

—Bueno, no despreocupadas, con menos tensión —alzó las cejas hacia mí.

—Todo el mundo está menos tenso en una isla, o tal vez es el hecho de que estoy a mil millas de Jillian —le saqué la lengua.

—Oooh... tranquila. Probablemente tiene un micrófono escondido —miró la planta más cercana como si pudiera albergar una bomba.

Me puse de pie, limpiando mi mano sobre una servilleta y tirándola. Me acerqué y empujé su silla, separándolo de la mesa. Tumbé su cuerpo y pasé mis manos por su cabello.

—En ese caso —susurré, mordisqueando su oreja juguetonamente—, deberíamos darle un show.

—Me uno al plan —gruñó, abriendo mi bata y quitando cualquier otra palabra de mi boca con un beso.

Allí, bajo el resplandor del sol de la mañana, arruinamos completamente la brújula moral de cualquiera que estuviera escuchando.

El despegue del avión fue delicado, mil partes de una máquina trabajando en perfecta sincronización para llevarnos a Brant y a mí a casa. Me pasé a la parte trasera del avión, al dormitorio, y retiré las sábanas. Esponjé las almohadas y llamé a Brant.

—¿Qué quieres ver? —estaba recorriendo las opciones de la pantalla táctil y di un brinco cuando la mano de Brant serpenteó a través de la puerta abierta y me tiró de nuevo, arrastrándonos a ambos hacia la cama. Su pie pateó la puerta para cerrarla un poco.

—Quiero verte escurrir —susurró, tomando la tableta y tirándola a un lado, sus dedos abriendo mis pantalones y arrastrando la tela sobre mis caderas.

—Bien —me reí, empujando sus hombros hasta que su boca se deslizó por la línea de mi cadera. Mi cabeza cayó hacia atrás cuando el calor húmedo tocó mi piel—. Ve a hacer lo que haces mejor.

Una media hora más tarde, apagamos las luces. Los dedos de Brant rondaron mi cuerpo perezoso hasta que lo dos nos tendimos de costado, su cuerpo ahuecado alrededor del mío. Vimos a Gene Hackman y John Cusack luchar en la pantalla grande. Para el momento en que los créditos finales aparecieron, Brant ya estaba dormido, con su respiración pesada y regular contra mi cuello.

Me levanté y rebusqué por la mesa de noche hasta que mi mano tocó mi celular. Lo encendí y envié un *email* corto a Don:

Voy de regreso de Hawái. Por favor asegurate de que la copia final esté lista para ser recogida.

Luego me acurruqué y me acomodé en el cuerpo de Brant y cerré los ojos. Traté de dormir. Traté de saborear este momento con él. Me quedé allí, con los ojos cerrados, el ritmo de mi respiración al ritmo de la suya. Pero el sueño no vino.

Dentro de unas horas estaría en casa. Me daría una vuelta por la imprenta,

recogería los papeles y me aseguraría de que eran perfectos. A continuación, iría a casa y recuperaría el sueño faltante. Mañana sería un gran día. Un día en que se rompería una relación.

CAPÍTULO 34

Yo era una persona de planes. Siempre lo había sido. Me gustaba el orden. El refinamiento. El pensamiento intelectual que pone los objetivos en movimiento. Que controla los resultados.

Molly había sido mi problema.

Este documento, esta trampa: mi solución.

Pasos elaborados cuidadosamente para asegurar un resultado positivo.

Perder a Molly. Ganar a Lee. Continuar.

Ganar me daría una sensación de logro. De rectificación de un mal. Pero aún así, un problema mayor surgía. Una vez que tuviera a los dos, ¿entonces qué?

¿Cómo terminaría esta historia?

Los mejores planes merecen un propósito. Necesitaba encontrar el mío.

Por ahora, éste parecía no tener errores. Pasé la mano por el periódico. Nuestra falsa cubierta envolvía alrededor de treinta y dos páginas de legitimidad. No pude distinguir la diferencia. Encajaban a la perfección. Nuestros artículos coincidían con las páginas interiores, el peso del papel, el color y la consistencia eran iguales. El número de teléfono y la dirección del correo electrónico mandarían a Molly directamente hacia Don. Era una obra de arte. Lo volteé, miré la parte de atrás. Pasé las manos por las fotos que gritaban «sexo». Hicieron una buena impresión. Saqué un Sharpie rojo. Al frente, escribí «puta» en grandes y enojadas letras de color rojo. Lo bajé y lo miré desde el ángulo en que Lee lo haría. Perfecto. No lo pasaría por alto. Luego agarré mi celular. Saqué una foto de las palabras y se la envié a Don con instrucciones. Entonces lo llamé.

—Es perfecto, te acabo de enviar un texto con cierto toque para agregarlo.

Don no estaba confundido. Sabía de lo que le estaba hablando.

—Está bien, ¿apruebas la copia?

—Se ve muy bien, ¿tienes a alguien para que se posicione en la casa de ella?

—Sí, y estoy trabajando con tu chico. Tan pronto como él se dirija hacia la casa de ella, haré que pongan el papel en su lugar.

—No sé cuándo irá. Puede tomar algunos días. O incluso semanas. Impriman un periódico nuevo cada día con la fecha correcta.

—Lo sé, ya me lo habías dicho. Nos mantendremos al tanto —su voz sonaba tranquila, competente.

Solté un poco de ansiedad.

—Y llámame cuando tus investigadores lo vean dirigirse hacia allá. Quiero estar allí.

—Usted es la jefa.

—Gracias —coloqué el periódico en una bolsa de papel y la cerré cuidadosamente. Terminé la llamada y caminé hacia la despensa. Puse la evidencia de nuestra mentira en el compactador de basura, luego me dirigí a la ducha.

Una semana después, observé el departamento de Molly, un condominio naranja estilo mediterráneo con jardineras llenas de hibiscos rosas. El Jeep de él estaba ahí, una caja enlodada de masculinidad americana entre el océano de carros extranjeros. Han pasado veintidós minutos desde que entró, con las manos metidas en los bolsillos de sus jeans, la cabeza agachada y con pasos irreflexivos, como si hubiera recorrido ese camino mil veces antes.

Golpeteé mis uñas sin pintar sobre la palanca de velocidades. Cerré los ojos un segundo y dejé que la brisa del aire acondicionado me bañara. Tenía una cita para masaje en una hora, así que esta situación tenía que resolverse rápido o llegaría tarde a mi cita con las manos de Roberta.

Movimiento en el departamento de arriba a la derecha. Una puerta se abrió. La cabeza de Lee se deslizó rápidamente por el pasillo, con una cabeza rubia siguiéndolo muy de cerca, tirando de la camisa de él, con los brazos moviéndose intensamente. Podía imaginar las palabras que salían de su boca. *Lee, no te vayas. Lee, no es lo que piensas.* Me pregunté si la palabra «amor» salió de su

boca, si su relación había avanzado hasta ese punto.

Él desapareció en la escalera. Me agaché hacia adelante, deseé tener un trago, algo para abrir y disfrutar mientras mi ardua labor rendía frutos. Esto tenía que funcionar, esto tenía que suceder. Ella no podía tenerlo: él era mío.

Su cabeza se asomaba entre los coches, su cara podía verse mientras se acercaba a su Jeep. Con la cara firme, las facciones severas, una mirada que no había visto en su cara antes, pero que conocía bien. Resuelta. Decisiva. Apreté mis manos con emoción, viendo cómo se acercaba el rostro de ella, sonrojado y con los ojos muy abiertos, la boca moviéndose rápidamente, sus pechos enormes balanceándose mientras gritaba algo y le ponía la mano en los hombros. Quería bajar mi ventana, echar un vistazo, sólo lo necesario para escuchar lo que decían, saborear este momento un poco más.

Así. Voltéate y aleja tu bella persona de este hombre. Ya no te va a tocar la cara. Tampoco le hará el amor a tu cuerpo. Él es mío. Voy a tomar tu lugar.

Lo vi subir al carro y azotar la puerta con suficiente fuerza para que ella diera un brinco. Y luego, un chirrido de llantas fue el mejor sonido en el mundo, aún mejor que en mis fantasías. El sonido de la finalidad la dejó parada en el lugar vacío del estacionamiento, con lágrimas negras de rímel manchándole las mejillas y un grito tan fuerte como para traspasar mis ventanas polarizadas.

La victoria es mía. Sonreí, me felicité mentalmente y puse mi Mercedes en marcha. Me dirigí al sur. A lo mejor después de mi masaje pasaría a la oficina de mi novio. Le dejaría un sándwich. Celebraría mi victoria con el otro hombre de mi vida.

CAPÍTULO 35

Cuando llegué a la oficina, Brant no estaba allí, hecho que realmente no me sorprendió. Metí su sándwich en el refrigerador de la oficina y garabateé una nota para él. Luego retrocedí, me alejé de Palo Alto por la sinuosa carretera que me llevó a casa. Hice pendientes a lo largo del camino, tomándome mi tiempo y dando un paseo por la zona de Lee con la ligera esperanza de que el destino pudiera reunirnos. Nada. Volví a la interestatal y conduje hacia el sol poniente.

Llegué a mi garaje y mi boca se curvó en una sonrisa al ver la camioneta de Lee estacionada en el lado derecho de la calle. Su figura alta estaba apoyada contra la puerta, la cabeza hacia arriba, las piernas alejándose de su vehículo cuando puse el freno. *Esto no tardó mucho*. Salí, apoyé la mano en la parte superior del coche y encontré su mirada. Tenía las manos metidas en los bolsillos delanteros y los hombros encorvados, pero los ojos fijos, juguetones; el aire frío nos azotó a ambos.

—¿Te perdiste?

—Creí que debía salir de los barrios bajos de vez en cuando —dijo y agitó un pedazo de papel en el que yo le había escrito en mi dirección dos meses atrás. Miró hacia la casa.

—Te ves sucio —levanté las cejas. Era verdad: tenía puntos de arena en el pelo, como si hubiese conducido el Jeep, de arriba hacia abajo, por el desierto—. ¿Seguro que no me estás usando nada más para tomar una ducha caliente?

Se acercó y sus manos dejaron sus bolsillos, descansando ligeramente en mi pórtico.

—Eso suena como un intento por desnudarme.

Reconocí su sonrisa arrogante.

—No necesito agua caliente para eso —cerré la puerta del coche, caminé y sus pasos me siguieron por los escalones—. ¿En dónde está la novia? —las palabras salieron bien. Casuales. Inocentes.

—Se fue —se encogió de hombros, pero mi mirada de reojo vio el dolor. La manera en que sus ojos bajaron y su garganta se cerró, el intento de esconderlo con una tos corta.

Abrí la puerta. Esperé a que pasara. Me tomé mi tiempo cerrando la puerta detrás de mí, sabiendo que, tan pronto como se cerrara, la dinámica de esta situación cambiaría.

Clic. Di la vuelta y Lee estaba de pie, cerca. Tan cerca que cuando dio un paso adelante me puso contra la puerta, mis llaves cayeron al suelo y recobré el aliento en algún lugar del espacio entre nosotros. Él se movió hacia adelante, el calor de su cuerpo completamente contra el mío, una pierna deslizándose entre las mías, su presión solucionaba un poco el ansia en mi abdomen. Dejó escapar una respiración temblorosa contra mi cuello, sus manos se arrastraron por el costado de mi cuerpo y acariciaron la curva de mi culo. Me estrujó aún más fuerte contra él.

—No quiero ser tu consuelo —susurré.

—No quiero ser tu plato de segunda mesa —mordió las palabras contra mi cuello—. Pero esta noche necesito un jodido consuelo, necesito enterrarme dentro de ti y sentirme entero, y esta noche, yo soy tu plato de segunda mesa. Así que los dos podemos coger como adultos y ambos podemos removernos el interior y sentirnos como unas mierdas por eso —me apretó el culo con tanta fuerza que me dolió, exhalé y él alzó la cabeza hasta que su boca estaba junto a la mía con su duro aliento caliente durante el breve momento antes de que presionara sus labios contra los míos. Probó mi boca mientras se apoyaba contra mi muslo—. ¿Sientes eso, Lucky? —me agarró de la mano. La puso en su cierre. La mantuvo ahí hasta que mis dedos se movieron. Lo delinearon—. Ése es el nivel de mi deseo en este instante. Ahora, sé una buena puta.

Busqué el botón. Lo boté y luego moví su cierre. Lo tiré hacia abajo y me zambullí. Dejé escapar un estremecimiento cuando mis dedos envolvieron y liberaron su verga. Estaba tan dura en mi mano. Lista. Envolví mi mano alrededor de ella. Palpé toda su longitud mientras devastaba con un beso mi

boca; el silbido contra mis labios diciéndome el ritmo que le gustaba. Empujó sus caderas y el duro golpe contra mi dolorido coño no era suficiente. No se comparaba con el órgano en mi mano, ése que estaba pulsando bajo mis dedos. El que tenía la punta mojada de excitación, calentado por el deseo. Dejé caer su verga, puse ambas manos en su pecho y lo empujé, su boca me combatía, una de sus manos cogió mi muñeca y puso mi mano de vuelta en su verga, mi nombre era un ruego en sus labios.

Dios, codiciaba a este hombre. Lo necesitaba. Necesitaba que fuera completamente mío. No quería ser su segunda opción. No quería sexo de consolación. La mirada en sus ojos, de dominación y lujuria... me había vuelto adicta a esa mirada. Mi necesidad de él tambaleaba cualquier cosa con Brant. No podía evitarlo. No podía evitar querer diferentes cosas de cada hombre. Lo único que sabía en ese momento es que necesitaba más que tener su verga en mi mano. Necesitaba sentir, al menos por un corto momento, una conexión completa con él.

—El cuarto —susurré. Moví mi mano para tratar de soltarme y moverme hacia la escalera que nos llevaría a la cama.

—No —la contundencia de su voz me detuvo en seco. Lo vi parado, con las piernas abiertas, los pantalones abajo y las caderas desnudas, su verga pesada en su puño—. Te necesito en este instante, acuéstate.

—¿Aquí? —vi el suelo, ahí estaba la alfombra persa que me había costado seis cifras completas.

—Por Dios, Layana. Ahora, desnúdate.

Me quité la ropa con los ojos puestos en sus manos. Una presionaba la base de su verga y la otra se movía con golpes lentos; el enrojecimiento de su cara, sus ojos cerrándose un momento antes de que se llenaran de vida y me vieran con el cuerpo casi desnudo, mis manos jugando con un tirante del brasier. Se puso de rodillas y me jaló hacia él. Sobre mi espalda, el beso áspero de la alfombra fue mi fiesta de bienvenida. Me abrió las piernas, tomó mi cintura y me jaló hacia su verga que me esperaba.

Dios. Yo lo sabía. Tantas cosas estaban mal en ese momento. Pero por Dios, se sentía tan bien. Lo vi a los ojos, lo escuché decir mi nombre y disfruté cada segundo del viaje. En esos minutos me olvidé de Brant, de la Barbie tenista, de todo menos de nosotros en ese instante.

Yo era su sexo de consolación.

Él era mi plato de segunda mesa.

Y los dos queríamos más.

Al menos yo quería más. Quizá todo lo demás era una mentira que yo misma me contaba.

CAPÍTULO 36

Jillian

*E*s certero decir que nunca me agradó Layana. Es fácil notar en una mujer, cuando la miras a los ojos, un elemento que no te gusta. Prefiero los libros abiertos, las innumerables mujeres que pasan por esta oficina llena de sonrisas y sol y optimismo. No las miro a los ojos preguntándome qué están pensando. No las escucho hablar y busco significados ocultos. No me pregunto, cuando se van, a dónde irán. Pero, desde el primer día, no ha sido así con Layana. Tenía la esperanza de que ella fuera pasajera. Esperaba que otra mujer acaparara las fantasías de Brant, que él no fuera tras sus largas piernas y rizos desastrosos. Pero, por desgracia, lo hizo. Ella se quedó. Y ahora aquí estamos. Dos mujeres luchando por este hombre. Sólo quiero protegerlo. Ella lo ama. Tenemos diferentes puntos de vista sobre lo que implica amarlo. No quiero pensar en lo que hace para conservarlo. Sea lo que sea, está funcionando. El hombre no le quita los ojos de encima.

Estoy segura de que hay cosas que puedo hacer para envenenar su relación. Exponer sus mentiras, crear un temblor de muerte en la existencia perfecta que él piensa que viven. El problema es que ella sabe el secreto. Ése que resguardo, con las garras apretadas de una madre oso, en mi pecho. El que he pasado años protegiendo con sudor, sangre y lágrimas que se filtran a través de las barras de hierro que he construido para mantenerlo oculto. ¿Destruir su relación? ¿Su confianza en ella? El secreto se quemaría hasta el suelo junto con su amor. Sería expuesto al aire libre para quien quisiera agarrarlo y enloquecer. En ese secreto no hay más que destrucción. Así que me siento aquí y continuo pagándoles a los hombres que vigilan a Brant en todo momento. Sonríe cuando ella entra. Ayudo

a esconder sus mentiras. Pretendo amarla con el mismo vigor con el que yo lo amo. Y espero que un día se desvanezca de su vida.

Puedo cuidarlo. Ella sólo puede —podrá— romperlo en dos.

Extracto del diario de Jillian Sharp

CAPÍTULO 37

—*Q*uédate —observé sus manos lentas, el roce de la toalla sobre su cabello se detuvo. Bajó las manos, secando su cara antes de dejar caer la toalla en el suelo y pasar por encima de ella, una segunda toalla envolvió su mitad inferior mientras caminaba hacia sus jeans.

—No puedo, si me quedo mucho tiempo en este lugar, voy a empezar a pensar que pertenezco aquí.

—Es una noche —una noche que necesitaba desesperadamente. ¿Qué tan diferente sería una noche con Lee? ¿Se quedaría toda la noche o me dejaría en la madrugada como Brant lo hacía a menudo? ¿Me envolvería en sus brazos o se extendería al otro lado de la cama?

Dejó caer la toalla, con los ojos desplomados. Yo veía su movimiento descuidado al ponerse los pantalones sin prestar atención a mi mirada. Su boca se curvaba en una sonrisa de confianza mientras los subía por sus caderas.

—Tengo ropa aquí, si quieres algo limpio.

Él frunció el ceño.

—¿De Brant?

Pensé muchas respuestas para eso, pero elegí la más simple:

—Sí.

Se acercó a la cama, tiró de la sábana hasta que la quitó de la cama y mi desnudez quedó completamente expuesta.

—Me cojo a su mujer, no quiero tener su vida —estiró una mano áspera hacia afuera, frotando una palma sobre mi seno derecho, el pezón se endurecía bajo su tacto, la mirada oscura en sus ojos se convertía en un rayo de

satisfacción. Suspiré, extendiendo mi propia mano y colocándola sobre su verga; el cierre de sus jeans estaba abierto, dejándola fuera, a la altura perfecta de mis ojos. Estaba caliente, su piel se había calentado por el chorro de la ducha. Su mano se movió de mi pecho a mi cabello, recogiendo los largos mechones y tirándome hacia arriba, empujándome hacia su verga—. Dime —respiró, mi boca alcanzó su piel, mi lengua suave lamía su verga, el órgano respondía bajo mi lengua—. Dime a quién prefieres.

Lo miré. Abrí mi boca y la llevé hacia ella. Observé sus ojos cerrarse, su cabeza caer hacia atrás mientras él gemía. Tomándome del pelo, penetraba más profundo. Entonces me jaló dolorosamente, alejándome mientras sacaba la verga y colocaba mi cabeza hacia arriba. Dejó caer su barbilla y me miró a los ojos. Era la mirada necesitada de un hombre que realmente no me deseaba.

—Dímelo —exclamó él.

—Tú eres mejor —susurré, con nuestros ojos clavados, había verdad en mi declaración. Deseo crudo entre nosotros dos. Él necesitaba seguridad. Yo lo necesitaba. Quería que dejara de pensar en Brant y en Molly y se enfocara en mí. Que me quisiera. Lo demás caería en su lugar. Tenía que hacerlo.

Entra. Entró de nuevo en mi boca, pero demasiado fuerte, así que abrí más, traté de tomarlo y mis ojos lagrimearon por la intrusión violenta. Él empujaba, su mano y caderas estaban trabajando juntas. El rasguño de su cierre contra mi barbilla y sus palabras cayendo sobre mí como lágrimas olvidadas.

—Mírame a los ojos, Lucky. Mírame a los ojos mientras me chupas la verga —detuvo su movimiento. Me miró con ojos que ardían mientras arrastraba afuera su palo húmedo, frotando su punta contra mi boca antes de rogar con su mirada por más—. Te gusta esto, ¿verdad? Ser mi puta mientras él paga tus cuentas, dejándome usar cada centímetro de tu cuerpo y devolviéndote arruinada —gruñó y aumentó su movimiento, mi respiración entrecortada, mis manos empujando sus muslos mientras mis ojos sostenían su mirada. Tenía el pecho alzado, las piernas abiertas bajo mis manos, temblaba mientras se inclinaba hacia delante, completamente en mi boca, agarrando la cabecera con su mano derecha y la otra en la parte posterior de mi cabeza. Se vino en mi garganta.

Mi boca estaba dolorida. Su sabor todavía estaba en mi lengua, y yo lo miraba moverse. Fajó su camisa, abotonó su pantalón. Se pasó una mano por el pelo mientras palmeaba en sus bolsillos para encontrar las llaves. Me

preguntaba, al azar, dónde guardaba sus llaves. Si se habían quedado en su camioneta. Por qué no se le perdieron por ahí. No las encontró en sus bolsillos y no pareció preocuparle. Se detuvo a medio camino de la puerta y se volvió hacia mí, como si de repente se diera cuenta de que podría ser necesario un adiós.

—Te veo luego.

No es lo que esperaba. No es lo que yo quería. Habían terminado mis meses de hacer planes. Ahora era el momento de nuestra relación. Todo eso no había sido para que me cogiera y luego se largara tras una ligera referencia a verme de nuevo. Yo quería fechas. Consideración. Adoración. Por lo menos un «muchas gracias» por los dos orgasmos. No le había dado a Brant dos orgasmos en una noche... probablemente nunca.

Pero... nada. No respondí y se dio la vuelta, dio una palmada en el marco de la puerta y salió. Menos de un minuto después, escuché el tono de mi alarma, la alerta que me hizo saber que había dejado el edificio.

Me recosté en la cama y traté de averiguar qué había hecho mal.

Tal vez fue demasiado pronto. Tal vez él necesitaba tiempo para sanar. Tal vez volvería.

Dormí sola en sábanas que olían a pasto, sexo y engaño.

CAPÍTULO 38

—¿Qué opinas sobre los niños? —la voz de Brant era tranquila y casi inaudible por el viento, pues la capota del carro estaba abajo. Eché un vistazo a su perfil, sus ojos al frente, ambas manos al volante.

—¿A qué te refieres? —quité una pelusa de mi falda. Apoyé la cabeza en el respaldo y miré por la ventana abierta. Una miniván pasó, con el rostro de un niño presionado contra el vidrio polarizado y sus ojos abiertos mientras miraba el coche de Brant. Le sonreí y una ola de tristeza me invadió.

—Niños. Cuando empezamos a salir, solías hablar de tener una familia. No lo has mencionado de nuevo en mucho tiempo.

No dije nada. Miré el horizonte, el sol poniente arrojó un brillo romántico sobre una ciudad con demasiada gente abarrotando sus calles. Traté de encontrar las palabras para decir las cosas que no podía decir. Era una tarea imposible. Finalmente tragué saliva, consciente de que Brant tenía una paciencia infinita.

—Ya no pienso tener una familia.

—¿Por qué no? Naciste para ser madre.

Dejé a un lado el paisaje, sorprendida por la declaración.

—¿Por qué dices eso?

—Te llenas de vida con los chicos de JASH, te quieren —apartó la mirada de la carretera por un momento y miró mis ojos lo suficiente como para comunicar su sinceridad.

Miré de nuevo al paisaje.

—Están desesperados, quizá sentiría algo distinto por mis propios hijos.

—Cállate —la irritación en su voz era tan ajena a su carácter que me hizo voltear para buscar una explicación—. Nunca he visto a alguien como tú, una mujer perfecta para cada situación: para estar a mi lado en la compañía, para rodar desnuda en mi cama y dejarme que la complazca, para criar niños que son amados y adorados, para desafiarme, para envejecer juntos —le dio la vuelta al volante, los neumáticos rechinaron contra el asfalto mientras abandonábamos la carretera para entrar en una lateral. Perdió el control del auto por un momento antes de pararse. Se estacionó y se inclinó para tomar mi cuello y llevarme a su boca. Su beso era duro y demandante, mis manos lo empujaron y luego jalaban su camiseta. Nos besamos a un lado de la autopista como si no nos hubiéramos tocado en días, con las manos acariciando y jalando, los bocinazos y vítores de los carros que pasaban combinándose con el viento y las luces, y el atardecer eran el fondo de un momento que yo no me merecía. Me arrastré a través del tablero y mi falda se subió mientras me acomodaba en el apretado espacio de su regazo. Profundizamos nuestro beso en la nueva posición, sus manos empujaron mi falda alrededor de mi cintura, sus palmas y dedos amasaron mi culo, su boca codiciosa dominaba la mía.

—Te amo tanto —dijo, moviendo la cabeza para que nos viéramos a los ojos, su mano acariciando mi pelo, haciendo eco al sentimiento mientras bajaba la boca. Cortó el beso y con una mirada intranquila me susurró la pregunta que yo quería evitar—. ¿Es por nosotros, Lana? ¿Es por nosotros que ya no quieres tener hijos?

Intenté besarlos, pero sus manos me sujetaron mientras sus ojos buscaban los míos. Lo miré a la cara y le dije las únicas palabras que mi corazón me permitiría, la mentira resbaló inofensivamente de mi boca.

—No, Brant. No, te lo juro.

Dejó escapar una exhalación áspera, su mano me rozó el cabello y lo apartó de mi rostro, su alivio se sentía en la forma desesperada en que regresó a mi boca. Y, en ese momento, con el viento y los coches y el zumbido de la ciudad que nos rodeaba, me permití creer la mentira.

No era él. No éramos nosotros. *Nosotros* éramos perfectos.

CAPÍTULO 39

—*M*olly volvió —su rostro estaba oscuro cuando dijo esas palabras. Miré hacia arriba desde el sofá en el que estaba y un destello de alarma me atravesó.

—¿Cuándo?

—Se apareció en el In Between la otra noche, unos minutos después de que llegué allí. Quería que volviéramos —Lee frotó un callo en su palma y me miró, sus ojos me estudiaban.

Quería que volvieran. No es una sorpresa. Traté de mantener mi tono de voz.

—¿Qué hiciste?

—¿Quieres saber si me la cogí? —se movió de su sitio junto a la ventana. Se acercó y se puso sobre mí. Sus ojos contrastaban con la mirada oscura de su rostro. Más arrogante que enojado, y se volvía más sexual por lo segundo. Sabía que me había afectado. Me miró a los ojos y vio el temor que tan mal enmascaré. Lo vio. Se alimentó de él. Le encantó mi mirada de celos. Estiró una mano áspera y tomó mi cabeza. Se la acercó a la pelvis.

—Chúpame la verga.

—¿Ahora? No —empujé su estómago con la mano y él me tomó la mano. La bajó hasta que mis dedos estaban sobre sus jeans.

—Chúpala y ve si ganaste el derecho para que yo le diga que no a ella — luchamos con nuestros ojos. Quería chupársela. Dios, mi boca salivaba por el sabor de su dura verga raspando sobre mi lengua. Pero estaría condenada si hacía algo a la fuerza.

Empujé su cadera y él tiró de mi cabeza más fuerte. Me mantuvo en esa posición.

—Chúpela y recuérdame por qué le dije que no.

—¿Le dijiste que no? —desvié la vista de la mezclilla desgastada y volví a sus ojos, su mirada estaba tan atormentada como la mía.

—Sí —rechinó los dientes, soltando un siseo de aliento cuando mis dedos desabrocharon el botón de sus jeans y pasé un dedo deseoso a lo largo del borde de su piel. Tiró el cierre hacia abajo con un movimiento inseguro—. Dios, no sé por qué lo hice, su bello rostro simplemente me suplicaba que la inclinara y me la cogiera... —el resto de la frase se perdió en el gemido que vino cuando enterré su verga en mi garganta. Me jaló el pelo, me miró la cara y se balanceó contra mi boca, sus palabras sobre Molly fueron reemplazadas por mi nombre—. Tú coges con él —dijo, su polla se endurecía completamente mientras yo agarraba su muslo y su asta y rezaba para que las lágrimas en mis ojos fueran por la succión y nada más—. Te lo coges todo el tiempo y luego esperas que yo sea un santo —ignoré el comentario, concentré mi atención en redirigir la suya; el suave gemido de sus labios me hizo saber que estaba en el camino correcto—. ¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué debería?

Nunca respondí a su pregunta, sólo a su necesidad. Y... cuando su orgasmo terminó y me puso encima de él en el sofá, con sus brazos envolviéndome en su pecho y mi boca húmeda contra él, la respuesta ya no parecía importar más.

CAPÍTULO 40

Un año y tres meses atrás

*M*i casa no estaba acostumbrada a la presencia de un hombre. El peso de uno en los cojines de sofá. Apareció un desorden de zapatos sucios en el vestíbulo. El perfume de Lee invadió los pasillos, compitió con el olor del esmalte y las flores, la masculinidad encontró la delicadeza y la aplastó con la suciedad. El impacto varonil era nuevo en mi casa; Brant la había visitado dos veces, al principio de nuestra relación, y luego nunca regresó. Todavía tenía algunas de sus cosas colgando en el clóset de la habitación de huéspedes, junto con todos los artículos que había llevado a casa en mis primeros días, antes de que tuviera un armario en su mansión.

Había visto a Lee casi todos los días de la semana pasada, absorbiendo mi tiempo con él mientras podía tomarlo. Brant estaba sofocado por el trabajo. Jillian dijo que sólo lo había visto unas cuantas veces, entrando a la oficina en momentos esporádicos, sin contestar llamadas o mensajes. Dijo que era normal que se pusiera así, principalmente en momentos de gran estrés. Y con las negociaciones de iTunes en un punto crucial y unos miles de millones de dólares en el aire, ahora era un momento de estrés. Un momento en el que él debería estar presente, pero no lo estaba. La vida continuó. Ella lo manejó.

No me importó. Eso me dio tiempo con Lee. Tiempo que estaba abrazando con ambas manos. Sosteniéndolo, inseguro de cuántas ocasiones más me quedaban. Podía sentir el fin de nuestro futuro. Estaba sentada al borde de las probabilidades. Él iba a desaparecer. Lo sabía, podía sentirlo en cada momento de perfección. Y entonces, todo este ciclo empezaría de nuevo. Con un nuevo hombre, un nuevo «alguien» que sería mi alternativa a Brant.

Él estaba de pie frente al refrigerador, con una mano en la parte superior, los ojos desorbitados y el aire helado flotando.

—No tienes nada —anunció.

—Está lleno, eso no constituye «nada».

—No hay cerveza, no hay comida chatarra, no hay helado. Puedo comer cada bocado en este refrigerador y aun así adelgazar —cerró la puerta y entró en la sala—. Vamos a cenar.

—¿Ahora? —miré mi reloj—. Son casi las nueve.

—Por eso tengo hambre, ese patético intento de cena que comimos hace cuatro horas no cuenta.

Puse los ojos en blanco. El «patético intento de cena» era el *foie gras* que pasé tres horas preparando. Era el plato favorito de Brant. Debí haber sabido, en este complicado escenario de conflictos, que Lee lo odiaría.

—Está bien —me puse de pie, arrojando el control remoto sobre el sofá—. Me voy a cambiar.

—Uh, uh, estás bien así —me agarró del codo y me condujo hacia la puerta.

Eché un vistazo a mis jeans.

—¿A dónde vamos?

—Vamos a conducir, tiene que haber algún lugar por aquí que esté pasando el juego.

Salí, agarrando mis llaves de la barra y presionando el botón del garaje. Me detuve en seco cuando vi a Lee de pie en la entrada. Su cabeza se volvió hacia el garaje, la gama completa de coches se reveló lentamente cuando las puertas se deslizaron.

Bajé los escalones a tiempo para oír su discreto silbido.

—Maldita sea, Lucky, podría empezar a cogerme a este tipo.

Pasé frente a él, la irritación me atravesaba.

—Tengo mi propio dinero, no todo es de Brant —fue una defensa ridícula, todavía más por el hecho de que tres de los cuatro coches eran regalos de Brant. Caminé hacia mi Mercedes, mi coche de todos los días.

Su mano se extendió y me detuvo.

—Usemos el negro.

Me detuve repentinamente, moviendo mi cabeza hacia él.

—¿El negro?

El negro en cuestión era un Defensor Land Rover 2004. Era el único coche en el garaje que yo había pagado. Negocié mi último vehículo por él. Y, tan incómoda como era ahora esta situación, lo compré como un regalo para Brant. Quería, de alguna manera, pagarle por los regalos que tendía a prodigar.

Por desgracia para mí, a Brant no le había encantado el vehículo. De manera brutalmente honesta, ésa que yo amaba, me lo había dicho en cuanto le entregué las llaves:

—Los todoterreno no me encantan —sostuvo la llave de manera extraña, mirando con vergüenza al vehículo y luego a mí—. No me gusta que sean inseguros. Y están clasificados en el peor lugar en lo que respecta a volcarse...

—Está bien —le sonreí. Acerqué la mano y tomé de nuevo las llaves—. Debí preguntar.

—No me gustan los vehículos que no manejaría, sólo es eso —se inclinó, pasó una mano alrededor de mi cintura y besó la parte de arriba de la cabeza—. ¿Te molesta?

¿Molestarme? Miré la camioneta con los ojos en blanco, diez mil dólares depreciados desde que firmé la venta. Lo miré y dejé que se agachara para besarme.

—No, bebé. Estoy feliz de que me lo dijeras.

Un empleado de BSX manejó el vehículo hasta mi casa, donde había pasado la mayor parte de su vida en el garaje. Ahora Lee estaba en mi estacionamiento a punto de entrar al maldito auto. Di unos pocos pasos hacia el tablero de las llaves. Tomé las indicadas y se las di a Lee.

—Aquí están. Tú manejas.

Tomó las llaves sin agradecimientos. Brincó al vehículo y pasó sus manos por el volante forrado de cuero. Ajustó los controles y puso el motor a roncar fuerte en el garaje. Lo miré cautelosamente. Esperé a que saliera de aquel espacio cerrado antes de caminar hacia el lado del pasajero. Entonces subí al vehículo de cinco mil libras de pura masculinidad. Un vehículo para el que Lee parecía hecho: su cuerpo relajado y en control, su mano agarrando la palanca de velocidades con comodidad.

Esto era exactamente lo que me imaginaba cuando compré la camioneta. Y tal vez por eso la compré. Tal vez estaba tratando de tomar a mi genio para volcarlo en una tina de masculinidad y peligro. Hacer ásperos sus bordes lisos.

Tomé mi cinturón de seguridad y tragué mi dosis de culpa.

Con el chirrido de los neumáticos, Lee salió por mi puerta.

Diez minutos más tarde, con el ruido de la radio compitiendo con el látigo del viento, golpeé el brazo de Lee y señalé algo.

—Ahí —dije, en el centro comercial había un bar deportivo. Lee siguió mi mano, estacionando la camioneta y saltando hacia fuera. Su mano descansó en un costado de la camioneta un poco más de lo necesario y con un poco de anhelo en sus ojos.

Me acerqué a él y avanzamos, nuestras caderas chocaban mientras caminábamos hacia el restaurante y su brazo rodeaba mi hombro, un gesto casual pero familiar. Teníamos pocas semanas de empezar a coger y nos sentíamos cómodos en la presencia del otro. Me ruboricé, giré y le di un beso en la mejilla. Sentí el tirón de su brazo para prolongarlo.

Esto no se sentía como un consuelo. Se sentía como debía. Perfecto. Iba a funcionar. Se enamoraría de mí y sólo de mí. Me paré de pronto cuando mis ojos se encontraron con los de Jillian.

La mirada de Jillian pasó por encima de los dos, notando todo acerca de Lee con un solo vistazo. Un cambio invisible para cualquier otra persona, pero que para mí fue un cartel de emociones, apareció en su cara. No pude dejar de verla, fui incapaz de moverme. La vi fijamente hasta el momento en que su mirada crítica se abrió camino a mis ojos. Allí, nos abrazamos, dos mujeres en lados opuestos de un campo de batalla; mis armas eran el sexo y la pasión, las suyas la familia y la historia. Tuvimos una conversación entera a través de esa mirada. Una acalorada batalla de emociones, argumentos discutidos con labios apretados y miradas silenciosas. Entonces la batalla terminó, y la mujer cerró sus ojos un momento largo, afligido. Sentí su decepción. Su ira. Su frustración. Lo sabía porque lo sentía en mi propio corazón.

Me aparté de Lee poniendo un mechón de pelo detrás de mi oreja y metí mis manos en mis bolsillos, sus ojos leyeron el movimiento.

—¿Qué? —dijo y miró hacia enfrente, sus ojos estudiaron y recorrieron a Jillian, pero la mujer no estaba registrada en su archivo de problemas.

—Una amiga mía, entra. Estaré allí en un minuto.

Se encogió de hombros.

—Como sea —me lanzó las llaves y se dio la vuelta. Habría apostado, por el estremecimiento en el rostro de Jillian, que él le guiñó un ojo cuando pasó a su lado.

Esperé avanzando, viéndolo con mi visión periférica entrar en el bar, oí el aumento de la música y las voces hasta que la puerta se cerró detrás de él y nos quedamos en silencio, dos fuerzas opuestas separadas por cuatro pies de hormigón.

—¿Qué estás haciendo, Layana? —su voz estaba cansada. Vencida. Como si hubiéramos tenido esta discusión un millón de veces y ella no pudiera soportarla de nuevo.

—No puedo... —me detuve. Traté de encontrar las palabras—. Ya sabes cómo es Brant —giré la cabeza hacia Lee—. Él es diferente. Ya lo intenté... no puedo alejarme.

—Amas a Brant —ella suspiró, su exhalación era un viento de congestión y de vejez—. Sé que lo haces.

Asentí.

—Lo hago.

Miró por encima de mi hombro.

—¿Y él? ¿Tiene una parte de tu corazón?

Tragué saliva. Busqué los recovecos de mi corazón que no quería que existieran.

—Una parte de mí lo ama también, realmente no puedo separarlo.

Su boca se tensó.

—Estás jugando un juego peligroso.

—Es mi propio juego, yo soy la que está en la relación —me arrepentí de decirlo en el momento en que esas frívolas palabras salieron de mi boca.

Sus ojos ardieron.

—Eres una chica estúpida y egoísta —señaló con fuerza hacia la barra—. Te dejará, Layana. Un día te despertarás y ese chico de allí habrá *desaparecido*. Brant te quiere, él estará contigo para siempre.

Asentí.

—Lo sé —me volví, me metí el bolso bajo el brazo porque necesitaba hacer algo con mis manos y caminé hacia la luz neón.

Su voz, tranquila pero firme, me detuvo:

—Brant me dijo que te propuso matrimonio otra vez.

—Sí —giré. La miré a los ojos—. ¿Debería casarme con él?

Dejó escapar una carcajada, un sonido frío y frágil que hablaba de incredulidad y desesperanza.

—Lana, sabes que no me importas mucho.

—Estoy muy consciente de eso.

—Pero sé que no apoyaría a ninguna mujer que saliera con Brant. Podrías haberlo dejado... allá en Belice, cuando te enteraste de su secreto, pero no lo hiciste... te quedaste. Hace cinco minutos, yo te hubiera dicho que sí, que te casaras con Brant. Pero ahora, viéndote con *él*... —miró hacia el bar—. Estás arriesgando todo lo que tienes porque quieres todo lo que no tienes. No se consigue todo cuando se trata de Brant, tienes sólo lo que él comparte contigo, y debes estar contenta con eso.

Encontré mi voz en algún lugar alrededor de la fosa de la vergüenza.

—No sé si puedo ser feliz con eso.

Ella negó con la cabeza, sus ojos estaban llenos de decepción.

—En el amor no se trata de ser feliz. Sé soltera y sé feliz. El amor es ponerlo a él primero, a su cordura, a su felicidad. Si no estás dispuesta a hacer eso, entonces no estás realmente enamorada.

Y, con ese golpe justificado, se dio la vuelta y recorrió el estacionamiento con la cabeza baja y los hombros encorvados. Había una parte de mí que amaba a esa mujer. Que amaba su lucha por Brant. Había otra parte de mí que odiaba todo sobre ella.

Me volví y me dirigí hacia el bar. Mi camino al infierno estaba lleno de letreros de luz neón y tentación, todo en forma de Lee.

CAPÍTULO 41

Un año y dos meses atrás

—*L*ayana —Jillian alzó la mirada de su escritorio y subió las cejas en dirección a su administrador, un hombre que sin duda temblaba a mi lado—. Qué... sorpresa.

Di un paso hacia adelante y me senté al borde de la silla más cercana. Si pasaba más tiempo parada, comenzaría a sentirme como cuando visitaba la oficina de la directora.

—Quisiera hablarte de algo.

Se paró, abriendo los brazos.

—Claro, siempre me alegra verte. Chad, por favor déjanos solas y evita cualquier interrupción.

Oí los pasos en los escalones. Sus duros ojos se volvieron hacia los míos.

—¿Qué pasa?

—Gracias por no hacer una escena anoche.

Ella asintió con firmeza.

—Realmente no tenía otra opción.

—Hago mucho por Brant, por ti, por BXS.

Ella frunció los labios.

—Tú guardas un secreto, no lo conviertas en una hazaña monumental, querida.

—Necesito algo a cambio.

—¿Y eso es...? —preguntó y caminó a un escritorio antiguo, puesto a lo largo de la pared derecha de su oficina, y comenzó el proceso de servir una taza de café. No me ofreció ninguna, y sonreí ante el pequeño desaire.

—Necesito saber con cuántos hombres... —miré hacia la puerta—. Con cuántos hombres ha estado Brant... —traté de encontrar la palabra correcta para usar en este ambiente público— en contacto... Si Lee es el único. Qué posibilidades hay de más.

Su frente se arrugó y me hizo un gesto para que cerrara la puerta.

—¿Planeas coleccionar más novios, Layana? ¿Hacer malabarismos con un puñado de hombres a la vez? —metió una cucharada de azúcar en el líquido negro—. No eres lo suficientemente inteligente para eso. Confía en mí, nadie lo es.

—Sólo responde la pregunta, por favor —no podía deshacerme de los modales; yacían sobre mi piel como grasa que sólo ensucia más cuando intentas lavarla.

Dejó la cuchara.

—Sólo Lee. Hubo otros chicos en el pasado, pero todos se han ido. Por eso intenté advertirte antes, esto es parte de la vida de Brant... debes olvidarlo. Enfócate en construir cosas con él y fortalecer su relación, y olvídate de cualquier otra cosa o cualquier otra persona.

—¿Cuánto duraron los otros, los otros muchachos? —tragué saliva, asustada de repente por la respuesta.

Se encogió de hombros.

—Es difícil decirlo, no me hablan. Supongo que de dos a tres años en promedio, algunos hasta cinco. Y, ¿Layana? —la vi a los ojos—. Lee ha sido el más débil. Algunos de ellos han sido... desagradables, violentos. No puedes salvarlos a todos. Sedujiste a Lee, felicidades. No seas arrogante y pienses que el próximo chico será igual. Es probable que el siguiente te doblegue y te viole por el culo.

Me sentí asqueada, las palabras burdas que salían de su lengua eran tan horribles como la imagen que las acompañaba. Imaginé todas las posibilidades, todas las cosas impensables que nunca había considerado, mi vida era demasiado limpia como para saber de verdadera depravación.

—En este momento, probablemente será mejor que te alejes o que te pongas las pantis de niña grande. Tienes que tomar una decisión. O bien amas a Brant a pesar de esto o no lo haces. ¿Lo amas?

El ambiente se centró en sus palabras, en su desafío. Cerré los ojos y vi la

cara de Brant. El hombre detrás de la genialidad. El hombre que amé de una manera que no creía posible. El hombre por el que lucharía, mentiría, engañaría y robaría. El hombre que, de alguna manera u otra, podría ser salvado. Yo sabía que era verdad. Tenía que serlo. Abrí los ojos y vi a Jillian. *¿Cuánto lo amas?*

—Lo suficiente, más que suficiente.

Ella suspiró. Puso en el escritorio su taza de café.

—Ciertamente espero que así sea.

CAPÍTULO 42

*L*ee estaba borracho. Cuando dio un paso, tropezó. Cuando se apoyó en la barra, su brazo se deslizó. Miré al mesero, el mismo idiota de hace un año y medio, y le pedí agua embotellada. Me dio un vaso sucio y me guiñó hacia el baño. A la mierda. Regresé el vaso.

Me senté en el taburete más cercano. Me acerqué lo suficiente para detenerlo si se caía.

—¿Qué pasó? —tomé su barbilla, su rostro se movió lo suficiente para poder ver lo que parecía un labio reventado y una mandíbula hinchada.

—Un pendejo dueño de una casa. Dijo que me fui la semana pasada tras podar sólo la mitad del pasto.

—¿Lo hiciste? —su mirada aguda respondió a la pregunta. Levanté las manos—. Lo siento —miré al barman—. ¿Podrías traer hielo? —eso sí lo proveyó el hombre, unos cuantos puñados arrojados en el fondo de una bolsa de basura. Dí vueltas al paquete y lo presioné suavemente contra su boca—. ¿Cómo *eso* llevó a *esto*?

—El idiota amenazó con decírselo al resto del vecindario —se encogió de hombros—. Así que le di un puñetazo.

Parpadeé, el nivel de inteligencia detrás de esta historia asombraba por su inmadurez.

—¿Por qué no te fuiste?

Apartó el hielo y movió la mandíbula de un lado a otro mientras me miraba a través de sus ojos llorosos.

—Necesito trabajo, necesito dinero —trató de alcanzar una cerveza que ya no

estaba allí—. Eres alguien que nunca ha trabajado un día en su vida, no espero que lo comprendas.

Que nunca ha trabajado un día en su vida. Es verdad. Me trasladé de Stanford a un trabajo de medio tiempo y después a la vida de un jubilado mimado. Mi trabajo de tiempo completo es Brant y, ahora, Lee. El final de la frase llegó con un tono de disgusto, como si no tener un trabajo me hiciera menos. Era algo que Brant nunca había mencionado, y de repente me pregunté si era algo que él pensaba. Las emociones y los sentimientos a menudo se ocultan. Son enterrados hasta que encuentran otra salida para arrastrarse de nuevo hacia adentro.

Moví el hielo sobre su labio, sus ojos brillaron cuando la compresa fría tocó el corte abierto.

—Cállate —susurré—, aguántate como un hombre.

Se apoyó en mi mano y los olores del alcohol, del pasto, de la tierra y del hombre invadieron mis sentidos.

—¿Te importa renunciar a este asiento, princesa?

Los ojos de Lee volvieron a abrirse cuando dejé de mirarlo y me giré para ver al hombre que habló detrás de mí. Su brazo tatuado rodeaba a una mujer que describiría cortésmente como «dura». La otra mano del extraño se aferró al borde de mi taburete, como si estuviera contemplando darle un tirón firme que me lanzara sobre el suelo infestado de gérmenes. Mis ojos voltearon al interior del bar, los cuerpos llenaban el pequeño espacio y el paisaje sólo era interrumpido por el hombre rudo delante de mí. Yo era el único elemento discordante en esta escena, con mis pantalones de lino y mis zapatos Jimmy Choos. La bolsa en mi brazo costaba más que la mitad de los vehículos en el estacionamiento. Fue estúpido de mi parte venir aquí un viernes a medianoche, entrar a una atmósfera de alcohol y hombres rudos y esperar no ser notada, molestada. No ser puesta en mi lugar.

Me deslicé del taburete, mis talones toparon con el suelo y mi mano se agarró de la barra.

—Por supuesto —sonreí, el rostro del hombre estaba inmutable, pero noté su placer al ganar un asiento oculto por piel, suciedad y dureza.

—Siéntate de nuevo —las palabras de Lee eran un gruñido, y alzó la cabeza lo suficiente para atrapar mi mirada. Me vio con una orden en los ojos.

—De cualquier forma, ya debería irme —dije, con la voz lo bastante baja como para no molestar. Dios, no necesitaba esto. Lee estaba borracho y ya estaba sangrando por una pelea estúpida, y ahora defendía mi honor en un lugar que debí haber sido lo suficientemente inteligente como para evitar.

Lee se puso en pie de un salto, balanceándose ligeramente mientras se volvía para mirar al hombre. Un hombre que, por desgracia, no se había movido. Estaba a un paso de distancia con su novia todavía a su lado.

—¿Cuál es tu jodido problema?

Jalé su brazo.

—Lee —pronuncié una palabra que me hizo reflexionar un momento, un destello en el que todo se congeló y me miró y vi todo lo que no podía decirme en ese momento.

No podía comprarme autos. No podía ahogarme en diamantes y edificios y viajes a Dubái. Ni siquiera podía pagar por las cervezas que habían llenado su estómago. Pero esto, esto era algo que sí podía hacer. Podía ponerse de pie, luchar, sangrar por mí. Algo que Brant nunca haría. Una situación en la que nuestra vida alterna nunca nos hubiera puesto. Éste era el mundo de Lee. Aquí él era el rey. Aquí mataría al dragón tatuado y sería mi héroe. Sus ojos quemaron el aire entre nosotros y dejé escapar un suspiro tembloroso. Jaló su brazo y se dejó caer en el taburete.

—No están bebiendo, dejen espacio para alguien que sí lo hace —en esas dos frases vi unos dientes amarillentos, una mueca por la que cruzaría la calle para evitarla, y un endurecimiento de todo el cuerpo de Lee. Vi su puñetazo telegrafiado de un millón de maneras desde el domingo. Tuve un momento para admirar la flexión de sus músculos de la espalda cuando se lanzó hacia adelante, soltando un gancho derecho que falló en golpear a mi agresor por unos dos pies, pues el hombre se inclinó hacia atrás y lo evitó fácilmente.

Cerré los ojos. No podía ver más. Aparté el taburete tras el sonido de un puño al estrellarse en aquel ruidoso espacio. Un espacio que de repente se quedó en silencio mientras la multitud entraba, una docena de cuerpos se calló y se esforzó por tener una mejor vista. Abrí los ojos a tiempo para ver a Lee avanzar y dar un puñetazo; la cabeza del hombre se hizo para atrás de una manera poco natural. Avancé hacia adelante colándome entre los dos y mis ojos captando a la otra mujer en la ecuación. Se sacó un trozo de chicle y miró hacia otro lado,

inclinándose hacia mi taburete vacío, su preocupación por estos hombres era inexistente siempre y cuando su asiento estuviera seguro.

—¡Para, para! —grité las palabras en el rostro de Lee. Esa pausa fue suficiente para jalarlo hacia la multitud y que el mar de cuerpos nos tragara a los dos. El bar no era lo suficientemente grande como para acomodar rápidamente a tanta gente sin reubicarla. Nos separamos de la parte agresiva. Conecté mi brazo con el suyo y lo jalé, arrastrándolo hasta la puerta y saliendo a la calle.

Esperaba maldiciones, exclamaciones de poder masculino, un intento de regresar al interior, pero sólo tropezó una vez hacia delante y otra hacia atrás. Se sentó con las rodillas dobladas de tal manera, que su descenso al suelo era casi elegante, un *plié* que lo llevó a sentarse en la banqueta sucia, con los brazos apoyados, doblados, sobre las rodillas y la cabeza cayendo en sus antebrazos.

Me senté a su lado tan cuidadosamente como pude. Consciente, cuando mi trasero golpeó el hormigón, de que estaba condenando mis pantalones de lino a una sentencia de muerte temprana.

Silencio. Estaba tranquila en el silencio. Era oportuno en ese momento, me recordaba otras situaciones, otros lugares. Un respiro para la locura de esa noche. Colgué la cabeza y me pregunté qué estaba haciendo. Debería estar en casa. En mi casa, tranquila, hasta el cuello en una tina de burbujas y con un libro en la mano. O acurrucada en la hamaca en mi terraza trasera. Escuchando el océano hasta que me quedara dormida.

—Nunca lo harás —sus palabras tenían una pizca de depresión engrosada por el alcohol y la desesperación.

—¿Hacer qué? —mantuve la cabeza baja y los ojos cerrados. No quería ver la cara que acompañaba esa declaración. Realmente no quería saber la respuesta a la pregunta que acababa de hacer.

—Abandonarlo —hubo un largo silencio, roto en algún lugar de la oscuridad por el crujido de un cristal y una maldición—. No lo harás, ¿verdad? —sentí sus ojos en mí, me obligué a levantar la cabeza y darle el respeto que ofrece el contacto visual.

Un hombre destruido se sentaba ante mí, con sus brazos alrededor de las rodillas, y me estremeció el alma. Había visto a este hombre con tantas luces diferentes, pero esta vez era el más débil. Éste fue el que me tocó más profundo y me lastimó más. El que yo, de alguna manera, más amaba.

Lo miré fijamente y dije lo único que pude.

—No, no lo haré, nunca lo dejaré.

Rompió el contacto visual, apoyó la cabeza en sus manos y el silencio retrocedió por la calle.

Luego, con un gemido y un grito estrangulado, se inclinó hacia adelante y vomitó sobre el asfalto sucio.

Un taxi nos llevó a mi casa. Odiaba dejar mi coche, pero no quería a un Lee borracho en mi vehículo mientras conducía. Necesitaba ambas manos en caso de un ataque de hipo durante el viaje de veinte minutos. No hubo ningún problema. Se posó sobre el asiento, con la cabeza sobre mi regazo y una mano suelta apoyada en mi muslo, como para estar seguro de mi presencia.

Roncó unas cuantas veces durante la marcha, golpes duros silenciando su sueño, su cabeza rodando contra mi regazo, provocando nuevos temores de un segundo incidente de vómito. Pero el taxi atravesó mi cerca sin ningún acontecimiento. Nos dejó en la puerta de enfrente, y necesité unos veinte dólares más para convencer al conductor de que me ayudara a llevarlo a mi cama. Y allí, removida su ropa y con el edredón sobre su pecho desnudo, durmió. Me acosté en la cama a su lado y miré su hermoso rostro. Lo miré fijamente y pensé e intenté arreglar el lío de sentimientos en mi cabeza.

Cuando me desperté por la mañana, se había ido junto con el dinero de mi cartera.

En verdad desapareció. Su teléfono celular estaba muerto. El Jeep fue encontrado, supuestamente abandonado, por mi detective. No había ninguna señal del hombre que tenía una gran parte de mi corazón. No volví a verlo durante siete meses.

Traté de olvidarlo.

Traté de aceptar su desaparición como una bendición.

Las cosas en mi mundo con Brant siguieron. La vida era suave, sin estrés. Cerrado el acuerdo con iTunes, Brant duplicó su riqueza y la vida continuó. Pero cada vez que estaba lejos de Brant, pensaba en Lee. Me preguntaba por él. Lo

extrañaba. Rechacé otra propuesta de Brant, esta vez con velas y langosta en la cubierta superior de su yate. Casi acepto. Con Lee fuera de mi vida, tuve que luchar para no decir que sí. Y lo logré.

Tenía que saber si Lee estaba allí todavía.

Tuve que excavar de nuevo en la oscuridad, verificar su existencia, averiguar más.

Simplemente no estaba hecha para reaccionar de otra forma.

CAPÍTULO 43

Brant

*M*antengo el anillo en mi oficina, en el cajón principal de mi escritorio. Su caja está desgastada, mis manos han girado el terciopelo demasiadas veces para contarlas. Fueron más de las que podía soportar su material.

Compré el anillo hace trece meses por un capricho. Mi cabeza se despejó lo suficiente como para darse cuenta de que estaba en el centro de la ciudad, por una razón que desconocía, con un enjambre de gente alrededor, ese desastre cotidiano que es San Francisco. Odio esta ciudad, sus conjuntos de personas en espacios demasiado estrechos, la lucha claustrofóbica por el aire, por su necesidad. Me paré en esa calle llena de gente, con grietas sucias bajo los pies, y vi la joyería al otro lado de la calle, un signo plateado de calma blanca y negra contra la locura que era la calle. Me abrí paso entre la multitud y entré. Unos aretes, tal vez. Algo que brillara entre los rizos oscuros de su cabello. Entré en la calma y tranquilidad de lo costoso y respiré más fácil. Sonreí al hombre que me saludó. Pasé, pero no a la exhibición de collares y aretes, sino a la izquierda, mis piernas me jalaban hacia la brillante extensión de los anillos de compromiso.

No sé en qué estaba pensando. No podría proponerle matrimonio sin confesarme. Sin decirle de mi oscura alma. Soy mercancía dañada. Yo sé eso. Ella merece saber eso para saber en qué se está metiendo. El dolor por el que la arrastraré si la medicación deja de funcionar. Pero todo eso dejó mi mente cuando me acerqué a la vitrina, cuando mis ojos se deslizaron sobre anillos mediocres y recorrieron la superficie.

—Déjame ver esos.

Salí sin anillo. No encontré nada digno de ella. Pero trabajaron conmigo,

rastrearon una piedra que le iba bien. Un diamante azul natural. Tardaron tres semanas en encontrar uno lo suficientemente grande: 2.41 quilates en forma de escudo. Una forma única, una piedra única, perfecta para ella. Lo pusieron en una base simple y lo entregaron en una camioneta de seguridad.

Estuvo en mi escritorio un mes entero más hasta que me sentí seguro, bien. Fue la mayor decisión de mi vida, era más importante que cualquier acuerdo, cualquier desarrollo. Sopesé cuidadosamente la decisión, analicé los pros y los contras, examiné cada faceta de mi relación con Layana. Se veía como una decisión de negocios a pesar de que el matrimonio debería ser cualquier cosa menos eso, pero yo ya sabía lo que sentía mi corazón. No tenía sentido mantenerlo bajo el agua para ahogarse en una situación imposible de ganar. Tenía que pasar por un proceso analítico para asegurar el éxito.

Antes de la propuesta, completé el análisis para mí (con resultados positivos) y luego para ella. Intenté determinar si era una decisión inteligente para ella. Traté de anticipar las consecuencias si descubría mis secretos. Tal vez ella estaría bien. Tal vez lo entendería.

O tal vez correría hacia las colinas.

Lo había imaginado, trabajado a través de escenarios, le di vueltas a ese anillo más de mil veces... y entonces me decidí. Tomé una decisión, se lo anuncié a mis contadores y familiares, y dije adiós a toda razón lógica.

Amor. Nos hace hacer cosas locas.

Pasé el anillo por la almohadilla de mi pulgar, viendo el diamante no reclamado brillar a la luz de mi lámpara de escritorio. Entonces lo puse en su caja, cerré la tapa y la devolví a su casa momentánea. Apagué la lámpara y permanecí allí un buen rato; mi oficina y mi corazón vacíos y silenciosos.

CAPÍTULO 44

Siete meses atrás

La siguiente vez que vi a Lee, él vino a hacia mí. Su cuerpo estaba apoyado contra la pared trasera de mi casa, la luz de la mañana arrojaba sombras doradas sobre él. Estaba desnudo, sólo traía shorts, y el agua salada se secaba sobre su cuerpo.

Me detuve, tenía el brasier deportivo pegado y sudor corría por mi cara. Me la limpié y encontré sus ojos, mi respiración estaba acelerada por el *sprint* final.

—Hola.

—Hola.

—Volviste.

Salió de las sombras, el sol iluminaba su piel y tenía los ojos entrecerrados cuando se detuvo frente a mí, su mano se extendió y tiró de mi cola de caballo.

—Sí.

—Te extrañé —no pude retener esa oración. Era verdad, sin importar cuánto lo odiara.

Su sonrisa se quebró mientras miraba hacia abajo, tratando de ocultar una reacción. Su hoyuelo me guiñó un ojo y esa combinación hizo que mis piernas flaquearan.

—No me dejes otra vez —la debilidad de mi voz fue evidente y él miró hacia atrás. Estudió mis ojos con una sobriedad que era más de Brant que de él.

—Está bien —asintió.

Volví de mi orgasmo, su verga estaba en mi interior, en lo profundo, su cuerpo

envolvía el mío, dos formas, ambas dobladas hacia adelante contra la ventana del dormitorio, su boca en mi cuello, la curva de su pecho contra mi espalda al empujar, gemir, gemir mi nombre, con el que me marcaba completamente como su posesión. Se estremeció dentro de mí antes de retirarse, susurrando mi nombre con un beso contra la parte posterior de mi cuello.

Mis piernas cedieron, pero su mano me atrapó antes de que cayera completamente, arrastrándome hacia atrás hasta que estuvimos ambos estirados en mi cama.

—Dios, me encanta cogerte —su respiración era pesada y la cama me desplazó cuando rodó, me acercó más.

—Pienso lo mismo —cerré los ojos. Aprecié el paso del aire a través de mi piel. Me recuperé.

—Necesito darme una ducha.

Sonreí.

—Yo también, dame un minuto.

—No tengo nada que hacer hoy, tómate todo el tiempo que necesites.

Mantuve los ojos cerrados. Sentí que levantó mi mano. Trazo sus dedos sobre las líneas en mi palma. Presionó sus labios en el centro y mis dedos se cerraron alrededor de su boca.

—Te amo así —dijo, su boca estaba ahora contra las almohadas, amortiguada ligeramente. Mantuve los ojos cerrados, la boca curvada en una sonrisa.

—¿Así cómo?

—Desnuda, satisfecha, sin nada encima, nada que me haga sentir inferior.

Eso me abrió los ojos. Volví la cabeza y la incliné hacia él.

—¿Inferior? ¿Por qué te sentirías así?

—Vivimos en mundos diferentes, Lana. No me insultes ignorando ese hecho.

Me quedé callada. Sentí el suave rastro de su mano sobre mi espalda disculpándose por el tono de su voz.

—Pero ahora estás aquí.

—Sí. Ni siquiera podía decirte dónde estaba, todo... —se calló—. Todo se desvanece a menos que esté contigo.

Eso debía ser un cumplido. En cambio, se sintió más como una sentencia de prisión. Una declaración de hechos. Yo no respondí.

—Ojalá mi madre te hubiera conocido.

Me olvidé, por un momento, de respirar. Esperé a ver lo que seguiría. Qué camino tomaría esta conversación.

—Era tan hermosa, su cabello era como el tuyo, rizado, y nunca lo podía dominar. Solía perseguirme por la casa y saltaba, era como si hubiera una tercera persona en la habitación —su voz bajó, como si se hubiera dormido, y quise escuchar más. Cuando habló de nuevo, apenas pude oírlo—. Realmente no recuerdo a mi padre, tenía ocho años cuando fueron asesinados, fue un domingo por la tarde. Un conductor borracho, un pendejo del club de golf, se estrelló de frente en su coche. Él vivió, ellos no —la mano en mi espalda se había endurecido.

Silencio.

—Lo siento mucho, Lee —no sabía qué más decir.

Ignoró lo que le dije. Continuó hablando como si las palabras estuvieran embotelladas y necesitaran escapar, su voz era tensa y rápida, cada sílaba sumergida en ansiedad.

—No tenía más familia, me metieron en el sistema de asistencia social. Para cuando cumplí dieciocho años, había tenido ocho hogares diferentes, tres de ellos estaban bien, pero cinco... —escuché el sonido de su garganta cuando tragó saliva. La mano en mi espalda había desaparecido y giré. Apoyé la cabeza en su hombro y envolví mi brazo alrededor de su pecho. Pasé una pierna a través de las suyas, hasta que cada parte de mi cuerpo estuvo unida con el suyo. Le di consuelo de la única manera que conocía—. Cinco... eran malos, desaparecí cuando cumplí dieciocho años, conseguí unos cuantos miles de dólares de parte del estado y despegué —su mano volvió. Dibujó una línea en mi columna vertebral—. Tú y yo... hemos vivido diferentes vidas, nunca me han cuidado, nunca he tenido suficiente para cuidar a otra persona, mucho menos para consentir a una mujer como tú. Mi vida entera ha girado en torno a la supervivencia. Luchar para llegar a donde estoy. Para llegar al punto en el que seré lo suficientemente bueno para alguien más.

No dije nada. Sólo estaba allí, envuelta en sus brazos. Sentí el momento en que él dejó de esperar una respuesta y se quedó dormido, con las manos flácidas y pesadas contra mi piel.

Fue una historia maravillosa. Poética en su representación de la vida. Encantadora. La creación de este hombre torturado y confundido ante mí.

Explicó perfectamente su desesperación por amor, mezclada con un lado de NuncaSeréLoSuficientementeBueno.

Lástima que todo fuera una mentira. Me acosté en sus brazos y me pregunté a cuántas mujeres se las había dicho.

CAPÍTULO 45

Brant

*E*n algunos sentidos estamos tan cerca de todo, de una vida en la que uno comienza y el otro termina, esa unión que es tan completa que somos uno. En otros sentidos...

Somos mundos separados.

Mentiras. Las mentiras nos mantienen separados. Empecé esta relación con una mentira, una parte de mi pasado que había encerrado y de la que esperaba que ella nunca se enterara. Ella comenzó esta relación limpia e inocente, y ha apilado mentiras desde entonces.

Quiero librarnos de todas las mentiras, limpiar nuestro pizarrón con una sesión de confesión. Pero tengo miedo de contarle mi secreto. Y estoy aterrizado de oírla decirme los suyos. Los conozco, pero no quiero que sean dichos, no quiero que sea más cierto que lo que ya sé.

Sólo quiero saber por qué. ¿Por qué me engaña? ¿Qué no le ofrezco? ¿Qué parte de mí no es lo suficientemente buena? ¿Por qué, cuando su amor por mí se quema lo suficiente para brillar... se escapa con un extraño? Mi mayor temor es que ella lo ame. Mi mayor temor es que él haya construido un camino a su corazón.

La quiero demasiado como para compartirla. Lo odio con una venganza que vuelve mi sangre blanca.

La he seguido. Me reuní con un investigador privado y lo hice pasar un mes siguiéndola. Pero ella es demasiado inteligente, su informe reveló que ha pasado tiempo con un sólo hombre: yo. Ahora, tengo a Jillian observándola. Está encargada de averiguar cualquier cosa sobre el hombre que tiene al amor de mi

vida en sus manos.

Soy un hombre inteligente. Me han llamado incluso «calculador». Pero no soy frío; no soy insensible. Mi amor arde tan brillante como el suyo, y de igual forma lo hace mi posesividad. Pero mi enojo, mis emociones, no queman a fuego lento la superficie. Se esconden en espera del momento en que tengan que estallar.

CAPÍTULO 46

Cinco meses atrás

No te casarás conmigo.

—¿Es una pregunta o una declaración?

—Es el comienzo de una pregunta.

—Entonces... termínala.

—Lo haría si dejas de hablar lo suficiente para darme tiempo.

Levanté la vista de la pila de fruta que tenía ante mí, con las manos en una naranja que tendría que ser lo suficientemente buena, porque era lo único suave en toda la pila. Le sonreí a Brant.

—Está bien, habla.

Lanzó un mango hacia mí y pasó por un costado hasta que se me acercó lo suficiente.

—No te casarás conmigo... pero ¿por qué no vivimos juntos?

Sí, ¿por qué no, Layana? Busqué en mi cerebro una respuesta aceptable, aparte de Lee. Seguramente, Lee no estaría de acuerdo en cogerme en la cama de Brant. Por otro lado... yo tenía mi condominio del centro, el que Molly y Marcus no usaron correctamente. Se merecía una buena ronda de sexo.

—Tal vez —dije finalmente, moviéndome hacia un lado, frente a las limas. La mano de Brant jalaba de la parte trasera de mi suéter, moviendo la cachemira de una manera en la que no debía hacerlo.

—¿Tal vez? —me rodeó con un brazo. Besó mi nuca antes de mirarme con una expresión sombría—. «Tal vez» es tu respuesta a todas mis propuestas.

—Es una buena respuesta —le sonreí. Me puse en puntas y besé sus labios.

—Es una respuesta horrible —gruñó, jalándome cuando intenté alejarme—.

¿Me amas?

Me detuve. Coloqué mi canasta en el suelo y pasé mis manos alrededor de su cintura. Miré su rostro, esa cara que amaba más que la vida misma.

—Por supuesto que te amo, no lo dudes nunca.

Se inclinó hacia delante. Acarició mis labios tan suavemente que cerré los ojos. Necesitaba más.

—Entonces múdate conmigo —susurró—. Sé mi novia ilegítima.

—Eso no sería apropiado —dije contra su boca.

—Entonces cástate conmigo —dijo, dándome un fuerte beso y alejándose de él. Miró a nuestro alrededor con una expresión exagerada—. ¿Quieres que lo haga?, ¿que me arrodille aquí mismo? —se dio unas palmaditas en los bolsillos, fingió buscar un anillo que yo sabía que estaba en la caja fuerte de su oficina.

—¡No! —grité—. Por el amor de Dios, no. Me mudaré contigo —le prometí, envolviendo mis brazos alrededor de su cuello y robándole un último beso.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo —entonces grité porque sus manos me empujaron hacia arriba, nuestra canasta se volcó y la fruta rodó a todos los extremos del pasillo—. Brant, ¿qué estás haciendo?

—Buscar casa —me abrazó contra su pecho, moviéndose hábilmente entre la multitud, con la cabeza en busca de nuestra cesta.

—¿Qué hay de la fruta?

—Te compraré una casa con un huerto —me prometió, dejándome caer suavemente en el suelo junto a su coche, abrió la puerta y la sostuvo para mí.

—¿Ahora? —pregunté sorprendida, subiendo al auto, observando su cara mientras cerraba la puerta y se movía hacia el lado del conductor.

—Ahora.

—Pensé que me mudaría a tu casa —«casa» no era realmente la palabra correcta, sino palacio: cincuenta mil pies cuadrados de espacio que apenas usaba. Tenía un laboratorio en el sótano en cuyo equipo había gastado diez millones de dólares. No podía mudarse, era imposible.

—Ésa es *mi* casa, quiero *nuestra* casa. Un lugar para construir nuestro futuro, un lugar que tú escojas —se puso en marcha y puso su teléfono en mi regazo—. Llama a Jill, averigua qué agente de bienes raíces necesito y luego contáctalo.

Nuestra casa. Le marqué a Jillian y me pregunté qué tan bien resultaría esto

respecto a Lee. Tal vez estaba cometiendo un error.

Compré mi primera casa una semana después de mi cumpleaños número veinticinco. Tenía un presupuesto de tres millones de dólares. Me volví loca y gasté cuatro. Miré doce casas distintas antes de elegir una. Con Brant, esperaba aún más complicaciones. Resultó ser ridículamente simple.

Con mi presupuesto anterior, que era mezquino, tuve que tomar decisiones. ¿Quería la cocina al aire libre o el porche soleado? ¿El *home theater* o una biblioteca? ¿Una oficina frente al mar o una habitación extra?

En la gama de precios de Brant, cada casa tenía todo. Y sólo había tres para elegir. El agente de bienes raíces nos ofreció una limusina, pero elegimos el Aston Martin de Brant y serpenteamos hacia la costa, pues las casas estaban a quince millas de distancia. Eran todo lo que podríamos desear por treinta millones de dólares.

Fue una decisión fácil. El primero era un palacio con detalles ostentosos, techos pintados a mano y pesadas cortinas de terciopelo. Era el reflejo de dinero arrugado y viejo, y se completaba con cuartos para servidumbre y un piso entero dedicado a habitaciones formales que nunca utilizaríamos. Lo que sí usaríamos era un salón de baile, una inmensa extensión que pensé usar de varias maneras, siendo la primera una pista de patinaje para nuestros futuros hijos. Pero la resolución, tras mirarnos Brant y yo a la salida, fue negativa.

Windere era la segunda propiedad, estaba en un terreno arriba del acantilado, y fue de los Kennedy en algún momento. Tenía cuatro acres cerrados, nueve dormitorios, canchas de tenis y un ascensor que nos bajó los cuarenta y dos pisos hasta la playa. Incluía una casa de dos dormitorios que estaba ahí, en la base del ascensor, una joya de mil doscientos metros cuadrados con un spa adjunto y una segunda piscina. Tenía privacidad, necesitaba un personal de al menos ocho personas y estaba a media hora de Palo Alto, pero era cómoda. Moderna. Era para nosotros. También tenía un sótano de seis mil pies cuadrados. Estábamos convencidos.

—Ésta es —Brant aplaudió a la agente de bienes raíces, una mujer pequeña con prognatismo—. Buen trabajo.

—Aún tengo otra propiedad para mostrarles... en Santa Cruz..., es una

hermosa casa... —su voz vaciló, y ella me buscó para que la ayudara.

—Ésta es perfecta —repetí la opinión de Brant. Pasé mi brazo entre el suyos y le sonreí.

—Elabora el contrato —dijo él y deslizó un brazo alrededor de mi hombro, se inclinó y me besó en la boca—. Te amo —murmuró. La agente de bienes raíces dio un paso para darnos privacidad.

—Yo también te amo.

—Los primeros pasos, ¿verdad?

Yo sonreí.

—Primeros pasos, pasos de bebé.

Él gruñó contra mi boca.

—No digas «bebé», ya estoy deseando verte embarazada y tener niños corriendo por esta casa.

La luz de mi corazón se desvaneció ligeramente, y me estiré para robarle un beso antes de que la emoción me golpeará los ojos.

—Vamos a echar un último vistazo a nuestro futuro hogar.

CAPÍTULO 47

—¿Qué está pasando?

Levanté la vista desde mi lugar en el suelo, estaba a la mitad del proceso de envoltura de un marco de fotos. Lee se quedó en el umbral de la puerta, confundido. Miró alrededor de la sala vacía, la mitad de los muebles habían sido embalados la semana pasada y enviados. Me incliné hacia atrás.

—¿Frank?

Un momento después, una cabeza afeitada entró en la habitación.

—¿Sí, señora?

—¿Puedes reunir a los chicos y llevarlos a almorzar? Necesito privacidad.

—Por supuesto —él asintió, saludó con la cabeza a Lee y salió de la habitación.

Salté, dejé el marco y me apresuré.

—Hola, bebé.

—¿Qué está pasando? —repitió.

—Me estoy mudando, traté de llamarte, he estado tratando de localizarte. Deberías escuchar tu correo de voz.

Miró a su alrededor como si no entendiera el concepto, dando unos pasos a la cocina antes de regresar.

—Casi no hay nada. ¿Cuándo te vas?

—El viernes.

—Y, ¿dónde está tu nuevo lugar?

—No muy lejos —di un paso adelante, poniendo mis manos alrededor de él, y mi cuerpo se ruborizó con el suyo, fue una reacción inmediata.

Miró hacia abajo, se inclinó y besó mi boca.

—Muéstramelo.

—¿Ahora?

Se encogió de hombros.

—Por supuesto. Parece que te vendría bien un descanso.

Miré a mi alrededor, vi mi casa llena de cosas a medio empacar. Algo de lo que se podrían encargar Frank y su equipo.

—Está bien, déjame agarrar las llaves.

Tomamos el Defensor, las manos de Lee estaban familiarizadas con el volante. Me sentía tentada a regalarle el vehículo, su amor por éste era evidente cada vez que se sentaba detrás del volante. Quizás después. Ahora sólo causaría una pelea. Brant preguntaría cosas. Demasiada confusión, demasiado balanceo en el barco.

Fue un viaje silencioso, las únicas palabras presentes eran las que venían cuando señalaba giros y daba instrucciones. Le eché un vistazo a Lee mientras conducía por calles bien cuidadas, en un mundo lejos de su zona de la ciudad. Sus ojos se movían constantemente, su expresión era meditabunda. Yo conocía a este Lee. Éste era el Lee inseguro. El que se ponía hostil e irritable por mi vida de lujos. El que odiaba a Brant con un fervor que me asustaba. Tal vez hoy era el día equivocado para mostrarle la casa.

—Estoy hambrienta —dije, alargué la mano y la pasé por la suya—. ¿Quieres comer primero?

—No tengo hambre —contestó y liberó su mano—. ¿No hay comida en tu nuevo hogar?

Miré por la ventana y me tragué mi respuesta. Esto iba a ser un desastre.

Noté la vacilación de Lee cuando señalé dónde debía girar para ir hacia la nueva casa, cuando detuvo lentamente al Defensor en la cerca. El guardia salió del pequeño cubículo, viéndonos a los dos y saludando. Las puertas se comenzaron a abrir y revelaron la belleza de Windere.

Su movimiento al cambiar la velocidad fue paulatino, el paso del vehículo por el camino fue lento. El crujido de las hojas muertas se escuchaba por la ausencia de viento. Cuando la camioneta se detuvo ante el garaje de seis coches,

la estacionó, giró la llave y se sentó allí, con el motor muerto y las manos en el volante.

—Vas a vivir con él —fue su sentencia muerta.

—Sí. Puedes entrar. Quiero que estés cómodo aquí.

Él se rió entre dientes. Bajó las manos del volante y me miró.

—No voy a entrar, Lucky, no lo sabía... no me di cuenta, debiste haberlo dicho.

—Es sólo un lugar para vivir, no cambia nada respecto a nosotros.

—Sí lo hace. Tu casa... Yo estaba bien allí. Este lugar... —inclinó la cabeza y levantó la vista hacia los cuatro pisos de excesos—. Este lugar tiene su propia torre de vigilancia, por el amor de Cristo. ¿Crees que van a dejarte coger?

—No hay problema, Lee. Puedes ir y venir en cualquier momento.

—En cualquier momento que él no esté aquí —soltó un fuerte suspiro y se volteó. Miró fijamente a los ojos—. Nunca podré darte esto. Mierda, nunca podré darte nada.

—No necesito que lo hagas —sacudí la cabeza—. Sólo necesito que me ames —me di cuenta de las palabras mientras salían; mi boca las lamentaba al caer de mis labios. Él no lo entendería, lo pensaría más de lo que era necesario, esa declaración le daba demasiado peso a nuestro asunto.

—¿Amarte? —él miró hacia abajo, rio suavemente bajo su aliento antes de mirar de nuevo hacia mí—. Lucky, te he amado desde que te conozco, pero nunca pensé que pudiera tenerte.

Perdí un latido del corazón, gateé sobre el tablero, me senté en su regazo y envolví mis brazos alrededor de su cuello. Besé su boca a plena vista del cubículo de los guardias y de un grupo de tres personas a los que nunca volvería a ver después de la próxima semana. Sus manos se deslizaron por mi cuerpo. Exprimió mi culo mientras su boca reclamaba la mía. Ésa había sido una declaración errónea, pero su respuesta me rompió el corazón y me hizo el año, todo al mismo tiempo. Me retiré, respirando con dificultad, mis ojos encontraron los suyos y di una versión retorcida de la verdad:

—Yo también te amo.

—Esto nos hace mucho bien...

—Ven adentro —le supliqué—. Puedes bautizarla, cogermela en cada habitación de la casa y hacerla tuya.

Su cuerpo se tensó bajo el mío.

—¿Él no ha hecho eso ya?

Sonreí contra su boca. Lo saboreé por última vez.

—No, de ninguna manera —susurré.

—Me retracto de haberlo llamado «inteligente» alguna vez —me rodeó con los brazos, abrió la puerta y me sacó de la camioneta. Me puso suavemente sobre mis pies y su mano cerró la puerta mientras miraba cautelosamente hacia la casa —. Cretino rico —murmuró él, haciendo caso a mi jalón de mano, sus pasos lentamente subiendo por los escalones de la entrada.

Pasó una mujer por nuestro camino y nos lanzó a los dos una sonrisa profesional.

—Señora Fairmont, señor Sharp —pio la mujer y sus pasos continuaron, no pausó sus zancadas.

Sentí que Lee caminaba de nuevo y lo introduje completamente en la casa.

—Ella pensó que yo era Brant —siseó, mirando por encima del hombro a la mujer.

—Estás conmigo y él no ha estado aquí, las personas probablemente lo asumirán —señalé con la cabeza hacia la sala que nos precedía, un vestíbulo de tres pisos con cuatro hombres que desempacaban con velocidad delante de nosotros.

—¿Quieres decir que te puedo coger aquí y que ninguno de ellos sospecharía? —se acercó, empujándome contra la columna más cercana, la presión de su cuerpo dejando muy claro dónde estaban sus pensamientos.

Me reí y me alejé de él.

—Compórtate —le dije, alejándome para tocar el brazo de la persona más cercana.

—¿Sí, señorita Fairmont? —el hombre se giró, mostrándome una amplia sonrisa mientras saludaba respetuosamente a Lee con un gesto.

—Nos gustaría tener privacidad, ¿puedes buscar a Ann y pedirle que limpie la vivienda del personal?

—Por supuesto —el hombre se escabulló.

Lee lo observó asombrado.

—¿Todos hacen todo lo que les dices que hagan?

Retrocedí contra la columna y lo jalé hacia mí.

—Bésame.

Con los ojos a medio abrir, él obedeció, presionando su cuerpo contra el mío, y me dio un beso duro y posesivo. Sus manos me manoseaban descaradamente sobre el delgado algodón de mi vestido de verano.

—Supongo que ése fue un sí —murmuró.

—Sí —estuve de acuerdo—. Ahora, cógeme de todas las maneras posibles.

—Sí, señora Fairmont —dijo arrastrando las palabras, tirando de mis pantis con una mano firme—. Será un placer.

CAPÍTULO 48

Sé que no lo entiendes. Sé que me odias. Pero muy pronto descubrirás el secreto de Brant. No puedo mantenerlo oculto y no se quedará callado, gritará silenciosamente hasta que el tapón se bote y su aullido llene el aire. Y una vez que lo averigües, lo entenderás. Hubieras hecho lo mismo.

Había pasado casi dos años con Lee. Irrumpiendo en su vida. Eliminando todos los obstáculos. Haciéndolo enamorarse de mí, obligando al amor a salir por sus poros y envolver su corazón.

Lo había conseguido. Lo tenía completamente en mis manos. El único problema era que no sabía qué hacer con él en ese momento.

Sólo puedes controlar y manipular a un hombre en cierta medida antes de que tu correa de castigo se rompa. Especialmente a un hombre como Lee. Un hombre que agarró todo lo que pudo y quiso más. Yo podía sentir la punzada de la correa, el crujir de los hilos que se debilitaban mientras él tiraba fuerte en la dirección opuesta, en dirección a Brant. Su odio por él creció más conforme crecía lo que sentía por mí.

Jillian tenía razón. Estaba jugando un juego peligroso y arriesgando todo por mi propia meta egoísta.

CAPÍTULO 49

Dos meses atrás

*L*a casa de huéspedes frente al mar se convirtió en nuestra guarida para coger, pues estaba lo suficientemente lejos de la casa principal como para ser nuestro propio oasis. A veces Lee me visitaba dos veces a la semana, a veces dos veces al mes; sus apariciones eran tan esporádicas como el sol. La incomodidad de Lee al llegar a la caseta de los vigilantes se calmó la quinta o sexta vez que pasó, pues ellos no vacilaron y le hicieron un simpático gesto de la cabeza como único indicador de su presencia.

—Tus vigilantes son una porquería.

—¿Qué quieres decir? —estiré mi cuello hacia atrás; mi cabeza estaba en su regazo, y me uní a su mirada perturbada.

—Podría estar matándote aquí.

Me reí.

—Entonces estaría muerta desde hace meses —dije y cambié el canal. Encontré ESPN y me detuve. Había visto más deportes en el último año que en toda mi vida. Brant leía e inventaba cosas en su tiempo libre, mientras Lee observaba juegos sin sentido que no tenían impacto en la vida de nadie.

—Lo digo en serio: ¿qué sentido tiene tener vigilantes si sólo sonríen y saludan a cualquiera que pasa?

—Ya te dije, ellos saben quién eres.

—¿Y quién soy, tu amigo para coger? —el tono amargo de su voz me hizo detenerme. Apagué el televisor y giré, rodando hacia mi lado y mirándolo a la cara.

—No soy amiga íntima de ellos, Lee. Les dije que siempre te dejaran entrar.

¿No es suficiente?

—¿Por qué no son leales a Brant? Es él quien paga su salario y las cuentas de todos en este lugar y, ¿dónde mierdas está? —ése fue Lee enfadado. El enojón que se enfurece por cualquier cosa y por todo. Mi versión menos favorita de él, un efecto secundario de un hombre apasionado. Brant nunca se enojaba—. He venido aquí diez veces, y nunca ha estado en casa, ¿vive aquí?

—Sabes que sí —dejé caer mi cabeza hacia atrás, miré el techo y me pregunté cómo me metí en esta situación. Cuántas preguntas imposibles tendría Lee para mí hoy—. ¿Recuerdas? Ese tema en sí resultó en una pelea —había peleado con este hombre diez veces más que con Brant.

—Mierda adinerada —me empujó de su regazo mientras se ponía de pie y mi cuerpo cayó del sofá, me sostuve con una mano mientras volteaba mi cabeza para ver a Lee. Caminó hasta la ventana, con las manos en las caderas y su actitud acentuando cada parte de su abdomen desnudo—. Te juro, Lana, que es mejor que no me tope jamás con él... me envías aquí como a un jodido chico de la piscina mientras él te coge allá arriba, en esa mansión...

—Odio la casa principal, por eso venimos aquí.

—¿Te ha cogido aquí abajo? —se volvió bruscamente, la luz se oscureció en la casa mientras el sol se ocultaba más. Me miró con ojos llenos de odio y dolor.

—Por favor, deja de decir «coger» —susurré.

—¿Se ha *cogido* tu dulce *coño* en este sitio? —se acercó más, haciendo hincapié en cada palabra; su voz era un gruñido al terminar, sus manos me obligaron a ponerme de pie y me levantó fuertemente por la cintura, tan fuerte que dolía, y me arrastró hasta la barra de granito de la cocina, donde me depositó. Sus manos empujaron para abrir mis piernas y su cuerpo tomó su lugar entre ellas.

—No —dije, pero su mano capturó mi cara cuando mi respuesta salió, agarrándome fuertemente; su boca siguió el ejemplo estrellándose con mis labios con una urgencia que dolía.

—Prométemelo —su otra mano me golpeó duro el culo, arrastrándome hacia adelante, hasta el borde de la barra hasta que me sujetó completamente contra él, el suave material de sus shorts no hizo nada para disimular su excitación. Odiaba la forma en que podía hacer eso. Su deseo instantáneamente me convirtió en una caverna ardiendo de deseo.

—No lo ha hecho —jadeé—. Por favor, necesito... —me acerqué, envolví mis piernas alrededor de él, jalando su cuello para traer su boca de vuelta a la mía.

—Dímelo.

Mis manos buscaban la parte superior de sus shorts. Llegaron al interior y lo agarraron, y él me estrujó en el momento en que lo tenía completamente en mi mano.

—Esto.

—¿Sabes lo que creo que necesitas? —preguntó y me sacó la mano—. Ser mala.

—¿Sí?

—Sí

Pasé saliva en mi boca llena de lujuria.

—Entonces vuélveme mala.

—Te volveré la peor.

Luego me cogió. Ahí mismo en la barra. Grité mis orgasmos contra las olas y los susurros del viento. Y cuarenta y dos pisos arriba de nosotros, la colosal mansión en el acantilado estaba vacía y silenciosa.

CAPÍTULO 50

Vivir juntos cambia una relación. Brant y yo no teníamos los problemas normales de las parejas. No había platos sucios sobre los cuales discutir. No había ropa tirada ni pisos sin barrer. No, las fuentes tradicionales de conflictos eran manejadas por nuestra atenta plantilla de siete personas. Pero incluso sin peleas, nuestra relación cambió, mejorando como resultado de nuestra fusión de domicilios.

Si yo tenía alguna duda de mi amor, ésta desaparecía cada mañana al despertar junto a este hombre. Su concentración mejoraba en la mañana, cuando me despertaba con el golpeteo ligero de sus dedos a través de mi cabello y besos suaves colocados en la superficie de mi piel. Yo rodaba hacia sus brazos, y allí pasábamos una hora más en la cama, parpadeando el sueño en nuestros ojos mientras el calor del café inundaba nuestras venas. A veces él leía, y mi cuerpo se curvaba en el suyo mientras me quedaba dormida sobre su hombro. A veces cogíamos, pues sus erecciones eran imposible de ignorar entre nosotros, y sus besos juguetones eran convertidos en mucho más por sus manos. Pero, sobre todo, hablábamos. Sobre su día o el mío. Acerca de eventos JASH o proyectos BSX. Sobre nuestro futuro y si tendríamos dos niños o cuatro. Educación privada o pública. Stanford o el Cuerpo de Paz.

Al anochecer, en las ocasiones que él iba a casa, cocinábamos. Christine, la chef, actuaba como instructora, nuestra habilidad iba creciendo con cada cena. Mi talento estaba en la práctica, la de Brant en la preparación. Poníamos música, Christine nos daba instrucciones generales y luego nos dejaba fallar

horriblemente.

A veces, él llegaba a casa muy tarde. Yo le guardaba un plato cocinado por ella y me sentaba con él en la terraza superior. Escuchábamos el choque de las olas y hablábamos mientras yo bebía vino y él comía como un adolescente. Su apetito era enorme. Antes de que viviéramos juntos, lo ignoraba. Nunca supe que comía en abundancia, como si quemara mil calorías al día. Su gusto en la cocina era tan variado como el mío.

También trabajaba tiempos extenuantes. No podía recordar la mitad de sus días cuando nos sentábamos a hablar. Perdía la noción del tiempo cuando los filetes estaban en la parrilla. Amaba, sobre todo, el sonido de mi orgasmo. Quería, sobre todo, pasar el resto de su vida conmigo.

Entre más nos acercábamos, más quería hablarle sobre los secretos que había entre nosotros. Había una manera de tener un futuro real. Lo sabía. Al carajo con Jillian y las cosas que me había dicho. Creí que nuestro amor podía salvarnos de todo eso. Creí que yo podía ser el pegamento que lo mantuviera unido cuando su mundo se viniera abajo.

Quería patear las vigas de apoyo de todo lo que él conocía, exponer la verdad detrás de todo eso, decirsele todo. Y ver si sobrevivía. Ver si se quedaba.

Me arriesgué a perderlo.

Me arriesgué a destruir su vida.

Me arriesgué a salvar nuestro amor. Nuestro futuro.

CAPÍTULO 51

Brant

No soy un hombre sencillo. Lo sé. Todos descubrimos eso cuando yo tenía once años, durante el verano. El verano en el que nevó en San Francisco. El verano en el que las tres chicas desaparecieron. El verano en el que mis padres compraron una computadora y dejé de jugar afuera. Ese verano, todo lo que conocía cambió.

El sencillo procesador Apple II, instalado en la oficina de mi padre, abrió un mundo entero para mí. La introducción a la tecnología avanzada llevó mi obsesión de la infancia por las calculadoras y los pequeños electrodomésticos a un nivel completamente nuevo. Un interruptor se encendió en mi mente y abrí la puerta mucho más, dejando entrar una marejada de «qué pasaría si» los procesos del pensamiento fueran libres. Desmonté la costosa nueva compra, extendí sus vísceras sobre el escritorio de mi padre y aprendí su lenguaje en días. Mis padres estaban furiosos, luego confundidos, luego vieron mi genialidad y me llevaron la computadora al sótano. Me dieron un espacio de trabajo, herramientas y libertad.

Aprendí a un paso furioso. Visité la biblioteca y eché un vistazo a cada libro sobre tecnología que pudiera poner en mis manos. Mi interés se convirtió en una obsesión y mi pasión en una locura. Cuanto más aprendía, más desbloqueaba diferentes partes de mi mente y aprendía de su potencial; empujaba más lejos mis límites intelectuales. El caos comenzó a reinar en mi mente, era una carrera complicada de competencia intelectual, como si un proceso de pensamiento compitiera con otro en un intento de ponerse al frente de mi subconsciente primero.

Trabajé más duro. No comí. Apenas dormí. Ignoré a mis padres, me puse

irritable. Pasaba cada momento libre en el sótano. Era como si la tecnología hablara el único idioma que mi recién descubierta locura entendía. Y en el interior de las paredes del sótano se detuvo el caos durante un breve momento. La concentración vino. Todo lo demás desapareció. Trabajé en mi nuevo hogar, y mis padres llamaron a especialistas. Discutieron en voz baja como si yo estuviera enfermo.

Entonces, el 12 de octubre ocurrió. La versión de un Armagedón en nuestra pequeña familia. Un desastre de proporciones épicas. Me llevaron con médicos. Con muchísimos. El doctor F fue el que se quedó. Se convirtió en una presencia constante en el carrusel de diferentes pruebas y medicamentos. Era psicólogo, hacía preguntas, examinaba experiencias. Intentó clasificar el caleidoscopio de mi mente y entender su estructura y equilibrio. Le conté cien historias, lo hice pasar por cada suceso de mi pasado, por todo excepto lo que sucedió el 12 de octubre. Sobre ese tema y esa fecha, permanecí mudo. No fue una decisión consciente, no estaba siendo testarudo o reservado. No se lo dije porque no sabía qué había pasado. Era tan simple como eso. No podía recordarlo o mi subconsciente no me lo permitía.

Eventualmente, la vida tenía una nueva realidad: Jillian y yo contra el mundo. Yo construí computadoras, ella negoció acuerdos y ambos redefinimos el éxito. Cualquier engaño que planeáramos... no parecía importar. El dinero estaba fluyendo, yo estaba controlado y mis padres creían todo lo que decíamos.

Mentí durante casi una década, Jillian cubrió mis pecados con una sonrisa y con palabras tan suaves, que casi las creí yo mismo. Entonces las mentiras cesaron, pues la medicación arreglaba todos mis problemas.

Habían pasado veintisiete años desde el 12 de octubre.

Y ahora me controlaba. Estaba enamorado. La convencería de que fuera mi esposa.

Estaba mejor que nunca.

CAPÍTULO 52

Una semana atrás

*E*l sonido de un plato al estrellarse cortó profundamente mi espina dorsal, los brazos de Lee barrieron con enojo todo de la mesa. Estaba borracho, con los ojos turbios. Se anunció con una firme y constante presión en los timbres de la casa de huéspedes y de la mansión. Me había puesto una bata y había tomado el ascensor. El zumbido incesante resonaba ahí, y era la única anticipación de la ruina que me esperaba.

—¡Nunca quise esto! Abriste por la fuerza tu camino en mi maldita vida y ahora que me tienes, ¡no me quieres! —Lee respiró con dificultad, con el pecho levantándose y cayendo, los ojos muy abiertos, el dolor retorciéndose en sus facciones.

—Por supuesto que te quiero, te amo.

—Pero sigues con él, ¿qué clase de chica enferma y retorcida eres? Juro por Dios que no puedo... No puedo soportar esto, no puedo saber que vas a regresar y cogértelo. Me está matando, no puedo pensar en que te toque —me miró fijamente, con los ojos llenos de dolor; tanta emoción arremolinándose entre ellos. Su pecho tembló cuando jadeó y exhaló con fuerza, sus dedos temblaron cuando extendió la mano, me atrajo hacia él y me miró a los ojos—. Dime que me amas.

—Te amo —encontré su mirada y deseé que lo entendiera; mis propios ojos estaban llenos de lágrimas.

—Dímelo de nuevo

—Te amo.

Me rasgó los pantalones, tirando de ellos con una mano mientras la otra me

aferraba el cuello con tanta fuerza que me dolía. Estaba desesperado, estaba necesitado y, cuando entró en mí, yo no estaba lista. Él estaba tan duro que me quedé sin aliento por una razón diferente, pero oh, Dios mío, sí que amaba a este hombre.

—No puedo —jadeó, tirándome hacia el borde de la mesa, lastimándome el culo mientras sus manos me mantenían en ese lugar, y sus caderas comenzaron a moverse.

—No puedo perderte, Lana. Tú eres mi todo —su boca se estremeció contra mi clavícula mientras bajaba la cabeza y yo sentía el suave toque de sus labios en esa zona de mi piel, diferente a cada parte en esta ecuación. Me arqueé debajo de sus manos, arremetí contra su verga y jalé su cabeza contra mi cuello, su boca seguía el camino, besando y mordiendo la piel, haciendo un sendero posesivo y tirando y empujándome y marcándome con su verga. El ritmo aumentaba y yo gemía, mis manos se sostenían en su piel, los músculos debajo de mis dedos se flexionaban mientras me cogía con sus sentimientos.

Entonces su boca se abrió contra mi piel y él gritó, dijo mi nombre en un gemido, sus empujes disminuyeron mientras se vaciaba dentro de mí. Nuestros cuerpos se ralentizaron, sus golpes finales fueron duros y profundos y luego se detuvo. Se quedó dentro de mí mientras jadeaba contra mi cuello.

—Dímelo.

—Te amo.

Luego me cargó y me llevó a nuestra cama. Me bajó en ella y me rodó, así que mi espalda quedó contra su pecho y su brazo me envolvió desde atrás, jalándome fuertemente. Él era mucho más grande, la curva de mi cuerpo dejaba su boca contra la parte superior de mi cabeza.

—No sé qué hacer —su voz era borrosa y suave en el cuarto oscuro, sus palabras casi se perdían con el zumbido del ventilador—. Te quiero demasiado para dejarte, pero no puedo hacer esto, me está matando —luego pronunció las palabras que yo temía, las que nunca quise oír, pero que me habían acechado en mis sueños—. Tienes que elegir.

Diez minutos después, su aliento se calmó. Me quedé allí, con sus brazos alrededor de mí, y me puse a llorar. A veces conseguir todo lo que siempre quisiste es una mierda.

Había sido suficiente. Cualquier amor que hubiese entre nosotros tendría que

ser lo suficientemente fuerte. Era hora. Necesitaba descubrir todas nuestras mentiras.

PARTE 3

ERA HORA DE DESCUBRIR TODAS
NUESTRAS MENTIRAS

CAPÍTULO 53

Dos años y cuatro meses atrás

*E*n el momento en que Brant volteó, en ese bar del hotel de Belice a la 1:43 a. m., supe que algo andaba mal. Simplemente no pude comprender qué. No pude entender por qué los vellos de mi brazo se levantaron. No podía entender por qué el ruido de la barra de repente parecía desvanecerse. Me quedé allí, lo miré fijamente y traté de resolver el problema.

—Hola —sonrió. Su amplia sonrisa mostraba sus hoyuelos, sus dientes blancos y sus juegos despreocupados de fútbol los sábados por la noche. Cuando sonrió, sus ojos se cerraron un poco por el gesto, arrugando sus bordes, dando el efecto total de un hombre que conocía su encanto y lo portaba con facilidad—. Pareces perdida, cariño —su mano se acercó hacia mí, tomó el borde de mi codo y me atrajo, y con mi mano extendida toqué su camisa. Lo detuve sin fuerza, sólo tratando de detener mi movimiento hacia adelante mientras permitía a mi mente resolver por qué esta situación era incómoda. Mis ojos se movieron a la derecha, hacia una rubia con una blusa tipo polo en el taburete más cercano y cuya ropa proclamaba que era empleada del complejo. Su mano agarraba el cuello de la botella de una cerveza, y yo estaba segura de que no era lo suficientemente mayor para beber. La otra mano de Brant, la que no me jalaba hacia él, descansaba sobre el muslo desnudo de ella. Miré esa mano y me pregunté por qué no la movía.

«Cariño», una palabra diseñada para llamar la atención. Mis ojos se clavaron en su rostro, esa amplia sonrisa todavía estaba allí y sus ojos seguían clavados en mí. Me había hablado a mí. Me llamó «cariño». *Cariño*. Esa palabra jamás la había escuchado de sus labios. Volví la vista hacia su mano. Lo miré mientras

sus dedos se movían, acariciando la piel del muslo mientras yo lo estaba viendo.

Quité los ojos de la escena, poniéndolos de nuevo en él, mis ojos violaban cada superficie de su cara buscando pistas. ¿Estaba drogado? Sus pupilas estaban normales. ¿Estaba borracho? Realmente no parecía. Se veía normal, si es que lo normal tenía un rostro que no se parecía nada al de Brant. Si lo normal era parecer coqueto y relajado. Parecía un hombre que tenía amigos y veía deportes, un hombre cuya mano estaba subiendo cada vez más en la pierna de una tenista rubia.

Empujé fuerte su pecho y le chasqueé los dedos a la chica.

—Tú, sal de aquí antes de que haga que te despidan.

Ella parpadeó. Miró a Brant. Luego a mí. No esperé una respuesta, me volví hacia Brant y me preparé para darle una ración completa de cada emoción en mi cuerpo.

Su cara hizo que olvidara mis planes tiránicos. Estaba irritado, con la mano extendiéndose y agarrando el hombro de la rubia, poniéndola de vuelta sobre el taburete cuando intentaba ponerse de pie.

—Quédate, Summer —dijo él entre dientes. El nombre combinado con la acción elevaron mi nivel de enojo a un punto al que no había llegado... nunca. ¿Summer? Entonces él se paró, elevándose por encima de mi altura y de mis pantuflas de hotel—. Señorita, probablemente debería irse.

¿Señorita? Me quedé boquiabierto ante él. Si «cariño» me había desconcertado, «señorita» me sacó totalmente de mis casillas. Evité mirar a la derecha porque odiaba la sensación de los ojos de la rubia sobre mí mientras mi novio me hacía quedar como una completa idiota.

—¿Señorita? —escupí—. ¿Qué diablos te pasa?

Él sacudió la cabeza y miró a la gente a su lado, a extraños que nunca había visto, como si yo fuera la loca en aquella situación. Se acercó a mí, bajando la voz mientras inclinaba la cabeza y miraba directamente a mi rostro iluminado de furia.

—¿Me perdí de algo? ¿Te hice algo sin darme cuenta? —sus ojos se abrieron y me ruboricé por un momento cuando me di cuenta de que estaba mirando como la tela de mi bata se abría lo suficiente para revelar mi escote. Me eché hacia atrás, cerrándola más.

Mi boca trabajaba mientras mi mano estrujaba su celular, el pensamiento

incoherente se manifestaba en lenguaje, la ira en forma de palabras, derramándose:

—No sé qué clase de juego enfermo estás jugando, Brant, pero ya hemos terminado. Toma tu jodido celular y consíguete tu propio cuarto de mierda.

—¿Brant? —sus cejas se encontraron de una manera que nunca había visto, pero que era increíblemente sensual. La imagen casi me distrajo de la siguiente línea de mierda que salió de su boca—. Mi nombre no es Brant.

Mi nombre no es Brant. Podía garantizar que ésa era la frase más idiota que había salido de la brillante boca de ese hombre. Me reí.

—¿Tu nombre no es Brant?

—No —lo dijo con tal certeza absoluta que, por un minuto, pensé que yo podía ser la loca en ese sitio—. Me has confundido con alguien más —extendió una mano como si yo pudiera tener algún interés en estrecharla. Me miró fijamente a los ojos—. ¿Quién eres *tú*?

La noche había dejado la Ciudad de los locos atrás. Parpadeé su dirección y sólo entendí que todo estaba roto.

—Tú sabes cuál es mi nombre —susurré.

Él inclinó la cabeza en un gesto de hacer memoria, luego la sacudió.

—No. Lo siento. ¿Ya nos conocíamos?

Miré su cara inocente y después la de la rubia, sus cejas estaban levantadas en una expresión que indicaba su impresión de mi cordura. Entonces mis ojos se movieron, la muchedumbre alrededor de nosotros portaba expresiones similares, su perpleja conmiseración fijada en la misma fuente: yo. No en Brant, quien parecía estar en medio de un colapso nervioso, uno en el que él parecía estar sano aunque acababa de perder cualquier concepto sobre quién era. No, todo el mundo pensaba que yo estaba loca. Crucé mis brazos y pellizqué mi piel, justo al norte de mis costillas, sólo para asegurarme de que no estaba soñando. No lo hacía.

Miré el celular de Brant, aun fuera, ignorado por todos menos por mí. Sin decir una palabra, lo metí en mi bolsillo, me di la vuelta y huí del bar.

Lágrimas calientes se deslizaron por mi cara, lágrimas que surgieron de la confusión mezclada con un toque de desconcierto. Me desvié hacia la puerta que

llevaba a una escalera y la empujé, mi trasero golpeó el primer escalón que encontró, y mantuve la compostura hasta que la puerta se cerró y me quedé completamente sola. ¿Era esto el fin de nosotros? No Jillian, no una aventura o un desacuerdo sobre las invitaciones para la boda. Esta insensata confrontación nocturna con un hombre que no sabía mi nombre.

Paré el balanceo que mi cuerpo había comenzado. ¿Él era ése a quien acababa de conocer? ¿Un hombre que no sabía mi nombre? Analicé todo. Su cara. Sus reacciones. Sus palabras. Mis sentidos. Creía las palabras que salían de su boca. Creía que él las creía. Eso era lo que había hecho toda la escena enloquecedora. Pero si creía en las palabras que había dicho, si creía que no me conocía, si creía que no era Brant...

¿Era éste el secreto? Si era así, significaba que era real. Que esto no fue un golpe de anormalidad, sino un... estilo de vida. Para siempre. Saqué mi teléfono, marqué el número de Jillian y maldije las consecuencias.

Ella contestó en el último timbrado antes de que yo perdiera el control en el correo de voz.

—¿Hola? —su voz había envejecido, o tal vez era sólo el hecho de que eran las dos de la mañana.

Me aclaré la garganta.

—Soy Layana Fairmont.

—Tengo identificador de llamadas, estoy muy consciente de quién eres.

—Es que... Brant... estaba abajo en el bar y no me reconoció —cerré los ojos y esperé que esas frases tuvieran sentido. Ésta era la prueba en la que ella o bien sabía exactamente lo que estaba diciendo, o llegaba a la conclusión de que había vuelto loco a mi novio. Que, desde donde yo estaba ubicada, todavía era una posibilidad bastante buena.

Su suspiro me dijo todo lo que necesitaba saber. No estaba sorprendida ni irritada. Estaba resignada. Expectante.

—¿Quién era él?

—¿Qué quieres decir? Dijo que no era Brant.

Otro suspiro.

—Esperaba que esto no sucediera.

—¿Disculpa?

Permaneció en silencio durante un largo rato. Cuando finalmente habló, era

la voz de una anciana.

—Había una razón por la que no quería que se fueran juntos... Crees que yo te odio... Crees que estaba luchando contra tu relación, pero estás equivocada... Sólo trataba de mantener este momento a raya para mantener la posibilidad de que Brant experimentara algo de normalidad.

—No entiendo —la subestimación del siglo.

—Brant tiene un trastorno de identidad disociativo, tíd, ha tenido alrededor de cinco personalidades diferentes durante las últimas tres décadas. Ojalá hubieras conseguido el nombre de la que conociste esta noche. Pensé que había mejorado... —se detuvo por un momento. La línea sonaba tan tranquila que me preocupaba haberla perdido. Eché un vistazo a la pantalla. Maldije el icono de batería baja—. No sé tanto como me gustaría, él es muy bueno para esconderse, pero sus personalidades son aún mejores y todavía están, hasta el día de hoy, ocultándose de Brant.

—¿Ocultándose de Brant? —me paré. Apreté mis manos en puños e intenté frenar la carrera de mi mente—. ¿Él no lo sabe?

—No —su voz se había agudizado hasta un punto fino en esa palabra—. Y no lo puede averiguar, sus médicos han sido muy claros en eso, su consciencia camina en una cuerda floja emocional. Descubrirlo ocasionaría que pasara esa delgada línea y se estrellara. Todo se derrumbaría. Sus dones, sus personalidades... los doctores ni siquiera saben si Brant sería el que permanecería dominando. Nos arriesgaríamos, en ese momento, a perder al Brant que conocemos, al Brant que amas, posiblemente para siempre.

Me senté con las piernas tambaleantes, incapaz de sostener otra cosa que no fuera mi cordura. Presioné mis dedos en las líneas de mi frente. Cerré los ojos y deseé tener un sueño.

El secreto. Le temía. Lo evitaría mientras buscaba pistas.

Había llegado por fin. Lo había conocido. Y no quería otra cosa que volver el reloj y recuperar los pedazos de mi corazón. Estaban tirados, como vidrios rotos, en ese bar, siendo aplastados por los pies de Brant y de aquella mujer.

—No durará mucho —añadió—. Normalmente sólo permanece en una personalidad por unas horas y vuelve pronto, dependiendo de cuánto tiempo ha estado fuera.

—Tengo que colgar —murmuré en el teléfono.

No sé qué esperaba. Tal vez que Jillian mostrara un poco de compasión y me tratara como algo más que una piraña que come dinero. Pero ella sólo dijo tres palabras más:

—Guardar el secreto.

—¿Layana? —su voz sonaba confundida. Levanté mi cabeza de mis brazos y lo miré.

Mi novio se paró frente a mí, con las manos en los bolsillos y con preocupación en sus ojos. *Layana*. Había dicho mi nombre, enmarcado por el polvo gris de la escalera vacía.

Lo miré fijamente, penetrándolo. La amplia sonrisa había desaparecido, al igual que la chica. *Summer*. Saboreé su nombre en mi lengua.

—¿Brant?

—¿Qué haces aquí? —se agachó a la altura de mis ojos y puso sus manos sobre mis brazos con esa técnica típica para crear calor—. ¿Estás bien?

Asentí. «Bien» estaba tan lejos de mi estado actual como las posibilidades lo permitían. Sonreí, buscando en su rostro y encontrando allí todo aquello que ya conocía. Responsabilidad. Gravedad. Un aura inquebrantable de calma. Extendí las manos, envolviendo mis brazos alrededor de su cuello, respirando su olor, una sensación de humo todavía en su ropa. Apreté mi abrazo mientras sus manos se deslizaban alrededor de mi cuerpo. Presioné mis labios contra su cuello mientras me preguntaba si la había besado.

Me levantó de las escaleras y me llevó, como a una niña, a nuestra habitación. Me acurruqué contra su pecho y, cuando me acostó en la cama, fingí estar dormida. No quería más preguntas, tenía tantas dentro de mi propia cabeza, que podrían estallar en la superficie. Yací en la suave almohada. Dejé que pusiera las mantas sobre mí. Sentí cómo se hundía la cama cuando, media hora más tarde, su piel, con olor a jabón, se arrastró adentro. Me envolvió con su brazo y jaló mi cuerpo contra el suyo. Oí el susurro de su voz en la habitación tranquila:

—Te amo.

Yo también te amo. Mantuve el cuerpo quieto, la respiración regular. Esperé a que se quedara dormido y traté de no pensar en el anillo que estaba en su

maleta.

CAPÍTULO 54

A la mañana siguiente, me quedé en la cama. Gruñí cuando los labios de Brant me rozaron la nuca.

—Vamos, bebé —sentí su voz dulce contra mi piel—. Hay grandes planes para hoy.

Abracé mis rodillas contra mi pecho, pensé en la caja del anillo. *Grandes planes. Espantoso.* Tiré de la manta más fuerte. Solté otro gemido que sonaba más alarmante.

—¿Qué sucede? —preguntó y pasó su mano suavemente por mi cabello. Probablemente era la misma mano que se había deslizado hasta la pierna de esa mujer. Acarició su muslo como si quisiera cogérsela.

—No me siento bien.

—¿De verdad? —en su tono había preocupación mezclada con decepción.

—Por favor, llama a la recepción y ve si cuentan con una enfermera —dije y no levanté la cabeza. Dejé que la almohada amortiguara las palabras, segura de que causaría un mayor impacto.

—¿Una enfermera? ¿Estás tan mal? —su mano subió y tocó con suavidad mi frente para saber si estaba caliente, como si la fiebre fuera una consecuencia de mi corazón roto.

—Apresúrate —susurré la palabra y escuche el crujir de las sábanas. La cama se hizo más clara cuando se movió hacia el escritorio y pronunció las palabras presurosas que anhelaba escuchar.

—Alguien vendrá en pocos minutos. ¿Qué puedo traerte? ¿Agua? ¿Una aspirina? —había pánico en sus palabras.

No hice nada más que gruñir en respuesta.

El servicio de cinco estrellas me consiguió dos enfermeras y un mayordomo. Puse cara de dolor y le pedí a Brant que me diera privacidad con las enfermeras. Cinco mil dólares en efectivo, repartidos entre ellas dos, compraron caras serias y anunciaron a Brant, cuando volvió al cuarto, que necesitaba regresar a casa de inmediato. El mayordomo ofreció sus servicios para conseguir un jet de emergencia seguro. Brant aceptó y más propinas cambiaron de manos. Las dos enfermeras fueron compensadas al doble. Todos se pusieron en acción. Ellas comenzaron a empacar nuestras cosas mientras Brant se arrodilló a un lado de la cama con la cara a la altura de mis ojos y su mano apretó la mía.

—Lo siento mucho, amor. Ojalá hubiera algo que pudiera hacer —cerré los ojos, esperando que se detuviera, que se alejara—. Te amo tanto, si te sucede algo... —hubo una pausa en su voz, una desesperación.

Abrí los párpados y lo vi acariciando sus bolsillos, mirando alrededor salvajemente. No. Jalé su mano, atraje su atención hacia mí.

—Sólo quiero dormir ahora —murmuré—. Las enfermeras me dieron algo para el dolor... —cerré los ojos y dejé que mi mano se escapara de la suya. Sentí su otra mano mientras se levantaba. La presión de sus labios contra mi cabeza. Luego, ambas caricias me dejaron y lo oí comenzar a ladrar órdenes en la habitación.

El viaje de regreso fue hecho por un jet privado que probablemente le costó a Brant treinta grandes. Sin filas de seguridad. Sin recoger el equipaje. Un coche nos dejó en el aeropuerto privado y fuimos aerotransportados quince minutos después. La azafata me acomodó en el sofá, Brant estaba en el otro extremo, sus manos me sacaron los zapatos y puse mis pies en su regazo. Suave, sus manos frotaban mis plantas.

Lo evité. Evité mirar hacia él, escuchar su voz. Retrocedía con el toque de sus manos, aterrorizada de hacer cualquier cosa para alentarlo a sacar el estuche del anillo e hiciera la pregunta que había pasado seis meses deseando escuchar. Cerré los ojos y lo evité y conté las horas hasta el aterrizaje.

...trastorno disociativo de la personalidad. Dado el tiempo y las diferentes etapas de su vida, él ha tenido hasta cinco personalidades diferentes... El hombre que había conocido abajo. Su mano en el muslo de ella. Manchas de brillo labial. ¿Cuántas mujeres se había cogido durante el último año?

Es muy bueno para ocultarse, sus personalidades son aún mejores. Fechas perdidas. Las cosas por las que culpaba al olvido. Tantas veces que se había marchado durante la noche...

Nos arriesgamos... a perder al Brant que amas... para siempre. Quería estar en casa. Quería mi casa y mi soledad y desentrañar este lío, y examinar si había alguna posibilidad de mantener mi corazón en una sola pieza.

¿Qué habrías hecho tú cuando, tres meses más tarde, Lee se paró en esa tienda de la gasolinera y lanzó su sonrisa? Yo había amado una parte de Brant. ¿Fue realmente tan extraño que me enamorara de otra parte de él?

CAPÍTULO 55

En la actualidad

*E*s tiempo. Tengo que hacerlo. Tengo que sentarme con Brant y hablar de esto. Es un individuo inteligente. Me ama. Lee me ama. Debería hablar con Jillian sobre esto, pero no quiero hacerlo. Estoy demasiado preocupada por lo que ella dirá. Las órdenes que me meterá en la garganta. Órdenes que no tengo intención de obedecer. Sé qué es lo correcto: permitir que Brant viva sus vidas separadas sin interferencia. Lo entiendo. Pero es demasiado tarde para eso. Jodí toda esta situación hace dos años, cuando vi a Lee y me acerqué. Cogí con él en un estacionamiento y me enamoré de su sonrisa. Lo perseguí y luché contra su corazón para someterlo.

Mis opciones son limitadas: perder a Lee o decírselo a Brant. Poner el bienestar psicológico de Brant en peligro porque soy demasiado egoísta para perder a Lee. Una vez más, sé lo que debo hacer. Qué camino me gritaría Jillian que siguiera, su odio crecería con cada sacudida injustificada de mi cabeza.

¿Soy tan horrible? Creo que la respuesta es «sí»; sé que está mal, pero mi amor es demasiado fuerte para notar eso. No puedo perder a Lee. Y lo hice todo por amor a Brant.

Sí, esto es egoísta.

Sí, pongo a Brant en peligro.

Sí, posiblemente estoy salvando mis relaciones en el proceso.

Sí, estoy haciendo la mayor apuesta de mi vida.

Amo a los dos demasiado como para hacer cualquier otra cosa.

Sostengo dos copas de vino en mi mano izquierda y paso a través de las puertas corredizas abiertas, la ola de viento oceánico cruje en la noche oscura.

Tomo mi lugar en el sofá al aire libre junto a Brant y me siento sobre uno de mis pies desnudos. Entregándole su copa, trato de averiguar por dónde empezar.

CAPÍTULO 56

Queda la mitad de su vino en el momento en el que finalmente hablo.

—Te he estado ocultando algo —pongo mi copa en la mesa delante de nosotros y volteo hacia él. No necesito atraer su atención hacia la conversación, su enfoque siempre está presente. Él continúa, baja su vino y sus ojos se posan en mí, su mandíbula es lo único que indica tensión. Miro fijamente el músculo tenso y me hago preguntas, ese tic rara vez se presenta en Brant. Paso saliva e intento encontrar la siguiente oración mientras mis manos se mueven nerviosamente, necesito reunir pensamientos inteligentes.

—¿Esto es sobre el otro hombre? —su voz está calmada a muerte. Es una calma que nunca le había escuchado pero que esperaba de una versión enojada de Brant. Calculada. Controlada. Furiosa.

Parpadeo.

—¿Qué?

—El otro hombre al que has estado viendo —dice las palabras con normalidad, pero veo la tensión en su cara, su boca es una línea rígida.

—¿De qué hablas? —claro que lo sabe. Él es brillante. Puede notar cambios diminutos en cientos de páginas de códigos. Tampoco es que haya tratado de esconder mi comportamiento. Pensé que un hombre ausente no podría sospechar de alguien que, en su mente, no existe.

—Ambos somos adultos inteligentes, Layana, no te hagas la estúpida —su voz es más dura de lo que jamás la he escuchado, y sin embargo es tranquila. No le gusta gritar. Paso saliva.

—Está bien, sí, es en parte sobre eso. Sólo quédate conmigo por un minuto.

Voy a llegar a eso.

—He estado esperando que me lo digas. Esperando que me expliques qué diablos no te estoy dando —puedo escuchar los matices de dolor en su voz. Pequeños. Sutiles pero que están ahí. Los escucho tan fuerte como si estuviera gritando.

—No es lo que tú crees, yo...

—¿Cuánto ha durado? ¿Cinco meses? ¿Más? Lo sospechaba desde antes, pero no lo sabía de cierto hasta que nos mudamos juntos —se hace hacia adelante, descansa sus codos sobre sus rodillas, sus ojos entran en los míos. Analizan. Buscan la verdad entre viejas mentiras.

—Dos años.

Eso duele. Veo el golpe entre sus rasgos. La saliva que pasa por su garganta, la humedad que se asoma en los bordes de sus ojos. Pone su cabeza en sus manos.

—¿Es por eso que no te quieres casar conmigo?

—No de la manera que piensas —no esperaba que mi relación con Lee fuera el catalizador que comenzara esta charla, pero seguiría. Dejaría que abriera la puerta aún más.

—¿Lo amas?

Me reclino más cerca, tomo las manos de Brant y lo obligo a verme a los ojos.

—Te amo a ti. Todo esto ha sido por ti.

Jala sus manos.

—Lana, termina con estos malditos acertijos y dime por qué.

—Necesito que me mires, necesito que me escuches.

Lo hace. Deja de hablar, me mira a los ojos y pone atención. Suelta su ego, suelta su dolor y se enfoca en mis palabras. Hace lo que Brant está hecho para hacer. Analizar e interpretar.

Abandono la cacería de las palabras perfectas y me sumerjo:

—Su nombre es Lee. Lo conocí en Mission Bay. Hace trabajillos en jardines por un poco de dinero. Él estuvo saliendo con otra chica durante gran parte del año pasado. He estado durmiendo con él intermitentemente por dos años. Antes lo hacía en mi casa, pero ahora lo hago en la casa de invitados. Lee no es su nombre real, es una identidad que adoptó —paso saliva y me lanzo al final—.

Brant, su identidad real... eres tú. Es una personalidad que tu cerebro creó, una identidad que adoptas a ratos, generalmente en periodos de estrés. Tienes una condición llamada «trastorno de identidad disociativo», que es lo que solía llamarse «desorden de personalidad múltiple». No te he estado engañando. El otro hombre... eres tú. Es sólo otro lado tuyo, uno que tiene su propia personalidad.

Su expresión no cambia cuando dejo de hablar. Sólo me mira a los ojos y escucha el silencio. Parpadea unas cuantas veces, con largos intervalos entre cada parpadeo.

—Estoy pensando —dice finalmente—. Trato de pensar si mientes o si crees sinceramente lo que me has dicho.

—No miento.

Sus ojos se detienen en los míos, los estudian, se mueven lento mientras un proceso ocurre detrás de ellos.

—Te creo que crees lo que me dices —suelta lentamente—. Eso no quiere decir que no estés loca.

Sonríó un poco.

—No estoy loca.

—Uno de nosotros lo está. Preferiría, por mucho, que fueras tú.

Se me cae la sonrisa.

—No estás loco.

—Soy distraído, no estoy viviendo distintas vidas.

—Me he estado cogiendo a tu otra personalidad por dos años. Sí que lo haces.

—¿Lo amas? —la pregunta, repetida por segunda vez, tiene tonos enteramente distintos.

—Sí —digo mientras parpadeo, las lágrimas se hacen presentes, el peso de mis emociones llega a un nivel sin precedentes. No es justo amar a un hombre de dos maneras distintas. Una manera es ya suficientemente difícil.

—Más que a mí.

—No.

—Te equivocas —un tic persiste en su mandíbula.

—Jillian es quien me lo dijo —es un riesgo decirlo, pero esas palabras son las que de verdad toman su atención. Se voltea hacia mí.

—¿Qué?

Me coloco delante de él, arrodillada y con las manos en sus piernas.

—En Belice, la semana que me ibas a proponer matrimonio. Me desperté a la mitad de la noche y no te encontré. Bajé y te vi en el bar, pero no eras tú mismo. No me reconociste, te presentaste como alguien más y... —me detuve, él se irguió y dio un paso a un lado mientras me empujaba con fuerza. Como Lee, no como Brant. Me atraganté con el resto de la oración.

—Estás equivocada. Estabas confundida, probablemente ebria.

Me tambaleo hasta estar de pie y busco su mano sin éxito. La frustración me atraviesa.

—No, me paré en el bar y me dijiste que no me conocías. Me hiciste quedar en ridículo, lucir como una loca. Te presentaste como alguien más. Tenías las manos sobre otra mujer. Me fui del bar y llamé a Jillian. Ella me lo dijo —bajo la voz, su mirada finalmente está de vuelta en mis ojos—. Me dijo que sufres ese trastorno desde los once años, desde que te volviste un genio. Me dijo que el doctor dijo que no debías enterarte nunca. Que podrías tener un daño mental, perder a Brant y adoptar alguna de las otras personalidades. Tus padres y Jillian... ellos lo saben. Guardan el secreto para protegerte —mi voz se resiste a pronunciar la última palabra, su aspereza rompe el silencio en dos.

Él da un paso adelante con las manos vueltas puños, la cadencia calmada en su tono desencajando con la frustración de su voz.

—Entonces, ¿por qué me estás diciendo esto, Layana?

—No puedo... —pierdo el control. No quiero darles voz a mis deseos egoístas— Lee... quiere que elija. Lo que haces en tus otras vidas... no puedo ignorarlo. No puedo ser tu esposa y saber que cuando estás afuera, vives tus otras vidas, tocas a otras mujeres. Amas a otras mujeres. Necesito que seas totalmente mío. Necesito que me ames sólo a mí. Pero Lee... quiere que elija. No lo puedo perder, Brant. Necesito encontrar una manera de tenerlos a ambos sin perder a ninguno.

—Así que tu plan era decírmelo, darme esta carga.

—Una parte de mí anhelaba que fuera liberador.

—Quiero hablar con Jillian. No te creo.

—¿Cómo puedes amarme, querer casarte conmigo, y pensar que mentiría sobre esto? —lo miro, quiero más, quiero que el hombre que amo reconozca al

hombre sin el que no puedo vivir.

—Es inconcebible, Layana. ¿Qué harías si te dijera que tienes otras personalidades viviendo dentro de ti?

—Pero no es así.

—Así me siento yo. Estoy dentro mi cabeza todo el día. Así ha sido por casi cuarenta años. Confía en mí, no hay nadie más allá arriba.

Al decir eso se aleja de mí y entra a la casa. Menos de un minuto después, oigo el rugido de su auto.

Escucho cómo se va y me pregunto quién volverá.

Brant

*E*sto no es posible, pero ella no está mintiendo. No puede hacerlo, todo en esa interacción gritaba verdad. Necesito a Jillian. Necesito verla a la cara y averiguar la verdad. Siento el estrés estrujando mi pecho de maneras con las que no puedo lidiar. Es momento de la píldora. Puedo sentir un apagón acercarse. Al borde de la cordura, con sentimientos codiciosos, la única fuente de alivio para mi mente es un negro olvido. Lucho contra el impulso de tomarla, sospechando de repente del único alivio que he conocido: la pálida píldora que calma mi mundo, enfoca mi ansiedad, me deja dormir, me deja continuar mi vida ininterrumpidamente.

¿Es una mentira todo lo que he conocido? ¿A qué nivel de profundidad llega este engaño?

El 12 de octubre tuve un apagón. Me desperté y vi la mitad de la cara de Jillian golpeada. Me dijeron que me había vuelto loco. Ella había tratado de calmarme y me puse en su contra. Le di golpes y patadas y la empujé. Me desperté en la sección psiquiátrica para niños sin ninguna clase de recuerdos de aquello.

Eso pasó cuando solía tener apagones. La explicación fue que ésa era la manera de mi cerebro de hacer frente a las presiones a las que mi intelecto lo enfrentaba. Manchas en el tiempo donde yo actuaba de una manera que no tenía sentido. El más largo duró cinco horas. Hace dos décadas, Jillian encontró un médico que resolvió mi problema. Me proporcionó un cóctel de medicamentos que calmó mis oscuros demonios. Los apagones se detuvieron, mis únicos momentos de oscuridad ocurrieron cuando el efecto secundario de somnolencia me golpeaba. He vivido sin una recaída durante décadas.

Apagones. Eso es lo que me dijeron que eran, lo que yo creía.

Acelero mucho más, mis manos tiemblan contra el volante.

Jillian. En la raíz de todo esto, está Jillian. Ella tendrá las respuestas.

Jillian está parada frente a su casa cuando me estaciono. El viento mueve el largo abrigo que la rodea, sus manos están en los bolsillos y hay una mirada de resolución en la cara de esa mujer que he amado como a una madre. Apago el auto y nos vemos a través de la ventana, una mirada larga en la que leo miedo, y trato de entenderlo. Veo a Jillian retroceder hasta que llega a los peldaños y se voltea, moviéndose rápidamente hacia arriba, su figura revestida de negro enmarcada por su colosal casa de color blanco. Alrededor de nosotros, el crepúsculo golpea y las luces de repente se prenden, iluminando árboles y pilares, lo que acentúa el drama innecesario en esta situación tan jodida.

Me alejo del coche y meto mis manos en los bolsillos, por el frío. Mis zapatos están pesados mientras suben las escaleras, y veo el perfil de ella iluminado en la puerta principal, que se mantiene abierta por su mano. Me encuentro con sus ojos cuando entro.

—Jillian.

—Brant —dice con un suspiro resignado—. Ven a la guarida.

«Guarida» es una palabra usada por una mujer que no entiende lo que significa. Una «guarida» debe ser cómoda, sin la atmósfera formal que tiene esta habitación. Me siento en el borde de un diván y observo su rostro mientras se instala en una silla erguida.

—Layana me llamó. Me contó lo que te dijo.

Miro sus manos suavizar los pliegues delanteros de sus pantalones.

—Nunca quise que salieras con esa mujer, Brant.

No son las palabras que estoy esperando.

—¿Está diciendo la verdad, Jillian?

Ella mira sus manos, luego hacia mí.

—No me hubieras creído si te lo decía, Brant, pero ella te tiene totalmente bajo su poder... ¿Múltiples personalidades? —dice con un tono de burla—. Es su intento delirante de explicar un asunto —se pone de pie y camina delante de mí, sus zapatos clavándose en el suelo como metrónomos.

—Tú eres la que sospechó que ella me estaba engañando.

Me señala con un dedo *tembloroso*. ¿Temblor de ira o miedo?

—Sabes lo que está pasando aquí, Brant, ha encontrado a otra persona y no quiere perderte por eso.

Me pongo a la par de su estatura poniéndome de pie.

—¿Así que inventó un desorden disociativo de personalidad para explicarlo? ¿Tienes idea de lo insensato que eso suena? —Jillian no me mira a los ojos. Su mirada se mueve por el cuarto—. Ella no sabe de mis apagones —continúo—. No tiene nada más en qué apoyarse. Me miró a los ojos y me dijo algo que ella cree que es verdad. Me dijo que *tú se lo dijiste* —la respiración sale de mi pecho en ondas calientes, la pulsación de mi cabeza duele. Ira, eso es esta emoción. Una emoción ajena que no he sentido en mucho tiempo. No lo entiendo. Siento una variación en mi psique, la pérdida de algo de lo que yo entiendo como control. Parpadeo, me enfoco en Jillian, puedo sentir el gruñido en mi voz al acercarme.

—Brant, no lo entiendes —murmura—. Tu medicamento paró todo eso.

—¿Todo qué? ¿Los apagones? ¿O transformarme por completo en otra persona?

Pone sus manos de frente y me detengo, dándome cuenta de lo cerca que estoy de ella. Sus ojos está muy abiertos debido al miedo... ¿de mí? Es un pensamiento risible. Obligo a mis puños a relajarse y me centro en mi respiración.

—No sé nada acerca de otra persona, lo único que sé es que has estado haciendo perfectamente tu trabajo, nunca has estado mejor, tu enfoque nunca ha sido más nítido, tu visión creativa nunca ha estado más en sintonía.

—Al diablo con el trabajo, estoy hablando de mi vida, la persona que soy cuando pongo mi cabeza a dormir.

—No lo dices en serio —se endereza—. Tu trabajo lo es todo, Brant. Tú y yo... estamos cambiando al mundo.

—Estamos construyendo computadoras, Jill —digo y extendiendo la mano. Agarro su hombro y fuerzo su mirada para que se una a la mía—. ¿Qué me pasa? ¿Ella tiene razón? —imploro con mis ojos la verdad y veo cierta indecisión en la suya.

La furia hierve a través de mí en esa espera, desgarrando las venas de mi

compostura, y agarro su otro hombro con mi mano izquierda. Aprieto los pequeños huesos de una mujer que creía conocer.

—¡Dime! —le grito en la cara—. ¿Hay alguien más dentro de mí? ¡Dime!

Observo, en cámara lenta, el chasquido de su barbilla, el tirón mientras la sacudo por los hombros. El sentimiento, un odio abrumador de lo desconocido, rompe cada lazo de autocontrol que tenía. Me doy cuenta, por primera vez en décadas, de la franja de mi mundo que se rompe en pedazos. El oscuro manto del olvido toma mi ira y la disuelve en un mar negro.

Negro.

Nada.

Tal vez sea otra personalidad que asume el control. O tal vez es la inyección clavada en mi espalda. Los ojos de Jillian dejan los míos por un breve segundo para mirar por encima de mi hombro y asentir.

Me despierto amarrado, mis muñecas y tobillos tienen un rango de movimiento muy pequeño, de alrededor de dos pulgadas, o eso aprecia mi mente dopada. Me agito sin otro resultado que la reacción del hombre que está en el cuarto. Puedo voltear la cabeza libremente, sin restricciones. La elevo fácilmente mientras estiro mi cuello para ver al hombre calvo acercarse, enfoco sus rasgos y la nube de mi mente recuerda todo sobre él en un segundo. Es el doctor F. Dejo que mi cabeza retroceda mientras él se acerca; su mano descansa con tranquilidad en mi pecho, su cara me mira con preocupación.

—¿Dónde estoy?

—Está en la casa de Jillian, ella pensó que sería el mejor lugar para mantenerlo lejos de la prensa o del público.

—Desátame —trato de pedirlo con tanta civilidad como me es posible, pero estoy seguro de que escucha el impropio detrás de mi tono.

—Todavía no, Jillian me contó lo que pasó... por nuestra propia seguridad, necesitamos que permanezca atado un poco más —su mano me acaricia el brazo como si rechazara mi pedido de un helado, no mi derecho dado por Dios a la libertad.

—¡Con un carajo, libéreme! No voy a lastimarlo. No he hecho nada para que me sometan como a un animal —escupí las palabras, tirando con todas mis

fuerzas de las ataduras, sintiendo la claustrofobia subir a través de mí.

—Brant, olvídense de las ataduras por un momento, tenemos que hablar —regresa a su asiento, ignorando mi sobresalto, sacando una pluma y haciendo clic para usarla.

Cierro los ojos y mis músculos se relajan para detener la presión de la piel contra las ataduras. Imagino la tarjeta madre de Laya. Los componentes que se conectan para que funcione. Las piezas sin sentido que se comunican para dar vida a un objeto inanimado. *Paz*. Abro los ojos.

—Hable.

—¿Qué pasó cuando se desmayó?

—¿Cuándo?

—Ayer, aquí. Se desmayó en la guarida de Jillian.

—No es una maldita guarida, es una habitación formal diseñada para tener charlas sin interés, y no pudo haber sido ayer... Tuvo que ser hoy... Yo... —noté la luz que fluía a través de las ventanas. Había sido ayer—. ¿Dónde está Lana? Quiero verla —*necesito explicar las cosas que todavía no conozco*.

—No creemos que deba tener ningún visitante hasta que dilucidemos esto.

—¿Disculpe?

—No creemos...

—Lo escuché, no puedo creer que me hable como si fuera un niño. Soy un adulto, no me importa lo que *piense*.

—Señor Brant, ha sido declarado incompetente. Por el momento, soy su médico personal a menos que Jillian designe otro, y Jillian es su representante personal.

Oh, Dios mío. Voy a quebrarme de nuevo. Puedo sentir el deslizamiento, puedo ver puntos en mi vista...

—No puedo haber sido declarado incompetente, eso involucra un proceso, una corte testamentaria. Un examen psicológico por un médico.

—Soy un médico, Brant, y Jillian hizo algunos movimientos, tenemos una solicitud provisional en proceso, la cual ha sido aprobada por un juez local. Será vigente hasta que los tribunales abran el lunes.

Mi cerebro trata de atar cabos que no puede alcanzar.

—Necesito mi medicina —jadeo—. Por favor.

—Vamos a suspender cualquier medicación hasta que veamos la frecuencia

de sus interrupciones.

—¿Mis interrupciones? —me duele el pecho. El estrés se apoya en él, temo que se rompa.

—Su cambio a otras personalidades, no podemos entenderlas hasta que las observemos.

—¿Otras personalidades? —*así que es verdad*. Necesito a Layana. Necesito explicar...

NEGRO.

CAPÍTULO 58

Me he despertado en la puta opulencia de una anciana. Lee se desplaza en la cama, su mirada se mueve sobre el papel tapiz que adorna las paredes, su mente trata de entender dónde está, qué tan borracho estaba para ligarse a una persona de la tercera edad y terminar en su cama. Moviendo su cabeza lentamente hacia la izquierda, se encuentra cara a cara con un hombre viejo y calvo. Parpadea y el hombre lo mira como si estuviera planeando una disección. Trata de sentarse y se da cuenta de que sus manos no se mueven, y un duro tirón en sus muñecas le avisa que sus brazos están doloridos, como si hubiera luchado durante horas.

—¿Quién carajo eres? —gruñe

El hombre sonríe con un gesto paciente.

—Permítame primero su nombre y luego le diré el mío.

—Lee.

—¿Lee qué?

Lee frunce el ceño, sin saber qué sucede.

—Lee Déjame-libre-ahora-mismo-antes-de-que-te-rompael-puto-culo.

El pelón tiene las agallas para reír.

—Oh, ese Lee. Encantado de conocerlo, soy el doctor Finzlesk.

—¿Estoy bajo arresto? —no sería la primera vez que se despertara en una celda de la cárcel. Aunque la mayoría de las celdas de la cárcel no tienen pisos de madera, techos de doce pies y arte enmarcado.

—No. Sólo me gustaría hacerle algunas preguntas.

—¿Cómo llegué aquí?

—¿Es una pregunta que se hace a menudo?

Lee lo mira fijamente.

—Responde a la maldita pregunta.

—Se puso violento, está sedado, lo hemos sometido para que no haga daño a nadie más.

—¿He herido a alguien?

—No demasiado.

El hombre sonríe en un momento en que una sonrisa parece fuera de lugar. Mirando a través de su respuesta, Lee trata de entender. Le duele la cabeza. Cierra los ojos.

—¿De quién es esta casa?

—De una mujer llamada Jillian Sharp, ¿reconoce ese nombre?

—No —*Sharp*—. ¿Está relacionada con Brant Sharp?

—Sí.

Sí. Muy útil. Los modales de Calvito son una mierda. Así que había herido a alguien en la casa de alguien relacionado con Brant Sharp. Tal vez finalmente lo había hecho. Localizó a esa basura rica y le dio la golpiza de su vida. Luchó por una mujer que realmente no lo merecía.

—¿Qué es lo último que recuerda?

Al carajo con este imbécil. ¿Quién ata a alguien, quiere examinar su cabeza y no proporciona ninguna información sobre sí mismo? Mira el techo.

—¿Lee, qué es lo último que recuerda?

—Vete a la mierda, quiero hacer una llamada telefónica.

Eso es lo último que dice. Horas van y vienen, el pelón se queda junto a su cama y Lee mantiene la boca cerrada. Ignora cada pregunta que escucha. En algún momento, las ventanas se oscurecen y la hora es incierta. El hombre se para con un suspiro. Dejando el bloc de notas en blanco, abre su bolsa, saca un artículo y se acerca a la cama.

Lee se estremece ante la punzada caliente de metal, vuelve una cara furiosa hacia el médico, sus brazos se sacuden y los músculos tiran de las implacables restricciones.

—Mierda, ¿qué fue eso...?

NEGRO.

CAPÍTULO 59

*H*an pasado dos días. Brant no responde su celular, ni Lee. Es curioso cómo, incluso ahora, todavía pienso en ellos como individuos separados. Conduje hasta casa de Jillian ayer. Me paré en el escalón de la entrada y la miré a los ojos. Sus ojos estaban enrojecidos y su cara estaba tan tensa como la mía. Las dos lo amamos, lo entiendo. Entiendo que ha lidiado con esto durante muchos más años que yo. Entiendo que está molesta conmigo por romper el equilibrio, por clavar la verdad en la cara de él a pesar de las consecuencias. Puedo ser la responsable de perderlo. Pude haber roto la balanza y causado que su psique se estrellara, que cayera a una profundidad de la que no pueda salir. En mi momento de confesión, pude haber perdido al hombre al que amo.

Es un pensamiento inconcebible, pero hay que tenerlo en cuenta.

Ella tampoco sabía dónde estaba Brant. No le había llamado ni respondido sus mensajes. No me culpó, pero yo podía sentirlo. Me había advertido sobre esto, y su rostro expresó claramente su opinión de mí. Por primera vez sentí que merecía su desprecio.

Acordamos no llamar a la policía. Esperaríamos a que saliera a la superficie. Ella ya está monitoreando sus tarjetas de crédito y cuentas bancarias. Tarde o temprano, deberá usar una.

Regresé a nuestra casa después. Caminé por cada uno de sus pisos y recé hasta las primeras horas de la mañana.

A las 4:00 a.m. me despierto con una idea. Le doy vueltas antes de que mi cerebro funcione lo suficiente para organizar un plan. Lo pienso y descarto a Don, así que le llamo a Marcus:

—¿Dónde estás?

—En la cama, es media noche.

—Voy hacia allá, envíame tu dirección por mensaje.

—¿Se trata de Molly?

Colgué el teléfono sin responder la pregunta, metí mis pies en mis Uggs y tomé las llaves. Entré al elevador y me dirigí al garaje. Mi teléfono mostró la dirección de Marcus al mismo tiempo que la puerta se deslizaba.

Marcus se deshizo de Molly, con suerte me ayudaría a encontrar a Brant.

Marcus abre la puerta sólo con los pantalones de la pijama puestos; la visión de sus abdominales no significa absolutamente nada para mí. Entro a su casa, me dirijo hacia la cocina y estampo un papel en la mesa.

—Esto es lo que necesito —le explico el plan, luego empujo mi teléfono hacia él—. Llámame.

Me mira con recelo.

—¿Una llamada telefónica?, ¿por mil dólares?

Me encogí de hombros.

—Son las 5:00 a.m., asumí que pagaría una tarifa extraordinaria.

Deja escapar el rumor de un suspiro, acerca el papel y marca el número.

—Ponlo en el altavoz —susurro.

Él obedece, dirigiéndome una mirada que muchos clasificarían como irrespetuosa.

—Eurowatch Assistance, ¿cómo puedo ayudarle?

Marcus me mira.

—Soy Brant Sharp, necesito ayuda para localizar mi auto.

—Desde luego, señor Sharp. Necesitaré hacerle una serie de preguntas de seguridad para verificar primero su identidad.

—Adelante —dice Marcus con una mirada cautelosa en mi dirección. Le

hago un gesto con la cabeza.

—¿Cuál es el número VIN del auto que le gustaría rastrear?

—J2R43L2KS14JD799F —recita, leyendo la línea de números en el papel.

—Excelente. Por favor, espere mientras se carga su perfil —se escucha una serie de teclas oprimidas antes de que el interrogatorio continúe. Cruzo los dedos y espero tener suficiente información. Había saqueado tantos archivos de importancia de la caja fuerte como pude. Obtuve los documentos del coche, así como el archivo personal que contiene copias de todos sus documentos de identificación. No puedo imaginar que Aston Martin tenga más documentos de los que se presentaron al momento de la compra.

—Señor Sharp, ¿puede darme su dirección, por favor?

—Ocean Bluff Drive número 23.

—¿Cuál es su número de licencia de conducir?

Hay tres preguntas más que Marcus responde sin problema alguno, y los dos respiramos con más facilidad cuando el representante pasa a otra cosa.

—Por favor, manténgase en la línea mientras localizamos el vehículo. ¿Quiere que también se lo notifiquemos a la policía local?

—No —dice Marcus con una risa sutil—. Mi sobrino debía regresar a su casa hace dos horas, se lo presté para una cita. Pensamos que está perdido en una fiesta en algún lugar, y voy a estar más tranquilo sabiendo dónde está.

—Excelente, señor. Deme un minuto más para tener la ubicación.

Le muestro un pulgar hacia arriba y él se frota las manos. Cavando en mi bolsillo, saco la mano con su dinero y lo tiro en la mesa. Acercó el papel y agarro un bolígrafo. Espero a que la voz me diga la ubicación de mi alma gemela. Cruzo los dedos y rezo porque se haya quedado en su coche.

—Señor Sharp, si tiene un bolígrafo a mano, le puedo dar la ubicación.

—Adelante.

Me poso sobre el papel.

—Evergreen Trail número 8912, en San Francisco, California. Por favor, sepa que, si lo desea, podemos desactivar el motor a distancia.

Marcus me mira y sacudo la cabeza como respuesta.

—Eso no será necesario, gracias por la ayuda.

—Gracias por llamar a Eurowatch, señor Brant, y gracias por ser miembro de la familia Aston Martin.

Marcus termina la llamada.

—¿Eso te sirvió?

—Sí, gracias —tecleo la dirección en mi teléfono y agarro los papeles, mentalmente da mentalmente los siguientes pasos. Debería llamar a Jillian. Involucrarla o, por lo menos, informarla antes de ir a donde está Brant.

Me detengo bruscamente al llegar a la puerta y el cuerpo de Marcus me golpea por detrás.

—¿Qué? —dice, retrocediendo—. ¿Todo bien?

Miro fijamente mi teléfono, enfocando el primer resultado de la búsqueda: el sitio de tasados de propiedades del condado de San Francisco. El 8912 de Evergreen Trail es una casa. Una grande, comprada por seis millones y medio hace siete años por una tal Jillian Sharp.

Cierro mi teléfono y me lanzo hacia la puerta principal, la furia me propulsa hacia adelante.

—¿Qué sucede? —me pregunta Marcus. Mi mirada lo encuentra en la puerta, con las manos apoyadas a cada lado del marco.

Doy un paso atrás, rasgo una página de la carpeta y garabateo los pocos datos que el representante de Aston Martin había pedido. Lanzo el papel hacia él.

—Inventa una nueva historia, pero averigua cuánto tiempo ha estado ahí su coche y envíame un mensaje.

—¿Gratis? —la incredulidad de su voz hace que mis ojos se pongan en blanco, sus manos se levantan cuando ve el fuego en mi mirada—. Sólo bromeo, les llamaré.

—¡Ahora! —grito, girando. Corro por la colina de su entrada y mi coche chirria cuando arranco.

Mis sospechas se confirman cuando llega el mensaje de Marcus:

DESDE EL VIERNES EN LA NOCHE.

Perra. Esa mujer se paró en su pórtico y me mintió, con el coche de él estacionado, sin duda, en su garaje. Me permitió quedarme ahí, llena de culpa, y pensar que Brant vagaba perdido. Inseguro de quién era, en medio de una ruptura psicológica debido a mis acciones. Había permanecido allí juzgándome con su mirada mientras él estuvo dentro de su casa todo el tiempo. ¿Habría

estado junto a la ventana y me observó? ¿Está enojado conmigo? ¿Ella está utilizando este tiempo para ponerlo en mi contra? Necesito saber qué están diciendo, dónde está su mente. Si está en una posición fuerte o débil.

5:24 a. m. Tomo la salida a casa de Jillian y me reprocho no haber reconocido instantáneamente la dirección en el momento en que fue anunciada por el representante de forzado acento británico del servicio al cliente. Brant y yo hemos conducido a su casa tan a menudo, que conozco el sitio de vista, no por su dirección. Sin embargo, me muerdo el labio e intento organizar mis pensamientos. Pronto voy a ver a Brant. Está a salvo, no perdido. Su mente está intacta si está con Jillian. Necesito hablar con él. Sin él, estoy perdida.

CAPÍTULO 60

*J*illian vive en Nobb Hill, el pretencioso barrio de San Francisco, si es que tengo el derecho de llamar a cualquier cosa «pretenciosa». Entro en su calle y me estaciono, apagando el motor y mirando la casa. Hay un modelo viejo de un BMW ubicado en los adoquines a mi lado. Lo miro con atención, tratando de recordar si estaba allí ayer. Sin una respuesta, camino hacia la puerta principal. Hago una pausa y considero el hecho de que son las 5:30 a.m.

Sería extremadamente grosero tocar el timbre a esta hora. Mis modales detienen mi caminata hacia la puerta. Doy un paso atrás. Pienso. Doy un paso adelante y giro la perilla. Está cerrada. Gran sorpresa. Me estremezco, luego me estiro y golpeo brutalmente la puerta.

Mi ansiedad desaparece en el momento en que Jillian abre la puerta, completamente vestida y maquillada. Su mirada perpleja se convierte en una impresionante muestra de alarma al verme.

—¿Qué pasa? ¿Es sobre Brant? ¿Lo encontraste?

La miro fijamente, con la mandíbula floja. Mi mente está trabajando furiosamente, algo que debió haber hecho durante el transcurso en el auto. Ella sigue con la mentira. Había esperado que al llegar a esta hora a su casa, ella estuviera arrepentida y fuera honesta.

—No... —digo lentamente—. No, ¿puedo entrar?

Su boca se cierra y una mirada arrepentida pasa por su rostro.

—Es muy temprano, Lana, el personal ni siquiera está levantado.

Puedo notar la mentira de mierda en sus palabras. Jillian exige que las

secretarias en BSX lleguen a las 6:30 a. m. Estoy bastante segura de que su personal en casa comienza su día antes de que salga el sol. También noto que dijo «Lana», una palabra cariñosa que nunca había usado. Si ella piensa que soy tan blanda, voy a disuadirla ahora mismo. Doy un paso adelante, colocando una mano firme en la puerta, y me paro frente a ella con un resoplido de molestia que anuncia mi entrada.

—Sólo necesito un minuto, Jillian, me estoy volviendo loca por la preocupación —digo mientras permito que mi voz tiemble, esperando pasar por una histérica.

—Bueno, pero por favor, baja la voz —dice ella, rígida—. Tiene que ser una visita corta, Lana.

«Una visita corta», al carajo. Espero a que cierre la puerta. La veo volverse hacia mí y señalar la silla más cercana.

He subestimado a esta mujer. La he mirado de frente durante tres años, pero no reconocí el nivel de sus habilidades para engañar hasta ahora. En este instante, aún en una situación donde conozco la verdad, estoy casi convencida por su actuación. Me siento en su casa, escucho su mentira y le doy más cuerda. Le doy un fragmento tras otro de cuerda y la observo mientras ella, sentada en una silla roja y lujosa, ata un lazo complicado alrededor de su cuello y se cuelga.

Es una actuación magistral. Una que pasa por la irritación, luego por la simpatía, luego hay una irrupción total de lágrimas con un «dónde puede estar nuestro niño». Su preocupación por él. Su retrato aterrorizado de una tía amorosa. Todo jugado a la perfección. Veo su actuación con mis ojos muertos, horrorizada por la habilidad de la mujer que ha organizado la vida de Brant durante dos décadas y dirigido BSX durante el mismo tiempo. Ha protegido sus secretos mientras armaba mentiras por su cuenta. Me siento ante ella, agarrando el brazo de la silla, y me pregunto en qué parte de la casa está Brant.

Ya que el lazo está atado.

Ya que conozco sus lealtades egoístas.

Ya que entiendo a mi enemigo.

Me paro.

Echo la cabeza hacia atrás y grito el nombre de Brant tan fuerte como es

humanamente posible.

CAPÍTULO 61

*J*illian se pone de pie, confusa, y mira hacia la derecha. Yo me lanzo corriendo por la escalera; mis Uggs me llevan más rápido de lo que una anciana en tacones puede siquiera imaginar. Grito buscándolo, grito su nombre una y otra vez mientras avanzo por un pasillo de mármol. Mis pies se traban bruscamente cuando oigo mi nombre, que surge desde unas pocas puertas atrás, y me sacudo. Irrumpo en un dormitorio mientras veo la aparición de Jillian en la parte superior de las escaleras.

Al principio no entiendo la escena. Hay un hombre que nunca he visto de pie al borde de una cama, y la figura quebrada frente a él es un enredo de sábanas y movimientos. Me detengo, el desconocido y yo nos miramos por un breve momento y entonces mis ojos se posan en Brant, él sonríe y siento como si mi corazón explotara.

—Lana —jadea—. Sácame de aquí —entonces sacude sus manos, veo las ataduras y todo mi mundo se pinta de rojo.

—¿¡QUÉ CARAJOS TE PASA!? —grito mientras giro para ver a Jillian entrar al cuarto junto con dos empleados; tres caras enrojecidas me miran como si se prepararan para la batalla.

—Layana —Jillian comienza a hablar, sus manos acarician el aire de una manera tranquilizante.

—¿Quién carajos tiene las llaves para liberarlo? —grito y señalo los grilletes que, ¡oh, por Dios!, retienen a Brant, como si fuera un puto peligro o un loco, o cualquier otra cosa. Mi magnífico hombre brillante atado como un animal.

—Tuvimos que sujetarlo, estaba violento.

—No, no lo estaba —dice Brant detrás de mí.

—¡No sabes cómo estabas! —suelta Jillian.

—Tú —gruño— no tienes el puto derecho a hablar con él. Me lo llevaré ahora mismo.

—Cuida tu lenguaje —dice Jillian, y hace un sonido desaprobador con la lengua—. Es agradable ver la basura que se esconde debajo de esa sonrisa de sangre azul, Layana.

La miro con incredulidad.

—¿Mi lenguaje?, ¿quieres discutir sobre eso ahora mismo, mientras Brant está *atado*? —miro la cara del extraño y luego hacia los empleados, todos parecen inseguros—. ¿Quién mierdas tiene la llave? —grito, mi propio dominio de la racionalidad es cuestionable.

—Yo —el hombre al lado de la cama da un paso adelante. Jala una cadena de su bolsillo y mira a Jillian. Me paro entre ellos, bloqueando su vista, y apunto a la cama.

—Libérela.

—No te muevas, George —suena la voz de Jillian.

Me adelanto, arrebatando el llavero al hombre, y me muevo hacia la cama. Veo los ojos de Brant mientras libero su mano derecha.

—Te amo —digo mientras aspiro.

—Lo siento —responde.

—Cállate, bebé —me paso hacia la correa de sus piernas y me encuentro cara a cara con Jillian, entonces sus dedos agarran mi muñeca como si fueran de hierro.

—Por favor, llamen a Duane y a Jim —les dice a las mujeres detrás de ella—. Necesito que vengan inmediatamente.

Jalo mi mano hacia atrás, torciéndola hasta que sus dedos pierden presión. Coloco ambas manos sobre su pecho y la empujo, y la mujer suelta un grito mientras se tropieza. Sus piernas vuelan y cae al piso.

—¡Deténganse! —les grito a las mujeres uniformadas, quienes se detienen con caras compungidas al voltear a verme—. Ahora mismo —jadeo— tienen una decisión que tomar. Ustedes son, asumo, empleadas de BSX. Si tienen algún interés en su seguridad laboral futura, vendrán aquí y me ayudarán a liberar al

dueño de su empresa.

Mi coche quema el caucho cuando sale de Nobb Hill, el gemido de Brant desde el asiento del pasajero hace que mi pie retroceda ligeramente, y mis ojos dejan la carretera un momento para evaluar su estado.

—¿Qué sucede?

—Nada, sólo aléjanos de ella.

Presiono un botón en mi volante y hablo cuando suena el tono.

—Llama a casa.

Me acerco y agarro la mano de Brant, mis dedos cruzan los suyos. Un apretón entrelazado que no quiero perder jamás.

El sonido a través de los altavoces termina, es reemplazado por la voz eficiente de un miembro de nuestro personal de seguridad.

—Residencia Sharp, éste es Len Rincón. Buenos días, señora Fairmont.

—Len, estoy con Brant, llegaremos a casa en unos diez minutos, quiero que esté cerrado. Nadie entrará, especialmente Jillian Sharp, o saldrá a menos que me hables primero.

—¿Está el señor Sharp disponible, señora Fairmont?

—Estoy aquí, Len. Y estoy de acuerdo con todo lo que Lana acaba de decir

—Brant se inclina hacia adelante para asegurarse de que el micrófono atrape su voz.

—Necesitaré que ambos me proporcionen sus códigos de seguridad — cualquier camaradería que he compartido con este hombre en los últimos seis meses se ha ido. De repente, veo activarse las fuerzas especiales que habíamos contratado.

—4497 —murmura Brant, hundiendo su cabeza contra el respaldo.

—1552 —digo.

—Gracias, estaremos listos cuando lleguen, ¿quieren que contacte a la policía?

Miro a Brant y respondo cuando él sacude la cabeza.

—No, gracias. Sólo cerciórate de que Windere sea seguro.

—Lo haré, señora F.

—Y, por favor, enlázame con Anna...

—Por supuesto.

La gerente de la casa responde rápidamente y con más energía de la que cualquier individuo debe tener antes de 7 a. m. Hablo rápidamente, queriendo terminar la llamada y hablar con Brant.

—¿Puedes pedirle a Christine que prepare el desayuno?, una selección completa de todo lo que a Brant le gusta. También prepara el dormitorio y un baño caliente, por favor, y enciende la chimenea. Además, necesito que busques a un médico. Brant requiere un estudio toxicológico completo, así que pídele que traiga lo que necesite para eso —tuve una idea repentina—. O mejor aún, llama a la doctora Susan Renhart, que está en Jóvenes Americanos sin Hogar, dile que es urgente y que la discreción es importante.

Me repite las instrucciones, luego termino la llamada y miro a Brant, tiene los ojos cerrados.

—Quédate conmigo, bebé —digo suavemente, el sol se levanta espectacularmente mientras mi coche corre alrededor de una curva.

—Nunca te dejaré —dice—. No por mi propia voluntad —se endereza y tira ligeramente de mi mano—. Siento mucho por todo lo que debo haberte hecho pasar, Lana.

—Tenemos el resto de nuestras vidas para hablar de ello —dije y apreté su mano—. Ahora mismo estoy más preocupada por Jillian. Brant... ella está...

—Loca —con un gruñido, él termina mi frase—. Más loca que yo —añade con una risa irónica.

—¿Deberías llamar a tus padres? Estoy tratando de pensar en su próximo plan de acción. Sería mejor que hablaras con ellos antes que ella lo haga —me apresuro a quitar mi mano de la suya para poner ambas manos en el volante antes de que él sienta el temblor en mis palmas. Literalmente tiemblo de rabia por mí misma, por él, por la manipulación que esta mujer ejerce en nuestras vidas—. Quiero decir... Brant, ella te ató. ¿Qué clase de enfermo hace eso?

—¿Y si soy peligroso, Lana? —su voz está tranquila, pero da pasos gigantes. Bajo la velocidad del coche y dirijo mi mirada hacia él.

—No eres peligroso, Brant.

—Brant no es peligroso, pero dijiste que tengo otras personalidades, ¿qué pasa si una de ellas...? —de repente se inclina hacia adelante, agarrando los costados de su cabeza—. Oh, Dios mío.

—¿Qué? —estiro mi mano derecha de forma frenética hacia él mientras mi mano izquierda gira el volante lo suficientemente fuerte como para rebotar en nuestras puertas. Golpeo su rodilla mientras manejo hacia nuestra entrada. Tiro de su camisa al mismo tiempo que cambio de velocidad. Trato de romper su aislamiento, pero él me ignora, agarrando su cabeza mientras la sacude de lado a lado.

—12 de octubre —susurra—. Oh, Dios mío, 12 de octubre.

No digo nada y aguardo mientras él repite una fecha que no significa nada para mí. Luego se queda quieto. Su cabeza deja de moverse, frena su mecer frenético y deja caer sus manos. Una calma se asienta sobre él mientras eleva su cabeza y me mira.

—Lo recuerdo —dice suavemente—. Recuerdo el 12 de octubre.

CAPÍTULO 62

No hay un momento específico en el que sienta el interruptor activarse, cuando bulle dentro de mí y una persona es remplazada por otra. No hay nada contra lo que pueda luchar. Nada a lo que me pueda oponer. Simplemente abro los ojos en un lugar que no reconozco. Miro alrededor, me apropio de mi entorno y luego continúo.

Nuestras mentes son únicas en el sentido de que son como los niños, aceptan lo que se les muestra. No me cuestiono no recordar el día de ayer porque nunca he tenido un día de ayer. Para mí es normal. Esa personalidad jamás ha vivido de otra manera. No me parece extraño estar súbitamente despierto y en un restaurante a la mitad de la comida porque eso es lo que he conocido. Así sé que es la vida. La gente normal, como especie, no se cuestiona el hecho de que cierra los ojos y, por ochos horas, el tiempo pasa en un parpadeo. No se cuestiona el hecho de que tal vez haya dicho cosas mientras duerme, mantenido una breve conversación a la mitad de la noche con una pareja, una conversación de la que no recuerda nada. Y de la misma manera en que ellos no cuestionan eso, yo jamás me cuestioné las dos décadas en las que las cosas no siempre tenían sentido. Culpaba cualquier vacío en mi memoria o cambio súbito de lugar a los efectos secundarios de mi medicación.

Pero ahora, de repente, recuerdo algo. El flashazo de un día por el que me he preguntado durante veintisiete años.

No sabía mucho más que un par de datos simples acerca de mi mundo cuando abrí los ojos ese 12 de octubre. Yo era Jenner. Tenía once años. Había una niña en mi calle llamada Trish que tenía un ratón de mascota y no me dejaba

jugar con él. Me había mostrado la pequeña y temblorosa figura unas semanas antes y yo la había tocado. Era blanca y de ojos rojos. La toqué demasiado fuerte y Trish me rechazó. Se llevó el ratón al pecho y me gritó que no lo volvería a tocar nunca.

Estoy divagando. Yo era Jenner. No sabía quién era esa mujer frente a mí y no estaba interesado en su muestra de autoridad. Quería a mi mamá. Yo quería mi casa azul con el barandal roto en el pórtico y la jarra de té helado que reunía la condensación del refrigerador. No quería estar en el sótano con una mujer cuya boca estaba apretada y cuyos ojos eran negros, que olía a vinagre y café y cuyos dedos no dejaban de mover el papel frente a mí.

—Concéntrate, Brant. Multiplica las fracciones. No tenemos todo el día.

Nunca había visto toda esa pila de basura antes. Números arriba y debajo de las líneas. Una equis, que yo sabía que significaba que debía multiplicar, pero no sabía cómo hacerlo. Empujé el papel y la miré. Dije la única verdad que no me hacía sonar idiota:

—No soy Brant.

—Tú eres Brant, sin duda, y resolviste tres páginas de éstas ayer en el tiempo que me tomó usar el baño, así que no me digas que no sabes cómo hacerlo.

No sé cómo hacerlo. No dije nada, sólo la miré.

—Quiero a mi mamá —no era tanto que la quisiera, sino que reflejaba mi deseo de alejarme de esta mujer.

Me miró.

—Tu mamá está en el trabajo, Brant, ya lo sabes. Regresa a las seis. Hasta entonces, estás a mi cargo.

Era una mentirosa. La horrible mujer abría la boca y todo lo que decía eran mentiras. Mi madre ni siquiera tenía trabajo. Se quedaba en casa todo el día. Pasaba el tiempo conmigo. Me dejaba ver televisión y me daba chocolates Hershey's y vasos de leche durante los comerciales. Cerré la boca y miré los papeles. Odiaba a esta extraña.

—¿Quieres trabajar en tu computadora un rato y luego volver a esto?

—Quiero ver televisión —el reloj que estaba arriba de los estantes me mostró que eran casi las cuatro. Mi mamá me dejaría ver televisión a cualquier hora después de las tres.

La extraña frunció el ceño.

—Ya no te gusta la televisión, Brant, ¿te acuerdas? Daña tu cabeza. ¿Por qué no trabajas en tu computadora? —jaló mi brazo y me resistí, me liberé y su mano volvió, pero esta vez más fuerte, sus uñas cavaron en mi piel suave y eso *dolió*.

No sabía que pretendía ella que hiciera con una pila dispersa de chatarra; aquello era únicamente una pantalla enganchada a unas piezas en cadena. No había una computadora ahí, sólo una maraña de cables. La única computadora que había visto era la de mi padre, y era simple: el primer y gran paso era tan fácil como encontrar el botón de encendido. No había uno igual aquí, y eso sólo hizo que me sintiera más estúpido. Agité la cabeza.

—Entonces volvemos a las fracciones —suspiró—. Has estas cuatro páginas en este momento, Brant, sin excusas.

Miré hacia arriba, lejos de la gastada hoja que había sido manipulada entre nosotros hasta tener un poco rasgada una esquina.

—¡No soy BRANT! —grité, la furia salía de mi garganta como si tuviera piernas y brazos y fuera a luchar para ser escuchada. La mujer me miró fijamente, echó la cabeza hacia atrás y vi un cambio en sus ojos, una especie de vacilación. Esa mirada me gustó. Me alejé del escritorio y me puse de pie, era casi tan alto como ella, una racha de crecimiento ya me había hecho una cabeza más alto que mis compañeros de clase y tenía más fuerza que otros. Más que esta mujer.

—¡Silencio, Brant! —me regañó, poniéndose de pie y colocando una mano sobre mi hombro, enterrando sus uñas y tratando de empujarme hacia abajo, a la silla, pero los músculos de mis piernas luchaban contra su intento sin problema alguno.

—¡No soy BRANT! —grité y me abalancé. Puse ambas manos en su pecho, teniendo un momento de placer adolescente ante la sensación prohibida de los senos femeninos, aunque estuvieran unidos a una anciana. Ella se desplomó de un tropezón, su mano dejó mi hombro y se agitó salvajemente mientras caía.

Me acerqué y me senté sobre su estómago, como vi en televisión que lo había hecho Rowdy Roddy Piper sobre Hogan unas semanas antes. El movimiento funcionó bien, ella luchó y gritó, pero no pudo moverse. Hulk había realizado un atlético salto frontal que había lanzado a Roddy al otro lado del *ring*, pero ella sólo se retorció debajo de mí como un perro ansioso.

—¡Brant! —gritó, golpeándome el pecho e imitando la voz de mi madre

cuando hablaba en serio.

—¡No soy BRANT! —dije balanceando mi puño como mi padre me enseñó, en nuestro garaje, al hacerlo contra su guante de béisbol: mi pulgar seguro, mi muñeca fuerte. Vi su cabeza tronar y sus gritos se detuvieron cuando sus manos saltaron para proteger su rostro, golpe tras golpe infiltrándose fácilmente entre el aleteo de sus manos y su voz convirtiéndose en un río de sollozos hasta que finalmente se tranquilizó cuando mis manos se cansaron.

Mi padre había sido claro en sus enseñanzas. Sólo debías permitir que alguien te empujara hasta un cierto punto, luego, tú empujas de vuelta. Defenderte a ti mismo, primero con tus palabras, luego con los puños si las palabras no son efectivas. Había usado mis palabras contra esta mentirosa. Fui claro antes de usar la violencia.

Los puños. Había disfrutado usar los puños. Vi a la mujer quieta debajo de mí y casi deseé que me dijera de nuevo «Brant». Arrastrándome lejos de ella, vi mis manos e ignoré su lamento. *Tengo sangre en las manos*. Sangre de alguien más. Era mi primera vez. Me las limpié en el pantalón y me di cuenta muy tarde de que mi madre se enojaría por los trazos rojos sobre la tela café. Luego fui hacia la puerta, seguro de que cerca de ahí habría una televisión. Tenía casi dos horas para verla antes que mi madre llegara a recogerme.

Subí las escaleras desconocidas y sonreí, seguro de que mi padre estaría orgulloso.

CAPÍTULO 63

*B*rant termina la historia, veo una tormentosa vulnerabilidad a través de sus ojos y por un momento creo que va a llorar, a romperse delante de mí. Agarro su mano y la pongo en mi boca.

—Brant, no eras tú, lo sabes.

—Lo que acabo de ver... a donde me fui... ése era yo. Yo, mirando a otro mundo que no tiene sentido. *Lo hice*, la golpeé una y otra vez, como si fuera un objeto, un juego. Mi madre... —su voz bajó y su mano cubrió la piel entre sus ojos—. Mi madre llegó a casa y me encontró en el sofá, viendo la televisión, comiendo palomitas de maíz, con puta sangre en mis manos —suelta un silbido—. Lo recuerdo como si fuera yo, aunque no lo fuera, ¿por qué de repente lo recuerdo? Después de veintisiete años de nada.

—¿Conoces a Lee, recuerdas algo de él? —estoy casi asustada de la respuesta. De la reacción de Brant a los recuerdos de Lee.

Él sacude la cabeza.

—No. No tengo... ninguno, Lana. Hay un sólo recuerdo, sólo es todo. Y es suficiente. Después de eso, no quiero ninguno más.

Aprieto su mano y la suelto.

—Vamos a entrar. Deja de pensar un poco y déjame consentirte.

Anna se ha ganado cada centavo de su sueldo. Entramos a una casa que huele a comida y hogar, el personal se desvanece en esquinas poco intrusivas cuando

entramos. Brant se sienta en la mesa de la cocina y el silencio cae en la habitación cuando él toma un *omelette* de cangrejo y dos *waffles*. Evita mis ojos y pone la mirada en la comida. Cuando termina, se para con una tos ligera y limpia su boca con una servilleta de tela.

—Por favor dile a Christine que le agradezco el desayuno.

—Lo hare. Anna preparó un baño de tina, en caso de que te apetezca.

—Creo que prefiero un regaderazo.

Cualquier pensamiento que tuve de sumergirme en un baño de burbujas con él, desaparece. Asiento, sonrío.

—Claro.

De repente somos extraños, dos amantes incómodos en su propia casa. No sé qué decirle y él parece apenado por un hecho que yo llevo dos años conociendo. Lo quiero abrazar. Quiero tomar sus miedos y ponerlos a descansar. Besarlo y decirle que siempre lo amaré. Pero se levanta, se mueve, habla y hace todo con una nube a su alrededor que grita «no me toques». Me quedo en mi lugar y lo veo dirigirse al cuarto.

Cuando me agacho por su plato, Anna aparece enseguida.

—Déjeme hacer eso, señorita Fairmont.

—Gracias —suelto el plato—. ¿Contactaste a la doctora?

—Sí, estará aquí dentro de una hora.

—¿Puedes llevarla a la *suite* cuando llegue?

—Por su puesto.

—Gracias —sin otro propósito en la cocina, camino al dormitorio. Abro la puerta sin hacer ruido antes de entrar. Las luces están apagadas, la única iluminación es la del amanecer brumoso sobre el Pacífico. Detrás de mí, el crepitar del fuego saca el frío del aire. Entro en el baño, verifico que las toallas se estén calentando y mis ojos se mueven al vidrio empañado de la ducha.

Miro el cristal, tratando de adivinar lo que este hombre desea. Sin ninguna respuesta, me quito la ropa, dejándola en el suelo de mármol, y paso a la regadera.

La regadera es una nube de niebla, mi mano estirada desaparece por una bruma blanca. Me tambaleo entre el vapor, mis pies sienten el camino a través del suelo de piedra hasta que golpeó el cálido cuerpo de Brant, y su piel salta al tocarla. No digo nada, sólo me acerco al chorro caliente, mis brazos envuelven

su cuerpo, mi cabeza descansa sobre su pecho mojado.

—No soy una muy buena compañía en este momento —murmura, sus manos deslizándose hacia abajo y alrededor de mí, un duro abrazo me aprieta contra su pecho.

—Siempre eres una buena compañía —me pongo de puntas, presionando un suave beso en sus labios, pero mi primer intento falla mientras nuestros cuerpos chocan.

—Estoy tan perdido en este momento, Lana —susurra.

—Me tienes a mí. Juntos, nunca estaremos perdidos.

—¿Te tengo durante cuánto tiempo?, no vas a querer soportar esto.

Paso mis manos por sus brazos y por sus hombros, terminan donde yo las deseaba: acariciando su cara.

—Para siempre. Te lo he estado diciendo desde hace años, Brant. Años en los que ya conocía tu condición. Años a través de los que te he amado. No te amo *a pesar* de esto, te amo *incluyendo* esto. Cada parte de ti, aun las que no conoces.

Él gruñe, su pecho vibra contra mí.

—Eso me vuelve loco, estoy celoso de él, ¿sabes? —su tono brusco tiene un filo de posesión, y sonrío, contenta de que no pueda verme.

—¿De quién, de Lee?

—Sí, de *Lee* —dice el nombre como si estuviera sucio.

—Es una aversión mutua, él también está muy celoso de ti.

—¿Lo está? —la sorpresa en la voz de Brant me hace reír.

—¿Es broma? ¿Te refieres al multimillonario que pasa sus noches con mi culo sexy?, por supuesto que está celoso, sabe cuánto te amo, aunque tú seas ciego a ello.

Él baja la boca hacia mí y siento que nuestra conexión vuelve, hay un enderezamiento del equilibrio entre nuestras almas.

—Ésta es la razón, ¿verdad? Por la que no quieres casarte conmigo.

Trago saliva. Paso mis manos por su pecho y alrededor de su espalda, llevando mi boca a su piel y besando la línea de su clavícula.

—Ésa *era* la razón por la que no me casaba contigo, a causa de mis mentiras, de los secretos que guardé. No creí que merecieras una esposa con un secreto.

Baja una mano hasta que me toma las nalgas. Lo aprieta con amor.

—¿Y ahora?

Me alejo lo suficiente para mirar hacia arriba, hacia el vapor donde apenas puedo distinguir las facciones de su rostro.

—Y ahora... no hay más mentiras, no de mi parte.

Su cuerpo entero se congela en ese momento tensando la piel, creando rigidez, mis manos y cuerpo sienten el cambio. Cuando habla, sólo sus labios se mueven.

—¿Estás diciendo... que ahora... —su voz es baja, la vulnerabilidad se siente a través del susurro de sus palabras— que te casarás conmigo? ¿Conmigo siendo así?

Me acerco, presionando cada parte de mí contra él, deseando arrastrarme y abrazar su corazón roto, aterrorizado.

—Estoy diciendo que nada me haría más feliz.

Él gime, presionando sus labios contra los míos tan fuerte, tan firmemente, que casi me duele. Sus manos toman mi piel con largas y posesivas garras, me jalan hacia él como si nunca tuviera otra oportunidad de tocarme de nuevo.

—¿Eso es un sí? —pregunta abruptamente, alejándose de mi boca, como si una verificación de última hora fuera necesaria.

Sonrío, encontrando sus ojos.

—Eso es un sí, Brant Sharp, me casaré contigo y seré tu esposa cuando quieras que suceda.

—Ayer —dice, regresando a mi boca—. Ahora —presiona hacia adelante y me toma más fuerte, mi cuerpo se vuelve consiente del tamaño de su deseo—. Siempre.

Y entonces, mi futuro esposo me hace el amor en la regadera de nuestro hogar. Me encargo de que por lo siguientes quince minutos nadie más pase por su cabeza. Literal o figurativamente.

CAPÍTULO 64

—¿A qué hora llegará el doctor? —en bóxer, Brant jala de una playera y sus manos se acercan a los jeans, cuando realmente preferiría que estuviera en pijama y en la cama, comportándose como mi paciente.

—En la próxima media hora.

Abre un cajón y remueve el interior, tomando un frasco de Aciphex y lanzándomelo.

—Pregúntale qué es esto y para qué se supone que es.

Examino el frasco, abro la tapa y lo veo lleno de pastillas blancas.

—¿No son Aciphex?

—No —me mira, por un breve instante, avergonzado—. Jillian me dijo que controlarían mis apagones.

—¿Tus qué? —levanto una mano—. Espera, tenemos mucho que discutir, esto es una locura. La mayor parte es concerniente a Jillian, ¿puedes decírmelo todo en quince minutos?

Él se encoge de hombros.

—Puedo hacerlo en cinco.

Guardo el frasco de pastillas.

—Sentémonos en la terraza y hablemos.

—Cuando tenía once años, todo en mi vida empezó a cambiar. Inició con la compra de una computadora por parte de mi familia; la presentación con la

tecnología avanzada afectó más que sólo mis intereses. Fue como si mi cerebro reuniera toda su fuerza en un centenar de maneras a la vez, un desbloqueo de una puerta que tenía cerrada. Siempre fui inteligente, pero de repente me sentí dotado. Comencé a aplicar los hechos simples, los conceptos y las matemáticas que conocía, y los usé de la manera en que la computadora lo hacía: como simples reglas que pueden trabajar entre sí para obtener un resultado. Mi cerebro renació y estaba obsesionado con el descubrimiento. Podía pensar, podía procesar más, hacer un centenar de cálculos en un minuto, pero también fui bombardeado con colores, imágenes, pensamientos... más de lo que podía manejar en un solo momento. Quería construir tres cosas a la vez o tener dos opiniones diferentes sobre el mismo tema al mismo tiempo. Discutía conmigo mismo, presentando dos lados de un argumento, con mi mente entendiendo las fisuras y opiniones de cada lado e inclinándose fuertemente por ambos —junta sus ideas, luego continúa—. Todo se volvió, en unos meses, una locura. Mi cerebro trabajaba horas extras, y yo estaba agotado. En algún momento durante ese tiempo, durante ese verano... fue cuando comenzaron los apagones. Mi cerebro iba a cientos de kilómetros por hora y luego... nada. Había horas en las que me apagaba y decía y hacía cosas de las que no me acuerdo —se detiene y espero a que continúe—. Entonces, el 12 de octubre... me desperté de un apagón en la sala de psiquiatría del área infantil... Jillian estaba en el hospital. Fue cuando empezaron los médicos y los exámenes... No recuerdo mucho de esa época. Salí, Jillian se mudó a nuestra casa y nunca volví a la escuela, no volví a ver a mis amigos, todo estaba enfocado en mantenerme en casa, mantener mi cerebro ocupado. Descubrimos que estaba mejor si tenía un problema y me concentraba: problemas complicados de matemáticas, desentrañar el código para depurar un virus... cualquier cosa que involucrara pensamientos complejos calmaba la locura. Esto fue antes del uso comercial de internet, cuando las computadoras eran herramientas básicas de entrada y salida de datos. Yo ya había aprendido a construir una. Cuando estuve tiempo completo en el sótano, empecé a enfocarme en la mejora de la máquina, en su desempeño, y una vez que eso estaba resuelto, en sus capacidades —él toma un sorbo de vino, me mira—. Pero los apagones continuaron. Mis padres... estaban preocupados, preocupados de que ocurriera lo que pasó en octubre, así que me pusieron un sedante, algo para mantenerme tranquilo. Los apagones pararon, pero no podía

pensar mientras estaba sedado. Lo nubló todo, incluso mi habilidad para procesar pensamientos inteligentes, al menos en el mismo nivel que antes. Me volví cada vez más silencioso, perdí interés por las computadoras, en todo. Así que... —se voltea y coloca un pie contra la pared de piedra—. Jillian y yo hicimos un trato.

Mi boca se seca porque olvidé pasar saliva.

—¿Un trato?

—Dejé de tomar el medicamento y ella encubrió los apagones que tenía. En ese momento, cuando estaba cerca de finalizar a Sheila, estaba en el sótano el noventa por ciento del día, y con ella la mayor parte de ese tiempo. Ya sólo veía a mis padres durante las comidas y antes de ir a la cama. Jillian ocultaba cualquier apagón que tuviera... A cambio, me enfocaba en que Sheila quedara terminada y estuviera lista para nuestras reuniones con los inversionistas.

—¿Tú tenías, qué, doce a esas alturas?

—Sí, acababa de cumplir doce años.

—No eras lo suficientemente grande como para hacer ese trato.

—Yo no era un típico niño de doce, era lo suficientemente inteligente como para tomar una decisión cuantificando el riesgo frente a la recompensa, y puesto que Jillian era la que más se arriesgaba y la que pasaba el tiempo conmigo... Tomé la decisión.

—No. *Ella* tomó la decisión. ¿Cuánto ganó con tus primeras ventas?

—Unos cuantos millones de dólares, el diez por ciento del trato.

Me callo para permitirle sacar sus propias conclusiones sobre mis pensamientos acerca del asunto. Después de un momento, él habla de nuevo.

—Cuando tenía alrededor de veinte años, empezamos BSX. Dejé de vender mis desarrollos y los mudé a nuestra propia empresa. Nuestros ingresos aumentaron diez veces y decidí que ya tenía suficiente dinero para vivir el resto de mi vida siendo rico, y un ingreso fijo con el que mis hijos no tendrían que trabajar nunca. Fui con Jillian y le dije que quería un cambio, le dije que quería reanudar la medicación.

—¿Por qué?

Suspira.

—No saber de mis apagones... era un miedo constante en mi vida. Los tenía sin siquiera saberlo. Cuando Jillian usaba una camisa de manga larga, yo me

preguntaba si estaba cubriendo los moretones de yo le causaba. Todavía estábamos, en su mayor parte, secuestrados del mundo exterior. Yo quería vivir, tener una vida, trabajar en un ambiente donde pudiera colaborar con los demás, tener relaciones, amistades. Estaba dispuesto a sacrificar mi carrera por ello, dispuesto a dejar de lado las computadoras y vivir una vida no intelectual, si eso significaba tener seguridad de mi consciencia y el control de mis acciones. Tener la seguridad, y esto era más importante aún, de que no realizaría acciones que no recordaría.

—¿Qué dijo ella?

Ríe.

—No lo tomó bien. Pensó que era una idea terrible. Sacó los proyectos que teníamos en curso. Imprimió nuestro plan a diez años. Me maldijo por desperdiciar mi talento. Pero lo superó. Rastreó a mi viejo médico, el hombre que conociste esta mañana en su casa, y lo puso en la nómina de BSX.

Algún tipo de gruñido sale de su boca. Se ríe de nuevo, estirando los brazos.

—Ven —me muevo de mi silla a la suya. Su diván no es lo suficientemente grande para permitir algo más que acomodarme sobre su regazo. Sus brazos me rodean y me abrazan sobre su pecho—. El doctor F me recetó un nuevo medicamento, lo que sea que tenga el frasco. Se supone que era un ansiolítico con cafeína, algo que me calmara a la vez que me mantenía alerta, concentrado. Funcionó de inmediato. Mis procesos mentales eran tan fuertes como siempre y mis apagones pararon.

Esperé más y el momento se alargó hasta que ya no pude con mi curiosidad.

—¿Y?

—Eso fue todo. He estado tomando ese medicamento durante casi dos décadas y no he tenido un sólo apagón desde entonces.

Me inclino hacia atrás y lo miro. Tiene la boca apretada, los ojos distraídos. Está pensando en lo que acaba de decir. Voy al grano:

—Así que... ¿crees eso? ¿O crees que ella te ha estado mintiendo, escondiéndote los apagones?

Baja los ojos hacia mí y veo el dolor en las líneas alrededor de ellos, el endurecimiento de su mandíbula cuando pasa saliva.

—Ella... ha sido como una madre para mí, he dependido de ella durante tanto tiempo, no puedo imaginar... no sé por qué haría algo así.

Mierda. Él sabía exactamente por qué lo haría. Pero no insultaré su inteligencia explicándoselo, sabiendo que probablemente tiene la mitad de un diagrama de Venn ya terminado en su cabeza.

—Hay otro problema —dice y mira hacia otro lado, suspira, me acomoda en su regazo—. Jillian dice que me han declarado incompetente, y ha sido designada como mi tutora.

—¿Tutora?, ¿significa que ella estará a cargo de tu negocio, de tus finanzas? —pregunté, y él arrugo la frente—. ¿Puede hacer eso?

—El tema de mi competencia podría ciertamente ponerse en cuestión, existe la posibilidad de encontrar un argumento válido para asegurar que otra de mis personalidades ha estado tomando decisiones que afectan negativamente mi vida, y que esa personalidad debería ser eliminada de mi mente por completo.

—Pero... eres brillante, has estado controlando tus decisiones durante veinte años.

—¿Y alguna vez arriesgué lo que tengo? ¿Alguna vez me viste realizar acciones que podrían haberme puesto en peligro a mí mismo o a nuestro estilo de vida, como lo hace Lee? —me acomoda de nuevo en su regazo para que tengamos contacto visual directo, pero lo evito mientras pienso en los últimos dos años.

Lee: ve a varias mujeres. *Pone en peligro nuestra relación por su posible exposición a las ETS.* Lee: borracho, en peleas, ensangrentado y magullado. *Una pesadilla en términos de responsabilidades, así como un peligro para sí mismo y para otros.* Lee: un bebedor excesivo, propenso a la furia y que conduce alterado. *Más carga. Más riesgo.*

—¿Lo hice? —Brant empuja la pregunta y su mano gira mi cara hacia él.

—De alguna forma —contesto cuidadosamente—. Lee es errático. No tiene tu nivel de control ni tu inteligencia. No piensa cuidadosamente las cosas, sino que actúa primero. Pero tampoco va a entrar al banco y retirar tu dinero. No tiene idea de que él es tú. No se va a meter con tu negocio o tus finanzas. El riesgo que presenta es más de responsabilidad civil, podría hacer algo por lo que Brant Sharp fuera demandado. No es un tipo deliberadamente peligroso, sólo es irresponsable.

Brant gruñe, echando la cabeza hacia atrás.

—Eso suena desastroso.

—¿Cuándo sucederá esto? Lo de la competencia.

—Mis días están un poco confusos a causa de la medicación, pero me parece que será esta mañana.

Atrás de nosotros la puerta corrediza se mueve y la cabeza de Anna se asoma tímidamente.

—¿Señor Sharp, señora Fairmont? La doctora está aquí, para cuando estén listos.

—Gracias —le sonrío y espero a que se cierre la puerta de nuevo. Luego lo veo a los ojos—. Déjame llamar al abogado de mi familia, que él detenga a Jillian. No quiero confiar en el departamento legal de BXS...

—Yo tampoco —me interrumpe—. Estoy de acuerdo. Busca al abogado de tu padre, él nos servirá hasta que podamos encontrar a alguien permanente.

—Deberías llamar a tus padres.

Frunce el ceño.

—Lo sé, pero no es una conversación que quiera tener.

—¿Crees que se unirán a Jillian?

Él sacude la cabeza ligeramente, su mirada está fija en un vaso con agua, pero sin verlo.

—No lo sé —dice lentamente—. Hemos dejado que ella lleve las cosas durante todo este tiempo y nunca dudamos. Si no me hubiera encadenado a una cama, no sé si yo lo hubiera creído.

Observo sus manos apretarse, la primera pista que noto sobre su ira. Me hago bolita en su pecho.

—Te amo —susurro.

—Yo también te amo, Lana. Gracias... por quedarte conmigo a pesar de todo esto.

Sonrío.

—Gracias por no darte por vencido cuando rechacé tus otras propuestas.

Él toma mi mano, pasando sus dedos por mis yemas desnudas.

—El anillo está en la oficina, vamos a hacerlo hoy, no quiero pasar otra noche sin verlo en tu dedo.

—Es un trato —me desenredo de su regazo y me levanto—. ¿Listo para ver a la doctora?

—Absolutamente.

CAPÍTULO 65

*H*e visto a la doctora Susan Renhart varias veces. Es casi tan alta como Brant. Nos saluda a ambos con una sonrisa apretada, no la sonrisa brillante con la que tranquiliza a los niños de JASH. Le presento a Brant y él explica la mayor parte de lo que recuerda.

—Hace casi veinte años que tomo estas píldoras —dice, dándole el frasco. Ella alza las cejas al leer el nombre del medicamento, lo abre con eficacia profesional y rocia las píldoras blancas a lo largo de su palma.

—¿Qué le dijeron que era?

—Un depresor de algún tipo que tiene un agente de cafeína, algo que me mantiene lo suficientemente productivo mientras estoy lo suficientemente calmado como para evitar un apagón. Cada vez que me estreso tomo una, y también tomo dos al día, por las mañanas.

Escucho con la mitad del oído, interesada en sus palabras, pero necesito llamar al abogado. Miro la pantalla de mi celular y desplazo mis contactos hacia abajo hasta llegar al número de John Forsyth, un hombre con el que no he hablado en años, y presiono «llamar».

La doctora pasa las píldoras por su mano antes de guardar una y regresar el resto.

—¿Cuándo fue la última vez que tomó una?

—Hace unos dos días, la mañana anterior a ésta, y... tras no tomarlas, pude haber sufrido apagones durante el tiempo que estuve en casa de Jillian, no estoy seguro.

—¿Apagones? —ella frunce el ceño—. Pensé que el problema era un trastorno de identidad disociativo.

—Lo es —se detiene, me mira—. Lo siento, estoy acostumbrado a pensar en eso como «apagones», es lo que yo sé que son.

Ella se encoge de hombros. Desecha la idea.

—¿Se tomó algún medicamento en casa de Jillian?

—No de buena gana, pero el doctor me inyectó algo, tal vez dos veces, no estoy seguro. Quiero saber qué hay en mi sistema ahora y tener una documentación de eso, por si lo necesitamos.

Asiente y saca algunos artículos de su bolsa.

—Voy a sacarle sangre, y necesitaré una muestra de orina.

—Layana —la voz del abogado suena como un estruendo a través de mi teléfono y me alejo hacia el pasillo.

—Hola, John. Necesito tu ayuda.

El Equipo Jillian aparece antes de que la doctora Renhart haya terminado, un guardia llama desde la caseta para alertarnos de su presencia. Luego de que los tres guardias hacen una rápida ronda por el callejón sin salida que da a nuestras puertas, en menos de cuatro minutos su brigada se va. Supongo que al notar a los guardias armados bloqueando nuestra puerta, Jillian cambió de idea. Miro desde un balcón de arriba y trato de entender a la mujer que está allá abajo. Una mujer que parece firme en su creencia de que está en lo correcto, que está justificada incluso en sus mentiras, en su engaño. ¿Por qué? ¿Por el bien de Brant? ¿Por el de BSX? ¿O por el suyo? Me alejo de la ventana y bajo las escaleras. La figura de Brant está junto a la puerta, la doctora sujeta su brazo y él abre y cierra su palma con toda su fuerza.

—Los resultados de los análisis de sangre estarán disponibles hasta mañana, le enviaré por correo electrónico los hallazgos tan pronto como sean procesados, pero supongo, debido a su experiencia, que cualquier cosa que le hayan inyectado saldrá de su sistema en las próximas veinticuatro horas —dice la doctora mientras pesca una tarjeta de su bolsillo—. Éste es el doctor Henry Terra. Según me informan mis contactos, es la autoridad más importante en este trastorno. Le sugiero que lo llame de inmediato. Si no toma una terapia

psicológica con él, al menos podrá obtener su asesoramiento legal y apoyo en cualquier batalla que acabe luchando. Tengo que asumir que el tratamiento para este trastorno ha progresado desde que usted era un niño —ella se vuelve hacia mí y me envuelve en un fuerte abrazo—. Una vez que solucionen esto, espero verla en JASH.

—Ya me conoce, no puedo permanecer lejos —le sonrío, pero hay un momento de tristeza en esa conexión cuando veo la compasión en sus ojos. Quiero borrarla. Brant y yo estamos bien. Somos fuertes. Quitó el techo de mentiras y sobrevivimos, estamos luchando, nuestra ira está centrada en Jillian. Tenemos amor, y el resto se pondrá mejor o peor, y preferiría que empeorara a tener más mentiras. Sostengo la puerta y la veo marcharse, el brazo de Brant me envuelve y me lleva hacia él, y coloca su boca suave contra mi cuello mientras se inclina para besarme.

¿Es horrible que piense, que desee, en este momento único de paz, de unidad, en el que somos nosotros dos contra el mundo, ver a Lee? Una parte de mí quiere de verdad que se aparezca, que me tome contra la pared y me coja salvajemente. Me acurruco en los brazos de Brant. Trato de presionarme contra él y prender el fuego de mi cuerpo, pero no ocurre nada. No en este momento en que él está roto y yo exhausta y el sombrero de enfermera pesa tanto sobre mi cabeza.

Preferiría que esto empeorara a que existieran más mentiras. Tan sólo me digo eso. He amado a Brant, tan sólo fui tras Lee con el propósito de mantener a ambas mitades de mi hombre leales, para mantenerlo cerca. Si se va, si el doctor tiene una cura, si expulsa a Lee y me quedo sólo con Brant, eso estaría perfecto, ¿verdad?

¿Verdad?

Evito escuchar la respuesta que me escupe mi cabeza. Hay una afirmación, en mis huesos, de que una parte de mí ama a Lee, lo necesita.

Martes en la mañana

*L*a petición de Jillian para obtener la custodia de Brant ha sido detenida, cortesía de nuestro nuevo equipo de representación legal: seis abogados oponiéndose rigurosamente a cada uno de los ataques al carácter de Brant Sharp por unos entusiastas ochocientos dólares la hora. Jillian tiene dinero, por lo que puede pelear contra nosotros con uñas y dientes, pero no creo que lo haga. No cuando un resultado final requiera meses de batallas legales televisadas que sólo dañarían la imagen de BSX, así como cualquier posibilidad de una reunión familiar entre ella y Brant. No cuando los resultados de las pruebas mostraron que le inyectó a Brant un cóctel de drogas ilegales mientras lo mantuvo como su prisionero. No supimos nada de ella hasta que vino ayer. Asumo que está lamiéndose las heridas mientras recoge cualquier muestra de la reclusión que ocurrió en su casa.

El barullo de la carretera resuena a través del carro con un sonido amortiguado mientras regresamos de la oficina; mi dedo anular pesa con mi nueva adquisición. Finalmente me siento digna de él. Le permití a Brant arrodillarse en la alfombra que está afuera de su caja fuerte y repetir la pregunta que ha pasado años perfeccionando. Decidimos esperar hasta hoy para que todas las cuestiones legales fueran tratadas. No queríamos que la policía esperara nuestra llegada o que alguna escena de ese tipo fuera orquestada por Jillian, la obsesiva del control.

—¿Qué harás respecto a ella? —pregunto y quito la vista de la ventana, mis ojos captan la mirada veloz de Brant en el momento en que deja de mirar por un segundo la carretera para verme. Su mandíbula se tensa, su presión en el volante

daña el cuero cuando aprieta las manos.

—No sé. Quiero hablar con el experto para saber qué tan apto soy para dirigir la compañía. Más allá de eso, no creo que haya otra opción respecto a Jillian, tendrá que dejar cualquier cargo de poder.

Suspiro.

—La compañía es su vida. Lo ha sido durante veinte años —él no querría dirigirla. Al menos no el viejo Brant. Los estados financieros lo aburren, las juntas lo enloquecen y no puede decir el nombre de diez empleados de memoria. Le gusta estar solo en un cuarto. Producir, arreglar, crear. Jillian ha hecho un gran trabajo en su papel, a pesar de haber sido una psicópata con Brant. No tengo ningún deseo de premiar a la mujer, pero odio esta situación de pérdida.

Las manos de Brant se mueven en el volante y las miro pulsar el botón para marcar por teléfono, llama a BSX.

Una voz alegre contesta un segundo después.

Brant se aclara la garganta:

—Con Hank Michen, de seguridad, por favor —parpadeo, sorprendida de que conozca el nombre de alguien de seguridad. A lo mejor *sí puede* nombrar a diez empleados sin problema. Su siguiente tono es más profundo, más intimidante—. Hank, soy Brant Sharp. Necesito bloquear de todo a Jillian Sharp.

Hay una larga pausa. Finalmente, la voz sale del receptor.

—A riesgo de perder mi trabajo, ¿esto es una broma?

—Asumo que tienes un identificador de llamadas. Verifica este número en el directorio interno del corporativo. También puedo darte el número de mi licencia de conducir o el de seguridad social, asumo que tienes ambos en un archivo en algún lugar.

—Eso no será necesario, señor Sharp. Cuando dice «todo», se refiere a...

—A su oficina, su *email*, su acceso remoto. Cualquier cosa que le pueda dar una pizca de acceso. Desactiva sus códigos para entrar a las instalaciones y para usar el transpondedor. No quiero que se pare en las instalaciones de BSX sin que lo sepa y la detenga algún miembro de tu *staff*.

Otra pausa.

—¿Esta es una situación temporal o permanente?

—No estoy seguro aún. Por ahora, es indefinida, a menos que te diga lo contrario.

El hombre se aclara la garganta.

—Debe saber, señor Sharp, que recibimos una llamada similar de la señora Sharp ayer, con las mismas instrucciones.

—¿Y?

—Me rehusé a hacerlo. Intenté llamarle en ese momento, pero usted no contestó su teléfono. Le dejé un mensaje en el buzón de voz.

—Hiciste lo correcto. ¿Cuánto tiempo tomará que su acceso sea bloqueado?

Se escucha un sonido amortiguado del micrófono siendo cubierto, luego vuelve a la línea:

—Menos de media hora. Tendremos el acceso remoto interrumpido antes de finalizar esta llamada, señor.

—Gracias. Te llamaré directamente si hay algún cambio. No aceptes órdenes de nadie que no sea yo. Y mándame un mensaje con tu número de celular.

—Sí, señor.

Brant me mira. Parece sopesar algo en su mente.

—Hank, si te llamo o si alguien más pretende ser yo, no escuches las órdenes a menos que verifique mi identidad con una palabra clave. No importa si estoy parado frente a ti, no hagas lo que te diga sin la palabra clave.

—¿Cuál será, señor?

—Sheila.

—Entendido.

—También podrás seguir instrucciones de Layana Fairmont si estoy incapacitado por cualquier razón.

—No me siento cómodo tomando órdenes de alguien que no es un empleado de BSX, señor Sharp.

—Ésta es una situación única, hasta que logremos solucionarla será así.

El hombre suspira, y ese sonido está lleno de sus sentimientos sobre el tema.

—¿También ella tiene una palabra clave?

Hablo, mi voz es fácilmente captada por el Bluetooth:

—Usaré la misma palabra, para mantener las cosas sencillas.

—Está bien, ¿algo más, señor *Sharp*? —el énfasis en el apellido «Sharp» deja claro su nivel de aceptación hacia mí. Sonríe debido al desaire y paso mi mano por la espalda de Brant.

—Es todo. Gracias, Hank —termina la llamada y se recarga en mi mano. No

dice nada mientras el carro baja a toda velocidad por la ruta 280.

Esa noche, en la cama, con la televisión apagada y sus brazos a mi alrededor, me siento muy preocupada. Siento el momento en que su mente recorre todas las posibilidades que los últimos tres años representan.

—¿Te he engañado? —su voz es baja y choca contra mi cuello, con una pizca de esperanza de que esté dormida. Volteo, me quedo cerca, lo veo a la cara.

—Nunca.

—Pero... como Lee... nunca he...

Me reclino y lo beso.

—Lo hiciste, pero no fue «engañar».

—No lo justifiques, Lana. Si besé o toqué a otra mujer, te fui infiel.

—Hice algunas cosas despreciables para conquistarte —digo—. Cosas de las que no estoy orgullosa.

Frunce el ceño.

—¿Con hombres?

Le pego en el pecho.

—¡No! —la oscuridad me deja ver sus ojos y es su turno de robarme un beso, uno profundo. Sus manos me ponen sobre él, y nos da la vuelta.

—Dios —susurra, sus manos bajan por mi espalda y toman la carne de mi trasero, estrujándola tan fuerte que duele—. Hubo tantas noches en que te miré dormir y me pregunté si me engañabas. Me pregunté qué me estabas ocultando.

Retrocedo y me siento sobre él, la luz parpadeante de la televisión ilumina la tortura en su rostro.

—¿Qué?, nunca me dijiste nada.

—¿Qué podría haberte dicho? ¿Acusarte de engañarme?

—Sí. Eso es exactamente lo que debiste hacer. No puedo creer que no me hayas confrontado —frunzo el ceño, sin estar segura sobre por qué exactamente mis sentimientos están un poco heridos por esa omisión. Siempre hemos sido tan directos, tan honestos. Al menos en todo excepto con el gigantesco agujero de mentiras.

—No quería perderte, Lana —se levanta, pasa los dedos de una mano por mi cabello, su frente está contraída cuando me acerca casi hasta sus labios, su otra

mano me jala hacia él, su deseo arde contra mi cuerpo—. Estaba preocupado —susurra— de que tú talvez...

—Nunca debes preocuparte —respiro, tomo su beso cuando me obliga, siento el golpe de sus labios cuando sus manos me aprietan fuerte, mis caderas se mueven bajo su presión, me mecen adelante y atrás contra el calor de su verga. Mis pantis se me pegan y la fricción extra crea una sensación deliciosa. Jadeo contra su boca—. Me tendrás para siempre. Así ha sido todo el tiempo.

Nos da la vuelta como una unidad, con la mano áspera entre nuestros cuerpos, tirando las bragas a un lado y bajando la parte superior de su ropa interior, hasta que las barreras entre nosotros desaparecen y él está de repente dentro de mí. Oh, Dios mío. Ésta es la primera vez que Brant se me ofrece desnudo. Aunque ya lo había hecho Lee, esto diferente. Todo ha sido siempre diferente entre ellos. Su beso, su tacto, su sexo. Brant se mete en mi interior, abro las piernas, lo jalo con manos codiciosas y grito su nombre mientras que, con cada embestida, él reafirma su posesión con trazos que reimprimen su nombre en mi alma.

Sin las mentiras, sin los secretos... estamos mejor que nunca. Me rompo bajo su cuerpo y le doy el último pedacito de mi corazón a este hombre. A este hombre complicado, con muchas capas y que es brillante. El dueño de mi alma.

CAPÍTULO 67

*M*iércoles. El doctor Terra, el especialista, vuela a San Francisco desde Dallas y llega por la tarde. Brant había hablado con él ayer, subrayando la necesidad de una reunión inmediata. El hombre ha despejado su agenda durante toda la semana tras la mención de Brant de una compensación generosa. Supongo que los multimillonarios con TID son pocos y esporádicos.

Estamos esperando en el aeropuerto privado cuando el doctor Terra aterriza, el porte de Brant se eleva al ver el avión. Puedo sentir sus nervios, su sobresalto al tocarlo, el movimiento de sus rodillas que indica una gran cantidad de nerviosismo. Él es diferente sin la medicación. Reacciona de manera diferente e inesperada. Habla más y sonríe más incluso en un día en que hemos tenido pocos motivos para hacerlo. Pongo mi mano sobre la suya y esperamos mirando a un hombre negro y bajo acercarse hacia nosotros. Su boca se curva en una sonrisa cuando hacemos contacto visual.

—Buenas tardes —saluda radiante—. ¿Brant Sharp, supongo?

—Sí. Ella es mi prometida, Layana Fairmont.

—Es un placer conocerlo. Gracias por haber venido en tan poco tiempo —digo.

Él asiente con la cabeza rápidamente, frotándose las manos.

—Estoy ansioso por hablar con ustedes dos.

—Mi coche está al frente —dice Brant—. Vayamos a la casa, podemos entrar en materia en el camino.

—Mi preocupación principal es arreglar esto —dice Brant en el momento en que las puertas del coche se cierran y se establece la privacidad. Pone el carro en marcha, el Aston entra en acción y el doctor rápidamente toma su cinturón de seguridad.

—¿Arreglar?... ¿por arreglar se refiere a eliminar el exceso de personalidades?

Yo ahogo una sonrisa mordiendo el interior de mi mejilla cuando Brant hace una parada brusca a la salida del aeropuerto, esperando con impaciencia que se abra por completo la puerta lenta. La paciencia es el punto débil de Brant en todas las áreas de estudio. Se frustra ante la necesidad de poner al corriente a este hombre sobre el embrollo de nuestra situación. Se frustra por las puertas y el tráfico y los inconvenientes de hacerse cargo de las cosas que Jillian previamente manejó. El dinero ayudará. Siempre lo hace. Más empleados pueden ser contratados; la situación se acabará. Pero el dinero no puede guiar al doctor Terra a través del pasado de Brant. El dinero no puede solucionar el hecho de que, en este momento, mi hombre se siente roto.

—El trastorno de identidad disociativo no es una afección fácil de curar. Mientras que otros trastornos psiquiátricos pueden ser controlados por la medicación, el *tid* no es una enfermedad «curable». El medicamento original que se le dio cuando era niño, tengo que asumirlo, era un depresivo administrado a un nivel que habría entorpecido a cualquier personalidad hasta un punto en el que no pudiera distinguirse. Obviamente, ésa no es una solución que valga la pena explorar.

La mano de Brant aprieta una pluma. Toco su brazo y aprieto su músculo.

—Entonces, ¿qué solución *vale* la pena explorar? —pregunta en voz baja.

—La terapia. No es atractiva y toma tiempo, pero tiene la mayor probabilidad de éxito. Lo pondré en contacto con un médico local y tendrá que ir unas cuantas veces a la semana. Experimentará una gran cantidad de hipnosis. El doctor le hablará a usted y a Lee. Los aconsejará a ambos durante el proceso. Eventualmente, Lee se desvanecerá o partes de su personalidad se fusionarán con las suyas.

Veo signos que nadie reconocería en él jamás. El ligero tirón de la piel

alrededor de sus ojos. El emblanquecimiento del dorso de su mano cuando su puño se aprieta.

—Es que simplemente no siento que alguien esté dentro de mí. ¿Ella podría estar equivocada? —pregunta sin mirarme. Estamos sentados uno al lado del otro, con las piernas tocándose en el sofá de esta oficina temporal, pero estamos a cien millas de distancia. *¿Ella podría estar equivocada?* Esa pregunta realmente significa: «¿Está mintiendo?».

El hombre sonríe, pero su sonrisa se sumerge en tristeza y sale de ella con comprensión.

—Tal vez usted no conozca a Lee todavía, pero lo hará antes de que este proceso termine, asumiendo que participará en el programa de terapia que le sugiero.

—Voy a participar, quiero hacer lo que pueda para sacar eso —la amargura en su voz me pone al límite, al igual que la palabra «eso» con la que se refiere a Lee.

—Tendrán que ir los dos. Necesitaré la ayuda de Layana para que hable con Lee y lo convenza de que se vaya.

Miro hacia arriba.

—¿Convencerlo de que se vaya? —Nunca he persuadido a Lee, en dos años, de hacer algo. Cada interacción fue una lucha, mi único triunfo al manipularlo fue la ruptura con Molly.

—Sí, no podemos obligar a Lee a que salga de la vida de Brant. Sólo tendremos éxito si él acepta hacerlo.

Asiento, aunque eso contradice mis pensamientos interiores.

—Haré lo que pueda para ayudar —ésas son las palabras que se esperan, así que las digo. En mi interior trato de entender cómo me siento respecto a que Lee se vaya para siempre.

Brant habla:

—Y no quiero que me canalicé con un especialista. Lo quiero aquí, al menos por los siguientes meses.

Sonrío amablemente: ahí está el retrato falso de un rostro que creía que ya había abandonado. Sonrío y busco en los recovecos oscuros de mi alma para desentrañar los pensamientos que están nublando mi cerebro. Trato de entender cómo me siento respecto a esto.

Detente. Fuerzo la acción, fuerzo el correr de mis engranajes mentales para que lleguen y se detengan. No importa qué quiero. A quién amo. Mi felicidad es un sacrificio para salvar a Brant. Veo la boca del doctor, trato de descifrar sus movimientos y ponerme al corriente en la conversación.

CAPÍTULO 68

Dos meses después

—¿Estás rompiendo conmigo? —Lee me mira, con las manos apretadas en la silla delante de él, su rostro hundido mientras muerde el interior de su mejilla, un gesto nervioso que de repente extraño. Echaré de menos ese tic. Echaré de menos la forma en que a veces deja caer sus ojos cuando hace una pregunta, como si tuviera miedo de la respuesta. Echaré de menos la forma en que su sonrisa fluye a través de sus ojos como el sexo sale de su cuerpo. Extrañaré la forma en que él es el hombre más sexy y confiado que he conocido, pero es inseguro de una manera que duele. Ha estado aterrorizado por la idea del rechazo desde el día en que lo conocí. Y ahora, en una habitación que no reconoce, en la nueva oficina del psiquiatra que es fría e impersonal, sus miedos se están convirtiendo en una realidad.

—Lee, intente relajarse —dice Terra, hablando detrás de nosotros.

Cierro los ojos ante el sonido de la voz del doctor. Tiene que callarse. No debería estar aquí. Le dije eso. Le dije que éste era un momento privado y que saldría mejor si no había nadie más atestiguando mi rechazo hacia Lee, especialmente una persona que sienta la necesidad de interponerse. Pero ellos, el doctor y Brant, se preocuparon por mi seguridad. Pensaron que el doctor y su sedante deberían estar presentes en caso de que éste fuera necesario. En caso de que Lee fuera violento. Pero no lo será. Sé que no lo será, no conmigo. Pero no escucharon. Así que ahora somos Lee y yo... y el médico. Un doctor al que Lee le acaba de dedicar toda su atención.

—Lo siento, ¿quién mierda eres? —en tres pasos, Lee tiene su garganta en la mano, el médico queda a sus pies, apoyado contra la pared. Sus rostros están cerca y el cuerpo entero de Lee tiembla mientras me mira, despreocupado de la

garganta delicada que está agarrando con su mano—. ¿Estás hablando realmente en serio, Lana? ¿Estás rompiendo conmigo?, ¿por esa verga millonaria?

Miro a Lee a los ojos todo el tiempo, aún durante el momento confuso en que la mano del doctor llega al bolsillo, sale y apuñala a Lee con la jeringa a través del delgado algodón de su playera. Sostengo la mirada cuando los ojos de Lee se encogen y me mira como si me odiara y me amara y me extrañara, todo al mismo tiempo. Lo miro y observo sus ojos cerrarse y a su cuerpo caer sobre el suelo.

CAPÍTULO 69

Brant

*D*esde que descubrí mi condición, he leído todo lo que puedo encontrar sobre el trastorno de identidad disociativa. Mi lectura se detuvo por el hecho de que hay poco material disponible sobre el tema. Pero lo que he leído es preocupante, aun más por la aparente omisión que mi mente no revelará.

El TID es causado normalmente por un trauma emocional de cierta clase. Un abuso o un evento significativo que el cerebro intenta ocultar, creando inicialmente la primera subpersonalidad como una especie de defensa protectora contra el conocimiento que no quiere que el cerebro tenga. En raras excepciones, el TID es causado por daños cerebrales, deficiencias físicas que causan un cortocircuito fuera del lóbulo craneal, de lo que resultan las diferentes personalidades.

No he sufrido ningún daño físico ni golpes duros a la cabeza, tampoco he tenido accidentes horribles que hubieran causado la aparición de múltiples Brants. Tampoco, con la excepción del 12 de octubre, he tenido ningún evento traumático. Y el 12 de octubre ocurrió después, fue un resultado de mi desarrollo del TID.

La respuesta obvia es que debo haber tenido una experiencia traumática y haberlo ocultado psicológicamente. Se los he preguntado a mis padres y les creo cuando afirman que ignoran cualquier evento detonante. No vale la pena contactar a Jillian por mi curiosidad; mi ira se convierte en un rencor que no se desvanecerá pronto.

El doctor Terra ha intentado, de una manera indirecta, desenterrar esta posibilidad. Se olvida del hombre con el que está tratando. Soy una persona lo

suficientemente inteligente para atacar un problema de frente. No necesito pinchazos sutiles en las esquinas de mi cerebro. Necesito dividir mi psique abierta y cavar en la raíz de mi problema.

Puedo sentir el incidente. Me fastidia en cierta parte de mí, como ese pendiente que tienes que hacer en una habitación y, al entrar, lo olvidas. Me engaña, está apenas fuera del alcance, se mantiene en una esquina de mi mente. De vez en cuando, golpea mi materia cerebral cuando quiere volverme loco de remate. Necesito desenterrarlo. Necesito abrir mi pasado y encontrar la llave.

Ahora, por treintadoceava noche seguida, lo intento. La silla abajo de mí rechina mientras estoy sentado en el pórtico trasero con los pies apoyados contra el barandal. Arriba, el cielo está oscuro porque se aproxima una tormenta. Puedo sentir el aire más espeso, los truenos resuenan y los rayos pintan líneas en el cielo. Considero entrar, evitar la lluvia, pero el techo me mantendrá seco. A medida que el cielo se abre, la lluvia golpea con un *staccato* el techo que está sobre mí, cierro mis ojos e intento recordar el pasado. Trato de recordar un verano de hace veintisiete años.

Y luego percibo el sonido familiar de la lluvia contra un techo.

CAPÍTULO 70

Sheila Anderson era hermosa. Era mitad cubana, tenía la piel morena, el pelo oscuro y unos ojos que brillaban cuando reía. Nunca había hablado con ella. Sólo me sentaba tres asientos detrás y uno a un lado, y la miraba fijamente. Estaba nervioso; yo era torpe y ella era intocable.

Cuando salió de la escuela, la seguí. Siempre lo hacía. Tenía una excusa: vivíamos a una calle de distancia; nuestros caminos a casa seguían una ruta similar. Así que la seguí y vi su pelo rebotar, y me quedé mirando un poco más. Siempre estaba con amigos, soltaba risitas, susurraba y tarareaba y yo la oía. Hasta el día en que lloró y mi mundo se rompió en dos.

Fue un miércoles. Llovía. Era un gran aguacero desordenado, y poner un pie fuera de algún techo significaba una plasta de tela pegada a la piel, ningún paso veloz te podría mantener seco. La vi de pie a la salida de la escuela, sus pasos eran inseguros mientras planeaba su entrada al torrente. Me paré junto a ella, ofreciéndole una sonrisa tímida en respuesta a la suya, que era radiante. Esperamos juntos hasta el momento en que ella agachó la cabeza y corrió, quejándose, con las manos cubriéndole la cabeza.

Así que la seguí. Sólo éramos los dos corriendo por el estacionamiento. A través de la iglesia. En el camino con la valla. Pasando la casa que tenía un perro. Corrimos y llovió implacablemente. Luego ella desaceleró y yo disminuí la velocidad porque llegó el momento de entrar a mi hogar. Me detuve. Ella continuó. Sonrió y se despidió a través de la lluvia que caía. La miré hasta que apenas pude ver su playera rosa, entonces miré a la izquierda, mi buzón apenas era visible a través de la lluvia; bajé mi cabeza al sentir las agujas mojadas y

corrí tras ella.

Repentinamente aparece un brazo de hombre, el mismo que he visto en cien pesadillas sin entender nunca la razón. Es grueso y oscuro, pero no por su color de nacimiento, sino por los tatuajes que forman una manga de maldad con cráneos y serpientes; sus músculos saltan con la acción de su tinta. Yo estaba a una casa de distancia cuando el brazo apareció y la agarró de la parte de atrás de su playera con la misma facilidad con la que se toma a un gato. La lluvia oscurecía mi vista mientras veía un destello de brazos y piernas; el pesado golpeteo de la lluvia ahogó los gritos. Me detuve, inseguro de lo que estaba sucediendo, mientras él la atraía a su pecho y se alejaba de la acera en dirección a la pesada sombra de los árboles, hundiéndose en el patio de donde había salido. Me limpié el rostro y me acerqué con el pecho agitado por el esfuerzo y por algo más, por la sensación opresora de que algo estaba mal. El patio no mostraba ninguna señal de ellos, pero la oí. Escuché gritos sofocados por algo que no era lluvia. Miré a derecha e izquierda, traté de ver, de encontrar algo que no fuera la lluvia. Un adulto. Necesitaba a un adulto.

Entonces me moví. Me acerqué a la casa. Busqué un camino por el empedrado lo suficientemente liso para ponerme de pie, mis manos resbalaban por el suelo y estaban sucias mientras me esforzaba por quedar parado. Ya no la oía y eso me asustó más que los gritos. Levanté mi mochila y limpié mis manos en la parte delantera de mis jeans. Miré el primer escalón del pórtico de la casa. Di un paso hacia arriba y dejé la lluvia detrás.

Era extraño estar protegido. Más silencioso. Lo suficientemente silencioso como para oír algo. Di los dos pasos siguientes cuidadosamente y me moví hacia la puerta principal. Me quedé mirando. El timbre de la puerta. Eso era, el timbre de la puerta.

Hubo un ruido adentro y me dirigí a la esquina del pórtico. Me hice una bola detrás de un columpio que crujió y golpeó la pared, delatando mi posición con aquella reacción. Me alejé de éste y quedé contra la casa, y fui lo suficientemente valiente, por un breve momento, para arrodillarme y mirar por la ventana. Me asomé a través de la hendidura descubierta entre dos cortinas azules. Vi una televisión. Una alfombra. Una lata de cerveza a pocos metros de un bote de basura. Entonces levanté mis ojos hacia la habitación detrás de la lata y vi a Sheila Anderson.

No voy a compartir los horrores que vi, de rodillas, en ese pórtico. Sé que cerré los ojos demasiado tarde. Sé que cerré mis puños a ambos lados de mi cabeza para tratar de ahogar el suave sonido de sus gritos. Ahora sé por qué odio el sonido de la lluvia. Ahora sé por qué, esa tarde de agosto, mi mente se rompió en pedazos pequeños y se encerró en un lugar donde nunca iba a encontrarla.

Mi pie se cae del barandal mientras me alejo, luchando contra mis pies con la imagen de ese día impresa en mi mente. Me tropiezo con la puerta porque quiero, como mínimo, escapar del sonido de la lluvia. Al abrir la puerta corrediza, veo a Lana pararse del sofá con sus ojos puestos en mí.

—¿Te acordaste? —pregunta.

Asiento con la cabeza, incapaz de decir más, y abro mis brazos. Ella se adelanta y me envuelve en un abrazo.

CAPÍTULO 71

Round 2: es la segunda vez que trato de romper con Lee, y esta vez el médico ha acordado permanecer en silencio y quedarse detrás del espejo unidireccional, en la habitación contigua. Brant odia esto; nos maldijo a ambos hasta que perdió el control y salió de la habitación, pero finalmente todos estuvimos de acuerdo, y ahora estoy sola, repitiendo las líneas que me han entrenado a decir, las líneas que sacarán a Lee de Brant a través de la hipnosis.

Mi intento inicial de terminar con él se realizó sin avisarle a Lee de su condición. Con el fracaso masivo de ese experimento, nos reagrupamos. Decidimos compartirle su condición y esperar mejores resultados.

Hace dos semanas, el doctor Terra le contó a Lee sobre el TID. Lee se negó a creerlo, quiso hablar con Brant y luego destrozó la habitación cuando se le negó esa opción. El doctor Terra permaneció tranquilo, citando hechos que ponían la verdad en letras grandes y gordas que hasta un niño entendería y creería. Lee se resistió, vocalizando su odio por Brant en cada palabra ofensiva conocida por el hombre. Fue desastroso. Salí de la habitación poco antes del estallido, incapaz de ver la ruptura sistemática de un hombre que una parte de mí ama profundamente.

Desde entonces, el doctor Terra ha hablado con él cuatro veces más. Lee se vuelve menos agresivo y más insensible con cada sesión. En la última reunión, él habló pero no se puso de pie, ni siquiera abrió los ojos. Sólo permaneció acostado en el sofá y eligió con cuidado las preguntas que le venía en gana responder. Hoy sólo espero que esté receptivo. Espero que escuche. Espero que no rompa más mi corazón.

—Lucky —sus ojos se abren y se sienta. Mira a su alrededor. Espero a que su cuerpo se tense, a que se ponga de pie con los puños cerrados, pero no lo hace. Sólo se frota el cuello y me lanza una sonrisa triste—. Todavía estoy atrapado en el loquero, ¿verdad?

—Sí.

Extiende sus brazos.

—Ven aquí, necesito olerte, tocarte.

Es una solicitud tan básica. Camino hacia adelante arruinando nuestro plan, pero lo necesito. Lo extraño. Me siento de lado en su regazo y me inclino en su pecho cuando inhala contra mi cuello. Su pecho se levanta al olerme, su boca transita por mi cuello, sus dientes raspan y muerden suavemente la piel justo debajo de mi oreja. Me inclino más, siento cada parte de sus manos mientras él las pasa hacia abajo y a lo largo de las líneas de mi cuerpo. Su boca suelta mi nombre y él dibuja con besos una línea de mi oído hacia mi clavícula.

—No lo hagas —susurra—. Sé lo que vas a decir, y no puedes decirlo.

—Tengo que —respiro, su mano corre por la parte superior de mi muslo desnudo y se desliza hacia abajo, entre mis piernas, sus dedos empujan con fuerza contra cualquier intento mío por mantenerlas juntas. Pienso en el hombre del otro lado del espejo. En el video filmando este episodio para que lo vean los ojos de Brant más tarde. En el guión al que debo atenerme y en el que le digo a este hermoso hombre que nunca lo amé. Que sólo salí con él para vigilar a Brant. Que quiero que se vaya para poder estar con Brant. Mentiras. Mentiras negras y sucias. Siento la presión de sus dedos mientras desliza su mano por encima de mi muslo, debajo de la falda que no hace otra cosa que ayudar a su causa. Yo elegí esta falda. La saqué esta mañana cuando podría haber usado un centenar de prendas más restrictivas. ¿Ya lo sabía? ¿La elegí intencionalmente? ¿Soy realmente tan cruel? ¿Conmigo misma? ¿Con Brant? Temo hacer las preguntas cuando una parte de mí ya sabe las respuestas.

—No tienes que hacerlo —dice. Su mano viaja más alto, su otra mano separa mis piernas, su boca caliente toca mi cuello, robando besos entre sus palabras. Besos que arañan mi piel y dejan marcas que no se pueden limpiar.

—Tengo que hacerlo, Lee —abandono completamente el guion al momento en que pierdo la batalla y me alejo al sentir los dedos de su mano en la seda de mis bragas, frotando hacia arriba y hacia abajo mi sexo apenas cubierto,

burlándose de mí a través de la tela, gimiendo mi nombre contra mi cuello—. No puedo seguir arrastrando a Brant a través de esta situación, la única manera en que funcionará es si te vas.

Él tira mis bragas a un lado y empuja dos dedos adentro, esa invasión repentina me hace jadear. Su boca aprovecha la apertura y se cierra fuerte sobre mis labios. Me besa mientras empuja y curva sus dedos. Me coge con los dedos allí en el sofá, mis piernas caen completamente abiertas, creando una imagen que odio. Pero no puedo parar. No cuando he necesitado esto cada noche que me he acostado junto a Brant sintiendo la fría distancia que genera al tratar de encontrar una salida a través de todo esto. Abro las piernas y dejo que sus dedos se deslicen dentro, siento el nivel de mi deseo. Me lleva al límite en el que quiero caer.

—Me importa un bledo ese hombre —gruñe, separándose de mi boca y levantándose. Me tira de su regazo y me toma con sus manos antes de que golpee el suelo, su rudo tirón es incentivado más por su deseo que por la caballerosidad—. Inclínate —ordena, bajando la cremallera de sus jeans—. Lucky, nunca te dejaré, nunca te dejaré coger con él sin mi nombre en el borde de tus labios —me arremete fuerte por la espalda y su otra mano tira de mi falda—. Dime que todavía me quieres.

Mi espalda se arquea sin dominio alguno bajo su primera embestida, que llegó con un empujón lleno del rudo y enojado hombre que se despoja de cualquier resto de control al penetrarme. Yo jadeo, agarrando la parte trasera del sofá cuando se retira y luego empuja de nuevo. Veo estrellas cuando él se introduce y siento un delicioso deseo cuando se retira. Lloro cuando se detiene, cuando se frena sólo con la cabeza dentro, el empujón suave tan diferente, su pausa tan chocante.

—Por favor —le suplico, tocándolo. Mi momento de deseo nunca fue tan fuerte como en este momento.

—Dime que todavía me quieres.

Lucho contra ello, cierro mis ojos tan duro que las lágrimas caen, mis pies se esfuerzan en sus puntas mientras él se introduce un poco más y rompe la última barrera alrededor de mi corazón.

—Te amo —susurro, y gano una o dos pulgadas de embestida.

Dime que me necesitas.

—Te necesito —lloro—. Por favor.

Pasa una mano por mi espalda y agarra la carne de mis nalgas, apretando el material de mi falda mientras empuja completamente y luego se arrastra hacia fuera.

De nuevo.

Y de nuevo.

De nuevo.

Y otra vez. Me coge como si estuviera sucia y fuera su puta y fuera suya para hacerme lo que quiera. Me coge como si pudiera darme una orden para que me arrodillara a adorarlo. Me coge como si su pene fuera mi sangre y cada golpe me atara a su voluntad. Llora su nombre y cierro mis ojos debido a las lágrimas mientras él me coge porque todo eso es cierto.

—Nunca te dejaré, Lucky —susurra mientras se inclina hacia adelante y envuelve una mano alrededor de mi pecho. Me tira del pelo hasta que mi cabeza está arqueada hacia atrás y su boca cubre la mía. Arranca un beso de mis labios y se traga un poco de mi alma en el proceso—. Nunca te dejaré —promete mientras se entierra en mí y se viene.

CAPÍTULO 72

Brant

No puedo mirarla. No puedo mirarla sin imaginarla inclinada sobre ese sofá. La mirada en su rostro cuando él la embestía. Cuando ella lloraba. Cuando le dijo que lo amaba.

No puedo expresar exactamente cómo se siente mirar mi cuerpo y mi cara teniendo sexo con mi novia. Antes de que el doctor Terra comenzara a grabar nuestras sesiones, había una parte de mí que no lo creía aún. Pensé que tal vez Layana estaba loca. Que ella y Jillian estaban mal de la cabeza y yo era el único sano. Que, de alguna manera, mis padres habían bebido el mismo Kool-Aid. Era una probabilidad imposible, pero mi cerebro se aferraba a ella como a un salvavidas. Pero entonces vi la primera sesión de hipnosis y me vi actuar de una manera en la que nunca lo haría. Sonreír de una manera falsa. Hablar con palabras que nunca he usado. Tener sexo con mi mujer de una manera en la que nunca lo he hecho.

No sé qué me molesta más, si la imagen de su dolor emocional o el hecho de que lo disfrutara. Sé cómo se ve la excitación en su piel. Reconozco el esfuerzo que hizo, cómo luchó contra un orgasmo. Me gustaría pensar que le he hecho lo mismo antes. Hacerla anhelar mi cuerpo de esa manera, perder todo el control y la cordura con simples embestidas de mi verga. Me gustaría pensar que no me estoy mintiendo a mí mismo, que mis celos justifican una parte de mí que ella pudiera necesitar.

Ahora volvemos a casa. A la casa en la que se supone que tengamos hijos. A la casa que de repente se siente vacía. Estamos desconectados. Necesito encontrarme para poder encontrarla de nuevo y que así podamos estar enteros.

Tengo que curarnos, pero estoy demasiado ocupado curándome. Ese hombre estaba tan cerca de ella al cogérsela como yo no lo he estado en semanas, y lo odio aún más por eso.

No puedo mirarla. No puedo mirarla y ver la decepción en sus ojos. Ver su deseo de que yo sea Lee.

Veo el camino y hago rugir al motor lo suficientemente fuerte como para ahogar mis pensamientos.

CAPÍTULO 73

*T*engo que hacerlo. Tengo que dejar de jugar y hacer lo que se necesita hacer. La hipnosis de Brant no está sacando ninguna otra personalidad. Lee es la única alma entre Brant y yo y la normalidad. Necesito romper con Lee. Ignorarlo durante las próximas cinco o diez sesiones, lo suficiente para que él se rinda y se deje llevar a un rincón de la mente de Brant de donde nunca vuelva a salir. El doctor Terra dice que una mente con *tid* crea personalidades alternativas para proteger a la primaria o para actuar de una manera que la primaria no se permite. Si la primaria puede llenar ese vacío por sí misma, la personalidad alternativa puede desaparecer por completo. *Mayo*. Una palabra corta que lleva tanto peso. Sobre otras posibilidades... el doctor Terra no discutirá otras posibilidades. Él dice que conocer esas posibilidades aumenta la probabilidad de que la mente de Brant explore esos caminos, que juegue con esos hilos delicados sin otra razón que no sea la de volvernos locos a los dos.

Así que hoy estoy intentando de nuevo terminarlo de una manera que no deje ninguna duda en la mente de Lee. No como la última vez, cuando mi patético intento terminó con su verga enterrada dentro de mí y mi cabeza inclinada hacia atrás por su jalón, todo a plena vista de las cámaras. Estoy avergonzada por ese momento, por la debilidad mostrada ante el doctor y ante Brant. Pero que el Señor me ayude: no puedo mirar la cara de ese hombre, la misma cara de mi futuro marido... y fingir que no lo amo. No puedo ver la angustia —en sus ojos o en los de Lee— y fingir que no me importa. No puedo sentir su contacto contra mi piel y ser indiferente. Especialmente si me toca Lee.

Lo intentaré lo mejor que pueda. Y sé que, incluso estando sentada en la silla

con Brant sonriéndome tenso, Lee verá a través de mí.

Respiro profundo, veo a Brant mientras se acuesta en el sofá, y comienza el guion de la hipnosis.

Cuando Lee sale esta vez, es diferente. La lucha es más tenue en sus ojos. No se acerca de inmediato, no se pone de pie de un brinco. Parece, de repente, un anciano en el cuerpo de Brant.

No me muevo de mi lugar en la silla. Me quedo allí y siento que lo estoy viendo morir. Cuando habla, sus palabras son débiles:

—No soy inteligente, no si me comparo contigo y con Brant —dice esto y siento fluir mis lágrimas y no sé por qué, no sé de dónde vienen, excepto que mis lagrimales saben más sobre esta situación que yo—. Pero supongo que tienen un plan, tú y él, un plan para eliminarme —miro hacia abajo. Rompo el contacto que se extendía entre nosotros. Siento el goteo de una lágrima, mi cuerpo me traiciona—. ¿Cuál es el plan? —suspira como si el peso de la pregunta fuera inmenso.

—Ya sabes que quiero terminar contigo —mi voz tiembla cuando hablo y miro al hombre que quizás nunca volveré a ver.

—¿Y entonces que pasará cuando lo combata, cuando salga del cuerpo de Brant cada vez que su consciencia pierda el control?

—Se supone que debo ignorarte, despreciarte, dejar claro lo que siento.

Se ríe suave y tristemente, una risa que pasa sus dedos por mi muslo interior y rompe mi corazón, todo al mismo tiempo.

—Tus sentimientos por mí se muestran cada vez que me miras a los ojos. Yo solía pensar que era un amor hacia mí, ahora creo que es tu amor por él —frota una mano áspera sobre la parte delantera de sus pantalones—. Hablé con el doctor en algún momento después de que tú y yo cogimos aquí.

Me estremezco ante las palabras dichas descuidadamente, como si el acto no hubiera sido nada. Como si no hubiera arrancado mi corazón y lo hubiera dejado en la alfombra que ahora está entre nosotros.

—¿Has hablado con el doctor Terra? —pregunto y frunzo el ceño, irritada por el hecho de que Brant y el doctor Terra me ocultaran eso.

—Sí —se inclina hacia delante, apoyando los codos sobre sus rodillas y me

mira, la corta distancia ahora es menor y hace que mi corazón lata un poco más rápido—. Me explicó cómo saliste conmigo y cogiste conmigo sólo para mantener a Brant cerca —dice y se para, sosteniéndome la mirada, y camina más cerca—. Cómo, cada vez que me besabas, que me abrías las piernas, que te arrodillabas y me chupabas la verga, realmente lo hacías *para él*. ¿Entiendes cómo me hace sentir eso? —se inclina hacia delante, coloca una mano en cada brazo de mi silla y se agacha sobre mí. Mi espalda se endurece cuando él baja su cara a mi cuello e inhala mi olor. Entierra su rostro en mi cabello y susurra mi nombre al olerme—. Dios, voy a extrañar tu olor.

Las lágrimas fluyen por mis mejillas, mi control se rompe en mil pedazos mientras aprieto mis ojos cerrados y me quedo quieta, mis dedos estrujan el cuero del asiento tan duro que mis manos tienen un calambre. Emito un suspiro tembloroso debido a un sollozo y su cabeza retrocede lo suficiente como para colocar un suave beso en mi mejilla. Deja una impresión suave de sus labios a lo largo de mis pómulos y barbilla, toma mis lágrimas y luego se coloca sobre mi boca. Abro los labios pero él se retira, empujando los brazos de la silla. Siento su ausencia antes de abrir los ojos, mi visión despejada lo distingue de pie delante de mí, con las manos metidas en los bolsillos y el rostro tenso con una mezcla de angustia e ira.

Ira. Lo entiendo, pero lo odio. Entiendo, mirándolo a los ojos, que él piensa que lo usé. Demonios, tal vez lo hice. No lo amaba completamente. Me encantaba Brant. Me encantaba coger con Lee. Me encantaban las imperfecciones de Lee cuando Brant era tan impecable, tan estable, tan brillante. Me encantaba el lado salvaje de Lee, mi habilidad para justificar que yo *no* era mi madre, que había elegido mi vida y que era una de clase baja, aunque sólo fuera por el tiempo suficiente como para comer alitas, coger con un chico y subir a un vehículo fabricado en América. ¿Utilicé a Lee? Lo miro a los ojos y veo el odio, el amor y el dolor. Lucho por hablar, pero no puedo encontrar nada digno para decir.

—Te amé, todavía te amo, incluso cuando te odio, te amo. Siempre lo haré, no soy un hombre inteligente, pero estoy seguro de eso —se muerde el labio de una manera que me dice que está a punto de romperse. De llorar. Ese movimiento por sí solo trae una nueva ola de lágrimas, mi visión está borrosa y me froto los ojos con una mano rígida, deseando volver permanente cada imagen

de este hombre antes de perderlo para siempre. Parpadea y su cara se tensa—. Dime lo que quieres. Si quieres que me vaya, me iré. No por él, nunca haré nada por él, pero por ti lo haré, me mataré dentro de él, maldita sea.

Quiero decirle que lo amo. Quiero decírselo, pero ya no estoy segura de lo que digo. Ya no estoy segura de amarlo *a él* y no porque es una parte de Brant. La culpa por lo que he hecho es repentinamente pesada, enorme. Quiero decirle todo lo que sé que quiere oír. Quiero decirle las cosas por las que lo amo, pero sólo complicaré esta situación aún más. Así que digo lo correcto. Lo que ayudará más a Brant. Digo las palabras y me pregunto qué efectos tendrán.

—Quiero que te vayas, Lee. Brant y yo... queremos una familia, una vida. Pero nunca te olvidaré. Te extrañare siempre.

Mira hacia abajo y un trago amargo se mueve por su garganta mientras veo sus manos apretarse, su boca está tensa en una línea dura. Ve hacia arriba, sus ojos están empapados y su cara está roja de emoción. Nos miramos el uno al otro.

Sí, lo amo. Debe ser así. De lo contrario, no me estaría rompiendo ahora mismo.

Cierra los ojos, baja la cabeza y habla sin mirarme:

—Llama al doctor, Lucky, deja que termine conmigo.

Yo paso saliva.

—¿Te vas?

Se encoge de hombros sin levantar los ojos.

—Según él, puedo dejarme ir, vagar en la tierra baldía o desaparecer dentro de Brant, en alguna parte. Disolverme en la puta nada. Dejaré que me guíe por el proceso. No te quiero aquí.

Quiero abrazarlo. Quiero que envuelva sus fuertes brazos alrededor de mí y me bese y me dé un último momento. Quiero que meta sus dedos en mí y me jale hacia él como si no pudiera tener suficiente. Soy egoísta. Lo quiero incluso si eso lo rompe. Pero en lugar de eso, estoy de pie.

—Te buscaré en Brant, le vendría bien un poco más de Lee.

—Sí. Como sea, Lucky.

Entonces me levanto y camino hacia la puerta. Me quedo ahí un momento y espero a ver si me mira, si me contacta por última vez, pero no lo hace. Mira fijamente al piso y nunca consigo una última mirada de sus ojos.

Abro la puerta y dejo una parte de mi corazón en la habitación.

CAPÍTULO 74

*P*ermanezco en la sala de espera del consultorio del doctor durante cuatro horas. Doy vueltas. Miro televisión. Inhalo cada minichocolate cautivo en el plato de cristal de la recepcionista. He alcanzado un nuevo nivel de nerviosismo. Se siente como aquella vez en la secundaria, cuando los padres de Dianna Forge estaban fuera de la ciudad y cuatro de nosotros celebramos una fiesta de estimulantes y manicuras en su casa de huéspedes. Rodamos y reímos y revolvimos el dormitorio de sus padres hasta que encontramos un consolador y su gabinete de licores. Compartimos tragos de algo amargo y caro. Fue toda diversión y juegos hasta que los demás se desmayaron y yo era la única despierta, y el efecto del estimulante se desgastó y me llevó muy, muy abajo. Parpadeé y apreté los dientes hasta las 5 a. m., cuando la droga finalmente se esfumó lo suficiente como para dejar que mi cuerpo descansara.

Hoy no estoy mirando a tres cabezas teñidas de rubio, paranoica de haber tomado demasiadas píldoras o de que los padres de Dianna pudieran regresar antes de Cabo. No estoy en una mezcla farmacéutica de estupidez. Estoy, en cambio, temblando de nervios, esperando sólo para ver si mi futuro marido vuelve como dos hombres o como uno.

Finalmente, me voy. Le digo a la recepcionista que me dirijo a casa y que me llame cuando parezca que están cerca de terminar. Tomo el coche de Brant y manejo por la carretera a Windere. Cuando llego, me salto la ducha y me meto en la cama completamente vestida. Al presionar el botón para cerrar las persianas, la habitación se oscurece en tonos negros, el zumbido del ventilador es mi canción de cuna. Cierro los ojos, mis piernas están nerviosas y doloridas

por el ir y venir. Envuelvo una manta alrededor de mí y, dejando que mi mente pare de moverse, digo una larga oración por Brant.

En algún momento durante esa oración, me quedo dormida.

Me despierta mi celular, mi cuerpo es devuelto a la consciencia con brusquedad y mis piernas patean la sábana antes de que mi mano encuentre el teléfono. Lo contesto mientras me paro de la cama, mi mano trastabilla para encontrar el interruptor de la luz, mis pies buscan mis zapatos y mi mano la pared.

—¿Hola?

—Señorita Fairmont, soy Irene, de la oficina del doctor Terra. Él me pidió que le dijera que están por terminar.

—En diez minutos estoy ahí. Gracias, Irene —cuelgo el teléfono y salgo al pasillo. Mis pasos se transforman en una carrera. Pronto lo tendré de vuelta como sea que haya resultado. En este punto, ya no me importa. Tan sólo lo quiero a él.

Sonríó cuando sale del consultorio, se dirige hacia el auto vacío y el viento pega su camisa contra su fuerte torso. Brant ha vuelto. Es el mismo Brant que me estrechó la mano hace tres años en la gala de JASH. El mismo que repetidamente me propuso matrimonio a pesar de mis negaciones. El peso en sus hombros y la mirada perdida que había aparecido el día que arruiné su vida, se han ido. Su confianza está de vuelta, el fuerte tirón de su mano alrededor de mi cintura me sorprende, así como el beso posesivo que planta en mi boca.

—¿Todo está bien?

Me estudia un momento, con la mano todavía agarrada a mí como si no tuviera planes de dejarme ir. Luego sonrío.

—Estamos bien, vámonos, podemos hablar en el auto.

Vuelve a mi boca sin esperar una respuesta, mi aliento es robado por la fuerza de su beso, uno más fuerte de lo que estoy acostumbrado, el tipo de beso que garantiza una cogida larga al momento en que entremos en la casa. Suelta mi boca y mi cintura, pero tira de mi mano, dirigiéndose al coche.

—¿Qué pasó? —hablo al momento en que el auto se pone en marcha. Horas de espera y ansiedad se derraman en dos palabras.

—El doctor Terra habló con Lee, y él aceptó marcharse.

Espero algo más. Espero un poco más.

—¿Y? —digo finalmente.

—Y se fue.

Echo un vistazo a mi reloj.

—Pasaron siete horas.

Frunce el ceño, echa un vistazo fuera de la carretera, sus manos se deslizan sin esfuerzo a través del volante en un movimiento suave que me recuerda sus manos a través de mi piel y el hecho de que no hemos estado juntos en casi tres semanas.

—¿Siete horas? —revisa su reloj—. Wow. Yo... —mira de nuevo su reloj y luego al reloj del tablero, para verificar—. Debo haber estado en la cabeza de Lee más tiempo del que me di cuenta.

Miro hacia otro lado, a la ventana.

—¿El doctor Terra no te dijo qué implicaba que Lee se fuera? —*por ti lo haré. Me mataré dentro de él, maldita sea.* Las palabras de Lee vuelven a perseguirme.

—No. Quiero decir... aparte del hecho de que Lee tuvo que aceptarlo. La probabilidad de éxito es mucho más grande si él es un participante voluntario.

—Entonces, ¿se ha ido? ¿No volverá nunca? —mis palabras se comportan como deben. Salen con control y sin alteraciones.

—No estoy curado, me mantendrá medicado... con la misma droga que he estado tomando en las últimas semanas. Las posibilidades de recaída son altas, especialmente si mis emociones o estrés se salen de control. Y debo evitar el alcohol. Tú sabes todo eso, estuviste allí cuando dijo las reglas.

Asiento con la cabeza. Aunque Brant ha estado en sesiones de terapia de días completos durante las últimas semanas, la mayor parte de mi participación ha sido detrás de la pared del espejo, viendo las sesiones y escuchando algunas de las instrucciones. La nueva vida de Brant implica muchas reglas. Mucha estructura que se opone a la vida que Jillian le había asignado. El subconsciente de Brant había creado personalidades adicionales para hacerse cargo cuando su mente se sintió abrumada. Cuando era joven, sucedía porque su cerebro no podía

manejar el asalto constante de su inteligencia; las funciones cerebrales ininterrumpidas causaron un corto circuito que resultó en otra personalidad, una que era más lenta y estúpida y emocionalmente inestable. Cuando era mayor, sucedía porque estaba bajo estrés extremo, en situaciones extrañas o por ansiedad. No era casualidad que hubiera cambiado una noche antes de su primera propuesta de matrimonio. O durante los días anteriores de la liberación de un nuevo producto o la fusión de la empresa. Era un riesgo que sólo fue en aumento debido a los medicamentos que le proporcionó Jillian. Con las nuevas reglas, con la nueva estructura y el hecho de que ahora sabe de su condición, esperamos que viva una vida relativamente sin cambios. Una que no incluya ninguna presencia exterior, incluyendo una máquina sexual y problemática a la que extrañaré.

Miro las paredes cubiertas de hiedra de Windere pasar, el garaje está a la vista y el coche se detiene lentamente. Siento que sus dedos toman la parte posterior de mi cuello, pasando por el desorden de rizos que se derrama sobre mis hombros.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Me doy la vuelta y lo miro a los ojos. Veo al hombre de quien me enamoré antes de conocer a Lee. El hombre con el que estaba preparada para casarme en Belice.

—Sí —susurro—. Estoy bien.

Deja el coche en el estacionamiento. Desabrocha su cinturón y se inclina hacia delante. Me atrae hasta que estamos cerca.

—Seré más —dice bruscamente—. Seré también todo lo que él era.

Yo cierro mis ojos. Trato de calmar mi corazón antes de abrirlos. Encuentro sus ojos en mí tan pronto como lo hago.

—Tú eres todo lo que necesito, Brant.

—Lo seré —dice, inclinándose hacia delante hasta que nuestros labios quedan a un suspiro—. Te lo prometo, un día lo seré.

Luego presiona sus labios en los míos y, por un momento, degusto a Lee.

CAPÍTULO 75

Cinco minutos después

*E*stoy ante un espejo de cuerpo entero y no veo a mi madre. Es un pensamiento extraño para el día de tu boda, sin embargo, es un detalle feliz. Me doy la vuelta y manos costosas se apresuran a ajustar la cola de mi vestido y los bordes con cuentas que enmarcan mi espalda. Me veo hermosa. Los planificadores de boda más importantes de San Francisco garantizaron ese hecho y cada detalle alrededor de mí está perfectamente coordinado para lograr que esta pequeña boda sea la más inmaculada de la historia.

Hoy no habrá ninguna élite de la sociedad. No veré las falsas sonrisas de las mujeres que he pretendido que me agradan durante tantos años. Seremos un pequeño grupo de nueve: los padres de Brant y los míos, Anna y Christine, Brant y yo y, además, nuestra niña de las flores. Mi relación con los padres de Brant ha cambiado. No somos cercanos y la propia relación de Brant con ellos fue mermada por sus años de aislamiento debido a la mano controladora de Jillian, pero las cosas entre ellos se están remendando, su unidad familiar cada vez es menos disfuncional a medida que pasa el tiempo y la confianza crece. Me vuelvo, escuchando el rechinar de los zapatos de nuestra niña de las flores antes de que ella llegue: un bulto blanco inclinado en la esquina que se detiene brevemente ante el espejo.

—Wow —exclama Hannah y respira, sus ojos están sobre el espejo—. Estás preciosa.

—Gracias, linda —alzo una mano y un asistente me ayuda a bajar las escaleras del pedestal, donde me agacho ante la niña—. Tú te ves igual de bella —tomo su pequeña mano y abro mucho mis ojos, impresionada por sus uñas

color rosa cereza.

—Una señora me lo hizo —se sienta sobre la alfombra, despreocupada del mini Dior que envuelve su cuerpo. Agarra una zapatilla de joyas de mil dólares y se la quita, levanta su pie desnudo y mueve los dedos ante mí—. ¡Mira, mis dedos de los pies hacen juego!

—Muy impresionante —sonríó—. ¿Ya tienes lista tu técnica de lanzamiento de pétalos? —le doy su zapato y veo cómo se lo pone, una pequeña lengua rosada sale de un lado de su boca debido a la concentración.

Ya completa la tarea, mira hacia arriba con una sonrisa, saltando en sus pies y haciendo gestos de lanzamiento exagerados, completando la escena con brincos pequeños.

—¡Sí! —contesta, está radiante.

—Increíble —extiendo mi puño y ella lo choca con una versión más pequeña, riéndose cuando hacemos «explotar» las manos.

—¿Dónde está el señor Brant? —pregunta de repente, mirando a su alrededor.

Me encojo de hombros y me pongo de pie.

—No estoy segura, ¿por qué no vas a buscarlo y a escoltarlo al jardín? No queremos que llegue tarde a la ceremonia.

Ella asiente solemnemente, tomando la importancia de su tarea muy en serio.

—Lo encontraré ahora mismo —promete antes de girarse y, con una carcajada, salir por la puerta abierta.

Me vuelvo hacia el espejo, enderezando la línea del vestido.

—Es una niña adorable —dijo la mujer detrás de mí, mirándome a los ojos en el espejo.

Asiento con la cabeza, sonriendo ante el recuerdo de Hannah a bordo de nuestro avión. Sus manos tocaron cada superficie dos veces antes de que el avión despegara.

—Lo es, siempre lo ha sido... Adorable con un toque demoníaco —le advierto—. Mantenga un ojo en ella, encuentra los problemas tan rápido como los abrazos —un oportuno ruido viene de la cocina y la mujer huye hacia allá. Me río, dirigiéndome hacia la vanidad y tomando la pieza final para hoy: los diamantes que Brant me regaló la primera Navidad que pasamos juntos. Me los pongo mientras me miro al espejo.

El día de mi boda —un gran suceso a punto de ocurrir—, la unión para siempre de nuestras vidas, la mía y la de Brant. Busco miedo en mis ojos, pero no lo encuentro. No me sorprende. Puedo señalar la salida de Lee tan claramente como mi nacimiento, el cambio en nuestra relación fue mayor de lo que hubiera esperado. En retrospectiva, fue como si nuestra relación comenzara de nuevo ese día.

CAPÍTULO 76

Camino hacia el altar por el corto sendero bordeado de hibiscos, nuestra casa de Hawái está detrás de mí, y adelante sólo están Brant y un pastor. El océano es el fondo de este momento de nuestro amor.

Cada paso que doy es como pasar una página en nuestras vidas.

Un paso más. La noche que Brant regresó del médico, Lee finalmente dejó nuestras vidas. Sentí sus manos sobre mí en el momento en que entramos; caímos en el sofá y sus manos frenéticas quitaron con urgencia la ropa de mi cuerpo hasta que estaba desnudo debajo del suyo. Él me cogió como nunca lo había hecho, como Lee solía hacerlo, como si me estuviera marcando, haciéndome suya. Me agarró del pelo cuando me penetró. Gimió mi nombre cuando me dio la vuelta y me tomó por detrás. Él me hizo venirme con su verga, luego con sus dedos y luego con su boca antes de embestirme una y otra vez con un ritmo que nunca olvidaré. Después me llevó al centro de la gran sala y me colocó en el suelo, había fuego delante de nosotros, nuestros pechos ardían con respiraciones satisfechas cuando él me volteó y me tomó una segunda vez, más lento. Más como el Brant al que amaba. Susurró su amor hacia mí mientras me aliviaba de cada cogida con la que acababa de romperme. Luego dormimos con nuestros miembros entrelazados. Y cuando el sol entraba por las ventanas, él seguía allí. Mi Brant. Y sólo mi Brant.

Un paso más. Su abandono hacia Jillian, haberla sacado de la junta de directores y el nuevo cargo de Brant como ejecutivo de la empresa y del área de desarrollo. No trabaja como solía hacerlo, la puerta de su despacho ahora está abierta a los empleados y dos asistentes mantienen su agenda en orden de una

manera en que Jillian nunca podría haberlo hecho. Ha formado equipos de colaboración, ya no hay sólo un equipo de creación. Me encanta verlo trabajando con otros y el temor en los ojos de los desarrolladores cuando ven el alcance de su inteligencia. Todos estábamos preocupados por la posible pérdida de su capacidad intelectual, un riesgo discutido y aceptado por Brant. Pero su terapia, aunque afecta a otras facetas de su personalidad, no ha obstaculizado eso de ninguna manera.

Un paso más. Lee todavía está allí, características de él emergen a través de la personalidad de Brant, resplandeciendo como brillantina cuando es tocada por el sol. Lo veo en la sonrisa que Brant porta ahora, una amplia sonrisa que me aprieta el corazón cada vez que destella. Lo veo en la risa que de vez en cuando estalla, en el guiño coqueto que obtuve la semana pasada cuando salió de la ducha y captó mis ojos en su cuerpo desnudo. A veces, cuando me mira, juro que es Lee quien me sonrío con los ojos fijos como si conociera un secreto que yo no, como si ese secreto fuera la llave de mi alma y yo fuera toda suya para hacer lo que quiera. Pensé que estaba perdiendo a Lee, pero sólo he ganado más facetas de Brant.

Un paso más. Veo una figura de blanco y cómo la mano de Hannah se escurre de la de Brant, el rostro de ella sorío al mirarlo. Brant me ha estado acompañando los martes al complejo de JASH. Ha llegado a amar a Hannah tanto como yo. Esta noche, después de la ceremonia, una vez que el vientre de ella esté completamente lleno de pastel y sus dedos de los pies estén blancos con la arena de Hawái, se lo preguntaremos. Veremos si ella nos permitirá tenerla como parte de nuestra familia. Brant ya pidió al abogado el papeleo completo. Todo lo que necesitamos es la aprobación de ella para que él haga que procesen la adopción. Le sonrío a los dos y él hace un gesto gentil cuando retira sus ojos de ella y encuentra los míos. Allí, en las ventanas de su alma, veo nuestro futuro. Más bebés, dos o tres de nuestra unión, tal vez más de JASH. Veranos en esta casa e inviernos de regreso en nuestro hogar. Le daremos a Windere la familia que se merece.

Un paso más. Me detengo ante él y lo miro a la cara. Siento mi futuro en su mirada intensa y en nuestra conexión, que ahora es tan fuerte como el hierro. Somos un equipo que ha saltado obstáculos que harán que el resto de nuestra vida sea pan comido. He mentido por este hombre, robado y engañado por él, y

le vendí mi alma a la suya con nuestro primer beso.

Amo a este hombre. Repito, después del pastor, las palabras simples que entrelazan nuestras vidas, y siento su mano apretar la mía. Inclinandome hacia adelante, cierro los ojos y beso a mi marido.

CAPÍTULO 77

Brant

No sé cómo tuve la suerte de terminar con esta mujer. La suerte que tuvo mi alma para encontrarla; robármela y convencerla de amar lo suficiente para quedarse a través de la montaña rusa infernal que ha sido nuestra relación. Es más de lo que mi ser roto se merece, pero nunca puedo dejarla ir. Ella posee, aun si lo sabe o no, cada parte de mí, cada centímetro de mi cuerpo y alma. Su amor incondicional me hizo vivir. Me sacó de una existencia seca y solitaria y me salvó, literalmente, de mí mismo.

Un día la mereceré. Un día me repararé completamente y le demostraré que ha valido la pena. Voy a gastar cada onza de mi esfuerzo para llegar a ese día. Me estoy acercando, estoy atando lentamente los cabos sueltos de mi cordura.

Fuimos a la policía la noche en que recordé la muerte de Sheila. Les hablé del hombre. De sus tatuajes, de la ubicación de su casa. Pasamos por ahí y la encontramos, mi recuerdo de ese día ahora era dolorosamente claro, como si las décadas lo hubieran dejado intacto y nuevo en un rincón secreto de mi mente. Yo esperaba que hubiera un arresto, pero el oficial me informó que el hombre, Nick Coppen, murió seis años después de que Sheila desapareció, y que la evidencia encontrada en su casa lo había implicado en múltiples casos no resueltos. Dejé la estación de policía más ligero de lo que había entrado, y con la mano de Lana apretando con fuerza la mía.

Mi viaje a lo largo de esta relación no ha sido tan difícil como el suyo, pero hubo momentos en los que luché. Gracias a Dios, no me alejé cuando sospeché de su romance. Gracias a Dios mi corazón la agarró con fuerza y no me dejó moverme. La frustración, el desconocimiento, los celos... fue agotador, pero eso

reforzó una de las primeras cosas que le dije a Lana: «Valió la pena desde el momento en que te vi».

Y así fue. Fue mucho más que «valer la pena». Era el comienzo de mi vida, el día en que mi corazón comenzó a latir.

Amo a esta mujer. Siempre la amaré como lo hará cada parte de mi alma.

F I N

EPÍLOGO

*T*odo es culpa suya. Sabía que ella era un problema, debería haber trabajado más, hecho más, aumentado los medicamentos de Brant hasta que él se rompiera y ella se asustara tanto, que se fuera lejos. Si no hubiese aparecido, si no se hubiera hecho un camino en su vida, entonces todo estaría bien. Todo iría según el plan. BSX sería fuerte, Brant y yo la estaríamos dirigiendo hacia el próximo milenio. Las putas lo mantendrían satisfecho, los medicamentos lo mantendrían productivo. Sus otras personalidades no hacían daño a nadie; se habían mantenido ocultas. La vida había sido buena gracias a mi arduo trabajo y planificación. En la vida nada es regalado; todo se gana o se toma. Gané mucho. Tomé las piezas que no podía ganar. Y había cosechado las recompensas, al igual que Brant. Él no tendría nada sin mí, ¿cómo pudo olvidar eso? ¿Cómo pudo dejar que ella lo hiciera olvidar ese hecho?

Necesito separarlos. Por culpa de Layana, mi propia hermana no me habla, no me visita. Debido a Layana, he sido expulsada de BSX como un criminal; me despojaron de mis títulos, y cualquier autoridad que alguna vez tuve me fue revocada. Construí ese negocio esclavizada durante dos décadas. Derramé mis esperanzas y sueños en la fundación del edificio sólo para ser expulsada. Si los separo, tendré otra oportunidad para hablar con él, para hacerlo desarrollar su verdadero potencial. Los fármacos harán eso. Yo puedo ayudarlo. Ensamblaré el viejo equipo, pondré las sombras de nuevo sobre él. Contrataré de nuevo al doctor F. y a Molly. Tal vez ella pueda sumergirse en el cerebro de Brant y traer de vuelta a Lee otra vez, incluso si eso falló terriblemente la primera vez. Sí, con

una planificación adecuada y un diseño inteligente, todo puede volverse a enderezar. Tiene que volverse a enderezar. No puedo continuar en esta vida como es ahora. No tengo nada. No tengo a nadie.

Y ella... ella lo tiene todo.

Extracto del diario de Jillian Sharp

Este diario fue confiscado de la habitación del paciente durante una búsqueda de rutina el 23 de marzo. También se confiscaron tres píldoras blancas que parecen haber sido robadas de otros pacientes. Debido al contenido del diario y a la posesión de narcóticos, la paciente continuará su tratamiento involuntario hasta que ella no represente un riesgo de daño para sí misma o para los demás. A la fecha de este informe, su próxima evaluación se llevará a cabo en ochenta y seis días.

*Informe tomado por John Ferguson,
Clínica Hendu para los Mentalmente Inestables*

NOTA DE LA AUTORA

Gracias, querido lector, por seguir con esta historia hasta el final. Espero que hayas disfrutado de la montaña rusa por la que acabo de llevarte. Para mí, la escritura de esta historia fue uno de los viajes más emocionales que he hecho. Dejé un pedazo de mi corazón dentro de estas páginas. Este libro me amedrentó por completo. Sólo puedo esperar que le haya hecho algo de justicia.

AVISO: Antes de comenzar este libro y, mientras lo escribía, investigué sobre el TID (trastorno de identidad disociativo). Rápidamente me di cuenta de que había ciertas características del TID que dificultarían escribir esta historia de una manera que fuera más entretenida para ti, el lector. Así que me he tomado algunas libertades al contar esta historia. Ten en cuenta que, en una situación real, un individuo que lucha con esta condición podría no actuar de la manera descrita aquí. Si estás interesado en aprender más sobre el TID, no dudes en consultar este enlace de recursos informativos: <www.alessandratorre.com/DID/>.

Además, si has disfrutado de este libro, considera recomendarlo a tus amigos o hacer un comentario. También siéntete libre de visitar mi sitio web para ver los otros libros que tengo disponibles: www.alessandratorre.com.

¿Quieres más? Únete a mi *newsletter* y obtén escenas eliminadas de *Mentiras negras*: <www.AlessandraTorre.com/bldeletedscene1>.

Layana Fairmont es una mujer joven, inteligente y hermosa que no está dispuesta a cumplir las expectativas de la sociedad, como casarse con un buen partido y olvidarse de sus sueños. Brant Sharp es un empresario multimillonario, atractivo y sin compromisos sentimentales, pero esconde un ardiente misterio.

Tras conocerse en una cena de beneficencia, inician una relación perfecta rodeada de pasión y sexo, pero poco después aparece Lee, quien satisface a Layana de formas que ella nunca imaginó. ¿Podrá sobrevivir su noviazgo a pesar de lo que ambos esconden?

Alessandra Torre es una autora bestseller de *The New York Times* y cuenta con catorce novelas publicadas. Las temáticas de sus libros son el romance y el suspenso. Torre fue autora del Bedroom Blog de Cosmopolitan.com y recientemente lanzó Alessandra Torre Ink, una comunidad online y un taller para aspirantes a autores.

Mentiras que seducen

Título original en inglés: *Black Lies*

Primera edición digital: noviembre de 2017

D. R. © 2014, Alessandra Torre

Los derechos de este libro se negociaron a través
de Julio F-Yañez Agencia Literaria S. L.

D. R. © 2017, Ediciones B México, S. A. de C. V.

traducción de Aura García-Junco Moreno

D. R. © 2017, Ediciones B México, S. A. de C. V.

Bradley 52, Col. Anzures, 11590, Ciudad de México

ISBN: 978-607-316-678-2

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.